

Miguel Delibes
Madera de héroe



Lectulandia

Nunca un escritor castellano ha dado prueba de mayor madurez intelectual y de sabio manejo de la lengua como Miguel Delibes en esta novela que marca, seguramente, la cumbre de su carrera de narrador. Miguel Delibes estaba obligado a escribir este libro. Él y los adolescentes de su generación se encontraron en 1936 ante el trágico episodio de la Guerra Civil, que los marcó para siempre. La guerra —dice uno de los personajes— es una emboscada, porque, de hecho, buena parte de los españoles se vieron inmersos en ella sin saber cómo. Gervasio, el protagonista, va para héroe, y otro personaje asumirá el papel de traidor, pero la frontera entre el heroísmo y la traición es tenue, inconsútil, vaga. ¿Es la causa la que hace al héroe o es el héroe quien dignifica la causa? Este libro no es una novela sobre la Guerra Civil —empresa que Delibes cree imposible—, sino la crónica de unos personajes que se ven envueltos en ella «cuando se arma la gorda». Con mano maestra, Miguel Delibes, nos presenta a papá León, el viejo carlista, Gervasio y sus amigos, mamá Zita, papá Telmo, la señora Zoa, los dos tíos gemelos, el Anselmo Llorente, el cabo Pita, unos curas y tantos otros personajes empingorotados, tiernos, pintorescos, inteligentes o zafios que abrirán, sin saber cómo ni por qué, la puerta de la sanguinaria tragedia.

Lectulandia

Miguel Delibes

Madera de héroe

ePub r1.0

Titivillus 18.11.2017

Miguel Delibes, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A la memoria de mi amigo de infancia y adolescencia
Luis María Ferrández, cuya tumba está en el mar.*

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Siempre he sido consciente de que lo autobiográfico, en una novela, es un terreno peligroso. No puede el escritor hacer tabla rasa de sus recuerdos y vivencias a la hora de novelar, pero éstas deben estar tamizadas por la templanza y la mayor objetividad posible, y ésta se consigue, a mi modo de ver, con la perspectiva del tiempo.

Por eso tardé diecisiete años en escribir Señora de rojo sobre fondo gris tras la muerte de mi mujer, y transcurrieron cuarenta y ocho desde el final de la guerra civil española hasta que decidí publicar Madera de héroe. Me ocupó tres años su redacción y fue mi novela más elaborada y compleja hasta ese momento, sobre todo por su larga galería de personajes. Si siempre la creación y credibilidad de los mismos ha sido para mí tarea primordial en cualquiera de mis libros, en éste me preocupó sobremanera trazar unos personajes sin tintes maniqueos, perteneciesen al bando beligerante que perteneciesen. ¿Quiénes fueron los buenos y quiénes los malos en la guerra del 36? ¿Quiénes lo son en mi novela? Todo depende del color del cristal con que se miren las conciencias y los comportamientos, y el cristal del novelista debe ser neutro y al mismo tiempo equitativo y misericordioso. Y vuelvo a repetir lo que ya dije cuando se publicó el libro: no es Madera de héroe una novela sobre la guerra civil, sino de seres humanos, de una u otra ideología, que la sufrieron y fueron todos, sin excepción, sus víctimas. Por ejemplo, aquellos muchachos —mis amigos y yo— que jugábamos a las cartas en una buhardilla de la calle Colmenares de Valladolid, y que un día, ilusionados y sin duda confundidos, decidieron alistarse voluntarios en la Armada.

M. D.
Enero de 2009

Recuerdo para los muertos;
escarmiento para los vivos...

*(De la lápida conmemorativa del campo
de concentración de Dachau)*

Libro primero

I

La primera vez que el niño Gervasio García de la Lastra experimentó aquellos extraños fenómenos, que los miembros más píos de la familia atribuyeron a causas sobrenaturales y el resto, más escépticos, a puros fenómenos físicos operando sobre una delicada sensibilidad, fue, según consta en los dietarios del coronel de Caballería, ya fallecido, don Felipe Neri Luna (1881-1953), en la velada familiar del sábado 11 de febrero de 1927, aunque, conforme se desprende de esos mismos cuadernos, tres días antes ya se produjeron ciertos indicios, una vez que el pequeño irrumpió como un huracán en el gabinete de su abuelo materno, don León de la Lastra, mientras éste merendaba su habitual chocolate con picatostes, y le preguntó a bocajarro:

—Papá León, ¿puedo ser héroe sin morirme?

(Los nietos le llamaban papá León, del mismo modo que Crucita, la primogénita, había llamado siempre mamá Obdulia a su esposa, mujer robliza y de actitudes mayestáticas que, por inexplicable paradoja, perdía la ecuanimidad ante vocablos sonoros que de alguna manera pudieran evocar la muerte y las postrimerías. En el diccionario existían palabras rotundas, como *catafalco*, *sepultura* y *miserere*, que no podían pronunciarse en su presencia. Referencias fidedignas atestiguan, sin embargo, que no puso objeción a la voz *abuela* hasta que su hija Zita, casada, bien a su pesar, con el doctor en Medicina Telmo García, alumbró una hermosa niña de cuatro kilos de peso, y la elevó a tan noble condición. A partir de ese acontecimiento, doña Obdulia reparó en algo que, no por obvio, había tenido en cuenta hasta entonces, esto es, que la abuela, como cabeza del clan familiar, y dentro de una lógica sucesión de generaciones, era, con el abuelo, la candidata más firme al deceso y, en consecuencia, la más próxima al catafalco, el miserere y la sepultura, conceptos abolidos en palacio. Ante tan enojosa evidencia, el término *abuela* fue incorporado al repertorio de voces prohibidas, y considerando que esta palabra no era, en rigor, más que una redundancia (madre de madre o madre de padre), la cuestión fue resuelta salomónicamente matizando el nombre de pila con el rango de la maternidad. La expresión *mamá Obdulia* venía a ser, así, no un sucedáneo caprichoso, sino una fórmula valedera (mamá de mamá) para designar su preeminencia familiar. Y como quiera que su esposo legalmente reconocido, don León de la Lastra, compartía con ella bienes, títulos y dignidades, dejó, asimismo, de ser el *abuelo* para pasar a ser *papá León*, eufemismo que su hijo Vidal, único varón de su prole, calificó como «la típica patochada de mamá», en tanto sus hijas Zita y Cruz, rendidas admiradoras del ingenio materno, lo aceptaron a cierra ojos.)

Papá León se acarició la rala barbita amarillenta, miró a su nieto a través de los ovalados cristales de sus lentes, enarcando las débiles cejas (que se repetían en profundas arrugas a ambos lados de la frente), y respondió con candorosa solicitud:

—Ji, ji, ji. Claro que puedes ser héroe sin morirte, aunque es más fácil serlo con cuatro tiros en la barriga.

La cuitada sonrisa del pequeño ya demostraba sus preferencias por el heroísmo de supervivencia, pero todavía quiso garantizar más su integridad:

—¿Y sin quedar cojo, ni nada?

—Sin quedar cojo, faltaría más —tornó a reír papá León con su espontánea risa de colegial al tiempo que trataba de inmiscuirse en el proceso especulativo de su nieto—: pero ¿puede saberse qué mosca te ha picado hoy?

El niño quedó unos instantes pensativo y, sin responder, se arremangó torpemente la manguita de su jersey y señaló con el brazo desnudo la gran bocina verde del fonógrafo que reposaba sobre el bargueño del rincón:

—Si pones música de tu guerra —dijo en tono confidencial— te voy a decir un secreto.

Papá León había acogido, en su día, el nacimiento de su nieto con ese júbilo desproporcionado de quienes únicamente consideran a los varones dignos propagadores de la estirpe. A las niñas, Crucita y Flora, apenas les prestó atención, pero en el bebé mofletudo que llegó en tercer lugar y cuyos berridos denotaban dotes de mando y viriles exigencias, vio no sólo un altivo heredero, sino un soldado digno de recibir el testigo. Acuciado por la mirada inocente del bebé, papá León reconstruía a menudo los gloriosos días del asedio de Bilbao, la calculada estrategia del general De la Concha y el valor temerario de don Cástor Arrázola, a quien durante más de un año sirviera de ayudante de campo. Aquel niño venía a encarnar cuanto de valioso y audaz atesoraba su pasado —su oposición a don Amadeo y a la República, su probada fidelidad a la legitimidad de don Carlos— y papá León se miraba en él, velaba sus sueños, vigilaba sus comidas, curioseaba sus atributos y, tan pronto empezó a valerse por sí mismo, solía conducirlo a su gabinete, lo sentaba en la descalzadora y le hacía escuchar durante horas marchas militares en el viejo fonógrafo. Más tarde, cuando Gervasio creció, se complacía en relatarle episodios bélicos, tan a lo vivo que el niño, desde los cuatro años, empezó a considerar pasatiempos melifluos los cuentos de hadas que le narraba tía Cruz durante las largas convalecencias de la gripe:

—¿No te gusta el cuento?

—No, tía.

—¿Por qué no te gusta el cuento?

—Es de niñas.

—¿Quién te ha dicho a ti que es de niñas?

—Yo, tía.

La tez blanca, harinosa, de agosto de circo, de tía Cruz se encendía levemente, recogía la calceta y se iba al cuarto de costura, a desahogarse con su hermana:

—Zita, no me extrañaría nada que papá León estuviese metiendo en cantares al pequeño. Lo encuentro raro.

Luego, cuando Gervasio refería el incidente a papá León, éste se atragantaba de tanto reír, le propinaba un golpecito con la yema del dedo índice en lo alto del pecho,

en el esternón, y le decía con un guiño cómplice:

—Tú eres un soldado, ¿eh, perillán?

El aplomo del niño le había impresionado ahora, hasta el extremo de que sus manos esqueléticas, surcadas de azules venitas relevantes, no acertaban a acoplar la trompa al carro del fonógrafo, ni a darle cuerda. Cuando al fin lo consiguió y sonaron despintados los primeros compases, Gervasio, acodado en la mesa camilla, quedó inmóvil, la fina cabeza ladeada, fijos los ojos pajizos, la oreja alerta (como el *Don*, el viejo braco del que papá León se acompañaba para cazar la sorda en los robledales vascos con sus conmlitones Trifón de la Huerta y Mikel Lekuona a finales de siglo), y, conforme el chinchín de la marcha se fue afirmando, adquiriendo ritmo y vivacidad, el niño fue adelantando su bracito desnudo hasta colocarlo bajo las barbas entecas del abuelo:

—Mira —dijo con voz húmeda.

Don León de la Lastra aproximó sus lentes de présbita al antebrazo del pequeño y observó estupefacto cómo los minúsculos pelitos rubios que lo recubrían iban erizándose uno a uno, como tropilla que se yergue al toque de llamada, y la piel se escarapelaba, como alón de pollo:

—Pero... pero ¡se te ha puesto carne de gallina!

Su agudo tono de voz se tornaba casi grave al registrar el fenómeno, pero el niño seguía imperturbable, el bracito desnudo sobre la mesa, hasta que papá León, desconcertado, se puso en pie y desconectó el fonógrafo. Gervasio pareció salir entonces de su ensimismamiento, miró sorprendido a su abuelo, se bajó la manguita del jersey y, como un dócil paciente tras la meticulosa exploración del doctor, se quedó con los brazos cruzados esperando el diagnóstico. Pero papá León, desencajado ante la inesperada revelación, sólo acertó a decir:

—¿Cuánto... cuánto tiempo hace que te ocurre esto? —sus anteojos, de montura de hilo de plata, resbalaron hasta la punta de la nariz.

El niño levantó los hombros avergonzado, como si le atribuyese una acción reprobable:

—Desde Navidades —dijo.

—Y, dime, hijo —prosiguió el abuelo—, aparte la piel de gallina, ¿qué notas? —cruzó una pierna sobre otra (el muslo se traslucía a través de la franela del pantalón, delgado, tieso y duro como una maroma) y aproximó el rostro al de su nieto:

—Como frío por la espalda; como si la espalda se me hiciese de gaseosa.

—¿De gaseosa? —sonrió—. Es curioso. ¿Y únicamente te sucede esto cuando oyes música?

—Sí, abuelo —trasgredió la norma—. Pero tiene que ser música de tu fonógrafo.

De esta manera empezó a desvelarse la singularidad del pequeño Gervasio García de la Lastra. El sábado siguiente, 11 de febrero, en la bulliciosa velada familiar, ante los pesados muebles y los oscuros cuadros del salón (presididos por una copia de la *Resurrección*, del Giotto, que coronaba la chimenea, cuyo centinela dormido, al decir

del tío Vidal, era un vivo retrato de mamá Zita), papá León, después de una serie de rodeos y circunloquios, comunicó a sus hijos e hijos políticos su descubrimiento: Gervasio, su nieto, parecía llamado a muy altos destinos; tal vez a ser un héroe. La música militar le conmovía hasta tal punto que operaba en él una auténtica metamorfosis.

Como solía acontecer en las semanales reuniones familiares, las reacciones fueron encontradas y violentas. Tía Cruz se emocionó, siquiera la palidez de yeso de su cutis apenas dejara traslucir sus sentimientos. Su marido, don Felipe Neri Luna, comandante de Caballería (que desde hacía unos minutos luchaba con la náusea que bullía en el lado derecho de su estómago y se manifestaba en las muecas viscosas de sus labios descoloridos), comentó, con voz insegura, que algo indefinible en los ojos del pequeño le había llevado a pensar en ocasiones que no era un niño como los demás, comentario que espoleó al tío Vidal (celoso de la propia progenie, sentado en el diván recamado junto a tía Macrina, su esposa, frente a la copia de la *Resurrección* del Giotto) y le llevó a vocear que papá León, «con sus dichosas historias de guerra y sus músicas celestiales, era el responsable de los trastornos del niño», lo que aparte un grave delito, era un abuso de autoridad. Tía Macrina, su esposa (que tenía muy juntos los hermosos ojos garzos y una nariz incorrectamente respingona), se solidarizó con su marido y agregó, con lúcida pertinencia, que le dijeran de un niño, uno solo —recalcó— que a los siete años no hubiese aspirado a ser héroe o bombero. Su apostilla hirió en lo más hondo a mamá Zita, la más directamente afectada y a quien las palabras de papá León habían sonado a elogio (algo así como si hubiese vaticinado para su nieto Gervasio el capelo cardenalicio), lo que la indujo a recabar el «orgullo de ser madre de ese niño que escapaba de la norma» y a encarecer comprensión de quienes no habían tenido «la misma suerte», alusión que tío Vidal cogió al vuelo y le obligó a levantarse e ir hacia ella fuera de sí, murmurando entre dientes su vocablo preferido para motejar a sus hermanas: «Majadera, majadera, majadera». Acto seguido, con ese refinado menosprecio que los hijos varones únicos suelen sentir hacia sus hermanas, le voceó que no creyera que el heroísmo era una profesión, sino un don que un buen día bajaba del cielo para adornar tal vez al ser más insignificante del mundo, a lo que papá León, ufano de la polvareda que había armado, argumentó que eso no impedía que Dios manifestase sus preferencias mediante un signo visible, y que cuando él afirmaba que su nieto Gervasio parecía «llamado a muy altos destinos», no lo hacía sin fundamento, sino basándose en «una serie de indicios» que había observado en él. La calva rosada y brillante de tío Vidal empezó a girar entre las sombras oscuras de los muebles como un satélite, denegando con impaciencia, y tío Felipe Neri, que momentáneamente había conseguido acallar la náusea, se dirigió a papá León, preguntándole si es que «aparte de los deseos manifiestos del chiquillo» se había producido alguna señal que los corroborase, a lo que papá León, con su mirada ladina, sus ralas barbitas amarillas, asintió por dos veces, para sentenciar, al cabo, con su vocecita atiplada, «¡Pues naturalmente que se

han producido!», exclamación que tío Vidal acogió con gesto socarrón y una risa hueca, huérfana y destemplada, tratando de destruir el clima mirífico que se iba creando en la reunión, y que se acentuó una vez que papá León arrastró sobre la alfombra de nudos el velador de caoba (en el que previamente había colocado el fonógrafo) hasta el centro de la sala, y rogó a su hija en un aparte, como si todo hubiera sido ensayado:

—Cruz, ¿te importa traer al pequeño?

Y tan pronto como tía Cruz compareció por la puerta del falsete con el niño de la mano y papá León le dijo, «No te asustes, hijo, vamos a hacer una prueba», y le remangó el jersey hasta los codos, colocándole ante el velador con los desnudos bracitos en alto, se abrió en el salón un silencio expectante. Ante los atónitos ojos de la concurrencia, papá León pulsó el resorte, el rodillo giró y los compases marciales y románticos de *Boinas rojas* (un tanto rasposos, un tanto agrios, un tanto distantes, debido a la antigüedad del cilindro) se difundieron por la sala. Y, conforme el tono de la pieza se enardecía, los rubios pelitos acostados de los antebrazos de Gervasio empezaron a enderezarse, al tiempo que su piel, asedada y suave, se erizaba como la superficie de un líquido que entrara en ebullición. Los pasmados ojos de los asistentes, pendientes de los brazos del niño, no repararon en los pelos del colodrillo, que igualmente se iban levantando, ni en el flequillo, encrespado como si Gervasio caminara contra viento, ni en el despeluzamiento progresivo de las templeas y la morra que, al ahuecar su cabeza, convertían al pequeño en un monstruito de barraca de feria. Papá León, que había buscado la sorpresa ajena, no salía de la suya, enarcaba estupefacto la ceja derecha (triplicada por las arrugas de la frente) y, al observar la inesperada propagación del fenómeno, voceó con excitación senil:

—¡Ojo, la cabeza, daos cuenta! ¡La cabeza también!

En un arranque histérico, entre emocionado y aprensivo, tía Cruz tomó una mano del pequeño entre las suyas, como para protegerlo de algún mal, y chilló: «¡Está helada!», mientras mamá Zita, asustada, se cubrió los ojos con las manos y murmuró en un tono indescifrable: «Hijo mío, hijo mío», pero el niño, pagado de su protagonismo, permanecía quieto, entrecerrados los ojos, los espeluzados bracitos levantados, prietos los labios, los cabellos desbocados apuntando al techo. En ese instante se apagó la luz, tía Macrina gritó, «¡Basta ya; esto es cosa del diablo!», tío Vidal gruñó, papá León se interpuso entre sus hijos y el fonógrafo, tío Felipe Neri hizo unos ruiditos extraños como si chupetease algo, con lo que la reunión, apenas iluminada por las rojas brasas de la chimenea, adquirió una apariencia fantasmagórica. La pulida calva de tío Vidal giraba en la penumbra, y su voz de yunque sobrecogió a los presentes:

—¿Es que pretendéis que el Vaticano nos excomulgue a todos? ¡Esto es peor que una misa negra!

Mamá Zita gritó angustiada: «¡El niño, el niño!» y, en ese momento, volvió la luz. Gervasio continuaba inmóvil, los bracitos en alto, los ojos entreabiertos, los cabellos

encrespados, pero, a medida que se agotaba la cuerda del fonógrafo y la marcha languidecía, los antebrazos iban recobrando su habitual tersura, el vello rubio se doblaba, la enorme cabeza aleonada se reducía a ojos vistas como un globo que se desinfla. Repicado aún, advertía en derredor un revuelo de expectación, pero tan pronto papá León desconectó el aparato, bajó los brazos, volvió la cabeza y envió a mamá Zita una sonrisa que ella agradeció estrujándole medrosa contra su pecho, como si el pequeño, en el experimento, hubiera enajenado algo de su terrenidad.

A Gervasio le envanecía sentirse centro de la atención general, promotor de la airada y gesticulante controversia que tenía lugar ante sus ojos, pero como si intuyese que el proceso no se desarrollaría totalmente en su presencia, simuló un sueño invencible, problema que mamá Zita resolvió acostándolo en un sillón de la biblioteca, donde apenas alcanzaba la luz de la sala. De vuelta, mamá Zita se topó en la puerta con tía Cruz y ambas se abrazaron en silencio, emocionadas, y aquella musitó entre lágrimas: «Se diría un presagio del cielo», pero tío Vidal, que andaba al quite, volvió a gritar «¡Majaderías, majaderías, puros fenómenos físicos!», y tía Cruz, en los brazos de su hermana, le indicaba por señas la proximidad del niño, para que bajase la voz y no lo despertase. Pero Gervasio, arrodillado en el butacón, observaba la escena por encima del respaldo, veía los cómicos visajes de papá León, culeando, tratando de proteger el fonógrafo del alboroto, y a tío Felipe Neri acercarse a tía Cruz, besarla en la frente y murmurar: «Portentoso, portentoso», apretando los párpados, como si convocase a una lágrima remisa, en tanto tía Macrina, proclive como buena madrileña a ver provincianismo en los modales y manifestaciones de sus cuñadas, que casi le doblaban la edad, las llamaba crédulas y papanatas, lo que dio ocasión a su marido para vocear de nuevo, «Majaderías, majaderías, puros fenómenos eléctricos. El cuerpo humano es como una pila de Volta». Y, conforme discutían, el grupo, convertido en una olla de grillos, se iba desplazando hacia las puertas correderas, pero, antes de que nadie las abriera, mamá Zita se interpuso y, limpiándose una lágrima furtiva con un pañuelo de encaje, levantó sus mansos ojos bovinos y encareció:

—A Telmo ni una palabra, os lo suplico. Sería horrible que esto llegara a sus oídos.

Tío Vidal, a quien indignaba que las mujeres se dieran importancia, sonrió con desprecio y objetó que nada tan grotesco como atribuir influencias sobrenaturales a miembros de nuestra propia familia por hechos nimios, fácilmente explicables, y que recordaran sin más el bochorno del abogado Emigdio de Lucas, cuando editó un impreso canonizando, o poco menos, a un hijo suyo muerto meses atrás, pero tía Cruz, a quien los desplantes de su hermano acobardaban desde niña, le daba golpecitos complacientes en el antebrazo, llamándole herejote, tratando de aclararle que lo de Emigdio de Lucas era cosa distinta, que aquí nadie pretendía beatificar a Gervasio, mas el acaloramiento de tío Vidal, lejos de remitir, aumentaba, y, rehusando altivamente la controversia con una mujer, gesto muy suyo, se encaró con papá León

y lo acusó de haber convertido la casa en un manicomio, con su fonógrafo y su guerra, imputación que el abuelo escuchaba achicado, mirándolo a través de los cristales de los lentes, con sus pupilas fijas, como dos lentejas, las cejas multiplicadas en arrugas sobre la frente, mudo, sin osar darle réplica, como un párvulo, hasta que, una vez que mamá Zita abrió las puertas correderas, se escabulló pasillo adelante y no se detuvo hasta tropezar con la Amalia, la doncella, que tocada de cofia sostenía muy erguida la puerta de la calle, como cada vez que oía la doble timbrada de advertencia de mamá Zita. Y tras los tíos Macrina y Vidal, que comentaban excitados las incidencias de la noche, bajaron tía Cruz y tío Felipe Neri, sobrecogidos, en reverencioso silencio, como si acompañaran al Santo Viático, en tanto papá León observaba a todos por encima del hombro de la Amalia con mal reprimido enojo, como un niño que, harto de jugar toda la tarde con un amigo posesivo, viera su marcha con alivio para poder seguir jugando él solo con sus juguetes.

Dos días más tarde, al regresar Flora y Gervasio del colegio, papá León les chistó desde la puerta de su gabinete y, después de asegurarse de que en el oscuro pasillo no había nadie, se encerró con ellos, recomendándoles silencio. Descubridor de la peculiaridad de su nieto, se proponía fijar sus límites, pero consciente de la hiperesesia familiar, había resuelto actuar con discreción y evitar que el niño fuera presa de engañosos estados emocionales. Así, en principio, se interesó por los estímulos, esto es, si Gervasio, sensible a la música militar, reaccionaba tan vivamente ante incentivos de otra índole. El niño representaba su papel de protagonista adoptando una fatigada actitud de disponibilidad (análoga a la que mostraba ante don Justino, el médico de familia, cuando éste tamborileaba sobre su vientre con sus dedos cortos y expeditivos para medir el alcance de una indigestión), reservando su aire jactancioso para su hermana Florita, que, en su relación con él (por edad, vivacidad e imaginación), había llevado siempre la voz cantante. Ahora, en cambio, cada vez que papá León, en sus pesquisas, les relataba historias de santos, el niño miraba a su hermana por encima del hombro como diciéndole: «Si yo quisiera, podría ser como ése», mientras el abuelo escudriñaba la morra y las templeas del pequeño, por ver si se producía alguna alteración. Pero la prueba literaria fue un fracaso; ni la hagiografía, ni las epopeyas, ni las leyendas despertaron en el niño la menor emoción. Tan sólo si papá León las acompañaba de un tenue fondo musical Gervasio se conmovía y hasta podía llegar a producirse un conato de ostento. Esto le llevó a orientar la investigación por otro lado. Apeló a los grandes maestros (Beethoven, Mozart, Haydn, Bach, Chopin, Schubert), pero Gervasio escuchaba las piezas, rollo tras rollo, impasible, salvo una tarde, en que, ante el «Coro de los esclavos» del *Nabucco* de Verdi, los pelos del colodrillo se inquietaron y por dos veces le abanicaron el cogote, en trance de erizarse. Paciente, objetivo, metódico, científico, responsable, papá León intensificó su exploración, tanteó esto y aquello (orfeones, masas corales, música sinfónica, óperas), pero los resultados fueron nulos, de lo que dedujo que la epidermis del niño sólo se alteraba con música militar y, si

acaso, débilmente, por pura simpatía, con coros masculinos muy vigorosos que, por su virilidad, pudieran sugerir la marcialidad. Después de cada sesión, como despedida, el abuelo emplazaba en el fonógrafo un cilindro de viejas marchas simplemente para recrearse en el despliegue capilar del nieto y examinar de cerca los disparados cabellos sobre los que colocaba la palma de la mano temblona y comentaba para sí: «Son fuertes y punzantes como alfileres». Mas aquellas sesiones interminables aburrían a Florita, que, persuadida de que el fenómeno era deliberadamente provocado por su hermano, aunque desconociera la técnica a emplear, apenas prestaba atención.

Los jueves, papá León recibía a sus conmlitones Lucio Viana y Trifón de la Huerta y jugaban al tresillo durante largas horas en el gabinete, por lo que los experimentos con Gervasio habían de anticiparse, pero un día en que el abuelo se demoró, don Trifón sorprendió al niño en pleno trance y papá León, incapaz de ocultar por más tiempo el secreto a su amigo de juventud, apuntó tímidamente:

—Ahí tienes a mi nieto de muestra, Trifón. ¿Qué te parece?

Y don Trifón de la Huerta, hombre bien barbado a lo largo y a lo ancho («barbas marxistas», decía tío Vidal), que había cazado sordas con Mikel Lekuona y el abuelo en los espesos bosques de Durango, se aproximó al niño, le inspeccionó de arriba abajo como a un animalillo raro, y sentenció con voz profunda:

—Es cierto que recuerda al *Don* cuando hacía la parada. También a él se le erizaban los pelos del espinazo, ¿recuerdas?

Mamá Zita, que a partir del primer repeluzno atendía al niño con medroso distanciamiento, como a algo santo o diabólico, no osaba acariciarle la cabeza, y si, por azar, se la rozaba al bañarle por las mañanas en la bañera de zinc, sentía una especie de descarga, lo que acrecentó su respeto y la indujo a interponer una esponja entre su mano y la pelambreira del pequeño. Y con objeto de que su hijo no atribuyese a desapego lo que, en el fondo, era homenaje, le formulaba durante el aseo preguntas triviales, sin forzar la respuesta, como diciendo: «Si no quieres no me contestes; lo que me interesa que sepas es que estoy a tu lado». Y cuando le veía corretear por el pasillo o regañar por naderías con su hermana Flora, se decía conmovida: «Viéndole así, parece un niño corriente». Pero cada vez que evocaba el ostento del 11 de febrero, la eclosión de su cabello, los pelos como cohetes, escuchando *Boinas rojas*, se estremecía y las lágrimas afluían dulcemente a sus ojos. Mamá Zita, mujer de ideas religiosas primarias, identificaba heroísmo y santidad, propendía a ver en su hijo antes al devoto que al valiente, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y, en sus flébiles ensueños, conducía a dramáticas situaciones plásticas: Gervasito decapitado, la cabeza erizada dentro de un balde, y, alrededor, un coro de infieles (ella casi podría asegurar que eran negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tam-tam. La representación de la escena era tan vívida y la relataba con tal lujo de pormenores, que ambas hermanas se miraban y rompían a llorar desconsoladas, cogidas de las manos, los ojos en los ojos, interrogándose por lo único que quedaba

por dilucidar: «dónde, cuándo, cómo». Y tía Cruz, elevándose después a las más altas cimas místicas, divagaba en torno al amor de Dios y sus inescrutables designios, para terminar preguntando a mamá Zita por papá Telmo, si sabía algo sobre el particular, a lo que mamá Zita, alarmada, replicaba que eso lo último, que antes la muerte, que encontraba a Telmo especialmente distante esta temporada, porque era incuestionable que la medicina naturista, sobre desmerecer en el aspecto social, inducía al hombre al materialismo.

Una tarde, hallándose ambas hermanas de charla en torno al costurero, irrumpió papá León desaliñado, las zapatillas en chancleta, mostrando el pijama por el escote del batín y, por los bajos, dos pantorras depiladas, delgadas y blancas como dos palos. Los lentes sobre la punta de la nariz, en sus ojillos brillaba aquella chispa pueril de conjurado que ambas hermanas conocían de atrás. Cerró la puerta con cuidado, se llevó un dedo a los labios y, aproximándose a ellas de puntillas, se sentó en el borde del canapé y empezó a hablar ingenuamente de sus experiencias con Gervasio, precisando que al niño no le seducía el martirio sino el heroísmo castrense y, sin reparar en las miradas reprobatorias, casi indignadas, de mamá Zita, puntualizó que, tras un mes de investigaciones, podía concluir que la sensibilidad del pequeño únicamente vibraba con las marchas militares y que si, por excepción, reaccionaba ante otros estímulos, se trataba con seguridad de coros masculinos muy vitales que, de alguna manera, evocaban el desfile de los soldados.

Mamá Zita, sin poderse contener, se había puesto en pie, rígida, descompuesta, y lo miraba como diciendo, «Conque experiencias tenemos, ¿eh?», «Conque marchas militares, ¿eh?», «Conque otros estímulos, ¿eh?», de tal manera que, cuando avanzó resuelta hacia el canapé, papá León se incorporó, encogido, como un can apaleado, y cerró los ojos ante la avalancha que se le venía encima. Mamá Zita le voceó, entonces, que se habían acabado los experimentos, que Gervasio era un niño, no un cobaya, y que si continuaba con ellos agarraría «el trasto ese» (mamá Zita se refería al fonógrafo) y lo tiraría al cubo de la basura. Papá León, que poco a poco había abierto los ojos, protegía los lentes con el antebrazo, reculaba en actitud defensiva y sus labios rojos, entre las ralas barbitas, mascullaban justificaciones, pero mamá Zita le asediaba, y, sin concederle tregua, le advirtió, «por última vez», que dejase en paz a Gervasio, que se mantuviese al margen del asunto, ya que si un día el Señor tenía a bien manifestar sus preferencias por él, ahí lo tenía, sin necesidad de su mediación. Ante tamaño acoso, papá León dio media vuelta y escapó como un perrillo amedrentado por la puerta que mamá Zita sostenía, arrastrando los pies, mientras su hija volvía a cerrar aquélla y se sentaba frente a su hermana, el costurero por medio, la sotabarba fruncida como el ángel dormido de la *Resurrección* del Giotto:

—Discúlpame, Cruz —dijo con voz temblorosa—. Tal vez me haya excedido con papá, pero estoy muy nerviosa esta temporada. No puedo soportar que maneje al niño como a una rata de laboratorio. Eso, por de pronto, se ha terminado.

II

Un oblicuo rayo de sol atravesaba los cristales del mirador y proyectaba sobre el papel rameado de las paredes las inquietas cabezas de los niños. En los cristales bajos, protegidos por barritas doradas, revoloteaba un moscardón azul que saltaba de uno a otro tan rápido como si rebotase:

—Los hombres sólo vienen de noche; a estas horas no viene nadie —dijo la niña defraudada.

Los cuarterones estaban entornados y, a la luz del rayo polvoriento que se adentraba en el salón, los muebles macizos, de madera noble, y las cornucopias y cuadros de marcos dorados parecían adormecidos en una prolongada siesta. En chaflán, frente al mirador (en la encrucijada de dos calles angostas), se alzaba el Friné, un café cantante que, en invierno, salvo sábados y domingos, únicamente abría de noche, y a los dos pequeños les fascinaban aquellas puertas abigarradas como de barraca de feria, flanqueadas por dos faroles rojos que, al oscurecer, derramaban sobre la lóbrega tenebrosidad de la calleja un rojizo resplandor fantasmal. Mamá Zita les tenía prohibido asomarse al mirador, pero ellos lo hacían, a escondidas, zafándose de su vigilancia y del ojo alerta de la señora Zoa, porque aquellos hombres que llegaban al Friné les cautivaban; lo hacían subrepticamente, como ladrones, procurando asegurarse de que nadie los veía, los cuellos de los gabanes levantados, vencidas las alas de los sombreros, impacientes a la llegada, furtivos y recelosos a la salida, como si tuvieran algo de que esconderse. Los domingos azules de primavera, a mediodía, sin hombres merodeando por los alrededores, las mujeres del Friné, muy maquilladas, con los cabellos sueltos (muchas de ellas teñidas de rubio) y batas chillonas, se asomaban a los balcones, encima del café, y parloteaban incansables unas con otras, se reían y alborotaban como pájaros, fumando cigarrillos en largas boquillas de hueso con anillos de oro. A los pequeños les atraía este espectáculo pero si, casualmente, mamá Zita o la señora Zoa los descubrían, armaban una trifulca y los sacaban del mirador a empujones, regañándoles, y no paraban hasta verlos encerrados en el cuarto de jugar. Cada vez que esto ocurría, Gervasio y Florita, desesperados y sin recursos, solían sentarse ante el balcón que daba a la calle de las Brígidas y, recogiendo los visillos, jugaban durante horas a los entierros.

Una mañana, papá Telmo sorprendió a mamá Zita reprendiendo a los niños, y, desde el umbral del aseo, con la cara enjabonada y los pies descalzos, como era su costumbre, indagó jovialmente qué ocurría, pero mamá Zita bajó tanto la voz que Gervasio sólo pudo captar dos palabras («malas mujeres»), y entonces, papá Telmo rompió a reír, con aquella su risotada gorda, entre ácida y socarrona, e indagó si no sería más didáctico enseñarles que esconderlos, a lo que mamá Zita replicó tan aprisa y malhumorada que ninguno de los dos niños pudo entender su respuesta.

No obstante, el sábado siguiente, Florita preguntó a tía Cruz qué era aquella casa con la puerta de colorines que se abría frente al mirador, y la tía, sin alterarse dijo:

«Ah, un colegio». Y Florita: «¿Un colegio de niñas tan mayores?», pero el tío Felipe Neri, que ya andaba carraspeando y torciendo la boca a causa de los ácidos del estómago, salió al quite y, después de doblar cuidadosamente el gabán sobre la barra dorada del perchero, se volvió hacia los niños y preguntó:

—¿Dónde anda Crucita?

—Tomando el té con mamá.

—¿Ya no se le ponen las manos rojas?

—Sí, pero en casa dice que no le importa.

Tío Felipe Neri, con su pelo color ceniza, partido en dos mitades por una raya, y sus lentes de montura de oro, hizo por sonreír pero prevaleció el rictus amargo de su boca. Los tíos Cruz y Felipe Neri eran padrinos de bautismo de Crucita, la sobrina predilecta, y, en el buen tiempo, antes de marchar de veraneo a Fuenterrabía, la invitaban a la horchatería de Simón Beade a beber horchata, y en invierno, durante el curso, a la sala azul del Círculo a tomar té completo (aunque últimamente Crucita procuraba evitar el té porque le enrojecía las manos) y, en cualquier caso, ante mamá Zita, reconocían derretidos que aquella chiquilla alta, de ojos verdes, arrogante, reunía todas las cualidades que hubieran deseado para una hija que no pudieron tener. Incluso los morritos despectivos de Crucita, sus aires de grandeza, sus desplantes con la gente de alpargatas, hacían gracia a tío Felipe Neri, que comentaba: «Tiene porte de princesa. Le desagrade la chusma». Y era cierto que Crucita, corrigiendo la corpulencia de mamá Zita, tenía un porte majestuoso y sus descarados ojos verdes traslucían aristocratismo. Erguida, delgada, cimbreante, Crucita adolecía, sin embargo, de un defecto que le impedía ser el arquetipo de la quinceañera perfecta: no tenía pechos, defecto que para Gervasio, su hermano, atento observador de la vida en torno, constituía un serio motivo de preocupación:

—¿Por qué no tiene tetas Crucita?

Y Flora, que alimentaba un original concepto de la causalidad, respondía sin vacilar:

—Ha crecido toda hacia arriba. Es demasiado flaca.

La falta de pechos de Crucita era uno de los temas de conversación habituales en la cocina, por más que siempre, tras las más peregrinas discusiones, se llegara a los mismos resultados: para la señora Zoa la Crucita era demasiado dura para tener tetas, mientras para la Amalia la Crucita no tenía tetas porque era rica y las tetas constituían el privilegio de los pobres, que otra cosa no, pero ella no había conocido a una sola mujer pobre sin tetas. Este defecto no representaba, sin embargo, para los tíos Cruz y Felipe, una rémora grave, algo que deteriorase la belleza esplendorosa de su ahijada.

Habituado a la disciplina tiránica de la úlcera, tío Felipe Neri era un ser metódico y ordenado, hasta el extremo de que cada vez que en su vida surgía una novedad significativa abría un cuaderno donde anotaba todo lo referente a ella. Así, debidamente clasificados, guardaba en su buró un dietario profesional (ingreso, academia, destinos, ascensos, haberes, masita, trienios, uniformes, etc.), otro

matrimonial (noviazgo, petición de mano, boda, viaje, efemérides, ritmo de reglas y relaciones sexuales, ginecólogo, etc.), un tercero de enfermo (primeros síntomas de la úlcera, médicos, diagnósticos, tratamiento, períodos de remisión, recidivas, eclosiones primaverales, etc.) y uno más relativo a Crucita (nacimiento, peso, desarrollo, ombliguito, primera palabra, sarampión, etc.). A través de estos cuadernos, debidamente datados, no resultaba difícil reconstruir los raíles sobre los que la vida de su autor había discurrido. Ahora, de pronto, a sus cuarenta y seis años, cuando ya no esperaba sorpresas, en un punto de madurez más propio para cerrar cuadernos que para abrirlos, había surgido el episodio de Gervasio, aquellas extrañas manifestaciones capilares que tanto le habían conmovido. El sábado 11 de febrero de 1927, tío Felipe Neri, apenas se vio en casa, tomó un cuaderno negro, de pastas de hule, del cajón inferior del escritorio, lo abrió, estampó una cruz en lo alto de la página cuadriculada, conforme a inveterada costumbre, y debajo escribió con esmeradas versales: CUADERNO DE GERVASIO. El punto de la pluma permaneció un rato vacilante, describiendo pequeños círculos en el aire, antes de posarse sobre el papel para consignar: «Abro este cuaderno, dedicado a mi sobrinito Gervasio, bajo una hondísima impresión, ya que el pequeño, a juzgar por ciertos indicios, parece predestinado para muy altos destinos. Anoche, en la velada familiar, en casa de mi padre político don León de la Lastra, el niño quedó en trance cuando escuchaba una marcha militar, la piel se le escarapeló y se le pusieron de punta los pelos de la cabeza. Dada su intensa palidez y el rubicundo cabello nimbándola, la faz del pequeño recordaba la Santa Hostia dentro de una flamígera custodia de oro. Vidal, mi hermano político, proclive al materialismo, atribuye la crispación a meros fenómenos eléctricos, pero yo entiendo que, para un hombre de fe, el fenómeno ofrece unos perfiles cuando menos inquietantes...». Fechas más tarde, en plena, fervorosa exaltación, tío Felipe Neri añadió: «Prudente y ecuánime, mi cuñada Zita se ha negado a que don León, mi padre político, haga de mi sobrino Gervasio un cobaya experimental. Es preciso dejarle vivir una vida de normalidad y ya el Señor, de considerarlo discreto, se encargará de mostrarle el camino a su debido tiempo. Las últimas pruebas parecen confirmar que los éxtasis del pequeño responden a estímulos marciales, lo que acredita que, en contra de la creencia originaria de Cruz y mía, no hay santo en ciernes, sino héroe. ¡Loado sea Dios!».

Ante la inesperada novedad, la inclinación afectiva de tío Felipe Neri se dividió, y si su mitad civil permaneció fiel a su ahijada Crucita, su mitad castrense se decantó por Gervasio, objeto de tan grandes esperanzas en aquellos días. En cualquier caso, los sobrinos (incluidos los dos pequeños de tía Macrina) agotaban su capacidad de ternura, de acuerdo con la máxima lapidaria que estampó en el cuaderno de Crucita la noche de su nacimiento: «Los tíos sin hijos son los abuelos de sus sobrinos». Fieles a este postulado, su esposa y él veían el mundo a través de los pequeños, los sacaban de paseo, cuidaban sus enfermedades, controlaban su conducta, los agasajaban, ahorraban para ellos, y los domingos y festivos, por riguroso turno, uno de ellos

compartía su almuerzo y, al concluir, en inalterable rito, disputaban un cuproníquel a la brisca, partida que indefectiblemente ganaba tío Felipe Neri, e, indefectiblemente también, en un repetido alarde de liberalidad (que formaba parte de su austero sistema educativo), entregaba al sobrino invitado:

—Toma, para tus gastos.

A Gervasio, orgulloso de su ostento, antes que las muecas de tío Felipe Neri le intrigaba la hiriente blancura del rostro de tía Cruz, que tanto envidiaban mamá Zita y tía Macrina. A él, sobre desagradarle su crudeza, le molestaba que aquellas mejillas, tan semejantes al yeso en coloración y textura, pinchasen como cardos al besarlas. La primera vez que lo advirtió, había corrido desalado hacia Florita en busca de una explicación, y la contundente respuesta de su hermana le dejó boquiabierto:

—Tía Cruz se afeita y huele a vieja desde el año catapún. ¿Es que no te habías fijado?

—¿Y a qué huelen las viejas?

—A agua muerta.

—¿Y qué es agua muerta, Flora?

—El agua parada; la que no corre.

Ahora, en el mirador, Gervasio observaba las parábolas alocadas del moscón azul por encima de sus cabezas. Una mujer madura con cinta rosa en el pelo y tintineantes pulseras de bisutería había aparecido en un balcón del Friné sobre la F del rótulo, y, vuelta de espaldas, levantaba los ojos y llamaba a Raquel con una voz ronca, erosionada, sin que Raquel compareciese. Gervasio volvió perezosamente la cabeza hacia ella. Una cierta rigidez de nuca obligaba al niño a girar la cabeza con lentitud, como si padeciese problemas motores. La vecindad de su hermana activaba su imaginación:

—¿Y por qué se afeita tía Cruz si es mujer?

—Porque las mujeres, al hacerse viejas, se vuelven como hombres y los hombres como mujeres. ¿No lo sabías?

Los ojos grises, con felinos cercos amarillentos, de Gervasio expresaron desconfianza:

—¿Es verdad eso o te lo estás inventando?

La niña hizo una cruz con dos dedos y la besó:

—Mira papá León —dijo como prueba incontrovertible.

Gervasio no salía de su asombro:

—¿Es mujer papá León?

—Todavía no, pero poco a poco se está haciendo. ¿No te has fijado en su voz?

Gervasio admitió que la voz del abuelo era atiplada como la de una mujer y sus manos, pequeñas, traslúcidas y sin vello (también femeninas), azuleaban en el anverso, por mor de las venas, como los ríos de los mapas de la hermana Luciana en el colegio. Arguyó empero:

—Pero papá León tiene barbas.

—Sí, pero son blandas y se le están cayendo.

Las barbas de papá León eran, en efecto, inconsistentes y ralas y, a través de sus pelos lacios, clareaba el mentón, apenas un hueso pugnaz, revestido de piel, y, cuando reía, en espasmos uniformes y crocantes, las amarillentas barbitas rilaban como si las agitase el viento. Y, al comer, en especial en las solemnes conmemoraciones familiares en las que, al decir de tía Cruz, le vencía la gula, se le ponían aceitosas como la piel de la marta cebellina.

Unos días después de la visita clandestina al mirador, Florita cayó en cama con gripe. Al margen de sus salidas extemporáneas, la niña tenía una cualidad impropia de su edad: era paciente, sabía esperar. Así, cuando tía Cruz la visitó por la tarde y se sentó a los pies de la cama, la calceta entre los dedos, dispuesta a contarle un cuento, la niña reanudó la conversación interrumpida días antes como si no hubiera transcurrido el tiempo:

—Tía —dijo—: ¿por qué esas mujeres tan mayores van al colegio?

—¿De qué mujeres hablas, Florita?

—De las señoritas de ahí enfrente, tía.

—¡Ah!, las señoritas de ahí enfrente. Te traen a ti muy preocupada, por lo que veo, las señoritas de ahí enfrente. Verás, en realidad, se trata de un colegio especial —carraspeó—: un colegio para señoritas descarriadas.

—¿Yo soy descarriada, tía?

—¡Jesús, qué disparate!

A las mejillas blancas, empolvadas, de la tía Cruz, asomaba esta tarde un matiz sonrosado:

—Pues ¿qué es descarriada, tía?

—Mira, Florita —dulcificó la voz con el propósito de quitar importancia al tema—: hay señoritas que de niñas estuvieron abandonadas, y como no fueron educadas de pequeñas, hay que educarlas de mayores. Por eso van al colegio. ¿Has comprendido?

Los niños trataban de completar estas y otras informaciones insuficientes en la cocina, su refugio predilecto, en particular en invierno, cuando la leña crepitaba en el fogón y la señora Zoa abría el tiro, y la chapa y las arandelas enrojecían, como los faroles del Friné. La Amalia, sentada en su taburete, canturreaba en un rincón mientras lustraba los zapatos de la familia. En aquel reducto acogedor, los coloquios solían girar sobre temas espinosos o confidenciales. De ahí que Flora, apenas restablecida, todavía convaleciente, preguntara a la Amalia por las señoritas del Friné, pero la Amalia no llegó a responderle, se limitó a mirar socarronamente a la señora Zoa y a hacer un expresivo gesto con la cabeza. Mas, como la niña porfiase, dijo:

—¿Por qué no se lo preguntas a tu mamá?

—Ya se lo pregunté a tía Cruz y me dijo que es un colegio.

La Amalia soltó una risotada:

—Un colegio, ¿eh? ¿Oye usted, señora Zoa? ¡Buenas enseñanzas van a sacar ésas de ese colegio!

La Amalia, con sus cejas depiladas, delgadas y lineales, elevándose hacia las sienes, apenas llevaba tres años con ellos, pero la señora Zoa, que acababa de cumplir los setenta y tres, había servido desde los veinte a papá León, para continuar a su lado una vez que mamá Obdulia falleció y mamá Zita se hizo cargo de la casa. Y por una de esas insondables inclinaciones, propias de las solteronas vírgenes al alcanzar cierta edad, experimentó una ardiente pasión por el niño, por el varoncito; una pasión limpia, asexuada pero exclusivista, que no se conformaba con querer y ser querida sino que, al propio tiempo, exigía la preterición de los demás:

—¿Quién te quiere a ti, corona?

—Tú, Zoa.

El niño se resumía contra el angosto regazo de la vieja, un costillar duro y arqueado, seco como el de un galgo, pero caldeado por un aroma especial: acre, estancado, doméstico.

—Tu mamá no tiene ojos más que para la Crucita, de manera que ya lo sabes.

—¿Y mi papá, Zoa?

—Tu papá, tu papá. Tu papá es ciego por la Florita, ¿es que no te das cuenta?

El mundo se hundía bajo sus pies y el niño oprimía su carita contra ella, contra su saya negra, acogido a aquel vago olor de humos mezclados, de fogón y baldosas rojas, e, igualmente, acudía a refugiarse en su amoroso regazo cada vez que se peleaba con su hermana y su madre le regañaba. La vieja, entonces, le tomaba en sus brazos y restregaba su mejilla, fría como la de una culebra, contra la suya, como buscando su calor, y repetía:

—La mamá no te quiere, corona; la mamá no tiene ojos más que para la Crucita.

De este modo, Gervasio, desde muy niño, se habituó a buscar seguridad en los brazos siempre prestos de la señora Zoa; sus alegrías y sus tristezas las depositaba en ella como en un confesionario. De ahí que la noche del 11 de febrero, tan pronto abandonó la reunión, aturdido aún por las voces de yunque del tío Vidal, por las lágrimas de tía Cruz, por el clima supersticioso de la reunión, echó a correr por el largo pasillo y no paró hasta sentirse protegido por los brazos huesudos de la señora Zoa:

—Zoa, te voy a decir un secreto.

—Dime, hijo, dime.

Pegó sus labios a la oreja transparente de la mujer, que apenas asomaba bajo los blancos cabellos, recogidos atrás en un moño, y musitó:

—Voy a ser héroe.

—¿Estás tonto? ¿Pero un héroe de esos que se mueren? —La señora Zoa levantó la voz instintivamente, a la defensiva.

—No, Zoa, voy a ser héroe sin morirme. Papá León lo ha dicho. Pero mamá no quiere que lo sepa papá Telmo; es un secreto.

Entró la Amalia, con la cofia y el delantal blanco, y se les quedó mirando con sorna, los brazos en jarras:

—Míralos, como dos tórtolos. El Anselmo Llorente se va a reír las muelas mañana, cuando se lo cuente.

Morena, nerviosa, vivaz, la pierna derecha levemente renqueante, la Amalia, como deferencia y signo de distinción, designaba a su novio con nombre y apellido, pero pese a su magnificencia el Anselmo Llorente era poca cosa, apergaminado, enjuto, un rostro lascivo donde apenas sobresalían los pómulos y los lentes sin montura, de cristales siempre impolutos. En invierno y verano vestía trajes oscuros, muy marcada la raya del pantalón, y un sombrero gris de fieltro con el ala sombreándole el ojo derecho. Hasta bien entrada la primavera no se desprendía del abrigo azul marino, que casi le alcanzaba los tobillos, ni de la bufanda a cuadros que protegía la escuálida garganta tan a conciencia que, entre sombrero y tapabocas, apenas se descifraba un enigmático, menudo rostro oriental. En ocasiones, Crucita le decía a la Amalia que el Anselmo Llorente era muy señorito y ella sonreía halagada por lo que entendía un piropo. Mas la Amalia consideraba que le ennoblecía, refiriéndose a él por el nombre y el apellido.

—Me voy. Ya estará abajo aguardándome el Anselmo Llorente.

A Gervasio no acababa de gustarle el Anselmo Llorente, tan descolorido, tan anguloso, tan distante, recorriendo de arriba abajo el portalón de palacio a largos trancos, los ojos esquivos, el busto inclinado, las manos en los bolsillos, y, si acaso le saludaban al pasar, él respondía con un gruñido, sin reparar en quienes eran, excepto si los acompañaba la señora Zoa, en cuyo caso se sacaba ceremoniosamente el sombrero de la cabeza, cambiaba unas palabras con ella y le hacía objeto de toda clase de zalamerías. Al final, siempre decía lo mismo:

—Si va para arriba, señora Zoa, haga el favor de decirle a la Amalia que baje, que estoy jodido.

A la señora Felipa, la lavandera, también se le antojaba el Anselmo Llorente un mirlo blanco:

—¡Madre, vaya un novio que te has echado, hija! Ya estará bien colocado.

—Es empleado —respondía jactanciosa la Amalia.

—Se ve a la legua, hija; menuda ropa.

Lunes y jueves, la señora Felipa venía por palacio a hacer la colada familiar en la gran artesa revestida de zinc de la galería de la cocina, sobre el jardín, donde Clemente, el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el portero, podaba los rosales y ahuecaba la tierra de los arriates para las siembras de primavera. La señora Felipa, como la señora Agustina, la cuñada viuda de la señora Zoa que cosía para la casa, vivía extramuros, en los suburbios, allá donde la ciudad diseminada se iba convirtiendo en campo, un campo sórdido (dos hileras de chopos delimitando la tímida acequia) de pedrizas, basuras y huertos alambrados. Pero mientras en el suburbio norte, donde moraba la señora Felipa, la acequia vertebraba el caserío de

adobes, con bardas carriadas preservando los corrales, en el sur, donde habitaba la señora Agustina, era la línea férrea la ordenadora del poblado, desperdigado por las faldas de los cerros, mísero como un aduar, acribillado a todas horas por los silbidos de las locomotoras.

En casa de la señora Felipa, en el arrabal norte, cercado por alambres de púas, había un huerto en el que cultivaba patatas, cebollas y lombardas, y en la trasera, preservada por una tela metálica, criaba una docena de conejos blancos con párpados rojos, otra de gallinas pusilánimes, y un cerdo gruñidor arrinconado en una cochiguera de tablas mal avenidas por cuyas rendijas los niños le fustigaban con juncos. La figura grande y animosa de la señora Felipa, portadora de saludables aires rurales, atraía a los pequeños, los embelesaba con los pequeños acontecimientos de su mundo:

—Ayer parió la coneja.

—¿Sí, Felipa?

—Catorce gazapines echó.

—¿Tantos?

—Eso no es nada. Una tuve el año la gripe que parió veintidós.

La señora Felipa restregaba la ropa contra la tabla ondulada y jabonosa con sus enormes manos amorcilladas y Florita observaba sus dedos amoratados, hinchados como sapos, las yemas fruncidas como castañas pilongas, las uñas blancas:

—¿Te has fijado? La señora Felipa tiene manos de ahogada.

—¿Cómo son las manos de ahogada?

Florita le explicaba que los ahogados al principio se ponían rojos, luego amarillos y, después, morados, como las manos de la señora Felipa, y los dedos se les arrugaban porque el agua envejecía a las personas más aprisa que el aire.

En el buen tiempo, la Zoa sacaba a los niños los jueves a dar un paseo largo, porque papá Telmo no consentía verlos en casa o encerrados en el pequeño jardín:

—Tienen que dar un paseo, Zita; tienen que hacer ejercicio. El músculo que no se fatiga, se intoxica.

La alternativa no variaba:

—¿Dónde queréis que vayamos, donde la señora Felipa o donde mi cuñada Agustina? —inquiría la señora Zoa.

Los niños no vacilaban:

—Donde la señora Felipa.

Pero la señora Zoa tiraba para el suburbio norte o para el suburbio sur según le viniera en gana.

La señora Agustina, su cuñada, era viuda con dos hijos, Daniel, cetrino, musculado y hosco, que trabajaba en la planta baja en su banco de carpintero y seguía el curso de las horas por los pitidos de los trenes ascendentes y descendentes, y la Felisilla, la niña, un poco corta, babeante, que, pese a haber cumplido diecisiete años, no conocía otra distracción que revolcarse en el montón de virutas que saltaban del

cepillo, riéndose sin causa. Mas en aquella casa, aparte la manifiesta hostilidad de Daniel, no había más bichos que un macho de perdiz enjaulado junto a la puerta que no paraba de dar vueltas sobre sí mismo, picoteando los alambres, como buscando un agujero por donde escapar, y un canario amarillo, espantadizo, que no sabía cantar porque era hembra. Como la señora Agustina les prohibía pisar la huerta, a los niños no les quedaba otro entretenimiento que encaramarse a la higuera tan pronto las brevas empezaban a sazonar. Pero a Daniel, el carpintero, terminó también por disgustarle que se comieran los frutos maduros, con lo que Gervasio y Florita, cuyo último recurso consistía en sentarse en el cembo para ver pasar los trenes y decir adiós a los viajeros, no dudaban ante la opción planteada cada jueves de primavera por la señora Zoa:

—Donde la señora Felipa, Zoa; en casa de tu cuñada nos aburrimos.

Bien procedieran del arrabal norte o del sur, Flora y Gervasio regresaban al caer la tarde, con las piernecitas entumidas y el rostro quemado por el primer sol. Ya cerca de casa, en el callejón de las Brígidas, entre dos luces, solían cruzarse con la Amalia y el Anselmo Llorente, muy juntos, muy amartelados, aprovechando la penumbra. A veces, la Amalia, encandilada, ni los veía, y en esos casos Gervasio le propinaba inocentemente un azote en las prietas nalgas y le gritaba:

—¡Adiós, Amalia!

Ella se volvía sobresaltada:

—¡Habrase visto! Este chico es de la piel de Barrabás.

En la encrucijada, frente al arco de dovelas del portón de palacio, los hombres empezaban a llegar al Friné, cautelosos, desconfiados, ocultando los ojos bajo el ala del sombrero, excepto los jóvenes reclutas que lo hacían a cuerpo limpio, riendo y voceando, con juvenil altanería, sin reservas. Unos metros más allá, los niños se detenían ante el kiosco que les brindaba todo un mundo de sugerencias: tebeos, pelotas de goma, canicas multicolores, recortables, regaliz de palo, chufas, altramuces... La señora Zoa, desde que Florita cumplió ocho años, ya no les aguardaba, se metía de prisa en el portalón, limitándose a rezongar:

—Ya estáis arriba, ¿eh? Ya sabéis cómo las gasta la mamá.

Pero ellos hacían sus adquisiciones y cambalaches con calma, cuidando de sacar el máximo rendimiento a la propina de papá Telmo y, en su caso, al cuproníquel del tío Felipe Neri, y al concluir subían la ancha escalera de madera encerada por la alfombra granate del centro, charlando, planeando juegos hasta la hora de la cena, intercambiando fruslerías.

Una noche, seis semanas después de la enfermedad de Florita, bien porque la Amalia se retrasara, bien porque se hubiere citado con el Anselmo Llorente más tarde que de costumbre, vieron venir a éste muy excitado, diciéndole escuchitos a una de las muchachas rubias del Friné que taconeaba firmemente sin hacerle caso, pero como quiera que la acera era angosta, el Anselmo Llorente trotaba a su lado, un poco rezagado, subía y bajaba de la calzada, brincaba, estiraba su flaco y arrugado

pescuezo de tortuga hasta enredar su naricilla puntiaguda en las melenas de la mujer rubia, pero ésta seguía su rumbo imperturbable, como si el Anselmo Llorente no existiera. Gervasio dio con el codo a Florita y ambos se detuvieron en la esquina y, al pasar junto a ellos la pareja, dijeron a dúo:

—Adiós, Anselmo Llorente.

El Anselmo Llorente empalideció, el tono cerúleo de su piel se volvió casi verde, se detuvo, se ajustó el nudo de la corbata haciéndose el distraído y, por fin, se inclinó sobre ellos:

—¿Qué demontres pintáis vosotros aquí?

—Venimos del kiosco.

—¿Y dónde se ha metido la señora Zoa?

—Arriba, ¿por qué?

—Por nada. No está bien que andéis solos por la calle.

—¿Quién era esa señora rubia que iba contigo?

El Anselmo Llorente se sujetó los lentes con un dedo, se abotonó la americana, sacudió sus frágiles hombros, vaciló, señaló, por último, a la muchacha rubia que entraba en ese momento en el café y dijo despechado:

—Ésa, como todas las de ahí dentro, no es más que una zorra. —Hizo pinza con dos dedos, prendió el cuello de Gervasio y se dobló sobre él—: Pero a la Amalia no le vayas a ir con el cuento, ¿me has entendido? —Oprimió el pescuezo del niño como para advertirle que estaba dispuesto a estrangularlo—: Ahora sube y dile a la Amalia que baje, que llevo media hora de plantón y estoy jodido.

III

El domingo 28 de abril de 1928, tan pronto el niño Gervasio García de la Lastra salió a la calle, dando brincos, con el cuproníquel en el bolsillo, tío Felipe Neri se sentó en el escritorio, ante el cuaderno de pastas de hule, apartó el secante color de rosa que separaba dos páginas, trazó en lo alto una cruz y escribió con su caligrafía débil, redonda y elaborada:

«Acabo de regalar a mi sobrinito Gervasio mis ropas, avíos y trebejos de militar desde mis tiempos de cadete, desprendimiento que me ha supuesto dolor, ya que treinta años de vestuario constituyen un inagotable venero de recuerdos; pero oportuno y discreto, parece que el héroe empieza a familiarizarse con su atuendo. Espero que mi cuñada Zita no interprete mal mi liberalidad, que no pretende incitarle a la violencia sino tan sólo vestir su vocación. Antes de nada pregunté al niño, mirándole a los ojos, qué es lo que sentía durante sus crispaduras y él, muy reflexivo, me respondió: “Como ánimos, tío; como ganas de matar a muchos malos”.

»De ahí que me sorprendiera su tibia reacción al ver las capas, guerreras, casacas, gorras, corrajes y botas desparramados por la alfombra del Oratorio. Su primer movimiento fue pueril: introdujo sus piecitos dentro de unas botas de campaña que le cubrían medio muslo y, taconeando torpemente, dio dos vueltas a la habitación. Después, puso sobre sus frágiles hombros la capa azul celeste, de gala, y me dijo quedamente: “¿Puedo mirarme en un espejo, tío?”. Le precedí hasta la alcoba y, ante la luna del armario, permaneció inmóvil, contemplándose largo rato, al cabo del cual se volvió hacia mí y, a su manera, como recriminándome, me dio a entender que no comprendía cómo se podía vivir una vida dentro de aquella ropa sin experimentar el prurito de ser un héroe. Me dejó confundido, la verdad, pero como este niño, desde la famosa noche del trance, me infunde un augusto respeto, experimenté una sensación rara, como si estuviera afrontando el juicio de Dios y, entonces, le abrí el corazón y reconocí humildemente que, por mi edad, bien pude luchar en Marruecos contra la morisma, pero mi delicada salud me lo impidió. Él levantó la cabeza, con esa gravedad adulta con que sabe hacerlo, y me miró a los ojos con tal aplomo que me sentí disminuido, como varado y desnudo, y apenas pude argüir: “No me mires como a un cobarde, Gervasio, por amor de Dios; tu tío no es un cobarde sino un enfermo”, pero él continuaba escrutándome con ese algo de sobrenatural e insoportable que en ocasiones brilla en sus ojos, de tal manera que la angustia se me enredó en la garganta y me faltó poco para echarme a llorar. Fue una ventolera fiscal. Cuando regresamos al Oratorio, volvió a ser el niño de siempre: amontonó las guerreras, hizo girar los acicates, se metió las gorras hasta los ojos, se abrochó los corrajes y, por último, me preguntó con candor si, dueño ya de aquellas ropas y pertrechos, no le faltaba más que ser valiente para ser un héroe. Su pregunta volvió a sorprenderme, pero como creo en el destino de este niño con la misma fe que si me lo hubiera anunciado un ángel, el mismo Dios debió de inspirarme la respuesta: “Lo primero que se necesita

para ser héroe —le dije— es una buena causa. Ya puedes realizar las mayores proezas, sacrificar incluso la vida, que si no lo haces por una causa noble será un sacrificio inútil”. El niño me escuchaba con la cabeza un poco ladeada, y asentía, y en la expresión perspicaz de sus ojos amarillos adiviné que comprendía mis palabras y que, en lo sucesivo, sabría diferenciar una buena causa de una causa injusta con la misma nitidez con que hoy distingue el color de sus canicas.»

Unos días más tarde, conforme avanzaban en el Buick verde de papá León por las angostas rúas del barrio antiguo, camino del colegio, Gervasio, vestido de marinera blanca, sentado en el transportín entre sus dos hermanas, observaba el cogote de Benigno, el chófer, su perfil recio, inescrutable, su gorra nueva, su uniforme gris, nuevo también, con tres botones dorados en cada bocamanga. Por asociación de ideas pensó en sus propios uniformes y, al momento, desvió los ojos, cambió una sonrisa de entendimiento con la señora Zoa, sentada junto a Benigno, y, al sonreírla, sintió en la cabeza una tirantez extraña. Mamá Zita, que compartía el asiento trasero con tía Cruz y papá Telmo, había tenido una hora antes, al atusarle, un presentimiento oneroso: temió que el niño, excitado por la ceremonia, conmovido por las notas del órgano y los motetes sentimentales de las monjitas, pudiese sufrir un nuevo repeluzno y promover un espectáculo. Agobiada por este temor, se esforzó en plancharle el cabello, después de adensárselo con agua azucarada y un frasco de fijador que mandó comprar a la Amalia:

—Mamá, ¿por qué me peinas tan fuerte?

—Hoy es un día señalado, Gervasio. Aún eres muy niño para comprenderlo.

Mamá Zita nunca había conversado con su hijo sobre el ostento; en rigor, no había comentado el hecho con nadie salvo con su hermana Cruz. De natural moldeable, aceptaba todo menos la obstinación de papá León por imbuir en aquella cabecita tan tierna «la obligación de ser héroe». Llegado el caso, ella no se opondría, pero tampoco deseaba facilitarlo. Más que el futuro, más que lo que pudiera ocurrir, le atormentaba de momento la transformación física que experimentaba el pequeño, la palidez de su tez, su piel erizada, sus cabellos disparados, en punta. A solas, le confiaba a su hermana: «No me agradan esas experiencias, Cruz, no pueden ser saludables. En una de ellas mi hijo podría quedarse así para toda la vida. ¿Imaginas algo más horrible?». Por eso, nada había objetado al regalo de su cuñado: aquellos uniformes constituían un juguete, un elemento de distracción, pero le encorajinaba, en cambio, la terquedad de su padre, sometiendo al niño día y noche a experiencias psicológicas. A mamá Zita le había quedado grabada la imagen de aquella cabecita aleonada, desplegada y abierta como un puerco espín y, muy vivo, un supersticioso temor a reproducirla: «Si es cosa de Dios —le decía a su hermana Cruz—, Él ya ha desempeñado su papel, revelándonoslo. A nosotros no nos queda más que esperar». Para ella, lo pertinente era rodear a Gervasio de una atmósfera neutra, acolchada y protectora, que le permitiese un desarrollo sin traumas hasta que, llegado el momento, el Señor o el tiempo, el tiempo o el Señor, desvelasen el misterio, aclararan si

aquellos extraños fenómenos epidérmicos respondían a pura física recreativa, como Vidal sostenía, o se debían, por el contrario, a causas sobrenaturales.

Acodados en el banco después de comulgar, mamá Zita, inclinada sobre la cabeza engominada de Gervasio, le sugería, entre sollozo y sollozo, las peticiones que debería formular a lo Alto, «porque Dios no puede negarte hoy (le había dicho mientras le estiraba, con amor, el cuello de la marinera) nada de lo que le pidas». Y Gervasio repetía, sumisamente, lo que mamá Zita le apuntaba, en tanto los motetes nasales, al baño maría, de las monjitas, maceraban su espíritu, elevándolo sobre la cotidiana vulgaridad. De pronto, mamá Zita recostó la frente sobre la planchada cabeza del niño y le susurró, como de pasada, que rogase también con mucho fervor por papá Telmo, ante lo cual Gervasio levantó despacio la cabeza, como rechazando la acusación que aquellas palabras envolvían:

—¿Es que es malo papá Telmo?

—No se trata de eso, hijo. No se trata ahora de que papá sea bueno o malo. Hoy tienes que pedir a Dios por todos, para que los malos se hagan buenos y los buenos se hagan mejores. ¿Me has entendido?

Pese a la aclaración, el niño continuaba devanándose los sesos: tal vez papá Telmo no fuera malo, pero algo debía de haber en él que no marchaba, que era conveniente enderezar, desde el momento en que mamá Zita lo incitaba a rogar «con mucho fervor» por él. ¿Sería, quizá, porque no había comulgado? Pero tampoco tío Vidal, ni otros hombres de los congregados en la capilla lo habían hecho, luego no era aquélla una razón suficiente. Reclinado sobre el escañil, sobrecogido, miró a hurtadillas la corpulenta figura de su padre, de pie, junto a él, erguido en su rayado terno marrón, la oscura mirada perdida en la arcada del ábside, esperando que él, su hijo, terminase de dar gracias. Le asaltó una idea peregrina: luchar contra papá Telmo, ¿sería una buena causa? Sacudió la repeinada cabecita, pero la idea lo perseguía insidiosa: la lucha entre un padre y un hijo ¿podría ser, en algún caso, una buena causa? Apretó los ojos contra el antebrazo y musitó con la mayor unción: «Dios, Dios, que mi papá sea bueno», pero ya los comulgantes se habían incorporado al oír la seca palmada de la hermana Luciana desde el banco lateral y, arriba, en el coro, dos docenas de vocecitas atipladas, conjuntadas por el órgano, entonaban:

*Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.*

Ante el pocillo de chocolate humeante, presidiendo la gran mesa ovalada del Círculo, con un centro de flores blancas, Gervasio preguntó ingenuamente por sus tíos Norberto y Adrián, pero papá Telmo volvió la cabeza para el otro lado, como si no le hubiera oído, en tanto mamá Zita le anudaba al cuello la immaculada servilleta y le decía a media voz:

—Tú come y calla; tus tíos no pueden venir porque tienen que trabajar.

Mas, como el niño porfiase, su hermana Crucita estiró su largo cuello desde el otro lado de la mesa y aclaró:

—Los tíos tienen que despachar, ya lo sabes —y pronunciaba la palabra *despachar* con reticencia, como aludiendo a una actividad subalterna.

Los tíos Norberto y Adrián, hermanos de papá Telmo, eran gemelos, chatos, dentones, cuellierguidos y apenas se diferenciaban entre sí salvo en la estatura. El tío Norberto, que nació primero, era treinta centímetros más alto que su hermano Adrián, le sacaba una cabeza. Inseparables (en la tienda y en la calle), solitarios (sin amigos, ni mujeres), silenciosos, las pocas palabras que pronunciaban (monosílabos de ordinario) eran opacas, gangosas, como amasadas previamente en la nariz. Ninguno de los dos había influido en la boda de su hermano y, sin embargo, la familia De la Lastra guardaba hacia ellos un cordial resentimiento, como contra todo aquello que, de alguna manera, pudiera recordar aquel lamentable episodio. El juicio mezquino de mamá Obdulia al enterarse de las pretensiones matrimoniales de papá Telmo («Esos García son tenderos, ¿no?; no parecen gente de fuste») se transmitió a la generación siguiente y tanto tía Cruz como tío Vidal pusieron, a su vez, especial esmero en insuflarlo (dejando a un lado a papá Telmo) en la otra, en Crucita, la más juiciosa de los sobrinos, una vez que alcanzó la edad del discernimiento. En puridad, la falta de fuste de los García radicaba en la pequeña mercería que regentaban en la calle de la Palma («el barrio más hortera de la ciudad»), detrás de la Plaza Mayor. Los desplantes vejatorios de mamá Obdulia robustecieron, sin embargo, el incipiente amor romántico de mamá Zita, apenas alimentado de miradas, apariciones furtivas en el mirador, e inacabables plantones a papá Telmo que pasaba las horas muertas rondándole la calle. El acoso materno, sus estudiados desdenes con el pretendiente, no consiguieron menoscabar la moral de mamá Zita; ni tampoco las mordacidades de tía Cruz («tu suegra estaba esta mañana regando los tiestos en el balcón con una bata de satén azul»), ni las ordinarias apostillas del tío Vidal («he visto a tu suegra con una sandía al brazo más gorda que su trasero»). Los inmensos ojos varados, de mansa mirada, de mamá Zita, no se alteraban y, o bien callaba, o respondía serenamente, sin irritarse, a las torpes alusiones de su hermano que, entre otras cosas, acusaba al pretendiente de «oler a vino de obrero»: «Más vale un obrero oliendo a vino que un holgazán oliendo a agua de colonia». De modo inesperado, la testaruda oposición de mamá Obdulia se derrumbó el día que papá Telmo se doctoró en Medicina con premio extraordinario. El profundo respeto de mamá Obdulia hacia la letra impresa y los títulos académicos pudo más que su sentimiento de clase. Mamá Zita y papá Telmo se casaron en Santa Brígida con todos los pronunciamientos favorables. Fue aquél el único acontecimiento familiar al que asistieron los tíos Norberto y Adrián, que prestaron escasa atención al succulento almuerzo (a pesar de sus largos dientes famélicos) y, al iniciarse el baile, se despidieron, ceremoniosos, al decir de la tía Cruz «porque tenían que abrir la tienda».

Muertos sus padres, los dos hermanos continuaron su vida rutinaria de siempre: de la mercería a casa y de casa a la mercería, con un alto ritual en el bar Correos, en la Plaza Mayor, para ingerir unos vasos de vino blanco y una aceituna. Por la tarde, después de cerrar la tienda, repetían la visita aunque solían cambiar de dieta: una patata frita en lugar de la aceituna. Según el señor Josué, el droguero de la esquina, los tíos se mantenían tiesos con tal frugal colación, «no comen otra cosa», juicio admisible porque ambos estaban descarnados como esqueletos, aunque, a decir verdad, nadie los vio nunca embriagados, como nunca se les vio separados o con mujeres. Mas, aunque apenas hablaban entre sí, se daba en ellos como una sincronía de movimientos, una coincidencia de gestos y ademanes que el señor Josué denominaba pedantemente «la analogía dinámica de los gemelos». A ninguno le daba por sonreír, pese a que sus largos dientes al aire invitaban a ello, pero tampoco parecían aburrirse: sus ojillos redondos, de ave nocturna, observaban con atención la vida en torno, curiosidad que se trocaba en avidez ante los automóviles y motocicletas que poco a poco iban proliferando en la ciudad. Ante un motor, por simple que fuese, los tíos Norberto y Adrián eran capaces de pasarse horas enteras sin hablar ni cambiar de postura, simplemente observando, lo que inducía al señor Josué, el droguero, a comentar:

—Los *Mutis* miran a los autos como los demás hombres miramos a las mujeres.

Florita y Gervasio visitaban a sus tíos Norberto y Adrián a hurtadillas, en la mercería, los jueves de primavera, al iniciar los «paseos largos». Los tíos los recibían imperturbables, sin mostrar molestia ni regocijo, sin el menor desgaste verbal, salvo el exceso de llamarles barbianses, como hacía papá Telmo en las ocasiones solemnes, pero les dejaban jugar con la vara del metro, las cajas de herretes, las grandes tijeras y los ganchillos de coger puntos, en tanto la señora Zoa, contagiada por la frialdad familiar, los aguardaba fuera, de cháchara con el señor Josué o con la portera vecina. Al regresar los niños, siempre decía lo mismo, cualquiera que fuese su interlocutor:

—Madre, no me pondría yo delante de tus tíos así me pagasen mi peso en oro.

—¿Por qué, Zoa? Son buenos.

—No hablan, hijo; sólo miran. Y el hombre que no hace más que mirar no puede albergar buenas intenciones.

A pesar de la opinión negativa de la señora Zoa, los tíos Norberto y Adrián se mostraban liberales con ellos, de forma que cada tarde, concluida la visita, ambos se desabotonaban simultáneamente las chaquetas (como en un juego de espejos), introducían los dedos índice y pulgar en los bolsillos bajos de sus chalecos y les entregaban una peseta de plata a cada uno, el tío Adrián, el bajo, a Florita y el tío Norberto, el alto, a Gervasio; luego les propinaban unas palmaditas en el pestorejo y, realizando un visible esfuerzo, los despedían con sus voces sincronizadas:

—Hasta la vista, barbianses.

Conociendo la aversión que sus tíos despertaban en casa, Florita y Gervasio ocultaban sus visitas; desde muy temprana edad aquel rito formó parte de su vida

secreta, lo que no era obstáculo para que ante cualquier acontecimiento familiar los echaran en falta y Crucita justificase su ausencia con crueles razones, insuficientes para sus caletres primarios:

—Con los tíos Norberto y Adrián nunca podremos entendernos, pequeñajos. Hablamos dos idiomas diferentes.

Gervasio aceptaba aquella explicación imaginando que Crucita se refería a su mutismo, pero, a la menor oportunidad, volvía a requerirlos, buscando, en el fondo, una razón convincente, una respuesta que nunca llegó a formularse. De ahí que ahora, en el Círculo, simulara concentrarse en su pocillo de chocolate pero, en realidad, miraba el plano rostro de papá Telmo, esforzándose en averiguar qué se ocultaba tras aquellas cejas albazanas, bajo aquella piel coriácea, que impulsaba a su madre a pedir «con mucho fervor» por él. A veces, después de insistir en su mirada indagadora, creía entrever como una nube melancólica en sus ojos, como un asomo de impaciencia, o un entramado de pesadumbre, vislumbres que se desvanecían como el humo en el viento tan pronto papá Telmo rompía a hablar o reír. Mas era más frecuente que escuchara, ladeando la cabeza, los ojos bajos, en particular cuando se trataba de los ladridos (así calificó una noche ante mamá Zita la técnica de argumentación de su hermano) de tío Vidal, que era su antítesis. Incluso en el aspecto físico eran dos seres opuestos, ya que la tez morena, el cabello fuerte, las cejas espesas y oscuras, salpicadas por alguna hebra blanca, de papá Telmo, contrastaban con la sonrosada epidermis diabética de tío Vidal, su lúbrica calva lustrosa, sus cejas y pestañas albinas, prácticamente invisibles. Y así que tío Vidal martilleó, por segunda vez aquella mañana, que la manifestación de la Unión Patriótica en Madrid había sido un verdadero plebiscito, aunque fingiera dirigirse a la mesa en general tenía un específico destinatario, papá Telmo, pero éste sonrió, con una sonrisa colgada que tuvo la virtud de desanudar la voz de tío Felipe Neri, quien acababa de disolver en el agua unos polvos blancos y, con la copa en alto (como si fuese a brindar por alguien), terció con ánimo apaciguador que tal vez lo de plebiscito fuese un poco exagerado, pero sí revelaba un clamoroso estado de opinión. Gervasio miraba a los lados, estudiando las reacciones de unos y otros, preguntándose qué sería la Unión Patriótica, si se relacionaría o no con las plegarias de mamá Zita por papá Telmo, pero, inopinadamente, tía Macrina, que por ser la más joven de los adultos de la familia gustaba de pulsar siempre la nota negra, hizo un quite y desvió la conversación hacia la catástrofe del teatro Novedades, subrayando el escalofriante detalle de que varias de las víctimas apuñaban navajas ensangrentadas mediante las cuales habían tratado de abrirse paso entre la multitud enloquecida, ilustración a la que tío Vidal, ávido de controversia, replicó que se trataba de un hecho coherente, puesto que el español era un pueblo de histéricos y de cafres, y, ante el amago de discrepancia de tía Cruz y mamá Zita, repitió «de histéricos y de cafres», circunstancia que aprovechó papá Telmo para preguntarle con sorna que a quiénes consideraba más representativos del temperamento nacional, si a los manifestantes de

la Unión Patriótica a los navajeros del teatro Novedades, objeción que soliviantó al tío Vidal, quien gritó hasta enronquecer que «al hablar de plebiscito no se refería a la chusma sino al sector sano de nuestra sociedad». En este punto intervino mamá Zita para mostrar su desacuerdo y aducir que el español era un pueblo valeroso y que para demostrarlo bien cerca tenían la gesta del *Plus Ultra*, pero tío Vidal, incorregible discrepante, sonrió sarcásticamente y tronó que su hermana acababa de poner el dedo en la llaga, ya que, en efecto, el español, con tal de no trabajar, era capaz de descubrir América o atravesar el Atlántico en una lata de sardinas, «la cuestión era no dar golpe», desfachatez a la que tío Felipe Neri (que todavía arrugaba la cara después de ingerir los polvos blancos de la copa) replicó escandalizado que eso no, que España no fabricaría aeroplanos pero sí valientes para tripularlos y que Franco, Rada, Durán y Ruiz de Alda eran unos héroes inmarcesibles y, conforme tío Vidal sonreía, denegando con la calva, voceaba más y más, hasta que tía Cruz, velando por la úlcera de su marido, interpuso su carita empolvada y reconcilió los ánimos, sugiriendo que en lugar de discutir como energúmenos en un acto tan familiar y hermoso como la Comunión de Gervasio, bien podían organizar, aprovechando el buen tiempo, una excursión a la Granja de San Ildefonso para ver correr las fuentes. La propuesta de tía Cruz fue tan oportuna que tuvo la propiedad de aunar pareceres y aventar los últimos nubarrones de desacuerdo: irían a la Granja en familia, en los dos coches, todos excepto los dos pequeños y papá León, madrugando, puesto que las fuentes únicamente corrían hasta mediodía y, en opinión de los Bustillo, el espectáculo era un derroche de agua, luz y color. Gervasio no escuchaba ya la conversación de los adultos. Con la copa del azucarillo en la mano, meditaba en los misterios del heroísmo, en cómo una aventura tan atractiva como la del *Plus Ultra* podía considerarse heroica y, lo que aún se le antojaba más incomprensible, dónde radicaba «la buena causa» en una acción tan deportiva y banal.

De nuevo en casa, cansado de guardar las formas, vio a Florita apartar los visillos del balcón del cuarto de jugar y mirar con atención a la calle:

—Mira, un entierro —dijo la niña.

—¿Blanco o negro?

—Negro.

Se reunió con ella. Cuatro jóvenes enlutados, los párpados enrojecidos, los sombreros en la mano, se recostaban en los fríos muros de Santa Brígida, mientras una larga hilera de hombres, más relajados, los rostros circunstancialmente graves, iban desfilando por delante de ellos, haciendo corteses reverencias:

—Debe de ser una mujer.

—¿Quién?

—La muerta. ¿No ves qué caja tan pequeña?

Gervasio volvió la cabeza ilusionado:

—¿Quieres que juguemos?

—Bueno, empiezo yo.

La niña abrió el balcón y, por el hueco, penetró el réquiem de don Urbano, el párroco, apenas tarareado, sin pronunciar. Al concluir, el acompañamiento empezó a dispersarse, mientras los allegados seguían a duras penas el cansino trotecillo de los caballos, los cascotes resonando en los adoquines del pavimento, y en los balcones altos del Friné una mano invisible recogía los visillos y asomaban los curiosos rostros rubios de dos internas.

El juego de los entierros era uno de los preferidos de los niños, en el que apostaban la tableta de chocolate de la merienda o una golosina del kiosco acerca del número y color de las carrozas que harían alto esa tarde en Santa Brígida:

—Cinco negras.

—Tres negras y una blanca.

Y si acaso habían desfilado cuatro carrozas negras y, en el recodo de la calle empedrada, asomaba la quinta, empinada y traqueteante, Florita o Gervasio, el niño afortunado, no acertaba a reportarse, palmoteaba con júbilo y lanzaba vítores, ante las miradas escandalizadas de la comitiva. En ocasiones, la señora Zoa, que repasaba la ropa interior en el cuarto de jugar, se sumaba a la pugna infantil, puesto que, como a todos los viejos, le placía ver desfilar a los muertos (probablemente más jóvenes que ella; sin duda, con más recursos) entre los barrotes del balcón y sentirse superviviente. A veces, con motivo del fallecimiento de algún personaje eminente de la ciudad, también Crucita se incorporaba al grupo, no para competir, sino para comprobar, a través de los finos visillos, si el coche, el acompañamiento, el atuendo del auriga y el número de caballos, correspondían a las pretensiones del finado. En esos casos, Flora y Gervasio anotaban las carrozas con los dedos, sin hablar, ya que Crucita consideraba el gusto por los entierros una manifestación macabra, zafia y vulgar, «propia de gente baja», y se lo tenía prohibido.

Al anoecer de ese mismo día, papá León, con aires de misterio, se encerró con Gervasio en su gabinete y, como de costumbre en las últimas semanas, antes de cerrar la puerta, miró a un lado y otro del pasillo para cerciorarse de que nadie lo espiaba:

—¿Recuerdas lo que te prometí para el día que hicieras la Comunión?

El niño titubeaba:

—No me acuerdo —respondió al fin.

—¿En tan poca estima tienes la memoria del General? —enarcaba la ceja derecha y tres profundas arrugas remedaban la ceja en el mismo lado de la frente:

—¿Don Cástor?

—Don Cástor, naturalmente, ¿qué otro general podía ser?

—Ya me acuerdo —dijo el niño de pronto—. Me prometiste enseñarme la bala que hirió al General y la boina que llevaba puesta cuando lo mataron.

Papá León se agachó y abrió el último cajón de la cómoda:

—Aún te dije más —añadió con la mayor solemnidad—. Te dije que esa boina y esa bala serán para ti el día que yo muera. Es mi voluntad y así constará en el testamento pero, por si acaso, ya estás advertido.

Sacó una cajita azul purísima, como de joyería, y la destapó con fruitiva reverencia. Un pedazo de plomo informe, chafado, grisáceo, como una corpa mate, reposaba dentro, entre algodones:

—¿Son así las balas, papá León?

—Escúchame, después de matar así son; antes son más esbeltas y afiladas.

—Pero no tiene sangre.

Papá León cabeceó contrariado:

—Arrestí, el cirujano de campo, tuvo la mala ocurrencia de lavarla antes de entregármela como recuerdo.

Depositó el estuche azul sobre la cómoda, se agachó de nuevo y extrajo una gran caja redonda, achatada, con una anguila de mazapán grabada en la cubierta. La descubrió y, dentro, entre media docena de bolas de naftalina, apareció una boina despeluzada, de un rojo envejecido, con una placa dorada en el centro, cubriendo el rabillo, donde decía: «Dios, Patria, Rey».

—Ésta es la boina del General, hijo. Ya sabes dónde está.

—¿La llevaba puesta don Cástor cuando lo mataron?

—Así es. El General no se la quitaba ni para dormir.

Las mejillas del viejo estaban inyectadas y, como cada vez que analizaba algo de cerca, los lentes se habían deslizado hasta la punta de la nariz y miraba por encima de los cristales. Con sus pequeñas manos rugosas dobló el vuelo de la boina y mostró un agujero, como de polilla:

—Observa, la bala entró por aquí.

Gervasio volvió lentamente la cabeza:

—¿Fue un héroe don Cástor, entonces?

—Pues naturalmente que fue un héroe, ¿qué te pensabas?

El General murió ante Burceña, dirigiendo el contraataque. Éramos quinientos hombres contra cuatro mil y, cuando cayó, y Trifón y yo acudimos a socorrerle, nos apartó con un gesto y dijo: «Es hora de pelear». Luego, una vez terminado el combate, cuando volvimos a su lado, don Cástor ya había muerto.

El niño se recostó en el canapé, pensativo:

—¿Me lo quieres contar más despacio, papá León?

El anciano consultó su viejo reloj:

—Otro día —dijo mirando de reojo hacia la puerta—. Es hora de cenar y tu madre se enfadará conmigo si nos encuentra juntos. Ya sabes cómo las gasta.

IV

La señora Zoa atravesaba el parque cada mañana, con un niño de cada mano, camino del colegio, y durante los prolongados inviernos (muy duros en la ciudad) la niebla se enredaba entre los esqueletos de los árboles y la mujer y los niños, como sombras fantasmales, semejaban los últimos habitantes de un mundo inanimado. A la difusa luz crepuscular, grises ratas gigantes cruzaban los paseos, y entre el follaje, junto al estanque helado, se oían los alaridos terminantes de los pavos reales. A Gervasio, con la peluda bufanda hasta los ojos, le agradaba la media luz de la estación, los jardines desiertos, el aliento blanco de la señora Zoa precediendo a su roja nariz, como si ella misma fuera una fábrica de niebla. Los días de lluvia, en primavera y otoño, se formaban grandes charcos en los paseos, hormigueantes de lombrices, y la señora Zoa brincaba de un lado a otro para no pisarlas, con el negro paraguas abierto, como una equilibrista, pues nada le repugnaba tanto como los ratones y los animales reptantes.

En los días extremosos solían encontrarse con la Enana en el paseo central, la señorita Candelaria Alonso, rubia, de media edad, los largos tirabuzones sobre los hombros y su cuerpecillo ruin, más chico que el de Gervasio, encaramado en una bicicleta minúscula, de anchas llantas y ruedecitas laterales de seguridad. Y no era raro que, estando contemplándola, apareciera por el lado opuesto la señorita Aurora Burgos, la Madruga, una mujer lineal, de dos metros treinta de estatura, cargada de espaldas, cuya reducida cabeza se desvanecía en lo alto, difuminada por la niebla. Crucita decía que tanto la Enana como la Madruga eran «señoritas de buena cuna», distinguidas y bien educadas, pero, debido a su aspecto físico, se veían obligadas a recluirse en sus casas:

—Zoa, ¿por qué la Enana y la Madruga salen a pasear tan temprano?

—Por su facha, ¿no ves la facha que tienen? Si salieran a otra hora la gente se pitorrearía de ellas.

Aceleraba el paso y añadía como para sí:

—Digo yo si no podrían cortar a la una y añadirle a la otra y así quedaban las dos arregladas.

—¿Se puede, Zoa?

—Eso digo, hijo, si se podría.

Algunos días la señora Zoa, aprovechando la ausencia de Florita, en cama con sus anginas periódicas, le hacía a Gervasio, en la profunda soledad del parque, tiernas escenas de amor:

—¿Qué sería de ti, corona, si no fuese por la Zoa? ¿Eh? ¿Me lo quieres decir? — El niño la miraba por encima de la bufanda de lana, con sus inmóviles pupilas grisamarillentas—: A ti no te quiere nadie.

—¿Por qué no me quiere nadie, Zoa?

—¿Por qué, por qué? A saber, pero la mamá es ciega por la Crucita y, en cuanto a

tu papá, no le saques de la Florita. Tú, para ellos, como si no hubieras nacido.

Familiarizado con estas confidencias desde temprana edad, Gervasio se compadecía de sí mismo, deploraba su orfandad, sentía la apremiante necesidad de un asidero sentimental:

—Tú sí me quieres, ¿verdad, Zoa?

La anciana se acuclillaba, oprimía al niño contra su pecho:

—Más que a las niñas de mis ojos.

Los dos se abrazaban en silencio, se besaban frenéticamente y lloraban al unísono, juntas las mejillas, bajo los absortos castaños escarchados.

Mamá Zita no congeniaba con la señora Zoa:

—Reúne todos los defectos de las criadas que envejecen en casa —solía decirle a su hermana Cruz—. No puedo conseguir que a Crucita la llame señorita y yo creo que ya va teniendo edad para ello.

Por una u otra causa, mamá Zita y la señora Zoa estaban en permanente desavenencia. Y cada vez que regañaban, la señora Zoa, considerándose ofendida, comenzaba a hipar, se recluía en su cuarto y se ponía a hacer la maleta. Gervasio, testigo de la ofensa, lloraba junto a ella, agarrado de sus sayas, y le encarecía que no se fuese, y a pesar de que la escena, repetida cien veces, nunca pasó de un simulacro, el niño no acababa de escarmentar. Entre suspiro y suspiro, la vieja iba guardando en la maleta su caracola (que Gervasio le regaló un verano en Fuenterrabía y recataba el bramido del mar), el velo, las peinas, las ligas, la fotografía de su cuñada con sus hijos el Daniel y la Felisilla, sus ropas negras, y cuando al final sonaba el taque de la cerradura, Gervasio sollozaba como si le arrancaran el alma:

—¿Te acordarás de mí?

—Sí, Zoa.

—Pero ¿siempre, siempre?

—Siempre, Zoa.

—¿Aunque me muera?

Ante tan macabra posibilidad, al niño, como a su abuela Obdulia, le faltaba coraje para responder y arreciaba en su llanto. La vieja hacía un cambio de tercio:

—¿Sabes quién tiene la culpa de todo?

—¿Quién, Zoa?

—La Crucita, para que te enteres.

—¿Mi hermana?

—¡Qué Crucita había de ser!

La señora Zoa agarraba la maleta para marcharse y entonces el niño se apretaba enloquecido contra sus piernas negras y voceaba en pleno delirio romántico:

—¡Si tú te vas, Zoa, yo me quiero morir!

La anciana, al oírle, depositaba la maleta en el suelo con dignidad, se agachaba y oprimía a Gervasio contra su costillar y besaba despiadadamente sus mejillas una y otra vez, con besos apretados, húmedos, sonoros, redondos, totalitarios y, al final, se

enderezaba, ponía la maleta sobre la alta cama de hierro y, sin decir palabra, empezaba a deshacerla con parsimonia, ordenando en la cómoda las prendas y recuerdos que había sacado minutos antes. Al terminar, tomaba a Gervasio de la mano y ambos salían al pasillo donde Crucita los aguardaba con sus gordezuelos labios apretados, los verdes ojos centelleantes:

—Esto ya lo sabía yo.

—¿Qué es lo que sabías tú, di?

—Que no te ibas.

—Si me quedo, no te pienses que es por ti.

—Tampoco te creas que yo voy a morirme el día que te vayas de verdad, Zoa.

Tras cada uno de estos amagos, la vieja discurría una semana por la casa muda, hosca, enfurruñada, en tanto Crucita, causante de su infortunio, canturreaba, iba y venía triunfante de un lado a otro, la miraba por encima del hombro, porque en Crucita, al decir de su padrino, alentaba, más profundamente que en ningún otro miembro del clan, el orgullo de casta. Altiva, bella, discreta, era buena estudiante, sabía manejar los cubiertos de pescado con desenvoltura, opinar juiciosamente sobre altas cuestiones, jugar al tenis, andar, mirar, vestir un traje largo y arrancar cuatro notas armoniosas del piano del salón. En una palabra, a pesar de la lisura de su pecho (que ella asumía como una prueba más de su distinción), Crucita daba la talla, convivía con los adultos, en tanto los dos pequeños quedaban relegados al mundo subalterno del cuarto de jugar y la cocina. Pero, de pronto, Gervasio, la noche del 11 de febrero, se había revelado como un ser diferente, con unas dotes singulares, y automáticamente subió de consideración, siquiera todos disimulasen sobrecogidos, no ya su afección, sino las razones de su cambio de actitud hacia él. Gervasio advirtió la novedad. Era consciente del respeto que imponía, de que detrás de las palabras banales que se pronunciaban en su presencia, había otras solapadas que, si se evitaban, era por temor de que se produjera en su cuerpo algo que no sabían a ciencia cierta si era aflictivo o deseable. Lo observaban con curiosidad disimulada, como a un pequeño mago con poderes taumátúrgicos, tal vez predestinado, y el niño, orgulloso y complacido, se dejaba querer. Tampoco para la señora Zoa pasó inadvertido el cambio de Gervasio, pero, ajena a su metamorfosis, lo achacaba a la edad y lo aceptaba con resignación, porque era cosa sabida que en estos lances de amor de las viejas vírgenes hacia los niños a su cuidado todo era lezne y efímero. Pero la ruptura aún no se había consumado, no había rebasado la fase de los dengues y los remilgos, de mostrarse mutuamente las llagas para que el otro le compadeciera; esto es, no tenía aún carácter definitivo:

—¿Por qué lloras, Zoa?

—Por ti, corona; ya no me quieres.

—Sí que te quiero, Zoa.

—¿Y por qué no viniste a verme ayer, di?

—Estuve en el salón con los tíos, Zoa.

La fecha del 11 de febrero había aportado un cambio en la vida de Gervasio. Tras su Primera Comuni3n, mamá Zita lo incorporó a la tropilla de sus hermanas, que cada domingo bajaban a la parroquia, a la misa de nueve que rezaba don Urbano. El niño se adelantaba alegremente para ofrecer agua bendita y, a veces, dejaba hundir la mano hasta sentir su frescura en la muñeca, pero un día mamá Zita le advirtió que aquello era pecado, que el agua bendita no estaba allí para lavarse las manos sino para lavar sus faltas y desviar su finalidad suponía una ofensa al Señor. Gervasio se corrigió, pero, en ocasiones, cuando el gordo Severo, el sacristán, llenaba la pila, se mojaba sin querer hasta los nudillos y llegada la noche, en la cama, era incapaz de dormirse, le roían los escrúpolos y recelaba del sueño ante el temor de no despertar, de amanecer muerto en la cama sin confesión.

Por Santa Brígida, mamá Zita obsequió al ec3nomo con un moji3n, que tía Cruz y ella amasaron devotamente la víspera. Don Urbano, carilargo y astigmático, un ojo caído, amortajado por un párpado azul, miraba engolosinado con el otro el mullido moji3n y, después de agradecer el cumplido a mamá Zita, se puso a charlar con ella sobre los problemas del barrio y, en clara alusi3n a las señoritas del Friné, reconoció cuán difícil era en la ciudad, con mayor motivo en la zona monumental, separar el grano de la paja, y lo doloroso que resultaba que palacios blasonados habitados por familias ejemplares abriesen sus balcones a casas de perdición.

Florita, al separarse del ec3nomo, inquirió:

—¿Es la nuestra una casa de perdición?

Mamá Zita se irritó:

—¿Eres tonta? Nuestra casa es el viejo palacio del conde de Pradoluengo y papá León su descendiente directo. Si el abuelo no es conde es por modestia mal entendida.

A la mañana siguiente, Gervasio intentó deslumbrar a la hermana Luciana informándole que vivía en un palacio, pero ella respondió que ésa era una noticia del dominio público y nadie en la ciudad desconocía la casa del abuelo porque el blas3n de la portada era el de mayor interés heráldico del barrio antiguo. Esa noche, Gervasio preguntó en la cocina qué era un blas3n, pero la señora Zoa y la Amalia no supieron responderle y Florita aventuró que «sería una clase de perros», pero Crucita, que andaba al quite, aclaró que era un escudo, como el que había sobre el arco de la puerta, en el chaflán, bajo el mirador, y que un escudo así no lo tenían más que aquellos que en otro tiempo tuvieron un escudero, es decir, «gente de linaje y posici3n».

A partir de aquel día, Gervasio empezó a estimar su casa, que hasta entonces había considerado un caser3n l3brego y destartalado. Así, el amplio vestíbulo de techo artesonado, con el reluciente brasero de cobre en el centro, que siempre había desdeñado, se le antojó, de pronto, apto para que el conde holgase y se calentara los pies al regresar de sus correrías. De la misma manera, la discreta hendedura que mamá Zita ordenara perforar en el muro de la cocina para ver quién llamaba a la

puerta de la calle, le parecía ahora al niño una elemental medida de precaución del conde para descubrir a tiempo a sus enemigos. Finalidad menos concreta, pero no menos sibilina, atribuía a las puertas secretas, decoradas con el mismo papel rameado de las paredes, de la sala verde y el gabinete del abuelo, e incluso a la gran chimenea del salón, cuya campana podía cobijar holgadamente una docena de personas.

Su orgullo familiar se tambaleaba, sin embargo, en la misa de los domingos, cada vez que mamá Zita, arrodillada junto a él, rendida la cabeza, le decía cálidamente al oído, después de comulgar: «No te olvides de pedir por papá Telmo», encomienda que acongojaba al niño y le inducía a pensar en una vergonzosa ascendencia por la rama paterna, sospecha que, al llegar a casa, le incitaba a mirar a su padre con recelo, a vigilarlo, sin que nunca lograra descubrir en él nada censurable, salvo alguna originalidad (quizá de «mal tono», como Crucita decía), como su costumbre de afeitarse con los pies descalzos sobre las húmedas baldosas del baño y con la puerta entreabierta, canturreando. Ante su incompetencia para hallar la solución, se confió un día a Florita:

—¿Por qué mamá me manda rezar por papá Telmo después de comulgar?

—¿No lo sabes?

—No.

Florita apagó la voz:

—Papá Telmo es curandero.

—¿Y qué es curandero?

—La hermana Caridad dice que los curanderos son brujos.

A pesar del tono confidencial, más bien admirativo, de Florita, su declaración le dejó atribulado, y con la sensibilidad en carne viva imaginó a papá Telmo, desnudo de medio cuerpo, el rostro enjabonado, haciendo conjuros ante el fuego de la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto (mamá Zita, al pie, ataviada con el casco y el peto de los guardianes dormidos), convocando al espíritu del último conde de Prado-luengo. Por esta vía le llegaron a Gervasio los primeros miedos: a la oscuridad, a los fantasmas, a los crujidos dolientes del entarimado de roble, a los bultos imprecisos de los muebles, a los grandes espacios vacíos de la casona. Algunas noches reclamaba agua sin tener sed, únicamente por el consuelo de ver aparecer a la Amalia o la señora Zoa, pero la mayor parte de las veces se dominaba, reprochándose esta debilidad, y, en tales casos, la boca se le secaba, la ansiedad se asentaba en su estómago, y había de cubrirse la cabeza con el embozo para conseguir dormirse. A papá Telmo lo miraba con aprensión, y el mero hecho de verle enjabonarse la cara en el baño con los pies descalzos, tan antiguo como su conciencia, se le antojaba, tras los últimos descubrimientos, parte de un ritual mágico cuyas últimas consecuencias se le escapaban. Una noche, en la cocina, a solas con la Zoa, le preguntó por aquella misteriosa liturgia de papá Telmo:

—Son cosas de tu papá para hacer del cuerpo.

—¿Para hacer del cuerpo, Zoa? —desorbitaba sus ojos amarillentos.

—Para mover el vientre, hijo; tu papá es un médico de esos que dicen naturistas.

Aquellas palabras crípticas (hacer del cuerpo, naturista, que de alguna manera relacionaba con la brujería y las ciencias ocultas) acrecentaron las sospechas de Gervasio, de modo que su desconfianza incipiente se trocó en temor. Pero era cierto que papá Telmo, después de ejercer durante unos meses en un bello pueblecito vasco, se sintió llamado por la medicina naturista, se instaló en la capital e hizo imprimir su especialidad en su recetario y las tarjetas de visita (a los que Gervasio, tal vez por falta de curiosidad, no tenía acceso) con objeto de no ser confundido con los médicos alópatas:

—¿Y qué diferencia hay? —preguntaba sarcástico tío Vidal.

—El alópata echa veneno contra las moscas; el naturista retira el pastel y las moscas se van —respondía papá Telmo con la seguridad con que se exponen las cosas obvias.

En las contadas ocasiones en que papá Telmo asistía a las veladas sabatinas, tío Vidal le tiraba de la lengua y su cuñado le seguía la corriente de buen grado, simulando una fiebre proselitista que tal vez sintiera de verdad aunque de ordinario la ocultaba:

—El sol es mi cocinero y mi despensa la tierra —decía sonriendo.

Y, en efecto, su dieta era preferentemente vegetal y siempre morigerada, pero se abstenía de imponérsela a los niños (tal vez para evitar un enfrentamiento con mamá Zita), con los que se mostraba tolerante, según decía, a causa de la edad:

—La albúmina es necesaria en tanto el organismo está edificándose. Más tarde, sobra.

Los domingos a primera hora, caminaba a paso de marcha hasta algún pinar o monte de encinas solitario y, una vez allí, se desnudaba (incluso en invierno, bajo temperaturas de bajo cero), hacía unos minutos de gimnasia respiratoria y, luego, correteaba un par de horas, descalzo, entre las matas, soleándose. Por principio rechazaba el baño de sol y preconizaba el baño de luz pero nunca inmóvil, sino caminando y antes del cenit:

—Hay que aprovechar los rayos químicos; a mediodía son destruidos por los calóricos.

Una vez vestido, practicaba un cuarto de hora de alimentación ocular, mediante la cual, y según sus teorías, el cerebro y la médula recibían el refuerzo del sol a través del nervio óptico:

—La luz nos exalta; las sombras nos entristecen.

Tío Vidal se guaseaba al oírle y aducía que los grandes deportistas eran carnívoros y reposaban en la cama, a lo que papá Telmo replicaba que tal vez los grandes, sí, pero no los «escogidos», aquellos que se guiaban por la máxima elemental de que «el músculo no se fatiga sino que se intoxica». Cuando salían a relucir estos temas en la tertulia, papá Telmo afirmaba, medio en broma medio en serio, que durante su estancia en Vascongadas había llevado a cabo experiencias con

pelotaris y aquellos que se sometían a un régimen de frutas secas, almendras y otros productos oleaginosos, «abandonaban la cancha como si salieran de un baño reparador, frescos y relajados, mientras sus adversarios no podían con los calzones». De pascuas a ramos, tío Felipe Neri metía baza en la conversación, arrugando la cara, como de costumbre, a causa de los ácidos, ocasión que papá Telmo aprovechaba para brindarle sus servicios:

—Si un día te decidieras, Felipe, en un par de meses te dejaría el estómago como nuevo.

Mientras duraban estas conversaciones, mamá Zita se empequeñecía, se avergonzaba, hubiera dado cualquier cosa por hacerle callar o desaparecer del salón, no porque sus observaciones le parecieran científicamente infundadas, sino porque se le antojaban plebeyas, y Telmo, al exponerlas, ponía al descubierto lo más indigno de su extracción social. Papá León y los tíos le escuchaban, en cambio, con manifiesta curiosidad, como a un tipo pintoresco, como pintorescos eran, a juicio de tío Vidal, «los tres o cuatro lunáticos que acudían diariamente a su consulta» y a quienes, por orden de mamá Zita, recibía en las habitaciones más destartadas del fondo de la casa.

En ausencia de papá Telmo, los tíos comentaban sus puntos de vista médicos. Y si para tía Cruz papá Telmo no era otra cosa que un curandero fachendoso que presumía de vanguardista, para tío Vidal (que reía con carcajadas destempladas y su voz percutía al hablar como el martillo en el yunque) su cuñado no carecía de ingenio, pero estaba más loco que una cabra, y para tía Macrina, su mujer, que enfocaba a mamá Zita sus dos ojos juntos, como los cañones de una escopeta («demasiado bonitos para ser dos», en expresión de don Trifón de la Huerta, que evitaba así, galantemente, hablar de su excesiva proximidad), era una desgracia como otra cualquiera:

—Pobre Zita; buena te ha caído.

Y mamá Zita, vejada, soliviantada, se defendía entonces y trataba por todos los medios de justificarle:

—Cuando nos casamos no era así. Telmo era un médico como los demás. Se volvió raro después, al morir mamá, cuando le dio por leer librotos y cartearse con médicos extranjeros.

Sin embargo, la confusión de mamá Zita llegó al colmo la noche en que tío Felipe Neri, asumiendo el celo de Dios, levantó el dedo índice por encima de su cabeza color ceniza y profirió el tremendo anatema:

—Lo peor es que Telmo por este camino no puede desembocar más que en el panteísmo.

Un silencio glacial envolvió la reunión. Tía Macrina levantó los hombros, frunció los labios y miró a tía Cruz; ésta sacó la puntita de la lengua, una lengua rojo sangre, en contraste con su cara de yeso, y la pasó por el labio superior; papá León agachó la cabeza y carraspeó banalmente y, por último, mamá Zita, sin saber a punto fijo qué

partido tomar, ignorando si acusaban a su marido de comunista, de francmasón o de ambas cosas a la vez, hizo tres pucheros consecutivos y rompió a llorar. Tan sólo tío Vidal, despreciando el qué diran y armándose de valor, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de panteísmo?

Ante su pregunta escolar, tío Felipe Neri se sonrojó débilmente (la úlcera le exigía demasiada sangre para sonrojarse del todo), se tomó unos segundos para reflexionar y replicó:

—Quiero decir que si Telmo continúa correteando desnudo entre los pinos acabará adorando a los pinos; la naturaleza terminará dominándole.

Aquello era más de lo que mamá Zita podía soportar, así que, tras un profundo suspiro, se desplomó sobre el respaldo del sofá mientras tía Macrina, solícita, le soplaba dulcemente en la frente y tía Cruz la abanicaba con un abanico de guardas y varillas de marfil que había tomado de la consola:

—Querida, tú ya sabías que Telmo era más bien frío en materia religiosa.

Mamá Zita entornó los ojos de nuevo (remedando el gesto del guardián del Señor, en la copia del Giotto, en la chimenea), ahuecó los orificios de la nariz como si fuese a morirse o a estornudar y se desinfló:

—Pero ignoraba que adorase a los árboles como los monos.

Florita, la niña, no estaba al tanto de estos pormenores. Sabía únicamente, porque se lo había oído decir a tía Cruz, que papá Telmo era curandero. Y sólo cuando le preguntó a la hermana Caridad qué era un curandero y ésta se santiguó y le contestó que «una especie de brujo», se dio cuenta del alcance de la desviación de papá Telmo. Gervasio, por su parte, una vez ilustrado por su hermana, se sofocaba cada vez que mamá Zita le encarecía que pidiese por papá Telmo y, en su interior, suplicaba a Dios que su padre dejase de ser brujo, mas al día siguiente, al sorprenderlo canturreando, con la cara enjabonada (la risa roja sobre la espuma alba del jabón), descalzo sobre las baldosas húmedas del baño, advertía, acongojado, que el Señor todavía no le había escuchado.

Florita no le daba tregua, mantenía a su hermano en perpetuo sobresalto; cada tarde salía por un registro inesperado:

—Ya sé lo que es una zorra, Ger.

—¿Qué?

—Una mujer que hace pecados por dinero.

—¿Qué pecados?

—Eso todavía no me lo han dicho.

Un resplandor fugaz iluminó el cerebro de Gervasio:

—A lo mejor se lavan las manos con jabón en la pila de agua bendita.

Florita encogió los hombros:

—A lo mejor.

El niño quedó pensativo. Desde la tarde en que el Anselmo Llorente calificara de *zorra* a una de las señoritas del Friné, su cerebro no había dejado de cavilar. ¿Qué

habría querido decir el Anselmo Llorente? ¿Que aquella señorita era libre como un animal silvestre? ¿Que era cauta y astuta como la raposa? ¿Que era una farsante como la zorra de la fábula? Ahora, tras los informes de su hermana, sabía más o menos a qué carta quedarse e imaginaba la casa de enfrente con una pila de agua bendita detrás de cada puerta y a las muchachas rubias enjabonándose las manos en ellas hasta las axilas y soltando risotadas irreverentes ante la mirada impasible de don Minervino, el dueño. Un día, relacionando esta imagen con las conversaciones que de tarde en tarde sostenía con tío Felipe Neri, se le ocurrió la idea de que sacrificar a aquellas mujeres pecadoras y purificar la casa de las puertas de colorines por el fuego, bien pudiera ser «una buena causa»:

—¿Hacer el infierno para ellas, para que purguen sus pecados? —indagó su hermana Flora.

—Eso.

Ver a su hermana interesada en una idea suya exaltó a Gervasio hasta el extremo de que, sin mayor demora, empezaron a planear el incendio del Friné:

—Será como defender a Dios —dijo Flora—. Como si bajara del cielo el arcángel San Miguel con su espada de fuego.

—Eso —dijo Gervasio con entusiasmo.

—Como los cruzados de la Cruzada, ¿verdad?

—Eso.

Y el jueves siguiente, tan pronto mamá Zita y papá Telmo salieron con Benigno en el Buick de papá León, Florita y Gervasio apilaron en la trasera del callejón periódicos viejos y astillas que hurtaron de la cocina de la señora Zoa, mas, apenas había prendido la llama en los papeles, irrumpió tras ellos, sin hacer ruido, el Cigüeña, el antiguo guardia urbano de la vereda que, al tiempo que pisoteaba los periódicos humeantes, los agarró a cada uno por una oreja:

—¿Es que no se os ocurre cosa mejor, buenas piezas?

Los taladraba el agente con su ojo revirado.

—Sólo era una hoguera —arguyó Florita.

—Ya veo que era una hoguera, pero si no llego a tiempo lo mismo prendéis la casa y abrasáis la cuca a las niñas del Friné. ¿Sabe esto don León?

La niña negó con la cabeza, y conforme subían el ancho tramo de escaleras por la alfombra granate, con el Cigüeña en medio, ambos temblaban, pero cuando papá León (que en la primera década del siglo había sido alcalde de la ciudad durante una larga etapa) salió al vestíbulo y llamó Gerardo al Cigüeña y levantó los brazos y le dijo familiarmente, «¿cómo te va?» y le hizo pasar al gabinete, y sentarse, y le ofreció una copa de anís y un cigarro habano y, entre copa y copa, se pusieron a hablar de sus tiempos y a evocar a don Segismundo Moret y a Poli, el Patatero, y la decidida actitud del Cigüeña aquella noche, Flora y Gervasio empezaron a tranquilizarse. Y más tarde, cuando el Cigüeña marchó, con la cara congestionada por el alcohol, propinándoles amistosos golpecitos en la cabeza y diciendo «estos diablillos»,

olvidado para siempre el frustrado auto de fe, Florita le preguntó a papá León:

—¿Quién era Poli, el Patatero?

—¡Ah, Poli! —dijo papá León esbozando una sonrisa de siete lustros de nostalgia entre sus ralas barbitas amarillentas—: era un patatero de la calle de la Cárcava que una noche perdió la cabeza y se encerró en su cubil con un cuchillo de cocina en una mano y un revólver en la otra y todo se le volvía decir: «A mí los valientes. Al que entre, le rebano el gañote». Yo era alcalde entonces y recuerdo que los loqueros, atemorizados, no se resolvían a ponerle la camisa de fuerza, y, en éstas, fue Gerardo y, sin que nadie se lo ordenara, saltó por la ventana, se le echó encima y lo redujo. Fue un gesto de valor el suyo y el día de la Patrona, con la guardia formada en el patio del Ayuntamiento, le impusimos una medalla —se le ablandaban las pupilas a papá León.

Gervasio volvió la cabeza perezosamente hacia él:

—¿Es un héroe entonces el Cigüeña?

—Ah ¿conque llamáis *Cigüeña* a Gerardo, eh? Pues claro que es un héroe. ¿Qué te creías? ¿Que no podía ser un héroe un guardia de la porra?

V

Adormecido, seguía oyendo las voces retumbantes de papá Telmo y, acto seguido, sin solución de continuidad, mezclados con sollozos, los ruegos de mamá Zita, y de nuevo papá Telmo, imponiendo su vozarrón, y, otra vez, el llanto sofocado de mamá Zita, sus súplicas encarecidas, en un runrún confuso, de manera que cuando Gervasio abrió los ojos definitivamente y oyó el silencio, no supo a ciencia cierta si aquella discusión con sordina había sido un hecho real o lo había soñado. Se encaminó a la cocina:

—¿Dónde están los papás?

—Se fueron de viaje, corona.

—¿Dónde, Zoa?

—Con tus tíos, a la Granja, a ver correr las fuentes.

—¿Y por qué riñeron esta mañana?

—Regañaron por ti.

—¿Por mí, Zoa?

—A tu papá no le gustaron los disfraces que te regaló tu tío. Le mandó a Clemente que los quemara.

Clemente el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el conserje, cuidaba con esmero el pequeño jardín de la trasera de palacio. Tenía el cabello y las cejas blancos, un pelo de consistencia trabada como el algodón, albinismo que a juicio de la señora Zoa provenía de un susto, pero en cierta ocasión que Gervasio le hizo reparar en que Frutos, su hermano, también era pelicano, la señora Zoa arguyó que tal vez el del susto hubiera sido su abuelo, ya que estas cosas, por capricho del destino, salían a relucir cada dos o tres generaciones. Paciente, primoroso, de rara habilidad manual, Clemente podaba rosales, injertaba arbustos, esparcía tierra vegetal en los arriates y, en general, cumplía su misión con lenta eficacia y una boba sonrisa complacida bailándole en el rostro. Aquel reducto verde, recluso entre las galerías de las casas de Giralda (que en su día motivaron un contencioso porque, según don Vicente Colino, cronista de la ciudad, rompían el carácter monumental del barrio), la trasera del Gobierno Civil y las tapias del jardín de las Brígidas, encerraba una honda significación para Gervasio. Por sus paseos había discurrido su primera infancia y no había rincón, árbol, piedra o arbusto que le fuese ajeno. En la pequeña glorieta circundada por un seto de boj (que Clemente, con exceso de celo, mantenía a raya mediante recortes semanales innecesarios) Gervasio había aprendido a andar y a montar en bicicleta. Posteriormente había jugado al escondite por el jardín con los hermanos Bidegaín (Fefa y Arturo) antes de que la serrería de don Arturo quebrase y tuvieran que regresar a Toulouse junto al abuelo paterno. Otra referencia obligada: la vieja morera que sombreaba la explanada de las cocheras (en la que papá León mataba estorninos con una carabina de nueve milímetros y bajo la cual, en el buen tiempo, leía después de comer papá Telmo, sentado en una butaca de mimbre), con

cuyas hojas alimentaba a los gusanos de seda al llegar la primavera. Y el estanque circular, revestido de hojas muertas, que Clemente utilizaba para el riego y donde Flora y él atrapaban renacuajos que luego conservaban en una urna de cristal hasta que les crecían las patas y se convertían en ranas. O la grutita de rocalla, bajo el arco vegetal, con la imagen en blanco y azul de la Virgen de Lourdes, a la que rezaban devotamente el rosario las tardes luminosas de mayo, arrodillados en el césped.

Gervasio, acodado ahora en el balcón del cuarto de los armarios, miraba todo esto indiferente, los ojos fijos en Clemente apilando al pie del balcón las ropas militares de tío Felipe Neri. Y una vez que terminó de amontonar guerreras y capotes, el jardinero, como si culminara una ceremonia fúnebre, cubrió todo con la capa azul celeste (los rígidos alamares azul marino en el cuello), sacó un bidón del garaje, lo roció con gasolina y le prendió fuego. Gervasio no se alteró. Contemplaba la hoguera con la misma pasiva curiosidad con que observara dos semanas antes el presente del tío Felipe Neri, recreándose en las llamas, ajeno al motivo que las provocaba. Le fascinaba su brillo, su caprichoso caracoleo, el humo componiendo formas monstruosas en el aire, la resistencia al fuego de galones y brandeburgos y, finalmente, tras un furioso flamear, el círculo de blancas pavesas a que quedó reducido todo, excepto las botas de campaña, tiesas y negras en el centro, con los acicates puestos. Como reclamado por la intensidad de su mirada, el sordomudo levantó los ojos hasta el balcón y vio al niño, el mentón apoyado en el balaustre de hierro, atento e inmóvil. Le sonrió:

—¿Por qué lo quemas, di? —preguntó Gervasio.

Sin dejar de sonreír, Clemente emitió unos sonidos inarticulados, acompañados de expresivos ademanes:

—¿Te lo mandó papá Telmo?

El mudo asintió con torpes aspavientos. Apenas tendría veinte años, pero el cabello cano, la tez salpicada de pecas, le avejentaban. Continuaba sonriendo al recoger las cenizas con una pala y, cuando volvió a mirar a lo alto, Gervasio había desaparecido. La señora Zoa y la Amalia charlaban en la cocina y no repararon en la irrupción de los niños:

—Y el Rodolfo Francisco ese, ¿es de por aquí?

—Del barrio de San Juan; nacido y criado, señora Zoa, sólo faltaría. No quiera saber, ¡tan plantado! Más de tres días lleva bailando y como si tal cosa.

La vieja se iba contagiando del entusiasmo de la otra. En unos segundos trazó el plan de la tarde: al abuelo, que era comprensivo, le dejarían el vaso de leche con las galletas sobre el aparador, advirtiéndole que iban donde su cuñada para que no les aguardase. De este modo podrían permanecer en el Novelty hasta las nueve de la noche sin que nadie les echara en falta:

—Pero ¿se puede saber de qué estáis hablando? —terció Florita, harta de tanta palabrería sin sentido.

—De un concurso de baile, bonita —aclaró la Amalia, sin disimular su exaltación

—. El Rodolfo Francisco, un chico de aquí, ha desafiado al Breslau, el campeón de Europa, a ver quién aguanta más. Desde el miércoles llevan dando vueltas como peonzas y el Rodolfo Francisco no se rinde. ¿Qué te parece?

La niña empezó a mostrar interés:

—¿Y bailan solos?

—Solos o acompañados, mira. Si tú quieres no tienes más que subir al escenario y echan un baile contigo.

Gervasio observaba a una y otra sin acabar de comprender:

—¿Y es que Rodolfo Francisco no come?

—¡Qué hacer!, pero sin parar de bailar; come mientras baila porque aquel que se pare está perdido.

—Y... y... y ¿no va al retrete el Rodolfo Francisco?

La Amalia se echó a reír, con aquella su risa descarada, tan bullanguera y jovial:

—El que vaya al water también pierde, bonito. Han de hacerlo en una lata. Pero como comen poco y sudan mucho pues a ver, apenas les aprieta la necesidad.

Los barrios populares hervían aquella tarde, vivían el reto de Rodolfo Francisco como cosa propia y las calles próximas al teatro se veían atestadas a toda hora. Era una multitud inquieta y fluyente, versicolor, siempre la misma y siempre distinta, como las aguas de un río. Unos grupos entraban en el local, a animar al ídolo, mientras otros salían a la calle a respirar, comentando su resistencia, sopesando sus posibilidades. El hecho de que el joven hospiciano Rodolfo Francisco, ojeroso y desmedrado, hubiese desafiado al campeón de Europa, un rubio jayán, era ya un acontecimiento que hacía reventar sus pechos de orgullo patrio. En rigor, el Rodolfo Francisco, aun con leves desfallecimientos, aguantaba bizarramente al campeón, sonreía a duras penas con una sonrisa desdibujada, y, de cuando en cuando, refrenaba su ritmo para recobrase. El Breslau, por su parte, brincaba, volteaba, hacía cabriolas, levantaba a su pareja en el aire, en un alarde de potencia física. En los corrillos, la gente opinaba a media voz:

—Físicamente, el forastero está mejor preparado, las cosas como son. El Rodolfo Francisco no puede ya con su alma.

Pero la señora Zoa, la Amalia y los niños no perdían la fe en su representante. Habían logrado forzar el bloqueo de la puerta y, plantados en el pasillo central, contemplaban sin pestañear las evoluciones de los bailarines en el escenario. El alemán parecía, en efecto, más terne, pero nada estaba decidido aún, todo cabía esperarlo del pundonor del Rodolfo Francisco. El teatro era un horno. De la barroca lámpara del centro pendían gallardetes y serpentinas y en los apliques laterales ondeaban banderas españolas y alemanas. A través del humo de los cigarrillos y el polvo en suspensión se divisaba el proscenio, ornado con banderas y cintas de colores, ceñido por una colgadura e iluminado por cuatro potentes focos. Relevándose en breves períodos, media docena de músicos tocaban afligidamente en el foso bailables pegadizos que algún sector del público coreaba con pasión. De pie,

en el pasillo, Gervasio entornaba los ojos escocidos:

—¿Quién es el Rodolfo Francisco, Amalia?

—El del chaleco negro y las alpargatas, el moreno, el más flaco, ¿es que no lo ves? ¡Madre, qué majo está!

Aprovecharon la salida de un grupo para sentarse. La superioridad de Breslau, con sus rubias melenas al aire, danzando con dominio y arrogancia, era notoria. El Rodolfo Francisco, muy pálido y tenue, le replicaba, seguía el ritmo en tono menor, aunque, en ocasiones, sobreponiéndose a la fatiga, hacía un giro sobre sí mismo arrancando aullidos de entusiasmo en la multitud. De momento, ambos bailaban un tango, las parejas avanzaban hasta las candilejas deteniéndose en el mismo borde de la escena, y reculaban luego, subrayando sus pasos, avivando con un lascivo contoneo la cadencia de la pieza, displicentes ellos, desmelenadas las muchachas, sudorosos ambos, dos medias lunas de humedad bajo las axilas.

Y el público, siempre renovado, enfervorizado, gritaba, rugía, aplaudía, silabeaba a grandes voces el nombre de su paisano:

—¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!

De vez en cuando alguno, más exaltado, arrojaba al tablado algún objeto (gorras, sombreros, botas de vino, petacas) y refrendaba estentóreamente su gesto:

—¡Viva la madre que te parió!

Junto a la Amalia se sentaba una mujer joven (con un niño mofletudo, dormido entre los brazos) que no hacía más que asentir con la cabeza y repetir:

—Madre, y así cuatro días con cuatro noches, que se dice pronto.

Gervasio, entre las dos mujeres, observaba las evoluciones del Rodolfo Francisco, su descolorida tez, las abultadas ojeras que sombreaban sus ojos:

—El Rodolfo Francisco está muy cansado, Zoa; me parece a mí que va a perder.

Un hombrón del pueblo, con la boina calada, volvió la cabeza desde la fila delantera:

—Aguarda, chaval; al español lo que le falta en posturas le sobra en redaños. Ya veremos quién pierde.

Un hombre consumido, en mangas de camisa, con pantalón marrón y tirantes rojos, surgió de entre las bambalinas, se llevó a los labios una bocina verde, mayor que la del gramófono de papá León, y voceó:

—¡Atención, señoras y señoritas! Aquellas de ustedes que deseen bailar una pieza con cualquiera de nuestros dos grandes campeones, tengan la amabilidad de subir a escena. Están a punto de cumplirse las cien primeras horas de competición.

La Amalia no vaciló:

—Eche un ojo a la cartera, señora Zoa. Yo no me pierdo un chotis con el Rodolfo Francisco —se incorporó.

—¿Y el Anselmo Llorente?

—A ése que le den tila.

—¿Y si luego os arregláis?

Pero la Amalia ya estaba en el pasillo, iniciando el trasiego entre la platea y la escena, donde las nuevas parejas reanimaban a los bailarines, hasta el punto de que, cuando el Rodolfo Francisco ciñó la breve cintura de la Amalia y la chica, arrastrando levemente la pierna derecha, echó hacia atrás la cabeza levantando sus cejas diabólicas, entreabriendo sus labios rojos (tan descotada y ceñida, tan insinuante), sonriendo al respetable, una voz potente gritó desde el paraíso:

—¡Con la coja vas más ligero!, ¿eh, Rodolfo?

La mujer joven del niño en brazos se volvió hacia la señora Zoa, parpadeó varias veces como si le picasen los ojos, y preguntó, señalando el proscenio con un movimiento de cabeza:

—¿Es su compañera?

—Sí, es mi compañera.

—Pues ya es exagerada, ya. Se ve que la cojera no la acobarda.

Arreciaban los gritos y el Rodolfo Francisco, con la Amalia entre los brazos, giraba sin pausa, sosteniéndose a veces sobre la punta de un pie, pero la luz de sus ojos, bajo el ensortijado cabello, era cada vez más mortecina. Empero la Amalia, cuando regresó, muy oronda, a su butaca, manifestó que el Rodolfo Francisco estaba entero, que era un hombre muy hombre y que el resultado del desafío estaba por ver. Muy agitada y nerviosa, se arregló el pelo y el escote, se empolvó las mejillas sudorosas, sonrió como para sí con íntima complacencia, y les dijo a los niños:

—De esto ni una palabra a la mamá, ¿habéis oído?

Y, por encima de las cabezas de los pequeños, advirtió a la señora Zoa:

—Y si acaso me arreglase con el Anselmo Llorente no le vaya usted a ir con el cuento. ¡Menuda las gasta ése!

Concluidos los bailes con las espontáneas, el hombrecillo de los tirantes rojos consultó con el jurado, a un costado del escenario, cambió una impresión, uno por uno, con los cinco miembros que lo componían, y se aproximó de nuevo a las candilejas con la bocina:

—Distinguido público —anunció—: tengo el honor de comunicarles que los dos campeones acaban de rebasar el tope de cien horas establecido por el jurado y, en vista de que ambos permanecen en liza, éste da por terminada la competición con el resultado de empate. Cien horas para el campeón europeo Herman Breslau y cien horas para el representante español Rodolfo Francisco. ¡Un fuerte aplauso, señores espectadores, para ambos campeones!

Algo así como un trueno horrísono, interminable, estalló en el teatro; una ovación unánime, ensordecedora, apostillada con voces desgañitadas (¡Ro-dol-fo, Ro-dolfo, Ro-dol-fo!) y flamear de pañuelos, bufandas y prendas de abrigo, mientras los bailadores se adelantaban hasta el proscenio, sonriendo, saludando, y la mujer del niño en brazos, complacida por el fallo, reconocía ante la señora Zoa:

—Han echado una manita al de casa como debe ser, ¿no le parece?

Mas el hombrecillo de los tirantes rojos, creyendo advertir cierto desencanto en la

cara del alemán, le puso la bocina verde en la boca, circunstancia que aprovechó el Breslau para dirigirse a la concurrencia:

—Mí acegtag veguedicto jugado y felicitag advegsaguio Godolfo. Pego en atención a este guespetable público, mí continuag una hoga más valsando.

Entonces, inesperadamente, ocurrió todo.

Tras el cortés aplauso con que fueron acogidas las palabras del alemán, el Rodolfo Francisco, extenuado, reclamó a su vez la bocina y con voz entrecortada declaró que también él seguiría bailando una hora más, en homenaje al público, porque —concluyó, elevando la voz mediante un esfuerzo—: «lo que haga un alemán, también puede hacerlo un español». Una ovación atronadora remató sus palabras, la orquestina inició el pasodoble *España cañí*, y en las localidades altas, entre bravos y vítores a España, los espectadores empezaron a arrancar las banderolas de los apliques y a agitarlas en el aire, en un clima enloquecido de exaltación patriótica, y, entre el clamor, los hurras, el flamear de banderas y la música pujante, Gervasio, puesto en pie, fuera de sí, rompió a aplaudir, a corear con calor los vítores a España, hasta que, inopinadamente, sintió una sacudida en el colodrillo, y, al mismo tiempo, como el filo de una navaja barbera recorriéndole la espina dorsal, en tanto le nacía en la piel una energía autónoma, fría, eréctil, y una sensación extraña en la cabeza, como si alguien lo destocase, lo despojase de un sombrero demasiado prieto y tirase de sus cabellos hacia arriba. Gervasio quedó inmóvil, asido a la butaca delantera, sobrecogido, los pelos disparados como cohetes, pero el público, pendiente de los bailarines, no reparó en él, hasta que el niño de la vecina, al descubrir su cabeza aleonada, emitió un alarido adulto y, restregando su carita contra el regazo de su madre, prorrumpió en un llanto convulso, lo que indujo a ésta a recoger la mirada y toparse, asimismo, con la enorme cabezota de Gervasio. Gritó la joven madre, los ojos desorbitados y, sin dudarle un momento, puesta en pie, aterrorizada, protegiendo al niño con sus brazos, huyó, chillando, por el extremo opuesto de la fila. Pero antes de que alcanzara el pasillo, la señora Zoa, estupefacta, zamarreaba ya a Gervasio, le propinaba cautos sopapos en las mejillas, intentando volverlo en sí:

—¡Habrase visto! ¿Puede saberse qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

Por su parte, la Amalia, encogida en la butaca, las manos en las mejillas, sollozaba:

—¡Mire qué cabeza se le ha ido a poner al niño, señora Zoa! ¿Qué le vamos a decir ahora a la señora?

Entretanto, Gervasio, sus ojos grisamarillentos fijos en el escenario, se iba distendiendo conforme remitía el delirio del público, cedía la fuerza helada que escarapelaba su piel y, con ella, la tirantez de sus cabellos, que, paulatinamente, se iban asentando, devolviendo a la cabeza su configuración normal. La vecina escapaba ya por el lateral hablando sola, acunando al niño que no cesaba de berrear, lanzando sobre Gervasio furtivas miradas de hostilidad. Arriba, aún sonaban algunas exclamaciones esporádicas, incluso algún que otro rezagado «¡Viva España!», pero el

paroxismo iba decreciendo y, con él, el transporte de Gervasio, identificado con el ambiente, transido y fatigado. La señora Zoa, tratando de protegerlo, lo había cogido en brazos:

—Anda, corona, duérmete. —Y tan pronto el niño entornó los ojos, se dirigió autoritaria a Florita—: ¿Qué es lo que le ha pasado en la cabeza a tu hermano, di?

—¡Yo qué sé, Zoa! A lo mejor es eso de héroe que dice papá León.

—¿Es que los héroes se ponen así?

—¡Que yo no lo sé, Zoa! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Una hora después, al grito de «¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!», la multitud asaltó el escenario, acomodó al despornado muchacho sobre los hombros de un mozallón de cortas extremidades y, de esa guisa, seguidos por un vocinglero grupo de incondicionales, que vitoreaban al campeón, abandonaron el local entre fervorosos aplausos, que siguieron luego a lo largo de la calle y no cesaron hasta que el Rodolfo Francisco, a hombros, rodeado de una joven multitud enardecida, hizo su entrada triunfal en el barrio.

VI

En la casa en tinieblas apenas se oían los crujidos del entarimado bajo los muebles macizos y, lejos, amortiguada por los cristales de los balcones, la voz arrastrada de un borracho cantando en el callejón, ante la iglesia de Santa Brígida. La Amalia encendió la luz del vestíbulo y se detuvo un momento, escuchando:

—A tu abuelito ni se le siente. No se habrá acostado, ¿verdad?

La Amalia trataba de congraciarse con el pequeño, a quien, de regreso a casa, excitada aún por los acontecimientos de la tarde, había regañado en el tranvía:

—Y tú, ¿a qué ton haces esas boberías? No se te puede llevar a ninguna parte.

—Yo no las hago, Amalia.

—Estamos apañados; las haré yo entonces.

—Yo no las hago, Amalia —repitió el niño—. Me pasan.

Ahora la chica taconeaba briosamente por el pasillo para llamar la atención del viejo, pero al llegar al comedor y ver la merienda intacta, sobre la bandejita de plata, tal como la había dejado, y no escuchar su voz, algo como un oscuro presentimiento atravesó su cabeza. Volvió sobre sus pasos y requirió a Gervasio:

—Anda, ve donde el abuelito y pregúntale por qué no ha tomado la leche, que si está enfermo.

Al pulsar el interruptor, el niño lo descubrió, derrumbado sobre la alfombra de nudos, en la cabeza la boina roja del General, los lentes rotos junto a la pata de la mesilla, el brazo izquierdo engarabitado bajo su pecho. No se resolvió a franquear el umbral y pidió ayuda a grandes voces:

—¡Zoa, Amalia, Flora, venid, papá León se ha muerto!

Arrodilladas junto a él, fue la vieja la primera en advertir que todavía alentaba:

—Anda, Amalia, ve de una carrera a avisar a don Justino.

La boina se le había caído y Gervasio se la volvió a poner sobre la frente y la señora Zoa, nerviosa, le reprendió, que no jugara con estas cosas, y Florita se echó a llorar, que le daba miedo, y, en tanto Gervasio procuraba consolarla, papá León se rascó la barba con la mano izquierda haciendo patente la parálisis de la derecha, y, entonces, la niña se llevó las suyas a los ojos y les volvió la espalda, chillando:

—¡Papá León se ha muerto por la mitad!

En ese instante, irrumpieron atropelladamente en la alcoba don Justino, mamá Zita y el resto de los excursionistas, que habían coincidido en el portal, y la primera medida del doctor fue apartar la boina del enfermo, pero Gervasio le advirtió que era su voluntad morir con ella puesta y mamá Zita, presa de un temor supersticioso, pretendió colocársela de nuevo, con tan mala fortuna que le tapó los orificios de la nariz y, entonces, papá León estiró por dos veces la pierna izquierda y el médico la reconvino:

—Cuidado, señora, puede usted asfixiarlo —con una rodilla en el suelo, levantó los ojos hacia los tíos que le acechaban y añadió—: ¿Pueden ustedes dejarme unos

minutos a solas con el enfermo?

Un cuarto de hora más tarde, mamá Zita se presentó con los ojos llorosos en el salón, donde los tíos se habían reunido:

—Una hemiplejía —aclaró—: dada su edad, don Justino no cree que salga de ella, pero, si saliese, sería en una silla de ruedas.

Las tías y Crucita rompieron a llorar, los hombres dejaron de discutir bajo la campana de la chimenea, y tío Felipe Neri arrugó el hociquito como si le amagase la náusea y se derrumbó en el diván bisbiseando, los cristales de los lentes empañados, y en tanto papá Telmo le atendía, aflojándole el cuello de la guerrera y la pretina del pantalón, tío Vidal daba vueltas alrededor de la sala, soslayando los muebles, elevando los ojos al techo, pasándose de cuando en cuando la blanca mano del solitario por la sonrosada calva. Tío Felipe Neri suspiró y dijo débilmente:

—Gracias, Telmo.

Papá Telmo se incorporó y se dirigió al grupo de mujeres. Apuntó con dignidad profesional:

—Estos episodios suelen prolongarse. No son cosa de un día ni de dos —miró a tío Felipe Neri y añadió—: convendría organizar turnos de vela antes de que todos terminemos agotándonos inútilmente.

Y allí mismo se establecieron los turnos de vela, por parejas, procurando armonizar éstas por edad y sentido de la responsabilidad: tía Cruz y tío Felipe Neri, tía Macrina y tío Vidal, mamá Zita y la señora Zoa, y Crucita y papá Telmo. Una pareja velaba, día y noche, al enfermo y las restantes dormitaban o vagaban por la casa como sombras, en espera de su turno, pendientes de las novedades que llegaban de la alcoba, por lo general fútiles e insignificantes:

—Papá ha movido un párpado.

—Al abuelo se le ha escapado un viento.

—A veces da la impresión de que quiere escribir algo con la mano izquierda. ¿Por qué no le damos un lapicero?

Nada, fruslerías, ningún cambio fundamental. Papá León yacía inmóvil, tumbado del lado derecho y, con cierta frecuencia, se llevaba la mano izquierda hasta la barba y la atusaba de arriba abajo. Nadie volvió a retirarle la boina («Es su última voluntad y, por encima de todo, debemos respetarla», había sentenciado mamá Zita), pero la presión de la almohada o el peso de la placa dorada («Dios, Patria, Rey») la desequilibraban y el vigilante de turno volvía a enderezarla, pero la falta de colaboración del enfermo hacía que se torciese de nuevo, le volara sobre los ojos a modo de visera, de tal forma que papá León, moribundo, le recordaba a Gervasio al renegrado piñero que cada sábado recorría las rúas del viejo barrio pregonando su mercancía. Don Justino, que visitaba a papá León mañana y tarde, sugirió un día poner la boina en la mesilla de noche, sobre la jarra del agua, para que la viera si abría los ojos, pero mamá Zita argumentó que, antes de darle el ataque, su padre se la había puesto en la cabeza, lo que denotaba su deseo, argumento que don Justino

ponía en duda puesto que «estos accidentes circulatorios eran tan fulminantes que no daban tiempo a ponerse o quitarse nada y, por tanto, lo más probable era que el abuelo estuviera enredando con la boina cuando le sorprendió el trombo». Mamá Zita no dio su brazo a torcer y tan sólo se avino a destocarle unos minutos, «por respeto al Señor», cuando don Urbano subió de la parroquia para administrarle la Santa Unción.

Fuera de las horas de colegio, con la familia pendiente del abuelo, Gervasio discurría por la casa como huido. Muy afectada, Flora lloraba, comía poco, padecía insomnios, pero él vivía aquel proceso como si fuera repetido, como si lo hubiera vivido anteriormente. Por otra parte no había conseguido recuperarse de la impresión de su nuevo trance en el Novelty y si, tras la primera manifestación del signo, se había sentido orgulloso de su peculiaridad, hasta el punto de pavonearse ante los suyos como un Guzmán el Bueno redivivo, ahora, tras la experiencia en el teatro, se sentía abochornado, le humillaba que su aspecto externo pudiese hacer llorar a los niños y ahuyentar a los adultos. La Amalia, cada vez que él se refería a ello, apostillaba:

—Como un gato delante de un perro, así te pusiste, bonito, ¡madre, qué pelos!

Por añadidura, el hecho de que el segundo repeluzno se hubiera producido en un concurso de baile, activado por un pasodoble, le llevaba a dudar del carácter trascendente del rapto. A la salida del Novelty, en el tranvía, después de reñirle la Amalia, había pensado que quizá papá León pudiera resolver sus dudas, pero al encontrarle agonizante, desplomado a los pies de la cama, el niño, sin mayor razón, estableció entre ambos acontecimientos una relación de causa a efecto. En los días que siguieron, continuó atosigándole el hecho de que la crispadura le asaltara en un espectáculo frívolo, siquiera su pueril discurso no dejara de reconocer que en el teatro habían flameado banderas, habían sonado aclamaciones, se habían producido vivas a España, todo ello acompañado por una musiquita galopante, enardecedora, lo que, sin duda, había despertado en su pecho sentimientos patrióticos. Tío Felipe Neri, olvidado por unos momentos del enfermo, la tarde que Gervasio le dijo que había vuelto a sucederle *eso* y que si, por casualidad, España era, por sí sola, una buena causa, se mostró muy excitado, sacó el pañuelo blanco del bolsillo, frotó con él los cristales de sus lentes, posó la palma de la mano en la boca del estómago como para conjurar la náusea y dijo:

—Después de Dios, hijo mío, España es la causa más alta.

—¿Es España la patria?

—Así es, Gervasio. España y la patria son una misma cosa.

—¿Para toda la gente?

—Entendámonos, España es la patria de los españoles; para un francés, la patria sería Francia, y Alemania para un alemán.

—¿Es que cada persona tiene una patria?

—Naturalmente; depende del lugar donde haya nacido.

El niño pensaba en el Breslau:

—Y si un alemán hace algo por España, ¿ya no es un héroe?

—Depende —dijo tío Felipe Neri midiendo mucho las palabras—. Si lo hiciera por España pero en contra de Alemania, hasta podría ser un traidor.

—¿Un traidor?

—Entiéndeme, hijo —arguyó procurando paliar la decepción que sus palabras producían en el pequeño—: hay ocasiones en la vida en que la frontera entre el heroísmo y la traición es tan tenue como un papel de fumar.

—Pero ¿es que se puede ser héroe y traidor al mismo tiempo, tío?

La mano inquieta, lampiña, de tío Felipe Neri fue subiendo del estómago a la barbilla y acarició ésta mecánicamente, dos o tres veces, meditativo. La pugnaz mirada de Gervasio le resultaba abrumadora:

—Bien, quizás seas aún muy niño para comprenderlo, pero puede llegar a producirse esa aparente contradicción que dices: ser héroe para unos y traidor para otros, según se considere el gesto desde un lado o desde el otro —aclaró el tío Felipe Neri. Y agregó en un débil tono de voz—: De hecho, la historia del mundo está llena de esos contrasentidos.

Le subieron las aguas a la boca con tal apremio que tuvo que llevarse el pañuelo a los labios para evitar el afloramiento. Por la noche, después de cenar, se sinceró con su cuaderno de pastas de hule: «Estoy en un aprieto. Esta tarde, al tratar de aclararle algunas ideas, he confundido a Gervasio, mi sobrinito. Perfilar el concepto de *buena causa* acarrea problemas al pequeño. En primer lugar, el hecho de que la nacionalidad, el azar de haber nacido en un lugar o en otro, determine la patria de cada cual, le decepciona. Días atrás le sobrevino un nuevo trance al oír vitorear a España y no admite que franceses y alemanes permanezcan insensibles ante estas aclamaciones. Rechaza, por otro lado, la ambigüedad del acto heroico, según se le mire por el haz o por el envés. Él desearía el acto heroico en estado puro y la traición pura; blanco y negro, sin matizaciones. Ante la complejidad del problema, prefiere cerrar los ojos. ¿Cómo orientarlo? ¡Ilumíname, Señor!».

Al día siguiente, en el turno de vela de mamá Zita, papá León abrió un instante su ojo izquierdo, la miró pícaramente, como si le guiñase el otro, y pronunció una sola palabra, pero con la misma avidez con que un sediento reclamaría agua:

—¡Música!

Volvió a cerrar el ojo y quedó en la misma postura fetal, apacible, que solía adoptar. Mamá Zita recorrió la casa en triunfo, difundiendo la buena nueva:

—¡Papá ha abierto un ojo! ¡Papá ha abierto un ojo!

Pero cuando tía Cruz, esperanzada, le formuló la pregunta obligada: «¿Y qué?», mamá Zita perdió pie, vaciló, tartamudeó, y terminó reconociendo: «Pues eso, que ha abierto un ojo, ha pedido música y lo ha vuelto a cerrar».

—¿Ha pedido música papá? Pero algo más habrá dicho.

—Sólo ha dicho música, Cruz, pero con tanto ardor como si en ello le fuese la vida.

En aquella atmósfera tensa, rutinaria, de nimias novedades, la voz del moribundo reclamando música se impuso como una orden. En contados segundos, papá León tenía el fonógrafo, la gran trompa de latón y los estuches de cilindros a su disposición, sobre la cómoda. Diríase que los allegados estimaban la obediencia ciega como inexcusable punto de partida de una posible recuperación, mas papá Telmo les advirtió que no se ilusionasen, que el enfermo seguía en coma y que seguramente el episodio de la música no era más que un acto reflejo sin incidencia alguna en la enfermedad. Empero, mamá Zita insistía en que en su pupila había lucidez cuando pidió música y que, por tanto, tendría música. Consecuente con sus palabras, unos segundos después sonaron en el pasillo y las habitaciones contiguas los compases rasposos de *Boinas rojas*. El escalofrío sorprendió a Gervasio a la puerta de la alcoba y, tan pronto sintió en la morra los aletazos del cabello pugnando por erizarse, se apresuró a refugiarse en el cuarto de jugar, donde no alcanzaba la música del fonógrafo. Era la primera manifestación de desconfianza que experimentaba hacia sí mismo. ¿Por qué se ocultaba? ¿Por temor a que papá Telmo lo descubriera o por miedo a su metamorfosis? ¿Por repugnancia instintiva hacia su mutación física o para no desviar la atención general concentrada en el enfermo? Gervasio lo ignoraba pero permaneció encerrado en el cuarto de juegos durante horas (ya que mamá Zita empalmaba los cilindros sin pausa) y, en lo sucesivo, cada vez que los amagos de crispadura se repitieron, adoptó la misma precaución.

A los diez días de caer enfermo, papá León falleció. De madrugada, tío Felipe Neri recorrió los dormitorios convocando a todos junto a su lecho, pero cuando llegó el primero (mamá Zita) papá León ya había expirado. Tía Cruz, en señal de duelo, levantó la aguja del fonógrafo y el silencio se hizo tan denso que el color rojo de la boina, en contraste con la albura de las ropas de cama (que la señora Felipa restregaba diariamente en la artesa de zinc de la galería), adquirió una vibración sonora. Con el alba, se presentó don Trifón de la Huerta, conmitón de papá León, con su provocadora barba marxista, sus botines grisverdosos de ante, su blanco cuello almidonado y su sombrero hongo, y sin saludar a nadie, colocó el rollo del *Oriamendi* en el carro del fonógrafo, se cuadró a los pies del difunto, entre dos cirios (el codo izquierdo en la cintura y el bombín negro en la mano), carraspeó, buscó por dos veces el tono en su garganta y cantó, al fin, a media voz, dejándose llevar por el sonsonete de la banda del Requeté Navarro:

*Adelante, batallones,
la victoria nos espera,
luchemos como leones
defendiendo la bandera.*

*¡Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
que vuelva el Rey de España*

a la Corte de Madrid!

*Por Dios, por la Patria y el Rey
murieron nuestros padres;
por Dios, por la Patria y el Rey,
moriremos nosotros también.*

Al concluir, se acercó a mamá Zita y tomó cálidamente su mano derecha entre las suyas, al tiempo que daba un taconazo y dibujaba una profunda reverencia:

—Excúseme, señora —dijo—; era un viejo pacto entre los dos. Su padre de usted y yo habíamos acordado que el superviviente honraría al difunto, como en los tiempos heroicos, con los acordes de nuestro himno. Por desgracia yo ya no tendré esa suerte. A sus pies, señora. Le acompaño a usted en el sentimiento.

Uno a uno cumplimentó a todos los presentes y salió de la alcoba. Gervasio observaba la faz de papá León, sus rasgos minerales, color ceniza, pero ni en ese momento ni al día siguiente, en Santa Brígida, durante el funeral, ni en la despedida del duelo a la puerta del templo, cuando media ciudad desfiló conmovida ante sus deudos, derramó una sola lágrima. Se limitó a seguir al cortejo como un autómata (con el mismo escepticismo con que lo hacían los viejecitos del asilo, los hachones en sus manos sarmentosas), como si aquel que yacía en el ataúd nunca hubiera tenido relación con él. Tío Felipe Neri, que no le quitaba ojo, lo encontró seco, circunspecto, pero no afligido, y, si había aflicción en él, la dominaba, se esforzaba con éxito para no manifestarla. También tía Cruz había reparado en la impasibilidad del niño, en el rígido control de sus sentimientos y, de regreso a casa, se confió a su marido:

—¿Te has fijado, Felipe? Gervasito no ha derramado una sola lágrima por su abuelo.

Tío Felipe Neri asintió, caviloso, y tan pronto terminó de cenar se sentó en el buró, abrió el cuaderno de pastas de hule, dibujó arriba una cruz y escribió: «Anteanoche falleció papá León, y su nieto, Gervasio, pese a la efusividad, a las cordiales relaciones que siempre existieron entre ellos, no ha derramado una lágrima. Pasivo, árido, casi hierático, asistió a las exequias como un extraño. Su madre se duele de lo que juzga insensibilidad, pero ¿qué razones le asisten para una imputación semejante? Los elegidos (precisamente por serlo) estiman deleznable lo efímero, incluida la misma vida. Héroe y mártires fueron seres despegados, aparentemente indiferentes ante la muerte. Tamaño desasimiento afecta, con mayor motivo aún, a lo que pudiéramos llamar bienes terrenales, incluidos seres queridos. ¿Por qué no considerar a Gervasio entre los elegidos? No olvidemos que el pequeño aceptó con resignación espartana la incineración de los uniformes militares que yo le regalé... Es un indicio...», etc.

Impensadamente, el domingo siguiente, después de comulgar, cuando mamá Zita le susurró al oído «Hoy pide especialmente por papá León que tanto te quiso en vida y no pudo confesarse», Gervasio entrevió por unos segundos a su abuelo desnudo,

retorciéndose entre las llamas del infierno (las barbas, como la zarza bíblica, ardían sin consumirse), gesticulando, invocándole a grandes voces, y, ante visión tan espeluznante, un ahogado sollozo le oprimió la garganta. Cerró los ojos contra el antebrazo apoyado en el banco y así se estuvo llorando (según versión imparcial de mamá Zita) «hasta que concluyó la misa de doce y el gordo Severo salió de la sacristía con el matacandiles, con intención de cerrar la iglesia». Tío Felipe Neri, al ser informado de la novedad, se apresuró a poner al día las notas de su cuaderno: «Seis días después del fallecimiento del abuelo, Gervasio ha llorado por él; ha llorado acongojado, hasta vaciarse, durante más de tres horas. El desapego que su madre le atribuía no está, pues, justificado ni aun por motivos místicos. El pequeño presenta una dualidad inequívoca, pero es evidente que el signo no le ha deshumanizado. Tal vez es aún demasiado niño, pero no deja de resultar ilógico que la muerte en sí no le conmueva y, en cambio, su recuerdo, una semana más tarde, le induzca al llanto».

VII

El fallecimiento de papá León produjo un vacío en el viejo casón de los condes de Pradoluengo, vacío que Gervasio percibía, como percibía, asimismo, aunque de manera difusa, el abierto conflicto entre mamá Zita, tía Cruz y tío Vidal sobre quién de los tres había de heredarlo. A raíz de la muerte de su padre, tío Vidal empezó a llamar *palacio* a la casona, seguramente para justificar la elevada compensación que había de percibir aquel a quien no se le adjudicase y que, teniendo en cuenta el apego de mamá Zita hacia la casa, muy bien podría ser él:

—La ciudad no deja de crecer, hermana, y Pérez Mínguez, el contratista, pagaría hoy una millonada por este solar.

Pero mamá Zita se implaba y aducía que aquella casa había sido su cuna y, aunque muriera en la indigencia, deseaba que fuera también su sepultura. Ante su escatológica aspiración, tío Vidal acuciaba a sus hermanas con los derechos reales, con los requerimientos de la Hacienda pública, aunque tía Cruz y mamá Zita argüían que para eso estaban las cédulas del Tesoro y el paquete de valores («muy equilibrado», en opinión de don Trifón de la Huerta, el albacea), para satisfacer aquellas exigencias, pretensión que tío Vidal rechazaba con su voz tonante, de predicador laico:

—Si enajenamos los efectos para pagar al Fisco, el reparto no será equitativo; Cruz y yo quedaremos desamparados.

Para tío Vidal, comportaba un placer hacer el histrión ante sus hermanas, afirmar, con los brazos puestos en cruz, que eran víctimas de un Estado absorbente y que, aunque pareciese irracional, eran más pobres ahora que en vida del difunto. Mamá Zita plañía, suspiraba, inquiría cómo era posible semejante crueldad, perder el padre y la fortuna al mismo tiempo, y, ante su incompetencia, tío Vidal replanteaba la situación:

—Puedes optar entre el palacio o los valores, Zita, pero si te decides por el palacio, tendrás que pagar una renta simbólica y, si te fijamos una renta, por simbólica que sea, ¿quieres decirme cómo piensas vivir? ¿Con los ingresos de Telmo?

Decía esto con sorna, puesto que los naturistas eran raros en la ciudad y, en general, disfrutaban de buena salud, pero una noche en que tío Vidal las constreñía con dureza y tío Felipe Neri intentó salir en defensa de las hermanas, tío Vidal le enfocó su glacial mirada azul y dijo acremente:

—¡Segundos, fuera!

Tío Felipe Neri se tragó la lengua, persuadido de que los hermanos políticos no tenían pito que tocar en aquel pleito. A pesar de todo, tía Macrina, ante el punto muerto a que habían llegado las negociaciones, sugirió una noche la posibilidad de consultar con su hermano Jairo, sobresaliente *cum laude* en el doctorado por la Universidad de Madrid, aspirante a judicatura y muy versado en derecho

testamentario. Tía Macrina, única hembra de cuatro hermanos, veneraba a éstos y, con cualquier motivo, se refería a ellos con una admiración sin límites. Así, si Crucita planteaba su problema del revés en el tenis («con una mano no tengo fuerzas, y con dos no acierto a dirigir la bola»), tía Macrina entornaba los párpados, eclipsando sus bellos ojos propincuos, y decía:

—¡Lástima que tu tío Jairo no viva aquí!

Mas si la cuestión a debatir afectaba al terreno médico o a la equitación, entonces era su hermano David, afamado cardiólogo y experto caballista, quien hubiera facilitado sin demora una solución, lo mismo que hubiera hecho Fadrique, ejecutivo de la Biblioteca de Autores Cristianos, si el problema hubiera recaído sobre economía o literatura. Las cualidades fraternas no concluían ahí, puesto que si la conversación giraba en torno a la apostura masculina, la elegancia, la desenvoltura o el don de gentes, sus hermanos Jairo, David y Fadrique no tenían rival en el mundo. Por eso, ante el enrevesado asunto de la sucesión de papá León, ella, pese a la fría y abrupta decisión de su propio marido de dejar al margen a los segundos, una tarde se atrevió a aventurar:

—¿Por qué no ponemos el asunto en manos de mi hermano Jairo?

Y lo preguntaba con orgullo, no en tono de pedir sino de ofrecer, aquel tono que ella solía emplear, por considerarlo pertinente, propio de una madrileña para departir con provincianos. Pero, a pesar de su sugerencia, las discusiones se agriaban cada vez más y las voces de tío Vidal eran ya de tal monta, que los cimientos de la casona se estremecían y, franqueando tabiques y muros maestros, se trascolaban en el pequeño reducto del cuarto de jugar:

—¿Por qué riñen los mayores, Flora?

—Porque el tío Vidal se quiere quedar con esta casa para ser conde.

—¿Es conde el que se quede con esta casa?

—Eso dice la Amalia.

No obstante, lo que perseguía tío Vidal respecto al palacio fue lo que consiguió tras más de medio año de voces, amenazas y dilaciones: partirlo. Tía Cruz y tío Felipe Neri se instalaron en el ala oeste, sobre el garaje, en las habitaciones que papá Telmo destinara a consulta, el cuarto de plancha y tres amplios trasteros condenados años atrás y, para facilitar su independencia, se habilitó una entrada privada por el jardín. El resto de la casona quedó para mamá Zita y, por si fuera poco, tío Vidal, en un gesto liberal, cedió a cada hermana ochenta mil duros en valores, reservándose él el resto y comprometiéndose a liquidar con Hacienda los derechos reales de la testamentaría. Mamá Zita y tía Cruz se dejaron catequizar sin resistencia, puesto que siempre habían soñado con la posibilidad de volver a vivir juntas como cuando niñas («juntas pero separadas, ya me entiendes», puntualizaba mamá Zita) y, por otra parte, al tío Felipe Neri, resignado ya con la esterilidad de su matrimonio, le consolaba la vecindad de Crucita, su ahijada, y (conforme anotó en su cuaderno de pastas de hule) «tener a Gervasio más a mano y tratar de preservarlo de la nefasta influencia de su padre». La

vecindad de los tíos satisfizo también a los niños, proclives a las novedades, y en lo referente a Gervasio, la habilitación de aquellos hoscos cuartos cerrados, llenos de sombras y cachivaches, que alimentaron sus primeros miedos, representó el advenimiento de la paz: el dragón había muerto; la luz lo había matado.

Pero con lo que no contó tío Vidal al adjudicarse el generoso paquete de valores de la herencia fue con el desastre de Fenédosa, a las pocas semanas de efectuarse las particiones. Fenédosa («una inversión con garantía de alta rentabilidad») se fue a pique, quebró de modo aparatoso, sin que el procesamiento y subsiguiente prisión de don Teodoro Blanco, su director gerente, supusiera para él compensación de ninguna clase. La quiebra convirtió las acciones en papel mojado y redujo el pingüe paquete del tío a un nombre más dentro de una problemática lista de acreedores. Fueron unos meses inclementes en el viejo palacio del conde de Pradoluengo.

Tío Vidal, propenso a la farsa, se sentaba en el borde del diván, se desabotonaba la americana, se cubría la calva con las manos y se proclamaba, sin rubor, «pobre vergonzante», y animado por el efecto que sus voces y gestos causaban en sus hermanas, tan sensitivas, se refería a sus hijos como «esas pequeñas víctimas inocentes que arrastrarán mañana su indigencia por las cocinas de San Vicente de Paul». Tía Cruz y mamá Zita moquiteaban al oírle y luego, en sus pálidas tardes de costura, junto al balcón, mirando al jardín donde el mudo Clemente podaba rosales y trasplantaba bulbos, se conjuraban para ayudar a su hermano, incluso, si fuera necesario, redistribuyendo la herencia como si el óbito de papá León se hubiese producido después de la catástrofe de Fenédosa. Pero tío Felipe Neri, con sus lentes impolutos, sus aguas alborotadas y su pelo color ceniza partido en dos mitades, les regañaba con piadosa ironía, les llamaba cándidas y les decía que, aun admitiendo que perdiera su inversión en Fenédosa, Vidal contaba con recursos sobrados para vivir cien años como un príncipe sin necesidad de mover un dedo. Al margen del conflicto, papá Telmo remachó una noche la opinión de tío Felipe Neri, al encontrar a mamá Zita ante el tocador acongojada hasta el llanto:

—Tu hermano Vidal no debe quitarte el sueño, Zita; sabe defenderse solo —dijo con su sonrisa ancha y chata, de boxeador retirado.

Durante meses, Fenédosa pasó a ser el tema capital de las veladas sabatinas en palacio. Según tío Vidal (la víctima más afectada por la quiebra), «Fenédosa arrastraría al hambre y la desesperación a distinguidas familias de la ciudad». Y como tío Vidal tenía aquel timbre de voz campanudo que al referirse a Fenédosa adquiría dolientes tintes proféticos, sus apuros económicos alcanzaron a las piezas subalternas de la casa:

—Tu tío se ha quedado sin un real, bonito.

—Ya lo sé; tío Vidal, ¡a que sí!

La Amalia guiñaba un ojo con picardía bajo su ceja vertical:

—¿Y sabes también quién ha tenido la culpa?

—Eso no lo sé, Amalia.

La chica cambiaba una mirada de entendimiento con la señora Zoa:

—Una lagarta que se ha metido por medio.

El sábado siguiente, antes de que se presentaran los tíos, mamá Zita se encerró unos minutos con los niños en el cuarto de jugar:

—Quiero advertiros una cosa: no se os ocurra mencionar la palabra Fenedosa delante de tío Vidal. ¿Oís bien lo que os digo?

—Sí.

Tan pronto salió mamá Zita, Gervasio corrió desalado a la cocina:

—Ya sé quién es la lagarta, Amalia —dijo jadeando.

—¿Quién, vamos a ver?

—Una que se llama Fenedosa.

La Amalia soltó una risotada cacareante:

—¡Qué chico éste, es de la piel de Satanás!

Gervasio desconocía la palabra aquella y, con mayor motivo, su significado, pero, desde la advertencia de mamá Zita, cada vez que tropezaba con tía Macrina o tío Vidal se le venía a la boca, sin más, como las aguas al tío Felipe Neri, y había de apretar los labios con todas sus fuerzas para que no se le escapara. En ocasiones la tentación era tan irreprimible que, encerrado en el cuarto de aseo, sentado en el bidé, repetía muchas veces aquella palabra enigmática, que se le pegaba al paladar como un polvorón, hasta cansarse. Pero apenas salía del baño, si se topaba con tío Vidal o tía Macrina, le asaltaban de nuevo inmoderados deseos de pronunciarla. En lo tocante a Flora, su hermana, la palabra *Fenedosa* se le antojaba una palabra fruitiva, apetecible, de suerte que cada vez que jugaban a los entierros, si las carrozas se retrasaban, la niña repetía en voz baja, hasta que se aburría:

—Fenedosa, Fenedosa, Fenedosa...

Vencido marzo, el tema Fenedosa quedó pospuesto al ganar el tío Jairo sus oposiciones y ser destinado a la ciudad. Excitados por las ponderaciones de tía Macrina, los niños esperaban encontrarse a un hombre distinto, algo así como el remedo del arcángel Gabriel, que custodiaba la pila del agua bendita en la capilla del colegio, sólo que en tamaño natural y con americana y corbata:

—Dice tía Macrina que es alto, alto, altísimo.

—¿Como la Madruga?

—No sé si tanto.

Pero llegó el tío Jairo y les hizo el efecto de un hombre normal, pelo fuerte, entrecano, mandíbula cuadrada y traje gris, bien cortado, los ojos tristes, ligeramente fruncidos, como si la luz lo deslumbrase. Maduro y soltero, sin amigos en la ciudad, los jueves acompañaba a Crucita a jugar al tenis y los sábados asistía a las *soirées* familiares, aunque era más bien taciturno y hablaba poco, tan sólo lo imprescindible y cuando era requerido. Pero si tomaba la palabra, tía Macrina le escuchaba embobada, porque tenía un tono de voz empastado, muy bronco y varonil, y sus facciones, en especial los ojos, al animarse, resultaban aun más melosos y atractivos que en reposo.

Tío Jairo, aunque se abstuviese de manifestarlo, aceptaba aquellas tertulias a falta de algo mejor:

—El tío Jairo se aburre en casa.

—¿Por qué lo sabes, Flora?

—No le gustan las cosas que cuenta el tío Vidal. Lo único que le gusta de toda la casa es Crucita.

—¿Sí, Flora?

—¿Es que no tienes ojos en la cara?

La incorporación del tío Jairo a la Audiencia revolucionó no sólo la casona sino la ciudad entera. En pocos días se convirtió en el hombre de moda, en objeto de todas las miradas y eje de todas las conversaciones. En las tardes de costura, también tía Cruz y mamá Zita se referían a él, como paradigma de la belleza masculina:

—Como guapo no tiene tacha.

—Un poco sosaina, ¿no crees?

—Tal vez, pero no te aseguraría yo que no sea ahí donde reside su atractivo.

La Amalia, en la cocina, se mostraba más explícita:

—Madre mía, qué hombre, señora Zoa. Con un tipo así perdía yo hasta el juicio, fíjese lo que le digo. ¡Vaya maneras de mirar!

En apariencia, los niños no le divertían, pero si por una razón o por otra se hacían notar, los obsequiaba con generosas propinas y hasta jugaba un rato con ellos; incluso se diría que su presencia en el salón, durante las veladas de los sábados, aliviaba su aburrimiento. Una noche papá Telmo apareció en la tertulia y, ante la sorpresa general, tío Jairo, harto sin duda de los temas monocordes habituales, se apasionó a las primeras de cambio por el naturismo y asintió con entusiasmo cuando papá Telmo, aludiendo al carácter vegetal de su dieta, esbozó su credo:

—El sol es mi cocinero y mi despensa la tierra.

Tía Cruz cambiaba miradas cómplices con mamá Zita y tía Macrina con tío Vidal, porque por primera vez desde su llegada veían a Jairo interesado en alguna cosa fuera de Crucita. El elemental remedio contra el estreñimiento, afeitándose descalzo, en ayunas, sobre las baldosas húmedas, literalmente lo deslumbró, y así que papá Telmo declaró «el estreñimiento no es problema de vientre sino de cabeza», su alborozo se desbordó y, minutos más tarde, cuando papá Telmo se refirió al «suculento placer de andar descalzo sintiendo bajo las plantas de los pies el magnetismo de la tierra», era ya un ferviente naturista.

Al día siguiente, domingo, acompañó al campo a su concuñado, juntos tomaron un baño de luz, pasaron desnudos entre las encinas e hicieron una tabla de ejercicios gimnásticos, plan que repitieron regularmente. La insólita camaradería entre los dos hombres sembró la zozobra en la ciudad y dio pie para que las habladurías (reticentes y maliciosas) contra el nuevo juez y sus costumbres se exacerbasen. Menos imaginativa y sin instrucción adecuada, mamá Zita, persuadida del descarrío de su marido, juzgó a su concuñado un descarriado más, juicio que refrendó tío Felipe Neri

al apuntar la posibilidad de que Jairo fuese otro panteísta. Una tarde, tía Cruz, el rostro encendido a pesar del albarino, enriqueció el anecdotario de Jairo con una inimaginable revelación:

—Macrina me ha dicho que en Madrid se reunía todos los martes con jóvenes protestantes.

—¡Cielo santo!

Terció tío Felipe Neri:

—No me sorprende. Los secuaces de Lutero en Madrid van en aumento.

—¿Quién dices?

—Lutero, el primero en levantar bandera contra el Papa.

—¡Ah!

En pocas semanas, tío Jairo se convirtió en piedra de escándalo y objeto de murmuración. Tía Macrina visitaba de vez en cuando su habitación en el Hotel Castilla la Vieja, para poner un poco de orden, «porque ya se sabe que los hombres carecen del sentido del espacio y lo amontonan todo». Una mañana le acompañó tía Cruz, que volvió diciendo que la pieza era sobria como la celda de un cartujo, pero no tenía crucifijo en la cabecera de la cama y, en cambio, había grabados de santos flagelados y muchachos desnudos por las paredes y una Biblia «rara» en las estanterías.

Ajeno a tales especulaciones, tío Jairo seguía yendo los jueves al tenis con Crucita y los domingos con papá Telmo a tomar baños cutáneos en los pinares. Un día se encontró con los niños y la señora Zoa ante las taquillas del Lux Cinema, especializado en películas del oeste, y, en un gesto de liberalidad, pidió un palco y se quedó con ellos. Flora y Gervasio, absorbidos por las incidencias de la película, aplaudían con calor las derrotas de los indios. En el intermedio, tío Jairo les invitó a boliches y chocolatinas y les preguntó por qué aplaudían:

—Porque los indios son malos.

—¿Quién lo ha dicho?

—En todas las películas son malos.

—Bueno, seguro que cuando os hagáis mayores pensaréis de otra manera.

Gervasio no entendió bien las palabras de tío Jairo, pero intuyó que sus simpatías estaban de parte de los indios, lo que le conmocionó tanto que esa noche tardó dos horas en dormirse y, cuando al fin lo consiguió, soñó con el tío Jairo a caballo, el torso desnudo y plumas en la cabeza, cabalgando por un yermo al frente de un grupo de pieles rojas. Las imágenes eran tan vívidas que, al despertar, no acertaba a separar la realidad de lo soñado, pero su obsesión seguía perturbándole, y cuando la señora Zoa le sirvió el desayuno le preguntó:

—¿Es verdad que los indios son buenos, Zoa?

—¡Estás tonto! ¿Cómo crees tú que van a ser buenos esos zarrapastrosos?

—Pues el tío Jairo lo dice.

—Deja en paz a tu tío Jairo y tú da gracias a Dios por haber nacido cristiano.

Mas el niño continuaba insatisfecho, y al regresar del colegio entró por el jardín y subió a casa de los tíos:

—Tío, ¿son buenos los indios?

—Bueno, de todo habrá, digo yo.

—Entonces ¿los vaqueros son malos?

Tío Felipe Neri carraspeó por dos veces, le invitó a sentarse y pasó un pañuelo immaculado por los cristales de los lentes:

—Mira, hijo, llevar la fe y la civilización a los infieles ya es de por sí una acción meritoria.

—¿Y es bueno matarlos por eso?

—Matar, matar, es una palabra muy dura, Gervasio. En ocasiones habrá que hacer un poquito de fuerza, no digo que no. Los infieles suelen ser como los bebés, gritan y patalean cuando les lavan la cara. ¿Vas a dejarlos sucios por eso?

En la misa de nueve de Santa Brígida, reclinada entre Flora y Gervasio, mamá Zita les dijo el domingo con un calor inusual:

—Hoy ofreced la comunión por el tío Jairo.

Gervasio volvió lentamente la cabeza hacia ella:

—¿Es que es malo el tío Jairo?

Mamá Zita denegó, nerviosa:

—No se trata de que sea bueno o malo. Tú pides al Niño Jesús por él y no hagas tantas preguntas.

Su hermana Flora le dijo a la salida que mamá Zita les hacía rezar por el tío Jairo porque era amigo de papá Telmo y ambos se iban juntos los domingos a corretear desnudos por los pinares y eso era un grave pecado, pero, por una vez, Gervasio rebatió el razonamiento de su hermana aduciendo que si mamá Zita les hacía rezar por ellos era porque a ninguno de los dos les gustaban los héroes y de ahí que papá Telmo mandara a Clemente quemar los uniformes del tío Felipe Neri y el tío Jairo se pusiera de parte de los indios contra los vaqueros. Un aura mítica y contradictoria envolvía de un tiempo a esta parte la figura de tío Jairo. A su manera, también la Amalia expresaba el asombro que le causaba su ambigüedad:

—Y a ese tío vuestro, ¿de qué le vale ser tan guapo si en la vida se le ha visto con una mujer?

—Pues sale con Crucita, Amalia, y juega al tenis con ella.

—Ya ves tú, la Crucita; ¿es la Crucita una mujer? Pero si ni siquiera tiene pechos.

Pese a esta deficiencia, tío Jairo, desde su llegada, mostró su preferencia por ella. Charlaban y reían por naderías, y a las clases prácticas de tenis añadía el tío frecuentes explicaciones teóricas en las que se hacía necesario tomar a Crucita por los hombros, o por la cintura, o por las axilas, y hacerle flexionar o rotar su elástico cuerpo. La muchacha aceptaba con deleite estas enseñanzas, y por su parte trataba a tío Jairo con el mayor afecto y confianza: lo besuqueaba, se colgaba de su cuello, se sentaba en sus muslos. Tía Cruz asistía alarmada a este proceso y ponía en guardia a

su hermana:

—¿No crees que Crucita se extralimita con Jairo? Crucita ya no es una niña, Zita.

Mamá Zita no veía, de momento, nada escandaloso en el comportamiento de su hija:

—Para muchas cosas, Cruz no ha madurado todavía.

En ausencia de la muchacha, tío Jairo ensalzaba su figura, su gracilidad, su porte, y en esos casos mamá Zita, abochornada por los elogios, aludía «a su lento desarrollo físico», ante lo cual tío Jairo decía tajante:

—¡Ojalá no se desarrolle nunca! Ése es su mayor encanto.

La familia, pendiente desde hacía años del pecho (de la falta de pechos) de Crucita, quedaba a la espera de que tío Jairo justificara apreciación tan gratuita, pero él, un poco azorado por su apresurada manifestación de entusiasmo, consciente de que el ambiente no era propicio para ampliar detalles, se limitaba a declarar:

—Es una belleza andrógina. Tiene la gracia de un efebo griego.

Y tías y tíos intercambiaban miradas, se encogían de hombros, y terminaban por admitir lo que parecía un elogio, pensando que acaso Jairo, por madrileño, más mundano y al tanto de la moda, estuviera en condiciones de afirmar que nada tan antiestético como un busto prominente en una mujer.

La Amalia, en cambio, estimaba suficiente este defecto para excluir la femineidad. La presencia periódica del tío Jairo en la casa, el aroma de sus cigarrillos, su discreto perfume varonil, la tenían más encalabrada que de costumbre. Salía con el Anselmo Llorente tres días a la semana, pero solía regresar despeinada, las ropas desbaratadas y con alguna leve equimosis en rostro y cuello. La señora Zoa movía precavidamente la cabeza:

—Ándate con ojo. La primavera la sangre altera.

—¡Váyase usted al cuerno, señora Zoa!

Su humor se había vuelto inestable, desempeñaba sus labores cotidianas con indolencia, y producía la impresión de estar a la espera de algo. Una noche que anticipó su regreso, Gervasio le abrió la puerta. Traía las mejillas congestionadas, la mirada encendida.

—¿Han vuelto ya tus papás? —preguntó al niño a bocajarro.

—Todavía no, Amalia.

—Anda, pues entonces vente un ratito conmigo, bonito.

Le precedió pasillo adelante, renqueando de la pierna derecha, hasta el último trastero, rayano con la vivienda de tía Cruz, y, una vez dentro, aseguró la puerta con pestillo, se sentó en la cama turca, cubierta por una vieja cretona, y empezó a quitarse los zapatos y las medias. Luego se sacó el vestido y la combinación por la cabeza y, a la mortecina luz del montante, Gervasio descubrió el negro vello de las axilas:

—Tienes pelos en los brazos, Amalia.

—Y más pelos, mi niño. La Amalia tiene muchos pelos, ¡ya verás cuántos pelos tiene la Amalia!

Las protuberancias móviles de sus senos, las carnes blancas detonando en la penumbra, el misterioso nido del pubis, las anómalas circunstancias que le rodeaban, amedrentaron a Gervasio, pero ella le desnudaba deprisa, con dedos ardientes y expeditivos, se tumbó, montó al niño sobre ella y cimbrió alocadamente la cintura:

—Yo era un caballito y tú eras el tío Jairo, ¿quieres?

El niño traspiraba, el rostro perdido entre aquellos pechos desbordados, trataba de zafarse del cruel abrazo de la muchacha, de la dolorosa presión de sus muslos, pero ella le oprimía cada vez más fuerte, gemía, le toqueteaba, murmuraba baladronadas y palabras soeces y, por último, le oprimió hasta casi cortarle el resuello, gritó sofocadamente dos veces y quedó inmóvil. Gervasio la oía respirar agitada a su lado, se deslizó hasta el suelo y, entonces, la respiración cesó y oyó su voz ronca, perezosa:

—¿Te gustó, mi niño?

—No, Amalia.

—Te daba miedo, ¿eh?

—Sí, Amalia.

—Seguro que a tu tío no le hubiera dado tanto miedo.

—¿A qué tío, Amalia?

—A tu tío Jairo, ¿qué tío iba a ser? —estalló en una risotada provocativa—. ¡Madre, qué ejemplar de hombre! —El niño pretendía introducir sus pies descalzos por las perneras de los calzoncillos—: Aguarda, bonito, ahora te visto.

Antes de abandonar el trastero, la Amalia le estiró el jersey y le conminó:

—A la mamá ni una palabra, ¿has entendido? Ni a la señora Zoa, ni a la Florita, ni a nadie... Esto es un secreto entre la Amalia y el niño.

Una extraña asociación de ideas inspiró a Gervasio:

—¿Y al Anselmo Llorente?

—A ése menos que a nadie, ¿oyes? Es que ni se te ocurra.

El niño se sentía impregnado de una sucia turbación, le poseía la borrosa conciencia de haber incurrido en algo infame pero, al propio tiempo, intuía que en torno a aquellas viscosidades íntimas giraba el secreto de la vida, y la ignorancia de tales acciones era lo que justificaba aquello que los mayores denominaban *candor infantil*. De repente, dejó de sentirse candoroso, comprendió la existencia del Friné, la de los hombres con el ala del sombrero bajada que merodeaban a su alrededor, la desazón del Anselmo Llorente cada vez que Amalia se retrasaba y la excitación de las muchachas que subían al escenario del Novelty para que el Breslau o el Rodolfo Francisco las bailasen. Empezaba a ver las cosas bajo una nueva luz. Turbado aún por los espasmos lúbricos de la Amalia, tembló ante la idea de una adolescencia concupiscente. Su impresión fue tan honda que no osó comentar el hecho con Florita. No era el miedo a quebrantar un secreto, sino una íntima vergüenza lo que sellaba sus labios. Respecto a la señora Zoa, recelaba que, de informarla, se sentiría celosa y saltaría a los ojos de la Amalia como una pantera. Guardó, pues, el secreto para sí, aunque la Amalia se las arreglaba (guiños fugaces, sonrisas evasivas) para recordarle,

de vez en cuando, su complicidad.

Al aproximarse Semana Santa, tío Jairo mostró interés por el ritual y las procesiones y tía Macrina le informó que la mayor parte de ellas discurrían bajo el balcón de su hotel, desde donde podrían verlas juntos en todo su esplendor. De esta manera, aunque en opinión de tío Jairo la habitación era incómoda, y no tenía condiciones, en ella se congregó toda la familia para presenciar el desfile de Viernes Santo. Los pequeños de tía Macrina correteaban entre los muebles, mientras papá Telmo, tío Vidal y tío Jairo, de pie, tras el grupo de mujeres sentadas ante el balcón, charlaban animadamente y Gervasio, recostado en el brazo de una butaca, miraba como hipnotizado la mano morena y vivaz del tío Jairo sosteniendo un cigarrillo y, sin saber por qué, experimentó el casto deseo de que aquella mano le acariciase la cabeza. Pero el tío Jairo, ajeno a él, absorto ante el discurso de papá Telmo, asumía de corazón sus dos conclusiones fundamentales: primera, que la gula conduce a los hombres a cavar su sepultura con los propios dientes, y segunda, que los seres responsables debían empezar a cuidar la vejez a los treinta años. Apuró el cigarrillo hasta la boquilla, dio media vuelta y aplastó la punta en un cenicero, sobre la mesilla de noche.

En la calle en sombras, precedido por una banda de tambores, había aparecido el paso de La Oración del Huerto entre dos filas de encapuchados, y mamá Zita y tía Cruz se santiguaron. Tía Macrina volvió la cabeza hacia su hermano:

—Las tallas más renombradas de Juni, Berruguete y Gregorio Fernández las tienes aquí —dijo por tercera vez con orgullo de cicerone.

Tío Jairo volvió a sonreírle, mientras abajo se sucedían las cofradías y los pasos, oscilaban las llamas de los cirios, cambiaban de color las túnicas y las capuchas. A mamá Zita y tía Cruz les enfervorizaba la presencia de penitentes descalzos, en tanto a Crucita le apasionaba su identificación. Y cada vez que descubría a algún conocido se dirigía al tío Jairo con un mohín de superioridad:

—Fíjate qué ridiculez, tío; Lola Álvarez Puga, descalza en la procesión.

Tío Jairo, prevenido, asentía complaciente, pero cuando, mediada la procesión, empezaron a desfilar los Cristos lacerados, sangrantes, sus dulces ojos no pestañeaban, en tanto su mano derecha, presa de una agitación extraña, no encontraba lugar donde reposar, vagaba del brazo del sillón al bolsillo, del bolsillo al mentón, hasta que, por último, cerró el puño y se clavó las cuidadas uñas en el pulpejo. Gervasio observaba con disimulo su rostro desteñido, desencajado, dos manchas violáceas bajo los ojos, los labios prietos, y, al propio tiempo, iba tomando conciencia de los compases luctuosos de la banda de música que cerraba la procesión (los pitidos sofocados por la sordina de las cornetas, el redoble acompasado, hueco y funeral de los tambores), que se iba aproximando paso a paso. El niño no hubiera sabido precisar cuál fue la causa desencadenante, si las cruentas imágenes de los Cristos, los sayones, la dolorida actitud de tío Jairo, o la música estrangulada de la banda que cerraba el cortejo («seguramente —como escribiría horas más tarde tío Felipe Neri en

el cuaderno de pastas de hule— fue necesaria la conjunción de dos o tres factores para que Gervasio entrase en trance esta tarde, un trance anómalo, profundo, que me asustó, ya que en un determinado momento llegué a temer un ataque de eclampsia»). Lo cierto es que el pequeño sintió en la nuca como el puntazo de una descarga que, al no encontrar salida, quedó aprisionada, culebreando dentro del cuerpo, presionando su epidermis de dentro afuera, de tal modo que su cabecita se fue abriendo gradualmente como la cola de un pavo real (los cabellos erizados, rígidos, como sables), se le crispó el rostro, y brazos y piernas se revistieron de una piel granulosa con un pelito rubio coronando cada grano. Fue papá Telmo el primero en descubrir su tosca metamorfosis:

—¡Ese niño! ¡Dios Santo, ese niño! ¡Zita, por favor!

Desplazó con el hombro a tío Jairo, arrastró una butaca y se abalanzó sobre el niño, en tanto las mujeres, alarmadas, empujaban los sillones, separándolos, abriendo huecos entre ellos, y Vidalín, en el regazo de tía Macrina, repetía una y otra vez:

—El primo está haciendo payasadas, ¿verdad, mamá?

Papá Telmo tomó a Gervasio en volandas y lo depositó sobre la cama de tío Jairo, ordenando a voces:

—¡Cerrad el balcón! ¡Este niño está horripilado! —se inclinaba sobre él, le levantaba un párpado, le tomaba el pulso.

Tío Jairo cerró el balcón, mamá Zita cogió una mano del pequeño, tío Felipe Neri trataba de ahuecar la almohada:

—Mejor quítasela —dijo papá Telmo.

Tío Felipe Neri la retiró. Tía Macrina sacó a sus hijos al corredor. Mamá Zita acariciaba la mano inerte del niño, quien, con los párpados caídos, trémulo, parecía privado de conciencia:

—¡Dios mío, Telmo!

Papá Telmo no la escuchaba. Sus labios exangües despotricaban contra los capirotes y los sayones, las imágenes sangrantes, la marcha fúnebre, e insistía, señalando la cabeza aleonada de Gervasio:

—¡Está horripilado! Nunca en la vida vi un caso de horripilación semejante —achuchaba la pálida carita entre sus grandes manos—: no tengas miedo, hijito; papá Telmo está contigo. Los hombres malos no te harán daño.

Paulatinamente los cabellos de Gervasio iban asentándose, su piel se asedaba, asumía una tersura vegetal. Entreabrió los párpados:

—Ya vuelve —dijo tío Vidal.

Los rostros borrosos, angustiados, de mamá Zita, papá Telmo, tía Cruz, tío Felipe Neri, Crucita, Flora, tío Jairo, tío Vidal, en torno al lecho, fue lo primero que Gervasio descubrió al abrir los ojos:

—¿Estás mejor, hijo mío? —Mamá Zita le ponía una mano en la frente.

Papá Telmo la apartó con ademanes autoritarios:

—Déjale ahora; dejadle tranquilo —se volvió a tío Felipe Neri—: abre el balcón,

Felipe, que le dé el aire. ¿Quieres un poco de agua, hijito?

Una queda felicidad inundaba a Gervasio. De nuevo le enorgullecía que se inquietasen por él, que penasen por él; saberse centro de la atención general. Tío Jairo se dobló sobre la cama y le acarició la cabeza. El niño cerró los ojos y sonrió plácidamente. Papá Telmo se sentó a su lado y volvió a oprimir su rostro entre sus manazas:

—Tenías miedo, ¿eh, barbián? —sonreía.

—Sí.

—Te daban miedo los encapuchados y esos hombres malos que mataban al Cristo, ¿no es cierto, hijito?

El niño asentía. Papá Telmo le preguntó otras tres o cuatro naderías antes de quedarse mirándole a los ojos con curiosidad profesional:

—¿Nunca te había sucedido una cosa así? —indagó.

Se oyeron varios carraspeos y la tos seca, astillada, conminatoria, de tío Vidal. Mamá Zita cerró los ojos. Tía Cruz bajó la cabeza. Tío Felipe Neri se quitó los lentes sin decir palabra. El niño recorrió uno a uno los rostros azorados de sus familiares, volvió perezosamente los ojos hacia su padre y mintió con aplomo edificante:

—Nunca; es la primera vez.

Libro segundo

VIII

El ingreso en el colegio de Todos los Santos para cursar el bachillerato supuso para Gervasio la desconexión con el pasado, la ruptura con una infancia tibia, rica en experiencias, aunque demasiado atornillada y protegida. Atrás dejaba un mundo fantástico que un día juzgara fundamental y que ahora, desde la nueva perspectiva, se le antojaba deleznable. En pocos meses, los principios que informaron su vida maduraron, se racionalizaron, de tal modo que los hábitos y personas que apuntalaron su primera infancia fueron paulatinamente difuminándose, perdiendo significado para él: el juego de los entierros; la hermana Luciana; la Amalia; el Anselmo Llorente; los paseos largos con la señora Zoa; el Cigüeña; Benigno, el chófer; Clemente, el jardinero; los fantasmas crepusculares de la Enana y la Madruga; don Minervino y las señoritas del Friné; Felipa, la lavandera; Severo, el gordo sacristán de Santa Brígida; las sesiones dominicales del Lux Cinema; la señora Agustina y sus hijos Daniel y Felisilla... Desde la atalaya de sus diez años, Gervasio contemplaba su pequeña historia como un todo, sin analizarla, con una mezcla de ironía y confusión. A veces pensaba que la línea divisoria entre su atolondrado pasado y su presente responsable venía marcada por la tarde que conoció el odio. Fue en su último paseo largo con la señora Zoa cuando, encaramado en la higuera de la señora Agustina, mientras saboreaba una breva tierna y dulcísima, Daniel, el carpintero, lo había fulminado con una mirada enconada, larga, reprobadora. Tan demoledora era y tan intensa que el niño volvió la cabeza imaginando que no podía ser su único destinatario, pero al darse cuenta de que estaba solo, de que era él el exclusivo objetivo de aquella mirada, arrojó la breva al suelo, se descolgó del árbol asustado, se acercó por detrás a la señora Zoa y le dijo a hurtadillas:

—Zoa, vámonos. Ya no quiero estar aquí.

Desde ese día, Gervasio buscaba inútilmente una garantía contra el odio; anhelaba ser amado. Habitado a una existencia acolchada, sin problemas, la mirada de Daniel, el carpintero, le había revelado que no todo el mundo estaba de su parte y que también involuntariamente podía causarse daño. Empezó a barruntar que los asideros que había intuido firmes no eran perdurables. El regazo de la señora Zoa, por ejemplo, ya no le amparaba; no le infundía seguridad. La vieja sirvienta se resumía, se arrugaba, y él empezó a verla como lo que era: un ovillito enlutado, quebradizo, lerdo, tullido por la artrosis. El descubrimiento, aunque gradual, fue desolador. Empero, había que fingir alguna dilección y aceptar sus efusiones con objeto de no defraudarla, pero su cariño hacia ella se había enquistado hacía tiempo, y ahora (le avergonzaba reconocerlo) se le hacía cada vez más urgente interponer una distancia sentimental entre la anciana y él. Mamá Zita vino en su ayuda el día que Florita cumplió once años, al notificar al servicio que, a partir de esa fecha, los niños habían dejado de ser niños para empezar a ser *señoritos*. Para Gervasio fue aquello un ascenso inesperado. Florentina, la nueva doncella, asumió el cambio con naturalidad

y decía *señorito Gervasio* con inflamado aliento, como hubiera podido decir *alteza o señor presidente*; por contra, la señora Zoa, amarrada a la costumbre, enervada por la senilidad y el insuficiente riego sanguíneo, no acababa de digerir la innovación, y, en un aturullado afán por complacer a todos, empezando por ella misma, asociaba calificativos antitéticos, como *corona* y *señorito*, para referirse a Gervasio, lo que ocasionaba en éste una creciente incomodidad. A menudo, la señora Zoa, olvidando el tratamiento y dando rienda suelta a sus impulsos, aun sabedora de que ya no existía correspondencia, oprimía a Gervasio contra su costillar, y aunque lo sentía renuente entre sus brazos, no lo soltaba hasta haber sellado sus mejillas con los besos húmedos, restallantes, totalitarios, que le eran habituales. Estas demostraciones provocaban repugnancia en Gervasio, pues advertía que la vieja, como Florita le enseñara tiempo atrás, olía a agua muerta (en especial su moño blanco, acribillado de horquillas), y su piel, tersa un día, se iba frunciendo, se volvía fría y áspera como la de las tortugas. Mas su irritación llegó al colmo el día en que su camarada de colegio, Pedro María de Vega, fue testigo de uno de estos raptos vehementes. Ante el ímpetu efusivo de la anciana, Gervasio se desasíó de su abrazo, le voceó que ningún parentesco les unía para abrazarlo de esa manera, en tanto su amigo Peter observaba la escena entre azorado y divertido y la señora Zoa murmuraba algo que no por risible dejaba de ser cierto: que su corona, su niño, había dejado de quererla.

Esta escena puso punto final a un largo idilio y mamá Zita, a la vista del escaso rendimiento de la señora Zoa y de la repulsión de su hijo hacia sus expansiones sentimentales, le propuso un día el retiro en casa de su cuñada Agustina, pero como Daniel, su sobrino, se opusiera a acoger bajo su techo a una «lacaya de la burguesía», la señora Zoa terminó por admitir su ingreso en las Hermanitas de los Pobres, institución de la que mamá Zita era benefactora. Y según recogía sollozando sus pobres enseres, mamá Zita la consolaba, diciéndole que su casa siempre estaría abierta para ella y que la esperaba a almorzar «tantas veces como la viniera en gana». La señora Zoa guardaba la fotografía de sus sobrinos, la caracola y las ropas, en la maleta de cartón, recordando, sin duda, los dulces simulacros de años atrás, cuando su niño, su corona, se aferraba frenéticamente a sus piernas y le impedía marchar. Ahora Gervasio no hizo acto de presencia hasta que mamá Zita abrió la puerta de la calle. Entonces apareció en el vestíbulo y tendió a la vieja una mano inexpresiva y distante que ella bañó de besos y lágrimas, en tanto repetía: «Adiós, adiós, señorito Gervasio, corona».

Desde su marcha, la señora Zoa los visitaba algún domingo, y aunque Gervasio procuraba escabullirse, ella lo atisbaba por las rendijas de las puertas, tan sólo por el placer de verlo, resignada ya a no inmiscuirse en sus asuntos, y a la hora de marchar (Gervasio nunca estaba disponible para despedirla) clavaba en mamá Zita sus ojitos pitañosos y le decía complacida:

—Vamos, señora, que bien fanfarrón se le está poniendo el señorito Gervasio. Ya puede usted estar contenta.

Pero la señora Zoa quedó atrás en la historia de Gervasio, como quedó atrás la Amalia, quien, víctima de su primavera febricitante, acabó embarazada, y el Anselmo Llorente, responsable de su estado, desapareció sin dejar rastro. Mamá Zita le reprendió en el salón verde, haciéndole ver que aquel vientre turgente no sólo era un grave pecado sino piedra de escándalo para los niños, por lo que no podía continuar en la casa. La Amalia, pese a sus cejas altivas, rogó, imploró, se humilló en vano y, por último, sin otro allegado en la ciudad que el desertor Anselmo Llorente, cumplió inexorablemente su destino: se puso al tren, viejo recurso de los desesperados en la ciudad. Mamá Zita, concedora de su horrible fin, encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha, pero una mañana que instó a su marido para que le acompañara, papá Telmo rehusó, con una de sus frases irracionales y volterianas:

—Lo siento, Zita. Me niego a compartir vuestro original cristianismo sin prójimo.

Pero, dentro de su cariz desdichado, aquellos sucesos resultaron providenciales para Flora y Gervasio. Después de tantos años de convivencia, hubiera sido improbable que la señora Zoa y la Amalia los tomaran en serio, guardasen la deferencia debida a su edad y condición, acatasen, en suma, una jerarquía social. Ahora, en cambio, la Florentina, la nueva doncella, con sus puñitos y su cuello blanco de piqué, y la gruesa Ani, en la cocina, les trataban de *señoritos* con la misma naturalidad con que trataban de *señora* o *señor* a mamá Zita y papá Telmo.

Por otra parte, también Flora dejó de ser una referencia obligada en la vida de Gervasio. Su fascinante poder de seducción se lo llevó la trampa, y con el cambio de colegio Florita se transformó en una adolescente uniformada que secreteaba escuchos con su amiga Manena Abad tan pronto Gervasio irrumpía y reían alocadamente. Flora disponía ahora de un mundo personal en el que apenas incidía su «remoto» pasado:

—¿Sabes que mi hermano, de pequeño, quería ser héroe y cada vez que sonaba música se le ponían los pelos de punta?

Manena Abad, con el cabello rubio, a mechas, reía de buena gana, con aquella su risa sofocada y ronca, y Gervasio bajaba los ojos confundido porque, aunque no había renunciado al heroísmo, le abochornaba el recuerdo de aquellos fenómenos que acompañaron sus primeros años. Había alcanzado esa edad en que el ideal humano es la vulgaridad, no diferenciarse de los demás, no rebasar la norma, y la sola evocación de su ostento lo avergonzaba. Sin embargo, al cabo de casi tres años sin manifestarse, consideraba cerrado aquel episodio. Sus repeluznos bien podían responder, como aventurara tío Vidal en diferentes ocasiones, a puros fenómenos eléctricos, superados con el desarrollo. Para tío Felipe Neri, en cambio, comprobar que los años transcurrían sin que el signo volviese a exteriorizarse suponía una decepción. Se resistía a admitir que, habiendo sido Gervasio en su primera infancia un niño singular, se hundiese ahora en la anónima vulgaridad, para transformarse en un muchacho sin finura de percepción. ¿Dónde quedaban aquellas crispaciones, aquella sensibilidad, aquellos éxtasis edificantes? Consternado ante su indolencia, un domingo de octubre le sacó de paseo con ocasión de un concierto matinal de la banda

del Regimiento de San Quintín en el templete del parque. Sabía que actuaba a redopelo de mamá Zita, tan solapadamente como antaño lo hiciera papá León, pero pudo más en él la esperanza que la prudencia. La tentativa resultó un fracaso puesto que, aunque se detuvo varias veces ante el kiosco de la música, allí donde la percusión del metal era casi insoportable (enloquecedora en las frases más altisonantes de *El sitio de Zaragoza*), Gervasio no se alteró, ajeno a lo que sucedía en el templete. Su pasividad ante estímulos en el pasado infalibles sumió a tío Felipe Neri en una honda crisis: «El presunto heroísmo de mi sobrino Gervasio (confió esa tarde a su cuaderno de pastas de hule, olvidado y polvoriento en el cajón superior del buró) se ha disipado como esas vocaciones precoces que, en determinados momentos de la infancia, inclinan a los niños a ser guardias o bomberos. Después de dos años y medio sin escribir en esta libreta, hoy que reanudo el contacto es para anotar mi desencanto, puesto que mi sobrino esta mañana, en un concierto de música militar, a pesar de la marcialidad de las composiciones no reaccionó, no experimentó arrobo ni alteración alguna. Divagó distraído por las inmediaciones del kiosco donde sonaba la música, propinando puntapiés a las castañas locas, o mirando a las musarañas. Ni los himnos ni los pasacalles le infundieron la menor emoción; no dijo nada; no ocurrió nada. Lo mismo que hubiera sucedido si, en lugar de Gervasio, me hubiese hecho acompañar de Clemente, ese pobre retrasado que cuida del jardín. Esto me hace pensar que lo que estimé en su día como una señal de lo Alto quizá no fuera sino un acto reflejo como el estornudo cuando a uno le pica la nariz. El Señor nos tenga de su mano».

Aunque por otras razones, también papá Telmo sometió al niño a observación durante un tiempo, a partir de la horripilación del Viernes Santo. Empezó vigilándole a distancia, poniendo a prueba, como en un juego, sus reacciones nerviosas, pero, de vez en cuando, animado por algún comentario del pequeño, indagaba, como sin darle importancia:

—¿No has vuelto a sentir miedo como la tarde aquella de la procesión?

—No.

—¿Y puedes explicarme qué te ocurrió aquella tarde, hijo?

El niño levantaba los hombros, montaba el labio inferior sobre el superior y no respondía. Papá Telmo se resignaba. No quería acosarle, pero si alguna noche Gervasio reclamaba agua o el orinal, entraba en la alcoba como si casualmente pasara por la puerta:

—Tienes miedo, ¿verdad, Gervasio? —Le miraba obsesivamente la cabeza.

—No.

—¿Quieres que deje la puerta abierta? —Seguía mirándole la cabeza—. ¿Me quedo un rato contigo?

—No.

—¿Estás bien, entonces? ¿No te duele nada?

—No.

Poco a poco fue olvidando aquel incidente, «un fenómeno epileptoide producido por cualquier exceso —explicaba— porque el niño no es miedoso; quiero decir, anormalmente miedoso». Tío Jairo, que en aquel momento se despojaba de los pantalones junto a un matorral, comentó:

—¡Buen susto nos dio! Jamás podré olvidar aquella cabeza erizada como la de un animalillo acorralado.

Tío Jairo continuaba saliendo al campo con papá Telmo, aunque con intermitencias cada vez más frecuentes. Las exigencias de la vida naturista empezaban a fastidiarle. Por si fuera poco, tras los ejercicios dominicales su apetito aumentaba, en un momento en que él procuraba bajar de peso:

—Hoy daría un año de vida por una buena paella. Me muero de hambre.

Papá Telmo le reprochaba su flaqueza, y tía Macrina, al sábado siguiente, puntualizaba:

—Mis hermanos son impresionables. Acogen las novedades con pasión pero, a la larga, son inconstantes. Con la política les ocurre algo parecido, en especial a David.

Mano a mano con tía Cruz, mamá Zita opinaba que «como guapo, Jairo lo era en grado sumo, pero también variable como una veleta». En lo tocante a Gervasio, se había serenado. Y aunque su hermana se obstinara en interpretar sus repeluznos como pruebas de predilección celestial, ella prefería el silencio de Dios. Una tarde le confió a Cruz:

—En abril hará tres años que Gervasio sufrió el último ataque de esos. No quiero tentar a Dios, pero me hago ilusiones de que aquellas horribles cosas han terminado para siempre.

Tía Cruz ladeó la empolvada carita enojada. No comprendía a su hermana. No comprendía que calificara de «horribles cosas» y «ataques de esos» lo que para ella y su marido eran distinciones de lo Alto. Mas la fe de mamá Zita no era tan soñadora:

—¿Y quién te dice a ti que fueran señales de lo Alto y no simples fenómenos físicos, como asegura Vidal?

Mamá Zita, apaciguada, veía crecer a Gervasio, observaba sus nuevas relaciones. Le agradaba Pedro María de Vega, Peter, como ellos decían, porque los Vega eran «una familia de aquí de toda la vida; una institución». (Don Belarmino de Vega, hidalgo de privilegio, y su mujer y prima hermana, Genovevita Serrada, eran los padres de Peter, hijo único ardientemente deseado, inteligente y reflexivo, y, por añadidura, sedentario, amigo de la lectura, los juegos de mesa y los pasatiempos tranquilos.) Peter enseñaba a Gervasio a armar barcos dentro de botellas y a jugar al ajedrez y a las batallas navales. El abuelo materno de Peter, don Álvaro Serrada, había sido marino y diríase (a juicio de don Belarmino, alto funcionario de Hacienda) que el nieto había irrumpido en el mundo con el exclusivo objeto de emularle. A los siete años conocía de memoria los planos del *Oquendo* y el *Reina Cristina* y distribuía las unidades, representadas por cajas de fósforos, de acuerdo con las tácticas seguidas por las escuadras en Lepanto, Trafalgar o Jutlandia, y exponía con

singular clarividencia los aciertos estratégicos de los vencedores y los errores de los vencidos. Era un niño sabio que con sus pequeños ojos achinados, sus aseadas manitas pecosas y su pelo ensortijado, deslumbró a Gervasio hasta el extremo de que merecer un elogio suyo se convirtió en una obsesión, lo que no era obstáculo para que, a temporadas, cansado de su sedentarismo, conectara con compañeros más activos, como Lucinio Orejón, que adornaba con muñecos de papel la sotana del padre Dictinio, recién llegado del seminario, o ponía petardos en el borde del tablero para que estallaran encadenados, en horrisona traca, cada vez que el padre Sacristán se enfurecía y aporreaba la pizarra con el puño. Entre esto, su novia (que aún vestía calcetines), su temprano bigote y sus pantalones bombachos, cobró inmediatamente para Gervasio (aunque por razones opuestas a las de Peter) un prestigio que se acrecentó el día que el padre Dictinio lo persiguió a la carrera por el corredor y Lucinio, al advertir que perdía terreno, interpuso entre ambos una puerta cristalera contra la que se estrelló el Padre con un formidable estrépito de vidrios rotos (el coraje con que Lucinio afrontó los rumores de expulsión, su arrogancia, en tanto sus padres se humillaban en la Dirección encareciendo indulgencia para su hijo, aumentaron su ascendiente y autoridad).

A Crucita, su hermana, le desagradaba Lucinio («Orejón, tú dirás, ¿dónde puede ir un chico con ese apellido?»). Le consideraba un muchacho rústico, sin distinción alguna, como «demostraban aquellos pantalonzos, cómica caricatura de los *nickerbocker* ingleses». De vez en cuando Lucinio, cansado de sus excesos, se sentaba a escuchar a Peter y entonces era capaz de pasarse horas enteras oyéndole relatar una batalla naval o viéndole pegar un fósforo dentro de una botella a manera de botavara de una fragata. Sin pretenderlo, Gervasio se encontró, pues, haciendo de bisagra, conciliando dos caracteres antagónicos, como el día que dio vida en la bañera de su casa (con barcos de roña y papel, que a la postre incendiaron) a la batalla naval de Jutlandia. Lucinio, como en otro tiempo Florita, le ofrecía el aliciente de lo inesperado, de la sorpresa; sabía urdir el plan apropiado para cada circunstancia. Así, en el mes de enero, cuando se heló el río, fueron patinando sobre él hasta la Isla del Vado, donde escondieron un tesoro (una peonza, un caniquín de piedra y un cuproníquel), de forma que ahora, cada vez que Gervasio franqueaba el puente colgante y divisaba el islote de la aventura, experimentaba una emoción inefable. Peter, aunque precavido, participaba gustoso de aquellas contingencias, que luego ennoblecía prestando a sus amigos algún libro relacionado con ellas (en aquel caso, *La isla del tesoro*, de Stevenson), con lo que la ingenua proeza cobraba ribetes de epopeya, cantada ya por destacados intelectuales. Gervasio se sentía a gusto entre aquellos dos amigos que encarnaban el talento y la acción, y si a Lucinio, cada vez que éste le hablaba de su novia, le refería su torpe experiencia con la Amalia, actualizándola y atribuyéndose la iniciativa con objeto de apabullarlo, a Peter, admirador de la vida castrense, le mostraba la boina roja que papá León le había legado y la bala informe que segara la vida del general don Cástor Arrázola.

La personalidad de Gervasio iba así enriqueciéndose, desdoblándose, puesto que si, por un lado, junto a Lucinio Orejón, pasaba por ser un muchacho inquieto, audaz y resuelto, por otro, en su relación con Peter, diríase un niño quedo, oficioso y tranquilo. En determinadas ocasiones ambas corrientes conectaban, y Lucinio, Peter y él se encontraban felices en el punto de incidencia, como aconteció un día ante la Norton de los tíos Norberto y Adrián, que Lucinio acababa de descubrir y de la que había hecho grandes elogios en el colegio. Para Lucinio, los Mutis eran seres irreales, paradójicos pero admirables: tenían largos dientes y no comían, lengua y no hablaban, y sabían desplazarse sobre una moto a ciento veinte kilómetros por hora sin que el viento les arrebatara el sombrero de la cabeza. El día que Gervasio reveló a Lucinio que los Mutis eran tíos suyos, aquél pensó que se guaseaba. Mas también Peter quedó fascinado ante la máquina diabólica, de la que Lucinio se hacía lenguas, y una tarde, al salir del colegio, Gervasio, envanecido, dispuesto a sorprenderlos, condujo a sus amigos hasta la mercería. La Norton, negra, de níqueles brillantes, bien pertrechada, reposaba silenciosa junto al bordillo de la acera, como un monstruo dormido. Los tíos Norberto y Adrián no se inmutaron al verlo aparecer, le saludaron con la frase rutinaria de siempre, como si hubieran estado reunidos la víspera:

—¿Qué dice el barbián?

Mediante rodeos e insinuaciones, Gervasio les dio a entender que a sus amigos y a él les agradaría dar una vuelta en aquel artefacto, y entonces el tío Adrián, el más bajo de los dos, sonrió con su sonrisa caníbal y, sin dudarle un momento, le aposentó en el asiento trasero, pegó dos patadas al pedal de la puesta en marcha, se sentó en el sillín, afianzó el sombrero y le dijo ladeando un poco la cabeza:

—Agárrate bien.

Y salió petardeando como un loco por la calle Perdón de Dios, zigzagueando entre los carros, los coches y los tranvías, accediendo, al fin, al Puente Viejo a cien kilómetros por hora. Zarandeado por el viento, Gervasio se aferraba como un pulpo a la breve cintura del tío Adrián (recostando la mejilla contra su espalda), quien, como de costumbre, llevaba el impasible rostro levantado, las manos en los puños, el sombrero clavado en el cogote. En la carretera de puente a puente, sin pavimentar, aceleró aún más el artefacto, de tal modo que el niño, en retaguardia, sentía el siseo de los árboles al pasar, entre las explosiones regulares del tubo de escape:

—¡Cuidado, tío!

Pero el tío Adrián no frenó hasta llegar a la encrucijada del puente colgante, para doblar en ángulo recto y adentrarse de nuevo en la ciudad. Una vez en la mercería, el tío Norberto, en silencio, como cumpliendo un rito, acomodó a Peter sobre el depósito de gasolina y a Lucinio en el soporte y, acto seguido, recorrió el mismo trayecto, y aunque a Peter, que iba delante, se le cortaba el resuello y hacía aspavientos de ahogado, el tío Norberto no desaceleró, ni hizo comentarios al terminar el paseo. Fue aquélla una experiencia inolvidable que Lucinio evocaba con fruición, sugiriendo la posibilidad de repetirla.

A menudo sorprendían a los tíos en la moto, derechos como palos, tan pegados el uno al otro como debieron de estarlo en el vientre de su madre, el tío Adrián, más consumido, delante, conduciendo, y tras él, muy tieso, el tío Norberto, los largos dientes amarillos al aire, el sombrero en el cogote. Las sencillas gentes del barrio decían comprensivas, al verlos pasar: «Ahí van los García; vaya par de locos», o bien ironizaban: «Como no hablan, los Mutis se han comprado una moto para meter ruido».

Mediado el mes de marzo, el padre Sacristán (una amplia frente sembrada de arrugas, como si su exclusiva tarea fuese cavilar) les habló por primera vez, en clase de Religión, de la República como sinónimo de caos y ateísmo, lo que indujo a Gervasio a precaverse contra ella y excluirla de una presunta lista de *causas nobles*, decisión que corroboró después de oír en casa los comentarios negativos de mamá Zita y tío Felipe Neri. Las veladas de los sábados no se habían interrumpido, y en alguna medida Flora y Gervasio participaban de ellas. Todo era lo mismo que antaño salvo una cosa: el eje de las conversaciones ya no era el dinero sino la política, con lo que las discusiones resultaban incomprensibles para los niños, hasta el punto de que Gervasio había de poner a veces sus cinco sentidos en el empeño y aguzar su ingenio para saber a qué atenerse. Por ejemplo, lo que para papá Telmo (en las contadas ocasiones en que asistía a las *soirées*) era «el dictador», se convertía en «el general» para tío Felipe Neri, en «Primo» para tío Vidal, y en «el marqués de Estella» para tía Macrina y Crucita, matizaciones que era preciso retener para no extraviarse en el laberinto. Y el día que la prensa anunció la solución Berenguer y la convocatoria de nuevas elecciones, tío Felipe Neri apostilló que «eso era un pasteleo, no una solución», y tía Cruz, que previamente había comentado el caso con su marido, estiró su pescuezo blanco ceñido por el gollipín, como un cisne que va a morir, y presagió:

—Volvemos a las andadas. Dios nos tenga de su mano.

Fue en aquellos días y en torno a aquellos acontecimientos que mamá Zita se adueñó de una expresión popular llamada a hacer fortuna: «Se va a armar la gorda», frase ambigua que anunciaba un hecho catastrófico, aunque en un plazo indeterminado. Esta vaguedad hacía que la gorda amagase tanto el día que Primo de Rivera murió exiliado en París, como con el motín de Cuatro Vientos, como con la llegada de la exaltada primavera de 1931. Para Gervasio, amigo de definiciones categóricas, la gorda suponía algo evanescente, aunque sin duda cruento, por lo que no desechaba la idea de que la gorda viniera a dilucidar, de una vez por todas, si su disposición para el heroísmo era un hecho o una superchería fraguada por el fanatismo familiar. De ahí que el muchacho, al tiempo que recelaba de ella, la aguardase con cierta impaciencia.

Un jueves, a la salida del colegio con sus amigos, encontró a los tíos Norberto y Adrián lanzando octavillas en la Avenida de los Tilos desde la moto. El tío Adrián, como de costumbre, conducía y el tío Norberto, mucho más alto, rígido en el soporte, el rostro impassible, iba regando la calle de papeles que, a causa de la velocidad,

revolaban un rato antes de posarse sobre los adoquines, a los pies de los transeúntes. Gervasio atrapó en el aire una octavilla y se detuvo a leerla: «Si quieres libertad y justicia, vota a la República». Turbado, viendo la moto que se alejaba, tragó saliva. Se negaba a reconocer la evidencia. No es que hubiera considerado monárquicos a sus tíos, pero con su silencio y su Norton los había imaginado al margen de la cuestión. De repente, los tíos (aquellos tíos por los que sentía veneración, tal vez porque en casa eran considerados como los tíos *malditos*) se pronunciaban contra todo aquello que era su mundo y que él juzgaba respetable: mamá Zita, tío Felipe Neri, don Urbano, los curas, las iglesias, el colegio... Los tíos Norberto y Adrián, a caballo de la Norton, como demonios locos, se convertían en nuncios de la mala causa, en detonadores de la gorda. Sintió la proximidad de Peter:

—¿Sabías que tus tíos eran republicanos?

—No tenía ni idea —se disculpó.

Una semana más tarde, al anochecer, Lucinio y él descubrieron la Norton estacionada frente al Friné. El corazón le latía a Gervasio con tanta dureza que le hacía daño en el pecho. Lucinio hizo un gesto de reprobación:

—¡Jodo con tus tíos! Además de republicanos son unos puteros.

La misteriosa atracción que sobre él ejercían la moto y sus dueños se impuso al desencanto de Gervasio:

—¿Por qué no esperamos a que salgan?

Se acurrucaron a la sombra del callejón de Santa Brígida. Gervasio, ahogado de emoción, miraba alternativamente al balcón de su casa y a la puerta del Friné. La impaciencia eternizaba el aguardo. Lucinio despotricaba, y ya estaban a punto de echarlo todo a rodar cuando se abrió la abigarrada puerta del café-cantante y surgieron las risas bulliciosas de las muchachas. En medio del grupo, cogidos del brazo o por los hombros, sonriendo a la noche con sus dientes amarillos, iban los tíos Norberto y Adrián. Una de las chicas se adelantó, depositó un sonoro beso en la frente del tío Adrián y le rogó que «hiciese unos títeres como despedida».

—¿Es que son saltimbanquis tus tíos?

—¡Calla!

El tío Adrián, complaciente, se había despojado de la americana y, en chaleco, se adelantó hasta el ensanchamiento de la acera, afianzó las palmas de las manos en el suelo y volteó su menudo cuerpo de manera que la cabeza quedó abajo y las suelas de los zapatos en el muro, arriba, en la fachada del edificio. Dentro se oían las voces airadas de don Minervino, pero las chicas reían y aplaudían con entusiasmo, sin hacerle caso, y el tío Adrián, después de recuperar la vertical, hizo un saludo reverencioso con el sombrero en la mano, tomó la americana en la otra y con alada agilidad se encaramó sobre los hombros de su hermano, que había puesto la Norton en marcha, agitó las dos prendas con los brazos en cruz y lanzó dos vivas a la República según se perdían calle abajo.

El domingo, mamá Zita prohibió a los niños salir de casa después de misa. La

víspera, Gervasio había oído decir a Marcial, el taxista de la parada de la esquina, mientras se frotaba una mano con otra: «Ahora, ahora viene lo bueno para los que tienen que perder». Imaginó que «lo bueno» sería la gorda y no hizo comentarios, pero pensó que si algunos deseaban que estallara la gorda, algo tendría la gorda de provechoso para ellos. A la mañana siguiente, salvo las colas silenciosas que se retorcían ante los colegios electorales, las calles estaban desiertas y los escasos transeúntes que desfilaban bajo el balcón lo hacían apresuradamente, como con frío, como alejándose de un peligro. Mamá Zita y tía Cruz llevaron a votar en el coche a la señora Zoa, y papá Telmo se ausentó de casa nada más comer. A pequeña escala, en la familia reinaba la misma tensión recelosa que en la ciudad. Habían comido en silencio, mirándose los unos a los otros por encima de las copas, y únicamente Florita preguntó de pronto a la hora de los postres:

—¿Es la gorda la República?

Mamá Zita y papá Telmo se miraron largo rato pero ninguno respondió. Por la tarde, tía Cruz y tío Felipe Neri pasaron a casa de su hermana por el jardín y se encerraron con ella en el cuarto de costura. Al anoecer, se presentó descompuesto tío Vidal, la calva, rosada de ordinario, gris y mate como de ceniza:

—El Rey se va. Han triunfado los antidinásticos. En Madrid se ha proclamado la República.

Mamá Zita también palideció al oírle, se llevó las manos heladas a las mejillas exangües y dijo patéticamente:

—¡La gorda! ¡Ahora sí que ha estallado la gorda!

Horas después, ya noche cerrada, sonó en la calle el chinchín de una charanga desgranando las notas del himno de Riego y algunos vivas aislados a la República. Mamá Zita chilló histérica:

—¡Apagad la luz! ¡Que no se asome nadie a los balcones! ¡Como si todos hubiéramos muerto!

Pero Flora y Gervasio ya estaban en el cuarto de jugar, a oscuras, viendo desfilar a la muchedumbre desharrapada, la mayor parte en alpargatas negras, en silencio, tras de la música, y algún que otro exaltado lanzando vivas y mueras estentóreos. Tres señoritas del Friné aplaudían y, tras ellas, en el mirador, don Minervino levantaba los brazos y gesticulaba como en una película muda. De pronto, entre los manifestantes, apareció Daniel, el sobrino de la señora Zoa, dando saltos, y al pasar bajo el balcón les hizo un gesto de burla:

—¿Qué le pasa a Daniel?

—No lo sé; todavía debe de estar enfadado por lo de la breva.

Cerrando el desfile venía la Norton a paso de entierro, el tío Adrián conduciéndola y, tras él, inmóvil, con una gran bandera tricolor sobre el hombro, el tío Norberto. Al verlos, el tío Adrián soltó una mano del manillar e hizo un ademán de saludo, pero Flora y Gervasio, que miraban el cortejo cohibidos, no le correspondieron.

Papá Telmo se presentó tarde, cuando estaban cenando, y mamá Zita lo recibió seria, con la cara de perfil, negándole el beso de bienvenida como cada vez que regañaban. Papá Telmo volvió a poner su mejilla azul al alcance de sus labios, pero ella rehusó de nuevo. Le dijo despechada:

—Imagino que estarás contento.

Papá Telmo mostró las palmas de las manos como diciendo que él no ocultaba nada; que lo registrasen:

—Bueno —dijo sentándose a la mesa—. Es una nueva vía. A ver si esta vez llegamos a alguna parte. —Deshizo el nudo de la servilleta y la extendió sobre los muslos, al tiempo que Florentina, con la cofia en la cabeza, le aproximaba la sopera para que se sirviese.

IX

Huesudo, nervioso, lineal, Carlos Centeno levantó sus negros ojos malignos hasta los balcones iluminados, donde se sujetaba el cartelón, dio un codazo a Paco Criado, su compañero de filas, y dijo en un tono de voz lo bastante alto para que Gervasio pudiera oírle:

—Ahí andará ahora el padre de García preparando la revolución.

Tras él, emparejado con Pedro María de Vega, Gervasio se hizo el desentendido, miró hacia la acera opuesta, confiando en arrastrar tras su mirada la atención de los demás, pero en ese momento Imanol Solavarrieta, para acabar de escarnecerlo, emitió una tosecilla desganada desde los últimos lugares de la fila y Carlos Centeno le respondió como un eco, con el mismo golpe forzado de tos, señalando con la cabeza, para reforzar la contraseña, el gran letrero corrido que ocupaba tres balcones del segundo piso del edificio: Izquierda Republicana.

Desde que la vinculación política de papá Telmo trascendió en el colegio, Gervasio se sintió disminuido, en la dura tesitura de navegar contra corriente. En clase todos sabían, porque el padre Sacristán se había encargado de divulgarlo, que la República era el ateísmo y el caos, de tal modo que, dada la filiación política de papá Telmo, Gervasio, descendiente directo del mal, venía a ser responsable en cierta medida de los desmanes que diariamente se cometían en el país. Tan sólo la fidelidad de Peter y la tosca e inquebrantable lealtad de Lucinio Orejón le hicieron llevadera la convivencia en el centro. Los religiosos vagaban aturridos por los corredores, fingiendo una tranquilidad que no sentían, y los sábados el padre Sacristán, después de entregarles las notas de la semana, les informaba sobre la situación procurando conservar el ánimo; pero una mañana, al referirles la quema de conventos en Chamartín de la Rosa, la voz se le encasquilló en la garganta, tartamudeó y, ante el asombro del juvenil auditorio, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar. A la vista del desfallecimiento del padre Sacristán, el padre Nestares, el visitador, delegó la tarea informativa en el padre Unzueta, más frío e imaginativo, quien en lugar de hechos concretos divagaba en torno al ateísmo militante, sacrílegas ceremonias que «estaban a la orden del día», robos de formas consagradas o sañudas mutilaciones de imágenes. Pero en cualquier caso, hablase el padre Sacristán o el padre Unzueta, Gervasio siempre veía, detrás de sus palabras, la mano morena de papá Telmo portando la tea incendiaria o forzando el sagrario de Santa Brígida y apuñalando después la Hostia en el Círculo (como, al decir del padre Dictinio, hacían en sus cónclaves los francmasones) con el beneplácito de sus correligionarios, que, al ver brotar la Sangre del Pan, sonreían aviesamente porque el compañero Telmo había vuelto a sacrificar al Cordero. La relación de causalidad entre la ideología de papá Telmo y los excesos de la turba resultaba evidente para Gervasio, pero al sorprenderle cada mañana en el baño, la cara enjabonada y los pies descalzos, dándole los buenos días como si nada ocurriera, se le antojaba un hombre inocuo, bienintencionado,

incapaz de tan atroces excesos, y le era difícil adoptar una actitud de hostilidad hacia él. Por otra parte, había asumido con serenidad el republicanismo de papá Telmo, porque, en opinión de Peter, pese a la condena explícita de la República por parte del padre Sacristán, ésta, como la Monarquía, constituían opciones humanas y, en consecuencia, el hecho de anteponer una testa sin corona a una testa coronada no representaba descarrío alguno. Era, pues, la palabra *izquierda* la que le conturbaba ahora, puesto que, bajo su estandarte, tan sólo podían agruparse, según palabras del tío Felipe Neri, aquellos a los que Cristo había reprobado. El día del Juicio Final, los buenos estarían a la derecha y los malos a la izquierda del Señor, no cabían medias tintas. Empero, los hombres, cegados por la soberbia, anticipándose a la sentencia definitiva, simplificaban la tarea de Dios adoptando posiciones prematuramente. Ante la recalcitrante postura de papá Telmo, a Gervasio no le quedaba otro recurso que rezar por él, procurar recuperarlo y reconciliarlo con Dios. Los domingos, después de la comunión, en la misa del colegio, echaba en falta la voz trascendida de mamá Zita exhortándole a pedir por él, pero Gervasio procuraba suplir espontáneamente su ausencia y, con los ojos aplastados contra la manga del jersey, suplicaba una y otra vez a la divinidad: «Dios, Dios, que mi padre se convierta; que mi padre se haga de derechas».

Un nudo le oprimía la garganta, porque (lo mismo que le sucediera días después de la muerte de papá León) entreveía a papá Telmo retorciéndose desnudo entre las llamas del infierno, llamándole inútilmente. Esta pesadilla de papá Telmo purgando su extravío le acompañó mucho tiempo, le resultaba difícil deshacerse de ella y, como es lógico, las plegarias surgían allí donde le asaltara tan acerba visión. Durante los recreos frecuentaba la capilla y, arrodillado en el primer banco, bajo el cálido aliento de las vitrinas multicolores, suplicaba a la Virgen Santísima que le quitara a papá Telmo la venda de los ojos. Enfebrecido por un ardiente misticismo, hacía descomedidas promesas a cambio de su conversión: llevar al hombro una cruz de cincuenta kilos en la procesión de Viernes Santo, rezar diariamente los quince misterios del rosario durante diez años consecutivos o caminar de rodillas, como peregrino, a la tumba del Apóstol hasta Compostela. Pero papá Telmo, ajeno a sus atormentadas fantasías, comía, bebía, reía, leía los diarios, salía al campo los domingos, embromaba al tío Jairo, como si nada de cuanto le rodeaba fuera con él. Los sábados solía rehuir las reuniones familiares, circunstancia que aprovechaban los tíos para reprobar su conducta. Apenas tío Jairo salía tímidamente en su defensa, alegando que entrometerse en las ideas ajenas constituía un atentado contra la libertad de conciencia, a lo que mamá Zita argüía que estaba de acuerdo siempre que las ideas no afectasen a lo sobrenatural, amenazando el eterno destino de la persona amada, en cuyo caso el cariño justificaba la intromisión. Tío Jairo intentaba replicar, mas Crucita, sentada en sus piernas, se lo impedía, le tapaba la boca con la mano, le apretaba el nudo de la corbata, le hacía carantoñas, sacaba del bolsillo interior de su americana el estuche de las gafas y jugueteaba con ellas, poniéndoselas y

quitándose las, como una niña, mientras tía Cruz se consumía pensando que Crucita ya no tenía edad para semejantes tonterías. Y una tarde de otoño, en tanto los arces regaban de hojas amarillas los arriates y paseos del jardín, se desahogó con su hermana Zita. En el rostro empolvado de tía Cruz asomaba el rubor al afirmar que el comportamiento de su ahijada con Jairo era inadmisibile, que sus zalamerías estaban fuera de lugar, que hasta del hombre más comedido debía desconfiarse y, en resumidas cuentas, se imponía una advertencia seria a la chiquilla «antes de que fuera demasiado tarde». Mamá Zita, que empezaba a ver con inquietud los arrumacos de su hija, «al fin y al cabo con un extraño», le llamó una tarde a la sala verde, la más recogida del palacio, con la pretensión de hablarle, pero, apenas había mencionado el nombre de Jairo, Crucita cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a gritar que en aquella casa ruin todos eran unos mal pensados, y así que mamá Zita hizo un leve movimiento para tomarle una mano y aplacarla, la niña se desasíó sollozando y abandonó la sala dando un portazo. Aquella escena fue el comienzo de un proceso insospechado. Tío Jairo, que ya había renunciado a las excursiones dominicales con papá Telmo, dejó de acudir, asimismo, a las veladas sabatinas, y una tarde, ante el estupor general, tía Macrina anunció a los reunidos «que a su hermano Jairo no le probaban bien los aires de la ciudad y había decidido solicitar el traslado a Madrid». Gervasio intuyó que tía Macrina sabía algo más de lo que decía, pero también él, cuando una semana más tarde sorprendió al atardecer, en un banco del parque, a tío Jairo con Crucita y Manolito Finat, el tenista más diestro de la ciudad, silenció el encuentro y se limitó a acechar, con su amigo Lucinio, a su hermana, hasta que pudo comprobar que Crucita, tío Jairo y Manolito Finat se encontraban en los jardines públicos todos los días. Lucinio comentaba encandilado:

—Lógico, ¿no? Tu hermana, aunque no tenga tetas, está rica. Lo que no entiendo es el papel del otro teniendo la cesta.

A finales de enero, tío Jairo se personó en la casona para despedirse. Marchaba a Madrid. A su lado, Crucita era como una niña desvalida pero, en contra de lo esperado, no hizo ninguna escena, se limitó a darle un beso de refilón y a decirle con descaro para que todos la oyeran:

—Tío, en cuanto pueda iré a verte a Madrid.

Tío Jairo trató de explicar las razones de su traslado, las ventajas que la capital reunía para un juez, y tía Macrina, que se mostraba contrariada, dolida con su familia política, corroboró que, en cualquier circunstancia, la vida en Madrid era distinta de la vida en provincias. Gervasio vigilaba a papá Telmo, imaginando un caluroso abrazo de despedida, pero, ante su sorpresa, tío Jairo tendió a papá Telmo una mano insípida y le dijo algo inaudito:

—Telmo, que tu fe no desmaye.

Mamá Zita y tía Cruz cruzaron una mirada de asombro, en tanto Gervasio se preguntaba qué fe era la que tío Jairo no quisiera ver desmayar en papá Telmo. Para él, la palabra fe tenía un alcance estrictamente religioso, de manera que cualquier

interpretación referida al naturismo o a la política comportaba una frivolidad carente de sentido. Tío Jairo le dejó sumido en estas lucubraciones, agarró su maleta de piel y salió al rellano de la escalera sin despedirlo.

Acorde con el vaticinio del padre Sacristán, «el calendario aportaba cada día una novedad diabólica que añadir a la ya larga relación de iniquidades» que el padre Unzueta se encargaba de difundir todos los sábados. A la libertad de cultos y a la secularización de cementerios, siguieron la expulsión de los jesuitas y la transformación del resto de las instituciones religiosas en simples asociaciones civiles. Los padres amanecieron un día sin sotana, los más ancianos vestidos de traje oscuro, con holgadas chaquetas y pantalones abolsados, y los jóvenes, pretendiendo eludir la uniformidad, con americanas de tonos agresivos, azul eléctrico o color fuego, de tal manera que, tanto en el caso de los primeros como en el de los segundos, su identificación podía hacerse a distancia:

—Allí viene un cura vestido de paisano —decía Gervasio a Peter.

Y al verle aproximarse, con sus andares envarados, sin saber dónde colocar las manos, la gorra, como una boñiga, sobre la cabeza, con la sola finalidad de ocultar la tonsura, Peter rompía a reír:

—¿Quién te lo ha dicho?

Crucita, que a raíz de la marcha de tío Jairo reía y charlaba por los codos, comentó con sorna que no creía que la orden del Gobierno obligase a que a los curas «les cortasen los trajes sus propios enemigos». Por su parte Lucinio Orejón, insensible a toda sutileza, celebró la novedad con una ruidosa traca en la clase del padre Dictinio (un rostro descolorido, imberbe, sobre el grueso nudo de la corbata chillona) que distendió la crispación de las últimas semanas.

Aunque muchos alumnos siguieron a sus mentores a Portugal, la expulsión de los jesuitas redundó en un incremento del alumnado en el colegio de Todos los Santos, novedad que relegó la defección de papá Telmo a un segundo plano en la mente de Gervasio. Entretanto, la actitud agresiva de los golfillos que asaltaban a diario a los colegiales, apedreándoles y despojándoles de sus meriendas y enseres, suscitaron en éstos la conveniencia de organizar la resistencia, con lo que, a menudo, podía asistirse en la plaza de las Tasas a pedreas multitudinarias o cruentas reyertas entre niños uniformados y niños andrajosos de diez a catorce años. Peter se esforzaba en adoptar una estrategia defensiva adecuada, pero era tarea ardua resistir disciplinadamente las oleadas crecientes de niños desharrapados que a diario los atacaban a las puertas del colegio, coreando la salida de las filas con un himno de Riego adaptado a las circunstancias:

*Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar
subirían al coro gritando
¡libertad, libertad, libertad!*

Llovían las piedras y los golpes, y los padres, imaginando ser los causantes de la agresión, abandonaban la custodia de los alumnos, ordenando romper filas:

—Vayan directamente a sus casas y, por favor, los mayores háganse cargo de los pequeños.

Mas Gervasio llevaba grabada en la cabeza la música de aquel himno y, cada vez que sus contrincantes le ponían letra, cobraba vida en su interior la imagen de papá Telmo con un vergajo en la mano, persiguiendo por las escaleras del coro a latigazo limpio a la seráfica figura del padre Dictinio. Ésta era una de sus dependencias: cada uno de los grandes sucesos nacionales lo transfería automáticamente al nivel familiar. De ahí, tal vez, el ardor con que, respondiendo a las estrofas de los golfillos, se unía al coro que Lucinio armonizaba, para replicarles con la misma música:

*Si dicen los impíos
que no hay un Más Allá,
¿por qué cuando se mueren
se quieren confesar?*

La voluntad de confesión, que un poco gratuitamente atribuían a los impíos, le recordaba a Gervasio que papá León no había disfrutado de este privilegio y tal vez, el día de mañana, pudiera ocurrirle lo mismo a papá Telmo, con lo que el Señor en su Majestad le sorprendería en la hora final voluntariamente alineado a su izquierda. Semejante idea le angustiaba hasta el extremo de que algunas tardes, mientras mamá Zita y los tíos comentaban en el salón las incidencias de la semana, el niño se recogía en el rincón de la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto (mamá Zita, el casco en la cabeza, plácidamente dormida a los pies del Señor) y miraba espeluznado las llamas crepitantes del hogar:

—Señor, que papá Telmo se convierta; que se haga bueno como tío Felipe Neri —decía para sí.

De vez en cuando, papá Telmo, para evitar la sensación de ruptura, se dejaba caer por las veladas de palacio y, en esos casos, tío Vidal y tío Felipe Neri recriminaban los excesos republicanos, le acusaban como si él fuera el responsable directo, y papá Telmo les escuchaba en silencio, sin exculparse, sin la menor acrimonia. Pero una noche, mamá Zita, que, flanqueada por los suyos, se envalentonaba ante papá Telmo, le recitó uno a uno el memorial de agravios contra la República, memorial que no había tenido el valor de recitarle en la intimidad de la alcoba: quema de conventos, atentados sacrílegos, supresión de la cruz en las escuelas, expulsión de los jesuitas, destierro del cardenal Segura, humillación del ejército, secularización de las órdenes religiosas, etc. y, una vez que concluyó, tío Felipe Neri apostilló inclemente: «¡Ni Diocleciano, Telmo, ni Diocleciano!», mas papá Telmo, lejos de soliviantarse, los dejó desahogarse, sonriendo conciliador, admitiendo incluso «que tal vez en la edificación del nuevo sistema se habían cometido errores pero que, como el jefe decía, con toda seguridad los días más penosos habían pasado ya». A pesar de la

templanza de sus palabras, tío Felipe Neri, fuera de sí, los labios despellejados a consecuencia de los ácidos, exclamó que se negaba a oír llamar *jefe* en sus barbas al hombre que le había degradado y que había afirmado en el Congreso que España había dejado de ser católica, pero ni aun así papá Telmo perdió la compostura, tornó a sonreír bondadosamente, como si estuviera presidiendo una catequesis de párvulos, y con voz cauta y nasal y un poco de retintín observó que no consideraba cristiano extraer una frase de su contexto, ya que, en realidad, lo que Azaña había dicho en el Congreso era que «si bien era cierto que España era un país de millones de creyentes, no lo era menos que el poder creador de la mente católica era nulo desde hacía siglos». Al oírle, tío Felipe Neri empezó a escupirle nombres ilustres de españoles coetáneos (Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, José María de Pereda, el padre Coloma) y mamá Zita terció que cómo iban a crear nada las mentes católicas en España, hijo mío, si su jefe las expulsaba, mientras tío Vidal argumentaba con reticencia algo que había leído en alguna parte: que el señor Azaña era «capaz de construir con admirable armonía los más deleznable y horrendos disparates». Pero papá Telmo seguía sonriendo, aplacando a sus contradictores con suaves ademanes, y Gervasio, a fuerza de mirarlo, acabó por verlo todo rojo, cabello, carnes, ropa, y, asustado, cerró los ojos y le pidió a Dios que ayudara a papá Telmo a ver la luz y no permitiese que le deslumbraran los fulgores del Maligno.

Días después, mamá Zita, persuadida del valor de los símbolos en tan sórdidas circunstancias, colocó en los jerseicos de Flora y Gervasio, al lado derecho del pecho, una diminuta cruz de plata. Una semana después, a la salida de un partido de fútbol, Gervasio y Lucinio se vieron agredidos por una turba de pequeños energúmenos. Fue una pelea épica y desigual de la que Gervasio salió con una brecha y un gran hematoma en la cabeza y un ladrillazo en los riñones. Después de recibir cinco puntos de sutura en la Casa de Socorro, Lucinio le acompañó hasta casa. Papá Telmo, perdida la sangre fría, le tendió en el diván y le reconoció con dedos expertos:

—¿Duele, hijo, duele?

Estaba muy excitado y, al oír los tacones de mamá Zita, se volvió hacia la puerta desabrido:

—Es preciso evitar provocaciones, Zita —le flexionaba las rodillas, el tronco, pulsaba una a una las apófisis de las vértebras—: al niño le han dado una paliza de muerte a causa de esta cruz.

Mamá Zita, los pandos ojos bovinos arrasados en lágrimas, besó la frente del niño y se encaró con su marido:

—¿Crees de veras, Telmo, que llevar esa cruz en el pecho es una provocación?

Papá Telmo titubeó:

—Bien, tal vez no lo sea, Zita, quizá tengas razón. Tal vez esto no sea fruto de una provocación sino de la temperatura ambiente —movió la cabeza disgustado y agregó con tristeza—: todos estamos incurriendo en graves equivocaciones en estos días.

La agresión a Gervasio, y su reacción decidida en defensa de la cruz, suscitó en tío Felipe Neri un rebrote de esperanza. Lo miraba como a un mártir, los lentes empañados por las lágrimas, impaciente por desahogarse con el cuaderno de pastas de hule. Ante el buró, instantes más tarde, escribió: «Gervasio, mi sobrino, me conmovió hoy dando su sangre en defensa de la Cruz, ante un enemigo despiadado y muy superior en número. Instintiva o deliberadamente, mi sobrinito Gervasio es ya un cruzado. Quizá la época de los símbolos haya quedado atrás».

Al muchacho le envaneció el episodio, la sangre, la cabeza vendada, el eco de su gesto. Se reunía con Peter una y otra vez, le narraba con detalle la aventura, pero el elogio no brotaba de los labios de su amigo, a lo sumo una frase cautelar:

—En estos tiempos hay que andar con ojo.

Desesperado, en un arranque de vanidad, le hizo ver que, en opinión de su tío el militar, el hombre que derramaba su sangre por la cruz era un cruzado, mas Peter, ni aun aceptándolo, dio la menor muestra de admiración por su gesto. Achinó aún más sus ojitos oblicuos para decir:

—Desde un punto de vista semántico tal vez sea así, pero no te quepa duda de que mejor nos iría a todos si nos organizásemos.

Por una de esas azarosas decisiones del destino (para tío Felipe Neri el azar era Dios; nada ocurría de tejas abajo porque sí), unos días después el padre Nestares, el visitador, desfiló por las clases animando a los alumnos a enrolarse en la Cruzada Eucarística, una organización religiosa que, mediante oraciones y sacrificios, intercedía ante el Altísimo para que tomase bajo su protección «a este pueblo desventurado». Gervasio, como respondiendo a una exigencia íntima, fue el primero en apuntarse. Le impulsó a ello no sólo su sangre (vertida ya en defensa de la cruz) sino una simpatía visceral hacia el movimiento medieval de las Cruzadas, tan caballeroso y edificante. Su adhesión fue tan celosa, tan vivo su ardimiento, que, en el primer discurso del anciano visitador, llegó a entrever, en su rostro ascético y catarroso, algo del ardor proselitista de Pedro, el Ermitaño. En este estado de ánimo afrontó la investidura (juramento, ofrenda e imposición de insignias), y cuando, absorto en el ritual, juró ser fiel a la doctrina de Cristo, defenderla y difundirla en la medida de sus fuerzas, el padre Nestares, el visitador (que recibía el juramento embutido en una raída americana azul, con brillo en los codos), se iba transfigurando, su marchita humanidad se tornaba apuesta y su ajado atuendo se convertía en una fulgurante armadura de plata. Durante los minutos que siguieron, en tanto hablaba el viejo visitador, Gervasio se vio caballero en corcel blanco, blandiendo la espada que Manena Abad, la rubia amiga de Florita, le entregara al partir, decapitando infieles junto al padre Nestares, cuya armadura refulgía en el campo de batalla y, al grito de «¡Dios lo quiere!», con un gallardete flameando en el extremo de la pica, arremetía contra las murallas de Damieta. Oleadas de infieles se interponían entre él y la ciudad, pero Gervasio, indomable, infundido de gracia, anulaba toda resistencia, luchaba a brazo partido, y su celo batallador aumentó al divisar a papá Telmo cautivo,

invocándole a grandes voces. Al oírle, picó espuelas, lanza en ristre, precisamente en el instante en que el padre Bernabé, el profesor de música, levantaba la batuta y, arriba, en el coro, la escolanía iniciaba el himno de los Cruzados, al que Gervasio, sumido en sus fantasías bélicas, se unió con fervor instintivo:

*¡A la lid, cruzados, a la lid!
A luchar, a luchar con fe.
Por que de los pueblos,
por que de los pueblos,
por que de los pueblos
Cristo sea el Rey.*

Esta vez sintió la descarga en la primera vértebra cervical, una descarga seca, que nubló su mente y, en sucesivas oleadas, dejó su cuerpo rígido y electrizado. Una fuerza extraña tiraba de su cabeza como si quisiera descorcharlo y, simultáneamente, los nervios se tensaban escarapelando la piel. Experimentó un conato de levitación y, presa del vértigo, se asió crispadamente con las dos manos al respaldo del banco delantero. Se sentía ingravido, desplazado, y cuando Peter a su lado le reconvino, «Deja de hacer tonterías», le oyó muy lejos, arriba, como si él estuviera hundido en una ciénaga oscura de la que, mediante un esfuerzo ímprobo, trataba de emerger. Y cuando consiguió aflorar, le invadió una sensación reconfortante, algo así como la de un nadador que, después de bracear desesperadamente bajo el agua, lograrse sacar la cabeza al aire y a la luz. Inspiró a fondo y, al hacerlo, oyó rumores de conversación a sus espaldas y un intercambio de tosecillas estólicas entre Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta. Una vez recuperado, notó que su cabello se distendía (pese a la gesticulación irritada del padre Pentecostés en el banco lateral) y la sangre volvía a circular por sus miembros entumecidos.

En el patio, un grupo de compañeros, medio deslumbrados, medio divertidos, le rogaron que bisase el número, pero Gervasio, tratando de sacar partido de la situación, únicamente tenía ojos para Peter, para su gesto reprobador, hasta que, de nuevo en clase, el malhumorado padre Pentecostés le castigó de rodillas junto a la ventana y, antes de marchar a casa, le hizo escribir cien veces en el encerado «no debo hacer payasadas en la casa del Señor».

Cuando una hora más tarde salió del colegio, solo, escarnecido, pensando en su recaída en el ostento tras una pausa de cuatro años, no sabía si condolerse o congratularse. La posibilidad de un futuro heroico lo enorgullecía (en especial en las presentes circunstancias, en las que cabía erigirse en protagonista de la gorda) pero, por otra parte, su mutación, tan escandalosa como antiestética, lo avergonzaba. Era dudoso que alguien pudiera interpretar aquella erección capilar como indicio de valor. Por de pronto, la reacción de sus compañeros de clase había sido ambigua, no habían llorado como el niño del Novelty pero tampoco se decidieron a reír; tan sólo se mostraron sorprendidos, atribuyendo la metamorfosis (lo mismo que el padre

Pentecostés y, desgraciadamente, su amigo Peter) a megalomanía, a su notorio afán de sobresalir. En la escalera, Imanol Solavarrieta le había llamado puercoespín y Carlos Centeno, más ocurrente, se había puesto a sus órdenes titulándole «Gervasio, Cabeza de León, Paladín de la Tercera Cruzada». En suma, aun seduciéndole una perspectiva heroica, el preludio se le antojaba indeseable.

Tío Felipe Neri, cada día más quisquilloso, los ácidos siempre activos, no acababa de entenderle cuando, una vez en casa, le comunicó que había vuelto a ocurrirle «aquello, lo de la cabeza». Le miraba desorientado tras sus cristales impolutos, hacía muecas con los labios, pero abstraído como estaba con el oprobio republicano, tras cuatro años de silencio de Dios, no conseguía comprenderle. Únicamente cuando Gervasio aludió a la procesión de Viernes Santo, en el hotel del tío Jairo, se le hizo la luz, y entonces, conmovido hasta los tuétanos, lo arrastró hasta el cuarto de los armarios, temeroso de que tía Cruz o el servicio los importunasen, y a medida que Gervasio le refería las circunstancias de la nueva crispación se ablandaban sus ojos miopes, sonreía, transpiraba, se le empañaban los lentes, le interrumpía para inquirir nuevos detalles reveladores. Dos extremos quedaban definidos: primero, el Señor había roto su silencio de años. Segundo, por sí sola, la música no bastaba ya para provocar el ostento (Gervasio, según decía, ya estaba arrobado, empeñado en dura lid con el turco seljúcida, cuando sonó el himno de los cruzados y la crispadura se produjo). Los ojos planos de tío Felipe Neri brillaban al escuchar los maduros razonamientos de su sobrino:

—Ya no es sólo la música, tío. Ahora, para que me pase *eso*, necesito pensar alguna cosa.

—¿Una cosa grande?, ¿una acción heroica?

—Eso, tío.

—¿En qué pensabas esta mañana, hijo?

—En las Cruzadas.

—¿En las Cruzadas a Tierra Santa?

—En las Cruzadas y en papá Telmo.

Tío Felipe Neri se redujo como un caracol, cruzó los brazos sobre el estómago en ademán protector; indagó, mortificado por los celos:

—¿Y qué pintaba papá Telmo en Tierra Santa, si puede saberse?

—Estaba cautivo de los turcos y me llamaba a gritos.

—¿Tu padre cautivo del infiel?

—Cautivo, tío. Yo levanté la lanza y acudí en su ayuda, pero antes de llegar sonó el himno de los cruzados, se mezclaron las dos cosas y entonces sucedió todo.

—Y dime: ¿no pensaste nada más acerca de tu padre?

—No tuve tiempo, tío. Pero si me pasó *eso* fue por los cruzados y por papá Telmo, por las dos cosas, estoy seguro. El himno lo habíamos ensayado un montón de veces y nunca había ocurrido nada.

De pronto, se abrió la puerta del cuarto de los armarios y asomó un hombre alto,

de mejillas azules (la oscura barba afeitada), ojos castos y una boina negra en la cabeza. Llevaba flojo el nudo de la corbata y los pantalones demasiado largos, afollados. Gervasio pensó: «Un cura», pero el hombre, sorprendido al ver al muchacho, se acarició la barbilla y permaneció inmóvil, en el umbral, hasta que tío Felipe Neri dijo azorado:

—Disculpe. Trataba unos asuntos con mi sobrino. Ahora mismo soy con usted.

El hombre dio media vuelta y salió. Tenía una manera sigilosa de andar, unos ademanes cautos y, por detrás, le sobraba americana, se le ahuecaba. Gervasio levantó lentamente la cabeza hacia su tío:

—¿Quién es ese señor?

—Un amigo. Cenará con la tía y conmigo esta noche —respondió tío Felipe Neri sin demasiada convicción—. Mañana seguiremos charlando.

De nuevo a solas, antes de reunirse con su invitado, temeroso de que se diluyera la impresión inicial, tío Felipe Neri se encaminó a su cuarto, se sentó ante el buró, abrió el cuaderno de pastas de hule y en lo alto de la página virgen no dibujó una cruz, como acostumbraba, sino que escribió con su caligrafía esmerada: «¿Quién como Dios?», como venía haciendo, en cartas y documentos, desde el advenimiento de la República (la cruz a palo seco, en las circunstancias por que atravesaban, se le antojaba cobarde e inexpresiva), y debajo añadió: «Mi sobrino Gervasio, ya un adolescente, experimentó hoy un nuevo transporte y, como era de esperar, su explicación del hecho es más razonable y coherente que antaño. A su entender, el trance, en esta ocasión, fue debido, antes que a la música, a una especial disposición de ánimo. La música por sí sola, sin esa previa disposición, no le hubiera traumatizado. Fue la convergencia de ambos hechos lo que motivó la crispadura. El rapto se produjo en el colegio, durante la ceremonia de ingreso en la Cruzada Eucarística, piadosa y veterana asociación, reverdecida ahora. Según sus propias manifestaciones, el niño asoció la Cruzada con el hecho histórico de este nombre y se imaginó peleando contra el infiel y, curiosamente, ante las murallas de Damietta, divisó a su padre entre los cautivos (conviene tener en cuenta que mi cuñado, el padre del muchacho, es un republicanote distanciado de la Iglesia, cosa que tiene desazonado a mi sobrinito desde hace tiempo). El muchacho argumenta, sin embargo, que a lo largo de su ensueño su padre no hizo resistencia a los cruzados, antes bien, reclamó a voces su apoyo para ser liberado e incorporarse a la hueste. El muchacho juzga esto sintomático, puesto que cuando acudía a rescatarlo sonó, en la capilla donde se desarrollaba la ceremonia, el himno de la congregación (ciertamente con una letra y unos trémolos muy castrenses), y en ese instante la horripilación se produjo, y la visión que la hizo posible (el combate, la horda, el padre prisionero y todo lo demás) se desvaneció. El muchacho se pronuncia con tan exaltado fervor que no deja duda a su interlocutor (yo, en este caso) de que ha sido signado por lo Alto para cumplir una misión excelsa. Sin acertar a reprimir la emoción, inquirí si, rapto aparte, había tenido alguna revelación, pero él, muy seguro de sí mismo, respondió

que no; y que si alguna visión, y él que, salvo papá Telmo (desde niño designa así a su padre) cautivo y el padre Nestares con armadura de plata, a caballo, no vio a ningún conocido en la refriega, pero insiste (y da mucha importancia a este hecho) en que, en sus fantasmagorías, su padre no se alineaba como enemigo sino como cautivo del enemigo, “ansioso de ser rescatado”. El Señor se ha pronunciado de nuevo. Confiamos en Él».

X

Con aires de misterio, Flora comunicó a Gervasio que el tío Felipe Neri tenía un cura escondido en casa, un jesuita, el padre Rivero, que muy de mañana oficiaba una misa en el Oratorio, y después de desayunar paseaba por el jardín hasta la llegada de Clemente. Como en los viejos tiempos, Flora y Gervasio acordaron acecharle desde el balcón del cuarto de plancha, tras los visillos, antes de marchar a sus respectivos colegios. El padre Rivero caminaba despacio, entre los arbustos, leyendo el breviario, pero algunas mañanas, tal vez nervioso por los acontecimientos o incapaz de concentrarse, guardaba el libro en el bolsillo de la americana y hacía con un dedo dibujos en el aire, o bien rezaba el rosario moviendo mucho los labios, pasando las cuentas negras con el pulgar de la mano derecha. Al terminar, guardaba el rosario en un estuchito de cuero, se arrodillaba en la gravilla gris, ante la imagen azul celeste de la gruta, y rezaba la letanía, el credo y la salve con los brazos en cruz, elevando sus castas pupilas hacia la Virgen. Una mañana, mientras rezaba, apareció en el jardín tío Felipe Neri acompañado de don Urbano, el ecónomo de Santa Brígida, y el tío, después de presentar a los dos sacerdotes, se retiró discretamente. El padre Rivero condujo entonces a don Urbano al fondo del jardín, le invitó a sentarse en el banco de listones de madera, bajo la pérgola, mientras él se arrodillaba del otro lado del seto de boj y, a través de él, le confesaba sus pecados. Gervasio veía a don Urbano, la mejilla pegada al seto, escuchando, en tanto el padre Rivero, con las manos juntas, hablaba por el lado opuesto sin cesar, hasta que al fin don Urbano levantó la cabeza e impartió la absolución al padre Rivero, que la recibió humildemente, el tronco inclinado, propinándose veniales golpes de pecho.

Quince días más tarde la escena se repitió, pero en esta ocasión fue el padre Rivero el que se sentó en el banco, mientras don Urbano le confesaba sus pecados a través del seto y, al concluir, aquél le absolvió trazando lenta, ceremoniosamente, una amplia cruz por encima de su cabeza. Un mes después se confesaron mutuamente, con tal piedad y recogimiento, que se diría que ambos se sabían sentenciados a muerte. Flora palmoteaba:

—Nunca había visto a un cura confesarse con otro cura, ¿y tú?

—¡Chist! Tampoco.

La presencia del padre Rivero en casa de tío Felipe Neri era un hecho notorio sobre el que nadie osaba pronunciarse.

¿Qué hacía allí un jesuita? ¿Por qué no se marchaba a Portugal con el resto de la orden? ¿Se había secularizado tal vez? Gervasio lo ignoraba, pero una tarde, al cabo del tiempo, Lucinio Orejón le notificó que «el cura que tenía escondido en casa» dirigía una academia en la cripta de Santa Brígida a la que asistía su hermano Felices y otros universitarios y se llamaba Centro Escolar de María Inmaculada y San Luis Gonzaga. En principio, Gervasio lo negó en redondo («no hay curas en mi casa; nunca los ha habido»), pero Lucinio Orejón añadió con sorna: «No te esfuerces; mi

hermano Felices le acompaña todos los días al terminar las clases». Ante la evidencia, Gervasio aclaró que el padre Rivero estaba refugiado en casa de su tío, no en la suya, desde hacía más de cuatro meses, pero desconocía el motivo. Luego se interesó por la academia, pero Lucinio únicamente sabía que era para los luises, porque el padre Rivero, antes de ser desterrado, había dirigido aquella congregación. Confiando en las buenas relaciones que don Urbano sostenía con su familia, Gervasio propuso a Lucinio visitar el centro escolar y, aunque poco amigo de embrollos, Peter se unió a la expedición. Escondidos en el portal de la casona vieron llegar a los alumnos más rezagados, caminando resueltamente, las solapas de las gabardinas levantadas, las alas de los sombreros sobre los ojos, como antaño los clientes del Friné. Al cabo de un rato, Gervasio, Lucinio y Peter abandonaron el portal, cruzaron la calle y entraron en la iglesia. Una candelita exánime, ante el sagrario, era la única nota viva en el templo tenebroso. Gervasio invitó por señas a sus amigos a que le siguieran, pero en el deambulatorio en sombras, ante la entrada de la cripta, surgió la figura de don Urbano:

—¿Dónde vais vosotros?

Gervasio se dio a conocer.

—¿Y qué quieres aquí a estas horas?

—Asistir a la clase del padre Rivero.

—¿Quién os ha hablado de estas clases? La academia es sólo para universitarios —los miró uno a uno, de arriba abajo—. Vosotros sois aún unos chiquillos. ¿Qué tiempo tienes tú?

—Trece años.

—Ya ves; es preferible que os vayáis a jugar.

—Yo ya tengo quince —terció Lucinio.

—Aunque así sea —don Urbano se agarraba una mano con otra. De lo más hondo de la escalinata de caracol llegaba el murmullo de una voz lenta y disciplinada—: cuando ingreséis en la universidad podéis volver por aquí.

Aceptaron con resignación el fracaso. En otro tiempo hubiera significado una frustración, pero desde el advenimiento de la República la ciudad ofrecía incontables oportunidades de distracción y aventura. En el colegio imperaba el relajamiento y el alumnado vivía en plena exaltación. A raíz del trance en la ceremonia de los cruzados, una cierta aureola rodeaba a Gervasio. Los párvulos le llamaban «erizo», y los mayores, los alumnos de quinto y sexto de bachillerato, adoptaron el apodo de Carlos Centeno redondeado: «Gervasio, Cabeza de León, Paladín del Tercer Curso». En cualquier caso, su crispadura dejó una estela enigmática en el colegio. Los testigos fueron pocos pero el rumor se extendió y la mayor parte lo atribuyeron a un don especial como el de Evencio Gredilla, que movía las orejas a voluntad, o el de Javier del Río, recién llegado de los jesuitas, que doblaba hacia atrás los dedos de las manos hasta tocar la muñeca, como si fuesen de goma. Gervasio ni afirmaba ni desmentía nada; se dejaba querer. Su actitud ante el fenómeno era indecisa, puesto que si por un

lado incitaba a la burla, por otro lo singularizaba de la grey, le otorgaba un misterioso prestigio en el ámbito escolar, y él, superada la etapa de propensión a la uniformidad, empezaba a hallar cierto regodeo en el hecho de saberse diferente. Lo que de verdad deseaba con toda el alma era el reconocimiento admirativo de Peter, pero éste callaba, no daba su brazo a torcer. Ante su indiferencia, una tarde, después de derrotarle en una batalla naval, conforme a las innovaciones introducidas por Lucinio Orejón en el juego (fuego griego, petardos, fulminantes y fósforos como proyectiles contra las escuadras de papel formadas en la bañera), inflamado de patriotismo, reveló a su amigo, cuyo halago buscaba inútilmente, su secreto: según su abuelo, que estuvo en la guerra, y su tío Felipe Neri, el militar, él tenía «madera de héroe», había nacido para protagonizar grandes hazañas. Una vez más, Peter dio muestras de comedimiento:

—¿En qué lo notas?

—¿Es que no me viste la cabeza el día de la jura de los cruzados?

—¿Y eso es todo?

—Los pelos de punta sólo son la señal. Cuando los pelos se me ponen de punta me crece la fuerza y nadie sería capaz de vencerme.

Peter iba recogiendo los barcos chamuscados de la bañera y, al terminar, abrió el desagüe:

—No te fíes —dijo—. De alguna manera eso le pasa a todo el mundo. ¿No te has fijado que en los toros, cuando la gente quiere que el torero se arrime más, tocan un pasodoble? Dicen que la música tiene esas propiedades.

Gervasio no se dio por vencido y dos días después, en su casa, ensayó una demostración. A solas, en su cuarto, con el jersey remangado hasta el codo, ante el fonógrafo heredado de papá León, escuchando el *Oriamendi*, cerró los ojos esforzándose en concentrarse, pero su propio anhelo enervaba sus pretensiones. Desconectó el artefacto, decepcionado:

—Es inútil; no consigo concentrarme.

Ante este nuevo contratiempo, Gervasio concluyó que Peter necesitaba un testimonio, una demostración de arrojo. Con él, las palabras no servían ya de nada. Ni tampoco el signo. Tal vez si en alguna de las aventuras propuestas por Lucinio hiciera gala de cierta temeridad, Peter podría cambiar de criterio.

En aquellos días, la pandilla se enriqueció con dos nuevos elementos, excrecencias, asimismo, del éxodo jesuítico: Dámaso Valentín y Eduardo Custodio. Dámaso, con su pelo a cepillo, sus finos labios elásticos y la expresión franca y risueña de sus ojos castaños, aportó al grupo una desmesurada alegría de vivir. Menor de cinco hermanos, todos ellos emancipados, vivía solo con su madre viuda y dos viejas sirvientas en el barrio señorial de la ciudad. Quizá porque la vida le era fácil y su asignación semanal doblaba la de sus amigos, Dámaso sonreía siempre, y al hacerlo mostraba la mella de un diente incisivo (reliquia de una caída de infancia) que acariciaba golosamente con la punta de su lengua, roja y vivaz. Flexible y

desprendido, aceptaba con entusiasmo cualquier plan elaborado por sus amigos e, incluso, su desahogo económico le permitía poner a disposición del grupo sus pequeñas propiedades personales. Así ocurrió con el pelotón de goma maciza con el que, a poco de conocerle, empezaron a jugar a las salidas del colegio en el andén lateral del parque, desafiando el celo de los guardias municipales. Si bien un día, sorprendidos por el agente de la vereda, acabaron en el cuartelillo, y mientras el cabo les tomaba la filiación entró Gerardo, el Cigüeña, pellejudo y arruinado, gargajeando en un sucio pañuelo. Gervasio se acercó a él:

—¿No se acuerda de mí, señor Gerardo? Soy el nieto de don León.

Gerardo lo miraba al sesgo, con su ojo revirado, el pañuelo en la boca, conteniendo la tos y, al cabo de una larga pausa, inquirió con su delgada vocecita:

—¿Del difunto don León de la Lastra?

—El mismo; ¿no recuerda que un día, cuando éramos niños, nos sorprendió a mi hermana y a mí prendiendo una hoguera en la trasera del Friné?

A Gerardo se le fue la tos; su ojo bizco se iluminó:

—Tu abuelito me concedió la Medalla al Mérito Municipal el día que reduje a Poli, el Patatero.

—Ya me acuerdo. Mi abuelo siempre nos lo contaba. Decía que era usted un héroe.

Gerardo, el Cigüeña, conmovido por el elevado concepto que de él se guardaba en palacio, interpuso sus buenos oficios y el cabo rompió la denuncia y les devolvió el pelotón. Luego los acompañó hasta la puerta del cuartelillo:

—Vete con Dios, hijo. Si llegas a venir el mes que viene ya no me encuentras; para San Ubaldo me jubilo.

Por su parte, Eduardo Custodio, pálido, de hablar pausado y perifrástico, con un deje de humor, adolecía de un avejentamiento prematuro ostensible en su miopía, sus pesados párpados, su flaccidez y un cierto anquilosamiento de piernas que, cuando jugaba al fútbol, su gran pasión, trataba de compensar con tenacidad y amor propio. No usaba gafas y ordinariamente combatía su miopía tirando del rabillo del ojo para aclarar las imágenes y, cuando iba al cine o a cualquier otro espectáculo, mediante unos prismáticos de teatro que habían sido de su bisabuela. Segundo de ocho hermanos, todos varones, Eduardo les abrió las puertas de su casa desde el día que se conocieron, y sus padres, doña Loreto y don Colomán, ya proyectos, participaban de las alegres tertulias juveniles. Don Colomán era el tercero de la dinastía fundada en Salamanca por su tatarabuelo Colomán McGregor, seminarista exclaustro del Colegio Irlandés, quien, con su desertión, perdió no sólo los hábitos sino también el apellido, puesto que entre sus descendientes no hubo varones, pero el nieto de Colomán II no sólo rescató el patronímico sino que lo prolongó en su descendencia, de modo que Colomán IV, hermano mayor de Eduardo, cerraba por el momento la dinastía castellana de los McGregor, aunque con el apellido desplazado debido al injerto del Custodio del viejo abuelo salmantino. En el trato con sus hijos, don

Colomán III y su esposa hacían gala de un liberalismo británico que despertaba la envidia de Gervasio y su grupo. Para don Colomán III y su clan no existían tabúes ni temas vetados. El mismo Eduardo, consciente de la permisividad de sus progenitores, alardeaba de ello ante sus nuevos amigos:

—Mamá, tú deseas tanto tener un nieto que no te importaría que yo te diera uno aunque fuese natural.

Y doña Loreto reía («¡qué cosas tiene este chico!»), y la audiencia le coreaba, reía asimismo, excepto Gervasio, que se ruborizaba sólo de imaginar la reacción de los García de la Lastra si un día se le ocurriera a él gastarle a tía Cruz o a mamá Zita una broma semejante. Eduardo Custodio opuso a la abrupta belicosidad frontal de Lucinio en sus peleas con los golfillos un elemento cerebral: había que luchar, de acuerdo, pero no contra la masa, siempre ciega, sino contra los inductores de esa masa. Y con una idea peregrina de la inducción, empezaron a apedrear la casa de doña Joyita, el prostíbulo más acreditado de la ciudad, la capilla protestante y la Casa del Pueblo. Y el día en que el Gobierno retiró la asignación al clero y las parroquias organizaron colectas para sostenerlo, Eduardo Custodio sugirió que del duro mensual que sus padres les entregaban para tal menester (y que se perdían entre otros miles de duros) podían detraer tres pesetas para «armarse». Esto no era una mala acción sino todo lo contrario, puesto que, de este modo, la protección del clero quedaba cubierta en dos vertientes: la mera subsistencia y la seguridad física propiamente dicha. Asimismo, a instancias de Eduardo adquirieron unos tirachinas de horquilla metálica, negras gomas cuadradas y badanas de carnero, cuya eficacia se puso de manifiesto muy pronto: en apenas tres incursiones no quedó cristal sano en los balcones de doña Joyita, la capilla protestante y los ventanales de la Casa del Pueblo.

La amistad de Damasito Valentín y Eduardo Custodio reforzó al grupo frente a la hostilidad maniobrera de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta y subyugó a Gervasio, cada día más alejado del ambiente familiar. Su conducta en la calle apenas trascendía en casa. Eran dos mundos. Si acaso, de vez en cuando, informaba de sus andanzas a Florita y Manena Abad, y si en el interrogatorio de ésta advertía un asomo de inquietud se pavoneaba como si regresase de la guerra. Pero mamá Zita, cada día más conturbada ante la inminencia de la gorda, quedaba al margen. A veces recriminaba a papá Telmo su silencio culpable, pero éste respondía sin acritud, con el tono contemporizador de quien se sabe a favor de corriente, que «en este país vocinglero», guardar silencio era ya «una actitud plausible». De ahí que mamá Zita se sobresaltase la tarde que papá Telmo irrumpió demudado en el cuarto de costura con una carta en la mano e hizo ante las dos hermanas la sensacional revelación:

—Jairo ha tenido el tupé de pedirme la mano de Crucita.

Mamá Zita desorbitó los ojos y se santiguó:

—Dios mío, pero si es todavía una niña.

Entonces papá Telmo, desolado, se derrumbó en una butaca y, como quien no quiere la cosa, dejó caer que Jairo no era sólo un hombre maduro, sino además un

hombre corrido, que era peor. Mamá Zita, en pleno naufragio, inquirió que qué quería decir con eso de «un hombre corrido», a lo que papá Telmo respondió evasivamente que «un cuarentón con muchos espolones» y que, en tales circunstancias, Crucita difícilmente podría ser feliz con él.

Al regresar del tenis para tomar el té, antes de que sus padres hubieran resuelto la estrategia a adoptar ante el problema, Crucita se encaró con papá Telmo y le preguntó a bocajarro:

—¿Puede saberse qué habéis decidido respecto a la carta de tío Jairo?

Papá Telmo perdió la ecuanimidad:

—Así que estabais conchabados, ¿verdad?

Crucita sacudió los hombros con insolencia:

—Un hombre y una mujer que se quieren siempre están conchabados. ¿No lo estabais mamá y tú cuando mamá Obdulia se oponía a vuestras relaciones?

Tía Cruz lloriqueó:

—Acabas de cumplir veinte años, querida, y Jairo pasa ya de los cuarenta.

Crucita se mostraba despótica («bien adiestrada por su *partenaire*», diría luego papá Telmo) especialmente dura con los reparos de su madrina:

—¡Tú qué sabes de esto, tía! El mundo está lleno de parejas felices con maridos que doblan la edad de sus mujeres y a la inversa.

Los argumentos se multiplicaron y el sábado, aunque desde un punto de vista diferente, tía Macrina manifestó también su discrepancia ante el proyectado matrimonio:

—Lo siento, Cruz, pero, a mi juicio, tú careces de la madurez precisa para llevar la casa de mi hermano.

Cogido entre dos fuegos, tío Vidal callaba, pero al ser requerido para que diera su opinión se salió por la tangente:

—¡Lo que faltaba: Jairo y Crucita! ¿Por qué no le preguntáis a vuestro inefable padre Rivero si no serán éstas las señales del fin del mundo?

Pero la resistencia más tenaz procedía de papá Telmo, lo que inquietaba especialmente a mamá Zita:

—Telmo conoce el mundo mejor que nosotras, Cruz. Algo hay, además de la edad, que no conviene a la niña.

Convencida de la banalidad de sus argumentos, dejaba hablar a su marido hasta que un día Crucita, harta ya de tanta oposición, los brazos cruzados sobre el pecho (como si quisiese evitar un postrer argumento: su incompleto desarrollo), se enfrentó con su padre, la verde mirada endurecida, y le preguntó crudamente si había olvidado la oposición de los abuelos a su boda con mamá Zita, su menosprecio, y que si él, entonces, había considerado prejuicios burgueses las razones que aducían, qué no podría decir ella de su conducta actual, un hombre con pretensiones de avanzado que se tornaba cavernícola ante la idea de desposar a su hija con un hombre maduro. Las tesis de Crucita, arrojadas como salivazos al rostro de papá Telmo, dejaron a éste

inerte, y aunque había simulado aceptar la explicación de que el padre Rivero estaba invitado en casa de tío Felipe Neri como viejo discípulo, desveló la superchería la tarde de su derrota:

—Me gustaría consultar el asunto con el jesuita ese que tenéis escondido en casa, Cruz.

Todos se turbaron, pero el tío Felipe Neri se apresuró a concertar la entrevista, que no aportó nada nuevo. El padre Rivero escurrió el bulto:

—Ciertamente un matrimonio en estas condiciones es arriesgado, pero carecemos de impedimentos canónicos para oponernos. No olviden que los ministros de este sacramento son los propios contrayentes.

Papá Telmo despotricó contra el cura, volvió a enfrentarse con Crucita, mantuvo con tío Jairo una correspondencia tirante que nadie llegó a conocer, pero en la segunda quincena de abril María Cruz García de la Lastra, vestida de blanco, con un largo velo de tul ilusión, y Jairo Jaraiz Blanco, de la Audiencia territorial de Madrid, contraían matrimonio en el oratorio particular de los tíos Cruz y Felipe Neri, en privado, ya que, según *El Correo de Castilla*, «las circunstancias no eran propicias para dar a la unión el realce que merecía, habida cuenta de la distinción de las familias de los contrayentes». Tío Jairo, ante el altar, aparentaba ser el padre de Crucita acompañándola a tomar la Comunión, pero la apostura y buenos modales de sus hermanos David y Fadrique, sus corteses atenciones con sus esposas respectivas, llevaron a mamá Zita al convencimiento de que quizá habían extremado la oposición y Crucita podía llegar a ser dichosa con Jairo ya que, corrido o no, era manifiestamente un hombre educado.

La marcha de Crucita, junto a la amenaza de la gorda, sumieron, empero, a mamá Zita en un sombrío desconsuelo. A diario se encerraba en su habitación «a llorar a gusto», o pasaba tardes enteras en conciliábulos con su hermana Cruz. Como de costumbre, habían unido sus fuerzas para contrarrestar la animosidad creciente de su cuñada Macrina en las veladas sabatinas. De vez en cuando, se reconciliaba con el padre Rivero paseando por el jardín y subía a casa reconfortada, pero su alivio era efímero, apenas duraba unas horas. Crucita no se manifestaba. Desde Canarias llegaron dos tarjetas postales con abrazos para todos. No decían más, pero Jairo no las firmaba. Ya instalada en Madrid, solía escribir una vez por semana y sus cartas eran rutinarias, opacas, sin referencias a su nueva situación. Transcurrido un mes, mamá Zita empezó a telefonarle los sábados. Necesitaba oír su voz. Ella conocía a su hija y le era suficiente oír su voz para saber cómo marchaban las cosas. La primera comunicación la desconcertó: la voz de Crucita era apenas un hilito imperceptible. En las siguientes, le sorprendieron su falta total de entusiasmo, sus largos silencios inexorables. No se quejaba, no acusaba de nada a nadie, pero sus pausas eran tristes y altivas. Mamá Zita cada semana colgaba el teléfono más desazonada:

—Esta chica no es feliz, Cruz, algo le sucede.

Y lloraba inconsolable, ignorando a punto fijo qué le ocurría. A primeros de

septiembre, Crucita telefoneó que llegaría en el rápido de Irún a pasar unos días con ellos. Mamá Zita y papá Telmo se pusieron en guardia. Cruz, escuálida desde niña, había adelgazado aún más: su sonrisa era feble, mate la mirada de sus ojos verdes. Aunque se resistía a la confidencia, los problemas iban saliendo a flote, engarzados unos a otros, como las cerezas (estaba un poco sola, Jairo no la acompañaba a jugar al tenis, no siempre tenía tiempo de almorzar en casa, los amigos con quienes alternaba eran muy jóvenes e insustanciales, su marido se mostraba atento con ella pero cuando se reunía con su sobrino Luisito se volvía insoportable, ponían música y hablaban de cosas abstrusas en tono de broma). Noblemente reconocía que mamá Zita y papá Telmo tenían alguna razón: Jairo era un poco viejo para ella, era «como un señor mayor», y si acaso ella se lo echaba en cara, él le sonreía, le tomaba una mano y le decía: «Eres aún muy niña para comprenderme». En la reunión del sábado se eludieron estos temas y Crucita, por decirle algo agradable a tía Macrina, se refirió «al buen humor de su sobrino Luisito», a lo que tía Macrina, ante el asombro general, replicó que nunca habían tenido un sobrino con ese nombre y que era obvio que se trataba de una impostura o de una broma de su hermano Jairo. Papá Telmo trató por todos los medios de sonsacar a Crucita en la intimidad, pero no consiguió otra cosa que vagas sonrisas truncadas y las socorridas frases hechas que aumentaron su irritación: «Dar tiempo al tiempo», «No se tomó Zamora en una hora», «El primer año es el más difícil», «Iremos encajando poco a poco».

Quince días después, mamá Zita y papá Telmo la visitaron en Madrid. Hubieron de alojarse en un hotel, pues aunque Crucita disponía de una casa amplia, «Jairo no puso buena cara cuando se lo consultó». Por otra parte, su yerno se mostró correcto y obsequioso con ellos, los invitó al teatro y al concurso hípico, pero su hija, a solas, reconoció «que la edad de Jairo era efectivamente una rémora y, peor aún que su edad, la fría soledad de aquel caserón vetusto». Papá Telmo, que había comentado al conocer el piso que era una residencia «envarada, forense, de fiscal barbudo», le animó a buscar amigas, a salir a la calle, a frecuentar el tenis, y mamá Zita, de regreso a casa, de común acuerdo con tía Cruz, le sugirió telefónicamente la conveniencia de visitar a Inesita Pons, hija de una amiga de infancia, cuya dirección le facilitó. Este contacto mejoró un poco las cosas. Crucita comenzó a orientarse. Inesita era espontánea, vital, práctica, salía de compras con ella, la asoció al Real Club de Tenis Puerta de Hierro y allí iban juntas, en bicicleta, todas las tardes. Pero cuanto más gratas eran sus expansiones, más torvos resultaban los regresos a casa. Dorotea, la vieja criada, apenas le hablaba y los amigos de Jairo, en especial «el sobrino Luisito», no reparaban en ella. Sus tentativas para hacer cuarteto con Inesita Pons y Juan Manuel, su marido, no cuajaron. Jairo se opuso desde el primer momento:

—Si te apetece, yo puedo salir un día al año con ese muchacho, pero, por favor, no me pidas más. Soy demasiado viejo para entablar nuevas relaciones.

Por primera vez, Crucita se enfureció:

—Pues tampoco a mí me gustan tus amigos. No me parecen interesantes.

Allí estalló la disputa inicial, fluyeron las primeras lágrimas (no ocultas) de Crucita. También mamá Zita sollozaba al oír su voz floja, atormentada, por teléfono, y tres días más tarde, después de recibir una carta suya, se encerró en su habitación, de la que no salió ni a la hora de comer. Gervasio encontró la carta en la secreta de la cómoda de su madre, al día siguiente, y aparte los lamentos habituales, Cruz decía en ella: «Hay días en que Jairo estalla en besos y mordiscos y me llama *mi inquietante efebo*, seguro que para mortificarme, pues de sobra conoce mi complejo por no tener pechos y efebo, según el diccionario de la lengua, es un mancebo adolescente». Después de leer esta carta, papá Telmo perdió la cabeza, no hablaba más que de Roma, del Tribunal de la Rota, decía tener «argumentos irrefutables para anular tan monstruosa unión» y, por las noches, conversaba por teléfono con la niña, le encarecía paciencia, le prometía que todo se arreglaría y le enviaba besos. Mamá Zita, identificada ahora con papá Telmo, comentaba:

—Ese dichoso Jairo, además de viejo es un tipo raro.

—Bueno, es un caso complejo de inversión sexual.

—Inversión ¿qué?

—Déjalo. Son tonterías mías.

A pesar de las presiones, Crucita, consciente de su responsabilidad, se resistía a anular el matrimonio. De vez en cuando, sus cartas traslucían alguna esperanza. Inesita Pons tenía muchas amigas y ella se iba integrando en el grupo. El aspecto negativo de las nuevas relaciones estribaba en que cada día se distanciaba más de su marido y noches había en que, al llegar Jairo a casa, ella ya estaba acostada y él se iba a dormir aparte, al cuarto de forasteros, «con su sobrino Luisito». Gervasio observaba a sus padres, escrutaba sus rostros, escuchaba sus conversaciones y, por encima de su desencanto, advertía algo positivo en el matrimonio de Crucita: mamá Zita y papá Telmo habían encontrado un punto de afinidad al margen de la política. Las lágrimas de su madre, habituado a ellas, no le afligían, pero sí el derrumbamiento de su padre, su desolación, la manera de prensarse la cabeza entre las manos cuando se encontraba solo, como si fuera a cascarla. De ordinario, a la vuelta del colegio, lo sorprendía oyendo la radio, aquella voz de ataúd, oscura pero diáfana, deshumanizada, que portentosamente irrumpía en la sala sin más que girar un botón. A través de aquella voz se enteró la familia de la huelga revolucionaria de Asturias, de la ocupación de Oviedo por los mineros. Con este motivo, el salón de palacio volvió a convertirse en una olla de grillos. Tío Felipe Neri, vestido con un traje gris perla que hacía añorar el uniforme, desplazaba sobre su cuñado la responsabilidad:

—Ya está aquí la revolución, Telmo, ¿es esto lo que pretendíais? Las masas han conquistado el poder.

Y tío Vidal convertía su miedo en malhumor:

—Si se niegan a admitir tres ministros de la CEDA en el Gobierno, tú me dirás dónde está la democracia.

Papá Telmo, desbordado por la desventura de Crucita, tal vez indefenso o

desagradablemente sorprendido por la huelga revolucionaria, eludía el acoso como podía, derrumbado sobre el diván, frente a la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto, pero los tíos lo perseguían, lo acicateaban, como si la retirada de los mineros dependiese de una orden suya o dispudiese de hilo directo con el presidente del Gobierno.

También la ciudad se paralizó con la huelga revolucionaria y Gervasio, desatendiendo las recomendaciones de mamá Zita, se lanzó a la calle en compañía de sus amigos. Una atmósfera enrarecida se cernía sobre ella. Las avenidas y plazas desiertas, las trampas de los comercios echadas, los cafés vacíos, los portones de las casas entornados, eran trasunto de recelo y temor e infundían la impresión de una ciudad sitiada. Caminaron en grupo por las calles Abrojo, Hostieros y Magaña para desembocar en la Avenida de la Constitución, desde donde se oía el repiqueteo desamparado de una música remota. En la esquina les sorprendió la manifestación, unos centenares de hombres astrosos, con gorras de visera y alpargatas negras, precedidos por la Norton de los tíos a paso de entierro y una charanga improvisada en retaguardia tocando *La Internacional*. Lucinio empujó con el hombro a Gervasio:

—¡Menudos prójimos están hechos tus tíos!

El tío Adrián, al aire la cabeza semicalva, hundida la barbilla, los amarillos dientes mordiendo el labio inferior, hacía eses con la moto, para no perder contacto con el grupo, en tanto el tío Norberto, igualmente destocado, erguido en el asiento posterior, portaba sobre su hombro una desmayada bandera tricolor que hacía flamear, agitándola con desgana de vez en cuando. La procesión desfilaba en silencio y únicamente se oía el petardeo regular de la moto entre los compases deshilvanados de la música.

Esa tarde estalló la revuelta. Gervasio, Lucinio y Eduardo Custodio se desplazaban de un sitio a otro orientados por los gritos y las carreras. Los revoltosos, después de asaltar la armería de Pablo Esteban en la Plaza Mayor, empuñando escopetas y pistolas se dirigieron al extrarradio y cercaron la casa-cuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda. Parapetados tras los árboles disparaban sin ton ni son y algunos guardias civiles con gorro cuartelero, resguardados en el cemo de la acequia que delimitaba el pequeño jardín, respondían con sus mosquetones, defendiendo el cuartel. Desde la esquina de la calle Huertas, Gervasio y sus amigos asistían al enfrentamiento y, cuando vieron brincar a un guardia y caer de espaldas en los arriates, la cabeza ensangrentada, aquél sacó del bolsillo su tiragomas y empezó a fustigar el flanco de los atacantes, pero Lucinio Orejón lo apartó displicentemente y dijo refiriéndose al tirachinas:

—Déjame a mí; eso son chiquilladas.

En su mano derecha brillaba una pistola negra recién engrasada, con la que apuntó hacia los árboles y disparó una y otra vez hasta vaciar el cargador, en el mismo momento en que un camión descubierto de guardias de asalto, armados con fusiles, aparcaba a un costado del cuartel y sus números, disseminados en la cuneta,

abrían fuego contra los asaltantes que, sorprendidos por su llegada, volvieron grupas y huyeron hacia la Plaza del Haro. El comandante de las fuerzas de socorro, puesto en pie, señaló entonces con un dedo la esquina donde ellos se agazapaban y dio dos voces. Sin ponerse de acuerdo, los muchachos arrancaron a correr por la calle Huertas hacia el centro, doblando esquinas desalados, jadeantes, hasta que alcanzaron los desiertos soportales de la Glorieta del Ángel. Lucinio empujó el portón entornado de una casa y se pasó el antebrazo por la frente sonriendo:

—Los hemos hecho huir —dijo.

—¿Quién te ha dado esa pistola?

El muchacho volvió a sacarla del bolsillo con civil respeto, negra, reluciente, intimidadora. Acarició la culata y volvió a sonreír:

—Es de mi hermano Felices; tiene tres.

—¿Tiene tres pistolas tu hermano Felices?

Un orgullo histórico henchía el pecho de Gervasio. Por vez primera en su vida (la pelea con los golfillos en el estadio no había pasado de ser una escaramuza) se sentía partícipe en una acción viril, con riesgo, con bajas. En casa, mamá Zita y tía Cruz, pegadas a la radio, demudadas, escuchaban las últimas noticias en dramático silencio. Gervasio se acercó a ellas, pero mamá Zita apenas le dio tiempo de sentarse:

—Vámonos; va a venir tu padre.

Habían resuelto escuchar la radio por turnos. Sus posiciones, a menudo encontradas ante la información que aquélla facilitaba, convertía la sala en un infierno. Una elemental idea democrática, de mera convivencia, lo aconsejaba así. Resultaba de todo punto insoportable que, mientras ellas sufrían, papá Telmo exultase, y a la inversa. Los cimientos domésticos se estremecían ante sus enfrentamientos verbales.

A la mañana siguiente, Gervasio se abalanzó sobre el periódico antes de que papá Telmo hubiera concluido de afeitarse. Al pasar los ojos por los titulares de la primera página se le abrió una oquedad en el estómago. Las manos y las rodillas le temblaban:

LOS REVOLTOSOS ASALTAN LA CASA-CUARTEL «LEPANTO» UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL MUERTO Y DOS NÚMEROS HERIDOS

Ayer se desarrollaron en nuestra ciudad luctuosos sucesos que produjeron, al ser conocidos, viva impresión. Desde primeras horas de la tarde empezó a notarse cierta efervescencia entre el elemento obrero, que pretendía impedir la salida de trenes de nuestra ciudad. La fuerza pública, que acudió en buen número a la estación, fue informada de que grupos de incontrolados intentaban asaltar la armería de don Pablo Esteban, sita en la Plaza Mayor. Un ómnibus de las fuerzas de asalto se encaminó hacia allí para impedirlo pero, al llegar a las Escuelas Pías, se vio sorprendido por las descargas que efectuaban sobre ellos grupos apostados en las bocacalles próximas. El número Heliodoro Navafría fue herido de bala en la pierna al repeler la agresión de los revoltosos, quienes, acto seguido, se dirigieron contra la casa-cuartel de la Guardia Civil Lepanto, en el barrio de la Alameda, donde, tras intensivo tiroteo, fue muerto el sargento Salustiano Arias, de un balazo en la cabeza, y herido de pronóstico reservado el número Gregorio Peña García. Desde la esquina de la calle Huertas, un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola

contra los asaltantes pero, poco después, la llegada del comandante Aldecoa al frente de fuerzas de asalto de refresco, ahuyentó a éstos y puso en fuga a los revoltosos, que se dispersaron por el campo de la Alameda, dominando la situación y siendo detenidos dos de los principales promotores.

En las primeras horas de la noche, renació totalmente la calma en nuestra histórica ciudad, conmovida durante largas horas por los trágicos y luctuosos sucesos de la tarde.

El corazón redoblaba en el pecho de Gervasio. Se daba cuenta de que aquél había sido su bautismo de fuego y, aunque de manera innominada, envuelto en la concisa pero expresiva frase de *El Correo* («un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes»), acababa de entrar en la Historia; casi sin advertirlo había iniciado su carrera de héroe.

En las jornadas siguientes, la radio fue aportando noticias más tranquilizadoras. Ochoa y Yagüe habían entrado en Oviedo, restableciendo el orden, en tanto Batet obligaba a rendirse a la Generalidad, que acababa de proclamar la República Catalana Independiente. Pero, cosa extraña, en esta ocasión las noticias que a ellos les satisfacían no aparentaban desagradar tampoco a papá Telmo. Gervasio constataba, estupefacto, su sonrisa de alivio. ¿Qué significaba aquello? Por de pronto —se decía Gervasio—, que carecían de sentido las afirmaciones de Carlos Centeno e Imanol Solavarieta, de que papá Telmo estuviera en el Círculo «preparando la revolución». Una de dos, o su padre renegaba de sus viejas convicciones o no deseaba la revolución, al menos la de Asturias ni la de Barcelona. ¿Qué revolución quería, entonces, papá Telmo?

Inopinadamente, dos días más tarde, a la hora de almorzar, Crucita se presentó en casa. Un mozo de estación apiló en el vestíbulo baúles, maletas, sombrereras y cachivaches. Sus verdes ojos estaban enrojecidos y sumidas sus pálidas mejillas. Mamá Zita la abrazó con tal frenesí, que la niña no pudo contener las lágrimas:

—Se ha terminado, mamá. Nunca volveré con él.

Repuesta del primer golpe emocional, Crucita expresó su temor de enfrentarse con tía Macrina, la hermana de Jairo, pero mamá Zita la tomó por la cintura y la condujo dulcemente hacia su viejo cuarto de soltera:

—Estáte tranquila, hija. Tío Vidal y tía Macrina marcharon anteayer a Portugal con los niños. No regresarán mientras en España no se vea un poco de luz o estalle de una vez la gorda.

XI

—Siéntate aquí —dijo mamá Zita, indicando una silla junto a la suya—: te he mandado llamar porque ya tienes edad de afrontar ciertas responsabilidades. Y en las elecciones de mañana, España se juega su futuro. Todos los buenos españoles estamos obligados a arrimar el hombro.

La tarde declinaba. Un desmayado rayo de sol, tamizado por el visillo del balcón, iluminaba la escena: mamá Zita, tía Cruz, tío Felipe Neri y el padre Rivero, congregados en torno a un velador, punteaban largas nóminas, sumaban, restaban, insertaban impresos en sobres, distribuían en improvisadas carpetillas de papel candidaturas y cédulas personales. Gervasio, sentado junto a su madre, ufano de saberse necesario, observaba a tío Felipe Neri, su aplicación escolar, las gafas sobre la frente, el lapicero en la mano. Alzó los ojos mates hacia el padre Rivero con una mueca que aspiraba a ser una sonrisa:

—Sesenta y cuatro —dijo—. Tenía usted razón, Padre.

—Es decir, sesenta y cuatro votos —dijo mamá Zita.

—Salvo error u omisión —puntualizó el padre Rivero.

Y cuando mamá Zita se volvió hacia Gervasio y empezó a darle instrucciones sobre lo que tendría que hacer a la mañana siguiente, el jesuita levantó un dedo, sonrió, pidió perdón con untuosa delicadeza y entonces mamá Zita reparó en su oficiosidad, se cubrió las mejillas con las manos y se excusó abochornada:

—¡Oh, disculpe usted, padre! Ni me había dado cuenta.

—No tiene por qué disculparse, a menudo nuestros deseos corren más aprisa que nuestra reflexión. Pero conviene que sea uno solo quien tenga en sus manos la responsabilidad de este asunto.

El padre Rivero hizo una pausa, ladeó la cabeza y fijó la mirada en Gervasio, la misma mirada intensa que posaba en la imagen de la gruta cada vez que rezaba la letanía en el jardín. El muchacho parpadeó:

—Bien, mozo, vayamos por partes; a lo que aspira esta familia es a que mañana vote todo el mundo, mejor dicho, todos aquellos que desean que en España reinen el orden, la paz y la justicia. Para ello vamos a procurar que participen los impedidos y los enfermos y, si necesario fuese (volvió a sonreír), hasta los muertos. Con este objeto hemos dividido la ciudad en sectores que hemos encomendado a diferentes personas, una de ellas a ti (le tendió, por encima de la mesa, un lapicero rojo y unas cuartillas). Anota, por favor. Tu vereda incluye los siguientes centros: Adoratrices, Siervas de Jesús, Servicio Doméstico, Hermanitas de los Pobres y Beneficencia... ¿Has apuntado? Bien, tu misión entonces, sin perjuicio de que puedas llevar a cabo otros cometidos, es la siguiente: tomarás un taxi de confianza a las nueve de la mañana y visitarás uno por uno los conventos que figuran en esa relación. Una vez en ellos preguntarás por la madre superiora a la que dirás simplemente: «Me envía el padre Rivero», ellas ya saben; luego (tomó de la mesa cinco sobres con las diferentes

direcciones y se los pasó a Gervasio) entregarás a cada una el sobre que lleva su dirección y ellas te indicarán qué personas, de entre las que tienen a su cargo, debes trasladar a los colegios electorales respectivos, a qué hora y en qué orden —la voz del padre Rivero zumbaba como un moscardón, una voz lenta, monótona, disciplinada, con un timbre eclesiástico manifiesto. Colocó su blanca mano sobre el antebrazo del muchacho—. Hay un punto esencial a tener en cuenta: el ritmo del voto doble o del voto falso. Trataré de explicarme. Conviene que la monja o la mujer que, además de por sí, vaya a votar por otra, lo haga discretamente, sin llamar la atención de la mesa. Para ello procura dejar huecos entre ambas intervenciones y, a ser posible, que la interesada se cambie de atuendo con objeto de dificultar su identificación. Si se tratase de ancianas no es preciso tanto requilorio: las viejas son todas iguales. Pero en cualquier caso, antes de entrar en los colegios, debes aleccionarlas. No hables demasiado, las confundirías; a la gente sencilla, pocas palabras y claras. Y a las que voten por otras, ausentes o muertas, mételes en la cabeza que su cédula personal es la que llevan en la mano y su nombre y apellidos los que figuran allí. Las superiores ya están advertidas y enviarán a las más despejadas (sonrió una vez más, satisfecho de su exposición). Esperemos que no haya contratiempos. Mañana, a primera hora, tu madre te dará las últimas instrucciones.

La señora Zoa, esquemática, hecha un rebujito negro en el asiento trasero del Chevrolet de Tadeo Crespo, el taxista del Casino, envuelta en un raído mantón, lo miraba todo el tiempo y sonreía con su desguarnecida sonrisa sin dientes:

—Y esta carta, ¿dónde dices que la tengo que echar, señorito Gervasio?

—Tranquila, Zoa, no se ponga nerviosa. La carta la tiene que echar donde yo le indique, pero sin dar explicaciones a nadie. Únicamente dirá su nombre cuando el señor de la mesa le pregunte.

Empleó mañana y tarde en acarrear votantes a los colegios electorales (monjas, viejos, tullidos, criadas de servicio) y, a la puerta, antes de entrar, les aleccionaba y les daba ánimos y, al salir, las ancianitas inquirían ingenuamente, con un punto de vanidad:

—¿Lo hice bien, señorito?

Al anochecer, apenas cerraron los colegios, Gervasio se presentó en casa de tío Felipe Neri para facilitar el parte al padre Rivero, que se frotaba las manos confiado:

—Vamos a ganar, mozo. Vamos a ganar holgadamente.

Pero no ganaron y, pocas horas más tarde, el padre Rivero desapareció de casa de tío Felipe Neri sin dejar rastro:

—Se ha marchado a Portugal con la Compañía —aclaraban mamá Zita y tía Cruz, a modo de explicación, cuando alguien se interesaba por él, aunque todos desconocían a ciencia cierta su paradero.

Tras la derrota electoral, mamá Zita recibió una carta apremiante de su hermano Vidal, exhortándola a emigrar a Portugal con toda la familia: «Con tu persona eres muy libre de hacer lo que quieras, hermana, pero no tienes derecho a exponer a tus

hijos a los riesgos de una algarada como la de Asturias». Tío Vidal, sin otra cosa que hacer, redactaba en su exilio dorado unas cartas largas, rizadas, académicas, escuchando el rumor del mar desde el escritorio del hotel. Pero mamá Zita, como un general a quien sugirieran la entrega de una plaza encomendada a su defensa, respondió sin vacilar: «Me parece indigno abandonar el campo sin antes rendir batalla».

Desde el regreso de Crucita, mamá Zita se mostraba pugnaz y destemplada, no sólo contra Jairo, su yerno, sino contra todo aquel que, de alguna manera, pudiera recordarle, empezando por los tíos Macrina y Vidal, cuya expatriación juzgaba un acto de cobardía. A lo largo de semanas, mamá Zita y tía Cruz platicaron incansablemente sobre la situación de la niña, que, aturdida aún por su resolución, achacaba a su marido todo género de infamias (egoísmo, desprecio, sadismo, exigencias vejatorias), aunque ni ella, ni mamá Zita, ni tía Cruz, ahormadas en la más pura gazmoñería, supieran a punto fijo cuál era su punto flaco. Tan sólo papá Telmo sabía a qué atenerse y, una vez recuperada Crucita, se personó en el Obispado y, al día siguiente, marchó a Madrid, regresó y volvió a marchar. Su consulta naturista quedó desatendida por unos días. Él mismo cumplimentaba los impresos que su hija firmaba sumisamente, sin reparar en el texto. «Es para la anulación», le decía tan sólo. Y ella rubricaba el papel sin reservas. Únicamente en una ocasión le preguntó: «¿Qué razones alego, papá?». «Incompatibilidad de caracteres», respondió papá Telmo, y meneó la cabeza como diciendo «y todo lo demás que no hace al caso».

Crucita había cambiado. Su fatuidad, su arrogancia, apenas tenían ocasión de manifestarse ahora. Mediante su irreflexivo matrimonio había querido dar un no rotundo a la ciudad, a su cursilería, a su provincianismo, a su mal gusto, a sus pretensiones, pero, de pronto, tras su fiasco con Jairo, se veía obligada a soportar la humillación de la derrota: miradas conmiseras, sonrisas abortadas, medias palabras, preguntas impertinentes. Salía poco de casa; su reducto de antaño, el tenis, lo tenía abandonado y no frecuentaba amigas ni espectáculos. La política como tal no le atraía, tal vez porque nunca puso interés en comprenderla. No obstante, la trastornaba la posibilidad de que un día las turbas de desharrapados se desbordasen y quemasen el viejo palacio de los condes de Pradoluengo con la misma vesania con que quemaban iglesias y conventos. Éste era el rasgo que la actual Crucita conservaba de la antigua: su desdén por el populacho. Pero después de su infortunado matrimonio, su rechazo social era absoluto: despreciaba a la clase alta por su convencionalismo, a la media por su hipocresía y a la baja, como siempre, por su vulgaridad. De ahí que Crucita, sin una conciencia clara, anhelase un cambio, algo que diera vuelta a las cosas, sin un proyecto concreto sobre el orden en que las cosas deberían quedar. Lo que deseaba, en definitiva, era que la ciudad la olvidara y poder volver a vivir «como si nada hubiera ocurrido». Por esta razón, la tensión diaria, los petardos, los tiros, las revueltas, no le afectaban. Ella empezaba a intuir en la gorda, que mamá Zita tanto temía, una oportunidad de liberación. A fin de cuentas, la gorda

podía suponer para ella el borrón y cuenta nueva de todo un cúmulo de errores. En esta tesitura, Crucita vivía pendiente de la radio. Diríase que esperaba la llegada de la gorda por el receptor, con la misma ingenuidad con que los niños esperan la de los Reyes Magos por el balcón entreabierto. Y una mañana, en efecto, la sintió llegar, a través de la voz de ultratumba de Radio Madrid. Oyó que don José Calvo Sotelo, el jefe de la oposición, había sido asesinado en el cementerio del Este por un piquete de guardias de asalto y corrió por la casa difundiendo la noticia. Unos días después, Gervasio y ella captaron una voz excitada, que a intervalos se desvanecía, que hablaba del general Franco, Canarias y movimientos de tropas en el norte de África. Conectaron Unión Radio, que denunció, en concreto, una sublevación militar contra la República. Tía Cruz y mamá Zita se abrazaban llorando y decían, «¡España está salvada!», en cambio a papá Telmo, informado por Crucita, lo encontró acodado en la mesa de consulta, la cabeza entre las manos murmurando: «Pavía otra vez; este país no tiene remedio». Hablaba rumiando las palabras, como si rezase, tan concentrado estaba, y Gervasio no se atrevió a sacarle de su arrobo y salió a la calle.

Atardecía, y el silencio y el bochorno gravitaban sobre la ciudad; un sopor espeso, canicular, la calma chicha que precede a las solemnes tempestades. Callejeó solo, sin rumbo, hasta abocar a la Avenida de la Constitución; allí vio venir a dos muchachos por la calle desierta, con las camisas azules arremangadas, los pistolones en alto, gritando «¡Arriba España!». Oculto tras el tronco de un árbol, los miraba con una mezcla de temor y admiración. Tras ellos, surgieron otros tres y, luego, fueron apareciendo grupos más nutridos con mosquetones y banderas rojinegras procedentes de la Glorieta del Ángel. Gritaban también «¡Arriba España!» y enarbolaban sus fusiles y, de cuando en cuando, crujía algún balcón y sonaban unos tímidos aplausos. Un ómnibus descubierto, de guardias de asalto, armados con tercerolas y una gran bandera bicolor, pasó como una exhalación junto a él. Minutos después, tras unos agudos toques de corneta, un batallón de Caballería tomó posiciones por los barrios de la ciudad. Algunos balcones y miradores iban engalanándose con sábanas y colgaduras y las ovaciones a los guerreros eran cada vez más encendidas y frecuentes. Seguidamente empezaron a sonar los primeros tiros, traqueos espaciados, de diferente intensidad y procedencia. Un hombre maduro, macizo, bien trajeado, con sombrero de jipijapa, único paisano en su campo visual, alertó:

—¡Ojo, los pacos!

Los grupos de milicianos se desperdigaron, Gervasio miraba a un sitio y a otro sin acabar de entender lo que sucedía. Un turismo con muchachos de Renovación Española armados en su interior y banderas en las ventanillas lo rebasó a toda velocidad y se detuvo en la esquina de la avenida. Los ocupantes, de paisano y boina verde, se aparearon en tropel por las cuatro puertas y, sin advertencia previa, empezaron a disparar alocadamente sus fusiles contra los tejados. Lo mismo acontecía en otras calles por las que sólo transitaban milicianos y soldados. De vez en cuando sonaba, como un desafío, una tímida detonación en los terrados y buhardillas,

y entonces las fuerzas se desparramaban y respondían a la audacia con cerradas descargas de fusilería disparadas al buen tuntún. Mamá Zita lo abrazó en el vestíbulo cuando entró en casa:

—Han tomado Capitanía, hijo. La ciudad es nuestra. ¡Ya podemos gritar Viva España!

En el salón, tía Cruz, Crucita, Florita, Aniceta y Florentina continuaban pegadas a la radio, sonrientes, triunfadoras. Papá Telmo no estaba allí. Lo buscó por todas partes. Sentía un difuso temor por él. No le había entendido cuando habló de Pavía entre dientes, como de un riesgo, ni se le alcanzaba qué tendría que ver con esto aquella gloriosa batalla. En la consulta no estaba, tampoco en la antesala, ni en el apartado cuarto de plancha. Por un momento imaginó que podía haberse trastornado. Recorrió el jardín y entró en casa de tío Felipe Neri. Desde la puerta entreabierta oyó un rumor de conversación y, antes de entrar en el salón, reconoció su voz. Miró por la rendija y lo vio, hundido en una butaca, frente al tío, vestido otra vez de militar, en el pecho enteco las viejas condecoraciones. Hablaban deprisa, como si alguien los apremiara, y Gervasio tardó en averiguar que el tío se proponía esconderlo («La casa de un teniente coronel afecto a la causa es una garantía, Telmo»), pero su padre rechazaba esta medida que podía comprometerle y aducía, además, el «deber ético de afrontar la situación». Aun consciente de lo reprobable de su conducta, Gervasio seguía mirando y escuchando por la rendija de la puerta. Papá Telmo expresaba su deseo de encomendarle unos asuntos y, como el tío aceptase, con voz un poco tomada, le habló de la situación de Crucita, de su error, de la inversión sexual de Jairo y del estado en que se hallaba el proceso de anulación. Tío Felipe Neri arrugaba la cara, como si los ácidos se le alborotasen, como si aquel vidrioso problema le repugnase, y asentía con la cabeza, y una vez que papá Telmo le dijo que si algo le ocurriera a él tomase las riendas del asunto y llevara adelante las negociaciones con Roma, tío Felipe Neri se puso firme en el sillón para prometérselo. Acto seguido, cuando papá Telmo, en otro tono de voz, dijo, impensadamente, «en cuanto al problema de Gervasio...», éste notó flojera en las rodillas, estupor que también se dibujó en el rostro agostado del tío, que adelantó el busto para advertir:

—Ignoraba que el muchacho tuviese problemas.

Entonces papá Telmo se refirió a las horripilaciones, «feo asunto —explicó— si esto se encona y empiezan los tiros y las atrocidades». Miró a su cuñado desde su posición subordinada y agregó conmovido:

—Me temo que la extremada sensibilidad de mi hijo no esté construida para soportar violencias semejantes.

Gervasio, ante la cándida interpretación que su padre hacía de los ostentos, sintió un golpe de sangre en la cara, sonrojo que se acentuó al ver que tío Felipe Neri le seguía la corriente y se comprometía a hacer por el chico cuanto estuviese en su mano. Concluida la conversación, papá Telmo se incorporó, dio las gracias a tío Felipe Neri, que también se había puesto en pie, se miraron largamente a los ojos, las

puntas de las narices casi pegadas, y, al cabo, se dieron un abrazo y se golpearon varias veces las espaldas como para rubricar lo acordado.

De la calle llegaba algún grito, voces confusas, carreras, detonaciones perdidas, seguidas de estremecedoras descargas y, hacia media noche, el tronar de un cañón, y órdenes de «alto» en las esquinas, con intervalos prolongados de silencio que, de nuevo, rompían los pacos y las réplicas contundentes de los fusileros. Al amanecer, soldados y falangistas circulaban dominantes por las calles silenciosas, arma al brazo, y el vecindario los obsequiaba con vino, tabaco y bocadillos. Tío Felipe Neri se presentó por la tarde al nuevo capitán general, advirtiéndole a mamá Zita que no abriese la puerta a desconocidos. Cuarenta y ocho horas después irrumpió en palacio un grupo patibulario, armado de mosquetones, que preguntó por papá Telmo y, al ver aparecer a tío Felipe Neri con sus estrellas y sus medallas, quedaron desconcertados y trataron de explicar que habían sido encargados por el mando de «la limpieza de la ciudad» y tenían orden de detener a Telmo García. Tío Felipe Neri, muy sereno, ensalzó su disciplina, pero les hizo ver que los arrestos domiciliarios deberían hacerse legalmente, mediante una orden judicial y el visto bueno del general auditor de acuerdo con el estado de guerra decretado en el país.

Abrazados en el antiguo cuarto de jugar, mamá Zita y papá Telmo oyeron marchar al piquete, pero cuando, dos días más tarde, se presentó otro con los papeles en regla, volvieron a abrazarse, esta vez en el vestíbulo, papá Telmo besó uno a uno a sus tres hijos, cogió apresuradamente la maleta con los libros y útiles de aseo que tenía dispuestos, le dijo a mamá Zita «No te preocupes; esto no puede durar» y se volvió a los jóvenes de los mosquetones:

—Cuando ustedes gusten —dijo.

Vestía un jersey de mezclilla y unos pantalones de franela gris y el tío Felipe Neri, escrupulosamente uniformado, se fue con él y retornó al cabo de dos horas con las últimas novedades: de momento, papá Telmo no corría peligro. Había sido encerrado en la Plaza de Toros, junto al río, en compañía de otros centenares de personas, amigos y correligionarios, y él estaba autorizado a visitarlo cada semana y llevarle noticias, alimentos y todo aquello que precisara. Mamá Zita suspiró aliviada. La prisión de papá Telmo, con tío Felipe Neri como valedor, era un tributo que pagaba con resignación a la Causa. En cambio para Gervasio el arresto representó un duro golpe en el que se conjugaban sentimientos de complicidad, conmiseración y vergüenza. El primer día que salió a la calle se tropezó en la Avenida de los Tilos con sus compañeros Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta, que se mofaron de él y le escarnecieron. Le acompañaba Damasito Valentín y la pelea con aquéllos no le apaciguó. Los golpes pronto se olvidaban, pero quedaban flotando en el aire las injurias, las palabras mordaces, la irritante ceguera de papá Telmo. Dámaso Valentín levantaba los hombros y se pasaba la lengua roja y vivaz por la mella del diente, intentando consolarle: «Nadie tiene por qué renegar de sus ideas porque al vecino no le agraden», decía. Luego, enveredó la conversación por otro lado: Lucinio Orejón se

había marchado a Madrid; lo había visto, junto a su hermano Felices y Colomán IV, en un camión, agitando el fusil, voceando vivas y muertas en la Glorieta del Ángel. Gervasio, deseando borrar la mala imagen de papá Telmo arrestado, apuntó la idea de irse también, pero mamá Zita le hizo ver que Lucinio era mayor que él y que la guerra no era cosa de niños. Por primera vez se mencionaba en palacio la palabra guerra y Crucita, con los ojos redondos, preguntó a tío Felipe Neri:

—¿Es que esto es una guerra, tío?

Tío Felipe Neri retuvo una flatulencia, frunció los labios descoloridos y reconoció que el Glorioso Alzamiento había fracasado en Madrid, Barcelona, el País Vasco y otros puntos claves y, según las últimas noticias, en media España se cavaban trincheras y se levantaban parapetos con vistas a una campaña larga. Gervasio lo miró entonces implorante y tío Felipe Neri le acarició el cogote con su mano enfermiza y añadió, elevando la mirada al techo a través de los impolutos cristales de sus lentes:

—Dios nos asista, pero aún es posible que tengas tu oportunidad.

A partir de aquel momento, Gervasio alentó bajo el convencimiento de que le esperaba «la más grande ocasión que conocieran los siglos» y que todo aquel turbador proceso de horripilaciones vivido desde la infancia no había sido más que una preparación para afrontarla. Peter le hablaba de la Armada, del motín de Cartagena, de la matanza de jefes y oficiales, de la necesidad de jóvenes instruidos para contrarrestar la superioridad de la escuadra roja, y Gervasio, abatido por la desertión de papá Telmo, le escuchaba boquiabierto, ávido, tenso, hasta que una noche de insomnio, en que las palabras de su amigo y la imagen de su padre le torturaban fundidas en una intrincada pesadilla, llegó a una paladina conclusión: el apellido García de la Lastra había sido mancillado y su deber era lavarlos. Por asociación de ideas evocó a los tíos Norberto y Adrián, «los más desviados», y se preguntó qué habría sido de ellos, y, sin mayor motivo, los imaginó a caballo de la Norton atravesando pueblos, ciñéndose a las curvas peraltadas, el tío Adrián inclinado sobre el manillar, el sombrero en el cogote, y, detrás, el tío Norberto, erguido, los largos dientes al aire, una bandera tricolor flameando locamente sobre su hombro, huyendo. Sí, Gervasio estaba seguro de que habían escapado en la moto, metiendo gas, franqueando valles y montañas, a cien kilómetros por hora, hasta alcanzar la frontera. A su pesar, encontraba cierta grandeza en su gesto, aunque tras breve reflexión concluyó que también ellos habían manchado el apellido. La idea de lavarlos se fue convirtiendo así en una obsesión.

El muchacho esperaba con impaciencia la primera visita de tío Felipe Neri a papá Telmo. Confiaba en que los últimos sucesos, tan inusuales, hubieran podido provocar un cambio en sus convicciones. La experiencia había sido dura y allá, encerrado en la Plaza de Toros junto a otros réprobos, habría tenido ocasión de meditar. Pero, por de pronto, en la primera valija que portó su tío no le escribió. Estaba aún demasiado vivo su despecho. Su padre les había puesto en evidencia ante la ciudad entera. Mamá Zita, más conciliadora, le había dicho varias veces: «Escribe unas líneas a papá»,

pero él se había escabullido, se hizo el desentendido. Luego esperó intranquilo, contando los minutos, el retorno de su tío y, cuando lo vio, con su sonrisa inconclusa, los ojos mates redondeados tras los cristales de los lentes, pensó: «Papá Telmo debe de haberse arrepentido», pero tío Felipe Neri, sin hablar palabra, se desabotonó el bolsillo de la guerrera, sacó una hoja de cuaderno plegada en cuatro dobleces y dijo:

—Telmo está bien y animado. Me ha entregado esta nota para vosotros.

Alargó la carta a mamá Zita y Gervasio leyó, al tiempo que ella, por encima de su hombro:

Queridos Zita e hijos:

Hace ya siete días que nos separamos y os echo de menos, como echo de menos algunas comodidades de casa, pero no me puedo quejar. Mi vida es rutinaria y metódica. No como demasiado, pero las vitaminas me llegan, conforme a mi personal filosofía, a través de la alimentación cutánea de la que me nutro diariamente. Hago gimnasia con un grupo de amigos, paseo, leo, charlo y el tiempo se va sin darme cuenta. No os preocupéis por mi causa. Esto pasará pronto y en pocas semanas volveremos a reunirnos. Lo que más me inquieta es la falta de noticias de mis hermanos. Aquí, en la plaza, no están y Ángel Álvaro, el farmacéutico vecino, me ha informado de que la mercería no se abre desde el día 18 y que esa noche oyó en ella ruidos extraños de madrugada. Dios quiera que hayan podido escapar. En cualquier caso, la llave de la trasera de la tienda la encontraréis en el primer cajón, a la derecha de mi mesa de consulta. ¿Sería mucho pedirnos que os acerquéis por allí, en busca de alguna información?

A ti, querida Zita, te recuerdo sin cesar. Confío en que el proceso de anulación del matrimonio de Crucita vaya por sus pasos y que los dos pequeños estén bien. Me desagrada abusar de la bondad de mi cuñado pero, si no os causa demasiada molestia, enviadme con él la manta escocesa de viaje con que suelo cubrirme las piernas cuando leo en el jardín. Aquí, de momento, no hace frío, pero se nota relente de madrugada. Para Cruz y todos vosotros el cariño de vuestro,

Telmo

Mamá Zita se secó los ojos con disimulo y pasó el papel a Crucita. Gervasio tosió tontamente, pretendía mostrar indiferencia aunque un bulto aristado le oprimía la garganta al tiempo que le recomía por dentro una sorda irritación. ¿Por qué no había en la carta de papá Telmo una sola referencia a la nueva situación? Tan sólo decía: «Cuando esto pase». ¿Es que *esto* no era, para él, más que una contrariedad transitoria, lo mismo que una granizada o una ventisca?

Al día siguiente acompañó a tío Felipe Neri a la mercería. En la trastienda dominaba un hedor especial, dulce en principio, como de abono orgánico perfumado, mas las cajas de cartón estaban en orden y, en apariencia, también las estanterías. Pero al abrir la puerta de comunicación con el establecimiento, aquel olor difuso, ya decididamente nauseabundo, se acentuó y, nada más pulsar el interruptor, Gervasio divisó los perfiles de sus tíos por encima del mostrador, desnudos, a horcajadas sobre la moto, en la misma actitud deportiva en que solía verlos por las calles de la ciudad. Tío Adrián (las manos amarradas a los puños de goma por tiras de esparadrapo, una cuña de cartón sosteniendo en alto su cabeza, el sombrero en la coronilla como un solideo y la frente perforada de un balazo) se reclinaba sobre el manillar y, tras él, inmóvil (un agujero negro en el entrecejo, los dientes amarillos al aire), el tío Norberto, con una bandera nacional al hombro. Oyó la voz atribulada de tío Felipe Neri: «¡Dios mío!», pero él ya había dado vuelta al mostrador y contemplaba el macabro cuadro sin obstáculos. En contra de su inicial apreciación, los cadáveres no

estaban desnudos. Tío Adrián vestía unas braguitas de puntillas azul claro y un sujetador a juego, ciñendo su pecho esquelético, y tío Norberto análoga indumentaria pero de color rosa. Juntos componían un cuadro plástico de museo de cera; dos momias amarillas, cuyos dientes prominentes dibujaban una mueca de ferocidad inútil. Gervasio observaba espantado los cadáveres de sus tíos, tan sumido en el horror que al escuchar otra vez el lamento de tío Felipe Neri, apenas bisbiseado, «¡Dios mío!», creyó despertar de una pesadilla, pero al comprobar que no, que los cadáveres profanados seguían allí, provocativos y silenciosos, y persistía la pestilencia, le sobrevino una náusea y vomitó aparatosamente sobre la tarima, al pie del mostrador.

En el patio interior, bajo el sol, ambos se miraron sin reconocerse. Los pómulos de tío Felipe Neri estaban acartonados, verdes, la barbilla descolorida, de un blanco crudo, como de cera, y los cercos de las ojeras, tan pronunciados, bajo las pupilas quedas, parecían pintados. Por su parte, a Gervasio se le había borrado la expresión de los ojos, mejor aún, su iris amarillento tenía una expresión vacante, y su boca, vagamente dibujada por sus labios exangües, continuaba entreabierta como si se resistiera a admitir la evidencia o se dispusiera de nuevo a vomitar. Los ojos opacos, desolados, de tío Felipe Neri, en vano buscaban en él un apoyo, lo miraban como exhortándole: «Olvida este horror. No creas lo que has visto. Bórralo de tu memoria y achácalo a la fatalidad de los fenómenos naturales». Mas, después de cerrar la puerta, ya en la calle, surgió un tío Felipe Neri nuevo, activo, dinámico:

—Vamos, aprisa; acompáñame.

—¿Adónde vamos, tío?

—A la Jefatura de Milicias.

Gervasio miraba con admiración a su tío, sus prietas y débiles quijadas, su intrepidez. Pero el musculado muchacho que los recibió, los antebrazos desnudos sobre la mesa, no prestó demasiada atención a la denuncia. La muerte estaba a la orden del día en la ciudad, no podía ser de otra manera. «Los suicidios, mi teniente coronel, es el procedimiento más cómodo de eludir responsabilidades.» Tío Felipe Neri no transigía, le puso firme: nadie se suicidaba y se amarraba después las manos al manillar de una moto. El muchacho de la camisa arremangada porfiaba sin inquietarse:

—Tal vez una eliminación recíproca, mi teniente coronel.

—¿Y dónde están las pistolas?

El muchacho sonreía, vacilaba, no parecía importarle que sus argumentos fueran tan fácilmente rebatibles. Se refirió a la centuria encargada de la «limpieza ciudadana» como a «un servicio abnegado». Conocían su obligación de presentar a los detenidos a sus superiores, a ser posible en Capitanía, pero no siempre era posible hacerlo. «Elementos incontrolados, mi teniente coronel, se anticipan con frecuencia a nuestros hombres, se toman la justicia por su mano, ¿qué cabe hacer?» Tío Felipe Neri daba puñetazos en la mesa desordenada y reclamaba control y, fuera de sí,

voceaba que el estado de guerra no justificaba el asesinato. El miliciano, por su parte, se esforzaba por aplacarlo, apelaba a los desvelos de los jefes por no dejar cabos sueltos, a las órdenes internas, tajantes, severísimas en ese sentido, pero, como quiera que tío Felipe Neri, en un arrebató de energía como Gervasio no imaginara en él, exigiera la tramitación de la denuncia, el muchacho de los antebrazos musculados le hizo ver que, «con todos los respetos, mi teniente coronel», una cosa así no era aconsejable en aquellos momentos.

—¡Tramite la denuncia! —repitió tío Felipe Neri.

Dos semanas después, con los tíos Norberto y Adrián enterrados en el cementerio civil, tío Felipe Neri recibió un atento saluda del Jefe Nacional de Milicias en el que decía que, aparte la cruenta actuación de elementos incontrolados en retaguardia, conocida y lamentable, «el servicio de información había detectado, días después de producirse el Glorioso Alzamiento, la existencia de una organización roja clandestina dedicada a la eliminación física de sus propios camaradas con objeto de evitar la delación y la ocupación por el mando de documentos comprometedores, a la vista de lo cual, esta jefatura ha estimado más prudente dejar sin tramitación la denuncia presentada por V. I. y archivarla junto a otras semejantes, lo que le comunico para su conocimiento».

—Alabado sea Dios —musitó tío Felipe Neri agitando el papel como si se abanicase; pero el fruncimiento de labios y el convulso movimiento de la nuez delataban que los ácidos afloraban de nuevo a su boca.

XII

Mediado agosto, tío Felipe Neri recibió una carta de la señora Agustina comunicándole la desaparición de su hijo Daniel, rogándole que se interesase por su paradero. Mamá Zita confirmó que la señora Agustina tenía un hijo llamado Daniel y una hija incapaz llamada Felisa, y que la precaria economía familiar descansaba sobre los hombros del muchacho y que tanto la señora Agustina como los chicos «eran buena gente», aunque no excluía que Daniel, embaucado por la propaganda marxista, hubiese podido cometer alguna tontería «contraria al espíritu del Alzamiento». Por añadidura, la madre del desaparecido era cuñada de la señora Zoa, a la que de sobra conocía tío Felipe Neri y a la que tanto debían ella y el resto de la familia, ya que a lo largo de cincuenta y siete años había prestado abnegadamente sus servicios en la casa (Gervasio, que asistía al diálogo, evocó a Daniel en la sierra, la boina espolvoreada de serrín, su larga mirada de odio la tarde, ya lejana, en que le sorprendió encaramado en la higuera, comiéndose una breva, pero guardó silencio). No obstante, tío Felipe Neri precisaba datos (día, hora, lugar de la desaparición, ropa, calzado, señas personales, etc.) y, con objeto de procurárselos, escribió una minuciosa carta a la señora Agustina, que, siguiendo su nueva costumbre, encabezó, como devota y clamorosa profesión de fe, con la interrogación desafiante: «¿Quién como Dios?», sin darse cuenta de que, en las circunstancias por que atravesaba su destinataria, podría resultar compulsiva. A vuelta de correo recibió una respuesta pusilánime de la señora Agustina quien, con letra ruinosa, muy caída de ánimo, escribía: «Nadie como Dios, señorito Felipe, sólo faltaría, pero, por favor, busque usted a mi hijo». Tío Felipe Neri, cuya úlcera se activaba conforme transcurrían los días, tomó el asunto de la señora Agustina con empeño, envió un teniente a su casa para recabar un informe completo que luego sirvió de base para redactar una carta circular para los secretarios municipales de los pueblos de la provincia. Sin demora, recibió respuesta del alcalde de Valdepueblo de Rubiales, informándole de que una semana atrás, en el kilómetro cuatro, hectómetro tres, de la provincial de Acevedo, había aparecido en la cuneta, acribillado a balazos, el cuerpo de un hombre joven cuyas señas personales coincidían con las descritas y que, en vista de que nadie lo reclamaba, había ordenado enterrarlo «orilla un erío lindero, donde permanece a disposición de V. I.». Tío Felipe Neri se personó con un forense en Valdepueblo de Rubiales, donde procedieron a la exhumación del cadáver y a la autopsia subsiguiente, mediante la cual se apreciaron dos fracturas de fémur, perfectamente soldadas, en la pierna derecha, coincidentes con las sufridas por el muchacho a los cinco años al ser pateado por una caballería. Afligido hasta el llanto, tío Felipe Neri depositó el cadáver en el hospital de la ciudad, notificó el hallazgo a la señora Agustina al tiempo que le expresaba su condolencia, suplicándole que «no juzgara por actos de tan baja índole el espíritu de la nueva España». Como venía siendo familiar en él, preludió su escrito con el con sabido «¿Quién como Dios?», pero la respuesta sucinta de la señora Agustina le dejó

consternado: «Estimado señorito Felipe: ya le dije que nadie como Dios, faltaría más, pero nadie tan mal nacido como los cabrones que han afusilado a mi hijo».

Pasó unos días aturdido. Los altos fines no se alcanzaban con medios mezquinos, y temeroso de que los últimos acontecimientos estuvieran minando la moral patriótica de Gervasio, una tarde lo citó en el cuarto de plancha para mantener con él una conversación confidencial. Encontró a su sobrino «desorientado», según escribiría más tarde en el cuaderno de pastas de hule: «Le turban los actos contradictorios que observa a su alrededor y que le impiden discernir el bien del mal. De nada ha servido que a su padre le disfrazásemos piadosamente la muerte de sus hermanos, puesto que a él, testigo de los hechos, no podemos engañarlo. De este modo, al tiempo que comprende el arresto de su padre, enemigo del Alzamiento, execra los asesinatos de sus tíos y de Daniel Ovejero, sobrino de una vieja sirvienta por la que en tiempos sintió veneración. Temo que su patriotismo se esté ahogando entre tanta sangre. Reconoce que escucha a diario en el café Avenida la marcha de *Los voluntarios* (“una música, tío, que en otro tiempo me hubiera levantado en vilo”) sin experimentar emoción alguna, ya que su cabeza no puede concentrarse y, cada vez que lo intenta, aparecen los fantasmas de sus tíos Norberto y Adrián obnubilándole. El muchacho necesita un incentivo que neutralice la abyección de los recientes asesinatos».

El regreso de tía Macrina y tío Vidal reanimó las desmayadas veladas sabatinas, en otro tiempo tan alegres y alborotadas. Tío Vidal compareció como un preboste de la nueva situación, comprometido con la organización del Levantamiento desde el exilio, y cada vez que aludía a su misteriosa intervención su calva se tornaba rosada y luminosa, contrariamente a la lívida opacidad que asumía cuando se hablaba de los escarmientos en la ciudad que, en líneas generales, él juzgaba «proporcionados e inevitables». Al referirse a este punto, solía dirigirse a su hermana Zita, a la que decía con su voz tonante:

—Porque lo que ha hecho Felipe con Telmo es un seguro de vida, hermana, no sé si se lo habrás agradecido bastante, que sin él a tu marido le hubiesen paseado como a tantos otros.

Tía Macrina, en cambio, se mostraba escueta y aprensiva. Las últimas noticias de sus hermanos databan de principios de julio; nada sabía de ellos desde entonces pero temía por sus vidas, en especial por la de Fadrique, ex candidato de la CEDA y miembro activo de la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos. Dos semanas después se presentó en la velada, sin previo aviso, Esperanza, la mujer de David, camino de Sevilla, vestida de luto, el fuerte pelo rubio recogido en la nuca y un collar de perlas de tres vueltas en el generoso escote. Había escapado de la zona roja a través de una embajada, por Valencia, y, a pesar de sus sufrimientos, lucía más joven que en la boda de Crucita y Jairo. Ante los miembros de la familia reunidos, soltó sin rodeos las nuevas de que era portadora:

—La horda no ha perdonado. David y sus hermanos han sido asesinados.

Era una mujer alta y arrogante, ligeramente gruesa, pero todavía bella, una

walkiria, como solía comentar, en mejores tiempos, tío Vidal. Al referir los dramáticos episodios, no lloraba, los exponía con frialdad, sin omitir los pormenores más brutales. A David, su marido, delatado por un mozo de cuadras del Hipódromo con quien había tenido en tiempos unos roces, lo amarraron a la cola de su caballo y así disputó su última carrera a Lucho Martín, ex campeón de España de saltos de altura:

—Fue horrible. A los caballos les prendieron unas banderillas de fuego en las ancas y los azuzaron. Arrastrados hasta el final de la pista, dando tumbos, David y Lucho estaban destrozados, irreconocibles (sus pulseras de oro tintinearón al llevarse las manos a los ojos), pero yo, al menos, pude recuperar el cuerpo de mi marido y enterrarlo en la Almudena como Dios manda. Fidela, la pobre, ni ese consuelo tuvo.

A tía Macrina le saltaron las lágrimas de sus hermosos ojos propincuos y juntas rodaron por los bordes de la nariz hasta la punta, donde ella las enjugó con un pequeño pañuelo de encaje que sacó de la manga de su vestido. Pese a su sangre fría, la voz de Esperanza también titubeó al referirse a Fadrique. Con otros diez correligionarios de la ANPC había sido conducido en una camioneta al Cerro de los Ángeles como testigos del «fusilamiento de Dios», y una vez que dispararon sobre la imagen se volvieron a ellos y les provocaron: «Dios ha muerto. ¡Viva la República!». Pero como ninguno de los once se doblegase, los alinearon al pie del monumento, y el que mandaba el piquete dijo: «Sin Dios, nada pintan ya los monaguillos». Y allí, al pie de la sagrada imagen, los fusilaron (Elena y los hijos de tío Fadrique estaban sin novedad en San Sebastián).

Al llegar a este punto del relato, los velados ojos de los asistentes convergieron en Crucita, la niña, puesto que si la horda había liquidado a los tres hermanos, era obvio que únicamente quedaba por relatar la muerte de Jairo. También Esperanza la miró, sentada sobre sus pies en un sillón de orejas, bajo la copia de la *Resurrección* del Giotto, el pelo corto, como el de un muchacho, el cuello erguido, las manos apremiantes. Esperanza hizo una pausa, pero tenía la boca caliente y ante la expectación reinante era imposible callar. Dio dos pasos hacia el sillón donde se sentaba la niña y le pasó una mano por la nuca desvalida:

—En cuanto a tu marido, querida, no tuvo mejor suerte. La horda lo asesinó en su casa (en vuestra casa), en su cama (en vuestra cama), a puñaladas —asíó unas perlas del collar de tres vueltas y jugueteó unos instantes con ellas—. Luego mutilaron horriblemente su cuerpo, pero es preferible no entrar en detalles.

Crucita se estremeció. Mamá Zita, sentada en el brazo del sillón, le pasó el brazo por los frágiles hombros, la atrajo hacia sí y fulminó a Esperanza con la mirada:

—Podías ser más prudente.

Sorprendida, Esperanza miró a un lado y a otro como buscando adhesiones, pero nadie, fuera de mamá Zita, parecía haberse percatado de su ligereza; tía Macrina lloraba mansamente, la barbilla en el pecho, y tío Vidal se inclinaba solícito sobre ella; tío Felipe Neri, la mano derecha en el estómago, asentía mudo, extraviada la

mirada de sus ojos mates, mientras tía Cruz, en un rincón, los ojos enrojecidos, repetía sin cesar:

—Son unas fieras; son unas fieras.

La revelación de Esperanza promovió una seria crisis en el corazón de mamá Zita. ¿Debería vestir de luto a Cruz? ¿Publicar la esquila de Jairo en el periódico? ¿Rezarle unos funerales? ¿Era todo esto congruente estando en curso el proceso de anulación del matrimonio? Al morir Jairo, ¿no era *todavía* el marido de su hija? Por mediación de tío Felipe Neri, papá Telmo le aconsejó que sí, que organizase las exequias y, al mismo tiempo, destruyese los papeles del proceso puesto que ya nada había que anular. Mamá Zita redactó la papeleta, consignando las circunstancias de la muerte de Jairo: «Vilmente asesinado en Madrid por la canalla marxista». Altiva, impávida, sin desfallecimientos, Crucita presidió el funeral, y a la salida, en el atrio del templo, besó centenares de mejillas femeninas, oprimió centenares de manos varoniles, conciudadanos probos, cariacontecidos, que seguidamente, reunidos en grupos, comentaban:

—Hace falta cuajo, primero lo abandona y luego le reza un funeral.

Sin darse cuenta, éste era el cambio que Crucita esperaba en su vida, de tal manera que, transcurridos unos meses, reanudó su actividad deportiva, sus paseos por la Avenida de la Constitución en compañía de sus amigas, su asistencia a espectáculos y manifestaciones y hasta, de vez en cuando, permitía que algún oficial herido o que hacía una pausa en la guerra le invitara a una caña de cerveza en un café o le acompañase hasta casa.

Fechas más tarde, mamá Zita recibió una larga epístola de Inesita Pons, desde Pau, cuyo ambiguo contenido no consiguió descifrar totalmente. Tan sólo dos extremos quedaban claros para ella: el asesinato de Juan Manuel, su marido («le subieron una noche a un automóvil y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices») y que la muerte de Jairo fue una aberración («la venganza de un sádico postergado, que no contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdujo sus atributos en la boca»). Mamá Zita leyó y releyó los párrafos referentes a la muerte de Jairo: ¿Sádico postergado? ¿Venganza? ¿Atributos? Finalmente sacudió la cabeza y murmuró para sí: «Estas catalanas, siempre tan sabihondas». La postdata, sin embargo, era precisa: «Es mejor que Crucita ignore siempre las circunstancias de la muerte de su marido». Mamá Zita, consternada, remitió la carta a papá Telmo; a sus hermanos se limitó a decirles:

—Escribe Inesita Pons. También a su marido lo ha asesinado la horda. Según parece, lo subieron a un coche y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices.

Lucinio Orejón cayó, en cambio, frente al enemigo, de un balazo en el pecho, cuando su centuria avanzaba sobre Madrid. La esquila era una más de las que publicaba *El Correo* en aquellos días: «Lucinio Orejón Díez cayó por Dios y por España, a los 17 años, en el frente de Madrid». Gervasio la leía escalofriado una y otra vez. Eran tantos los muertos que a veces pensaba que no iban a quedar testigos de tan

horrenda carnicería. Pero aquellas muertes abiertas, dando la cara, reanimaban su espíritu, representaban un alivio y una reparación. A solas en su alcoba, repetía la palabra *Lucinio* cientos de veces, como antaño hiciera con Fenedosa, hasta que, como ésta, quedaba estrujada cual hollejo y vacía de sentido. Recordaba a su amigo en el colegio, su pelusa incipiente, sus pantalones bombachos mal cortados, su robusto cuello enrojecido, apedreando con entusiasmo la capilla protestante o el burdel de doña Joyita, siempre presto a la acción. Pero nadie, ni sus padres, ni su hermano Felices, que vino del frente al entierro, conocían pormenores de su muerte. Al relevar la guardia lo encontraron muerto en el parapeto, con una bala en el corazón, probablemente una bala perdida. Gervasio se preguntaba si Lucinio sería un héroe, y tío Felipe Neri, a la espera de esta coyuntura propicia, corroboró que «un héroe auténtico, puesto que los verdaderos héroes eran los anónimos, los que ofrendaban su sangre por una causa, sin alardear de ello ni buscar una recompensa». Y, como aún creyese ver en las pupilas de su sobrino una sombra de duda, agregó, conceptuosamente, aludiendo a los asesinatos de retaguardia:

—Las cobardes conductas de los rufianes no menoscaban las acciones excelsas.

Su amigo Peter, aunque temperamentalmente más alejado de Lucinio, refrendó el veredicto de tío Felipe Neri: Lucinio era un héroe porque había ofrecido su vida sin esperar nada a cambio. Gervasio no acertaba a relacionar el gesto pasivo de su amigo con los de Guzmán el Bueno, y el Tambor del Bruch, arquetipos heroicos, y así se lo dijo a Peter, pero Peter, cuyos lúcidos juicios maravillaron siempre a Gervasio, guiñó sus pequeños ojos para aclarar que éstos eran *otra cosa*, que antes que héroes, éstos eran símbolos, porque la Historia, si no se cimentaba en símbolos, se derrumbaría como un cuerpo sin esqueleto. Gervasio recortó la esquila de Lucinio Orejón, la enmarcó y la colocó en el segundo estante de su librería, en un lugar preminente, como un ejemplo a imitar.

Una mañana, Peter, Dámaso Valentín y él, en sus divagaciones por la ciudad, se acercaron hasta la Plaza de Toros. A Gervasio, que no iba por allí desde antes del Alzamiento, le impresionaron las medidas precautorias, las fuerzas estacionadas en los alrededores, las garitas de los centinelas en las puertas, las cuatro ametralladoras arriba, en el borde del anillo. Tras los corrales, fuertemente vigilados, entre la fronda, corría el río en ejarbe, formando hileros en las orillas, alborotado, y Gervasio pensó en cuán difíciles se le ponían las cosas a papá Telmo para intentar la evasión. Unas semanas atrás había iniciado la comunicación con él, cuatro líneas formularias en un principio, y poco a poco más tiernas, deslizando en sus cartas alguna noticia que pudiese inducirle a reflexión, como la de la muerte de Lucinio, pero la respuesta de su padre, en este caso concreto, le llenó de estupor: «A Gervasio que no se le ocurra enrolarse en esta guerra. Y si acaso se prolongara y un día le llegara la orden de alistamiento, convendría recurrir una vez más a la bondad de Felipe para que le proporcione un destino de cierta seguridad». Entristecido, desencantado, vista la inoperancia de sus sutiles insinuaciones, Gervasio había dejado transcurrir otras dos

semanas sin escribirle.

Ahora se hallaba allí, ante sus celadores, a un tiro de piedra, tan próximo que si gritara su nombre tal vez pudiera oírlo. Esa misma tarde, solo, al anochecer, permaneció una hora ante la orquestina del café Avenida, en espera de que interpretase *Los voluntarios* (era tan incitante aquella musiquita que, con frecuencia, acudía al café con el único objeto de mitigar sus depresiones). Esa misma noche soñó que asaltaba la Plaza de Toros pistola en mano, reducía al centinela de la puerta del toril y huía con su padre por la maraña del soto hasta el río, donde su amigo Lucinio Orejón los aguardaba con una barca (aun en sueños, Gervasio advertía el contrasentido y se repetía: «Lucinio no puede ayudarme; Lucinio está muerto») y bogaba con fuerza. Mas así que empezaron a sonar las sirenas de alarma y se encendieron los reflectores de la Plaza de Toros indagando como dedos luminosos entre la fronda, las ametralladoras empezaron a disparar sobre el río. Al fondo, sonaba ardorosamente (¡Dios sabría de dónde procedía!) la marcha de *Los voluntarios* y Lucinio acompañaba los golpes de remo a su ritmo, con tal firmeza que a cada palada hacía gemir a los estobos. Era un sueño tan vívido que Gervasio despertó tenso, empapado en sudor, en pleno repeluzno, resollando todavía a causa de la carrera. Permaneció unos segundos inmóvil, boca arriba, jadeando, aplastado por las tinieblas, preguntándose si papá Telmo estaba realmente libre y Lucinio vivo, en tanto se debilitaba la crispadura y sus cabellos, enhiestos como una aureola, iban doblegándose sobre la almohada.

A la mañana siguiente comunicó a tío Felipe Neri la experiencia, advirtiéndole que por primera vez en la vida le había sobrevenido el repeluzno mientras dormía, cuando soñaba que liberaba a papá Telmo. Incapaz de reprimir su júbilo, tío Felipe Neri sonreía y le propinaba golpecitos en la nuca; despierto o dormido, Gervasio seguía siendo un predestinado. Hubiese deseado soledad para rumiar su gozo, pero Gervasio le acosaba:

—¿Sería una acción heroica liberar a papá Telmo?

—¡Por supuesto! Nada comparable a asumir un riesgo por un padre.

—¿A pesar de ser enemigo de la Causa, tío?

—A pesar de eso, hijo. En la vida hay una jerarquía de valores, y, después de Dios, nada tiene tanta importancia como los lazos de la sangre.

Gervasio escuchaba los razonamientos de su tío. Alzó perezosamente los ojos hacia él y estrechó su interrogante:

—¿Y si en lugar de ser mi padre fuese un desconocido?

Tío Felipe Neri titubeó, frunció los labios resecaos, pero, apremiado por la expectación de su sobrino, añadió en un tono de voz menos convincente:

—En ese caso se prestaría a interpretaciones. Liberar a un enemigo de una causa noble, comprometiendo esa misma causa, podría incluso ser un delito.

—Pero el padre Dictinio decía que todos somos hermanos, tío.

Tío Felipe Neri, desfondado, se refugió en el cuaderno de pastas de hule al

quedarse solo. Cristo había dicho, en efecto, que éramos todos hermanos, pero Cristo al decir eso no podía pensar en esta Cruzada organizada precisamente para defenderle a Él. Así, después de consignar que por vez primera el ostento de Gervasio se había producido mientras dormía (inducido por un sueño arriscado, teniendo por fondo un vibrante acompañamiento musical), tío Felipe Neri escribió: «Mi sobrino insiste en determinar la razón última del heroísmo, esto es, si el heroísmo responde o no a un incentivo ético. Como cada vez que plantea el asunto en estos términos, he desviado la respuesta hacia el aspecto legal, pero me temo que, ni a pesar de sus pocos años, le hayan convencido mis argumentos. La cuestión es compleja. Hay casos evidentes que no se prestan a duda, pero existen otros de ardua definición, lo que me lleva a reducir el heroísmo a un problema de buena fe. Creo que difícilmente se puede ir más allá. El que se inmola a sabiendas, con recta intención y mirada limpia, es un héroe. Poco más podemos añadir». Cerró la libreta de golpe, contrariado, ajustó los lentes con un dedo y oyó que los intestinos se retorcían en un gemido interminable.

Al anochecer, Gervasio volvió por el café Avenida. Los briosos compases de *Los voluntarios* le reintegraron a su sueño, aún latente, de tal forma que se borraron de su vista los miembros de la orquestina y Lucinio, remando en la proa del bote, cobró vida ante sus ojos, en tanto papá Telmo lo miraba agradecido y la barca se deslizaba corriente abajo entre las balas de las ametralladoras. La música sonaba más enardecedora que en el sueño, y sin embargo la sacudida fue leve, la erección del cabello parcial (apenas morra y colodrillo), remisa y blanda como un tenue aleteo (levantarse y volverse a posar), y, en esa fase de indecisión, una ronca vocecita que parecía provenir del otro mundo le arrebató de su ensimismamiento. Manena Abad, con su pelo rubio a mechadas recogido en dos trenzas laterales, su sonrisa derramada, le miraba con sus ojos azules, redondos de asombro:

—¡Es verdad lo que decía Flora! Se te han puesto los pelos de punta —alargó su delgado antebrazo desnudo en ademán párvulo—: también a mí, algunas veces, cuando oigo música, se me pone la piel de gallina.

Identificados en la emoción musical, pasearon juntos por el andén central del parque. Por vez primera Gervasio caminaba a solas con una muchacha y la anómala situación le inducía a imaginar que la pareja era el centro de atención del paseo. Pero por encima de su suspicacia estaba la voz envolvente de la muchacha, sus brillantes ojos azules, los expresivos gestos de sus manos ligeras:

—¿Es verdad que quieres ser héroe?

—A lo mejor. Cuando sea mayor.

—¿Tú crees que va a durar tanto la guerra?

El tema le llevó a hablar de su padre, preso en la Plaza de Toros, y Manena comentó que era horrible y Gervasio admitió que era una pesadilla que le perseguía día y noche, pero la niña inquirió si le dolía por él o por el qué dirán, y Gervasio concluyó que, a fin de cuentas, tanto daba, pero que no quedaría tranquilo «en tanto no hubiera lavado el apellido». El penduleo de los brazos, al andar, hacía que a veces

sus manos se rozasen, roce en el que Gervasio encontraba un delicioso placer, lo que le impulsaba a buscarlo deliberadamente. La rara facilidad con que compartía con la niña preocupaciones que de ordinario reservaba para sus amigos o para sí mismo, le hacía sentirse confortado, y una vez que se separaron pensó que ya tenía una persona a la que referir su heroísmo, y sobre todo (objetivo soñado en todas sus lucubraciones) «una bella muchacha que temblara por él». Sin proponérselo, volvieron a encontrarse algunas tardes entre el pequeño grupo que escuchaba el concierto en la terraza del café Avenida, y cada vez marchaban juntos por el paseo central del parque cambiando impresiones. A Gervasio le agradaba más cada día la grácil figura de la muchacha (una figurita de mujer inconclusa, en transición), su pelo veteadado, sus ojos azules, su voz (una voz cálida, confortable, muy femenina, que enronquecía al referirse a temas trascendentes) y, en especial, su discreción, su sensibilidad para compartir sus problemas. Durante años, tras el turbio contacto con la Amalia, había resuelto no relacionarse con mujeres, y sin embargo ahora constataba que la huella viscosa que le dejara aquella experiencia no era de rigor en su comunicación con el otro sexo.

Gervasio fue incorporando a la muchacha a sus fantasías de los miércoles, días en que la radio local emitía su espacio de marchas militares, «Al paso alegre de la paz», que él escuchaba solo, recogido, los ojos entornados, tendido en el diván del salón, frente a la chimenea. Las mujeres trajinaban lejos, en el extremo opuesto de la casa, de tal forma que él podía abismarse en la música sin interrupciones enojosas. En un principio escuchaba las marchas con cierto distanciamiento, incluso se permitía la frivolidad de marcar el compás con el pie, pero a medida que el programa se iba enardeciendo, el corazón de Gervasio se elevaba, su cerebro entraba en una fase creadora, hasta llegar a un punto en que la estridencia de platillos, cornetas y tambores constituía, antes que mero acompañamiento, un vivo estímulo de su imaginación. Música y pensamiento se imbricaban, y al calor de tal coyunda Gervasio iba construyendo sus proezas, engranando las cuentas de su epopeya personal: el asalto a una cota fuertemente guarnecida sin otro acompañamiento que una ametralladora vomitando fuego; el derribo de un superbombardero por un caza ínfimo que él tripulaba, o el hundimiento de un acorazado mediante un torpedo, naturalmente disparado por él desde la base inestable de una lancha rápida. Una vez alcanzado este nivel emocional, la música se esfumaba o, al menos, Gervasio dejaba de percibirla, de la misma manera que el piloto de carreras lanzado en persecución de su rival deja de oír el motor de su bólido. Actuaba en el subconsciente, como fuerza motriz. Entonces se producía el crispamiento: una culebrilla de hielo recorría su espalda, se le escarapelaba la piel (burbujeante, como de gaseosa) y su cabello, hípido y desbocado, tiraba hacia arriba con fuerza. En este estado permanecía largo rato, excitado por la música aun sin oírla, realzando audacias que únicamente su arrobamiento hacía verosímiles. Y desde que trabó relación con Manena Abad, gustaba de integrarla en el relato, como testigo ocular de sus hazañas, y bajo su

mirada el repeluzno se exacerbaba, y con él sus fantasías, de forma que, en su paroxismo, no era raro que llegara a ofrecer su vida por la Causa. La imagen de la niña llorando su muerte, a más de conmoverle, le deparaba placer, un tortuoso placer masoquista que Gervasio, recordando las palabras del padre Sacristán, aun referidas a situaciones diferentes, empezó a denominar «mi vicio solitario de los miércoles». Dominado por este deliquio gozador, a veces se acompañaba de un espejo que, al devolverle la imagen de su cabeza pelitiesa, vigorizaba el ostento, lo prolongaba, haciendo el cosquilleo de la nuca más placentero y sensual.

Ahora sostenía frecuentes conversaciones con Peter sobre la naturaleza del heroísmo, pues Gervasio había llegado al convencimiento de que, en los tiempos modernos, el heroísmo no cabía fuera de la acción individual. ¿Cómo conciliar el heroísmo con la concentración anónima de un regimiento o con la disciplinada dotación de un acorazado? Peter argüía que en eso precisamente estribaba el heroísmo, en la subordinación, en el anonimato, en la renuncia a destacar, pero Gervasio no compartía su punto de vista; una cosa era la sumisión y otra distinta el heroísmo. Así, las docenas de muertos que a diario bajaban del frente eran seres abnegados, héroes tal vez, pero de ninguna manera el héroe proverbial, de cantar de gesta, que él ambicionaba ser. Hoy, para descollar, para sobresalir de la masa, resultaba inexcusable la compañía de una máquina (un tanque, una ametralladora, un avión, una lancha torpedera, algo). Sin ella, nunca se podría ser otra cosa que una oveja del rebaño, una pieza ínfima de los vastos despliegues militares. Según Napoleón, cada soldado portaba en el macuto el bastón de mariscal, pero, en opinión de Gervasio, si se aspiraba a ser alguien en combate había que enarbolar ese bastón y hacer uso de él. El héroe de leyenda exigía, incluso, el refrendo de un testigo que pudiera transmitir al mundo los pormenores de la hazaña, y de esta forma incitar a la ejemplaridad. Peter, desconocedor aún de las incipientes relaciones de su amigo con Manena Abad, sonreía:

—Es decir, que cada soldado debe ir acompañado por un trovador para que pueda cantar más tarde sus proezas. ¿No es eso lo que quieres decir?

A Gervasio le parecían risibles sus pretensiones escuchadas en boca de su amigo; se azoraba:

—¡Oh, no es eso! No quieres entenderme. Te estás burlando.

Peter acababa riendo de las peregrinas conclusiones de Gervasio:

—Sospecho que a lo que tú aspiras no es a ser un héroe, sino un exhibicionista.

XIII

Más aún que el riesgo de la guerra, a doña Guadalupe Rueda, viuda de Valentín, le desazonaba la idea de que su hijo Damasito, ocioso e irresponsable, vagando meses y meses por las calles de la ciudad, pudiera caer en las garras de la depravación. Su segundo matrimonio, y las consecuencias del mismo, habían abierto los ojos a doña Guadalupe Rueda haciéndola adulta, precavida y suspicaz. Nunca llegaría a comprender que lo que ella juzgase un día puntal de una familia tambaleante hubiera podido convertirse en causa inmediata de su disolución. Pero así fue. Los cuatro hijos de su primer marido, don Jerónimo Prado, muy jóvenes aún, la abandonaron tan pronto su segundo, don Dámaso Valentín, la desposó, con lo que, muerto éste y emancipados aquéllos, a doña Guadalupe no le quedó otro consuelo que el tardío fruto de su reincidencia, Damasito, en quien concentró toda su capacidad afectiva, sus delicadezas y preocupaciones. Pero ahora, de pronto, con el bachillerato concluido, la Universidad cerrada y el país en guerra, ¿cómo vigilar los pasos del muchacho? ¿Qué provecho podía sacar su hijo, un adolescente, de esta holgazanería justificada y sin fin? Fruto de su zozobra fue la decisión de habilitar para Dámaso y sus amigos la buhardilla de su casa, un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, techo oblicuo y doble claraboya que, sucintamente amueblado, podría servir como lugar de reunión, y medio discreto para controlar a los chicos. Así, un día, acompañada de sus viejas sirvientas, doña Guadalupe desalojó el recinto de polvorientos cachivaches, pasó los techos, restregó el entarimado y, oliendo aún a zotal, se lo cedió a su hijo haciendo hincapié en que la cesión duraría «lo que las actuales circunstancias». El muchacho y sus amigos tomaron posesión de la buhardilla con alborozo, porque aquel reducido aposento, pese a sus incomodidades, representaba para ellos la primera señal de independencia.

El modesto moblaje con que doña Guadalupe Rueda dispuso la pieza (una mesa de hierro, de jardín, y media docena de crudos taburetes de pino) se vio enriquecido por las aportaciones de los muchachos, cada día más encariñados con su club. Gervasio, el más entusiasta, contribuyó con una carcomida espetera para colgar los abrigos, un mudo reloj de campana, una Anunciación ingenuamente labrada por un pastor en piedra de toba, un aguamanil y el viejo fonógrafo heredado de su abuelo, con toda su munición. Peter decoró la buhardilla con una serie de grabados ingleses de barcos y batallas navales, un mascarón de proa representando una opulenta sirena sosteniendo en sus brazos una galera bastarda a punto de zozobrar, más la inspirada obra de sus manos: corbetas, fragatas, bergantines y media docena de botellas y frascos de diversos tamaños, con barcos prisioneros. Dámaso Valentín, además del local, aportó una licorera azul con vasos a juego, un antiguo buró sin cubierta y una estantería de madera de embero para colocar libros y recuerdos. Finalmente, Eduardo Custodio, cuya casa había constituido hasta entonces el centro de reunión de la pandilla, consiguió de don Colomán III y doña Loreto, consternados con su

alejamiento, un platero de vieja madera de pino, un arcón de nogal y un escañil de cinco plazas. Doña Loreto y don Colomán III celebraron con los chicos el nacimiento del Club (como desde un principio denominaron a la buhardilla) con una merienda, festejo que facilitó a Eduardo el montaje de uno de sus números habituales, al presentar a su madre un pantalón con el tiro desgarrado. Doña Loreto se fingió escandalizada: «Pero mira dónde ha ido a romper los pantalones este chico». (Y levantaba en alto la prenda, mostrándola a la concurrencia.) Entonces Eduardo, serio, circunspecto, los carnosos párpados entornados, respondió resignado: «Es el calibre, mamá. ¿Qué quieres que yo le haga?». Eduardo Custodio jugaba esta baza (la de la audacia y familiaridad con sus mayores) con oportunidad, persuadido de que dada su torpeza de remos era esto lo que le otorgaba una cierta preminencia dentro del grupo, preminencia que venía a compartir con Peter y que, andando el tiempo, se decantó decididamente a favor de Fortunato Delgado, Tato, último miembro del Club, un muchacho atlético, procedente del Instituto, campeón provincial de natación e introductor en la ciudad del waterpolo, al que jugaba con una cinta roja en la cabeza para impedir que sus cabellos rubios, casi albinos, planchados hacia atrás, se le vinieran a los ojos. Su noble estatura, sus fornidas espaldas, el mentón pugnaz, las mandíbulas poderosas, le imprimían una engañosa apariencia de agresividad, puesto que Tato Delgado era el muchacho menos violento de la ciudad, un ser asedado, seráfico, que se azoraba con las chicas y que, en el Club, distraía los tiempos muertos haciendo solitarios con la baraja mientras entonaba a media voz conocidos fragmentos de zarzuela.

La inteligencia de Peter y la fuerza de Tato se complementaron desde el primer día. Peter hallaba en Tato agilidad y potencia física y Tato en Peter destreza y reflexión. Peter había trasladado al Club su taller de marquetería y allí, bajo la lucerna, acompañado por la musiquita desgarrada del fonógrafo (*Aida* o las sinfonías de Beethoven), armaba corbetas y acorazados con sus pequeñas manos pecosas, sin otro modelo que un dibujo o una fotografía, mientras sus compañeros jugaban interminables partidas de póquer. En ocasiones, cansados de los naipes, se agrupaban en torno suyo, recreándose en su minucioso quehacer, la mañosa manipulación de piezas diminutas (briznas, hebras, alfileres, cerillas, mondadientes) que él combinaba con gracia hasta igualar el patrón.

Insensiblemente, Gervasio y sus amigos iban familiarizándose con la técnica naval, incorporando términos marineros a su reducido vocabulario (proa, popa, babor, estribor, cofa, castillo, toldilla, eslora, portalón, combés, jarcias, puntal), adentrándose, sin darse cuenta, en un mundo nuevo, remoto y atrayente. Pero quien mayor interés mostraba por el trabajo de Peter era Tato Delgado, el nuevo amigo, campeón de braza y waterpolista distinguido, para quien la vocación resuelta de aquél hacia la Armada constituía motivo de admiración:

—En cuanto cumpla los diecisiete me enrolaré en la Marina. Después, una vez que acabe la guerra, ingresaré en la Escuela Naval. Yo quiero ser marino como mi

abuelo.

Sin pretenderlo, Peter iba desarrollando una labor de proselitismo que, paso a paso, captaba a sus compañeros de club. Tato Delgado fue el primer converso, al menos el primero en manifestarlo. Abierto a cualquier novedad, halló en la profesión elegida por Peter un trasfondo deportivo-aventurero muy acorde con su temperamento. Inició su colaboración con Peter en el pequeño arsenal, incluso realizaba bajo su dirección sencillos trabajos por su cuenta. Denotaba una paciencia abacial y un fervor pueril. El paulatino desarrollo de un bergantín en el seno de una botella, a base de minúsculos elementos de corcho y madera, valiéndose de unas largas pinzas plateadas que se movían dentro del vidrio con la habilidad de una mano, le fascinaba. Al propio tiempo, escuchaba boquiabierto las historias de batallas navales que Peter relataba, de tal manera que éste, consciente de la pasión creciente de sus amigos por las cosas del mar, fue incorporando al Club colecciones de libros sobre temas marineros, desde Salgari hasta Conrad.

A los tres meses de conocer a Peter, Tato Delgado era ya su mejor amigo, armar barcos su pasatiempo favorito, *Motín a bordo* su libro de cabecera, y su vocación decidida, el mar. Unos meses mayores que el resto de los amigos, Tato Delgado y Eduardo Custodio fueron los primeros en cursar instancias a la Comandancia de Marina de El Ferrol, solicitando su ingreso en la Armada, como marineros voluntarios.

La redacción de las instancias, un puro trámite burocrático, constituyó, sin embargo, un acto comunitario, y hasta el momento la más gloriosa efemérides del Club.

Una atardecida luminosa y cruda, el crepúsculo rojo sobre la fronda rumorosa del parque, Gervasio comunicó a Manena Abad sus propósitos:

—Voy a enrolarme en la Armada, ¿sabes? Mis amigos y yo tripularemos una lancha torpedera, y cuando la guerra acabe expondremos las medallas que ganemos en una vitrina, en el Club.

Afecto a la acción individual o de pequeños grupos, el destino a una lancha rápida fue la condición impuesta por Gervasio para solicitar su ingreso en la Armada, condición unánimemente aceptada, no ya sólo por complacer al amigo, sino porque la torpedera representaba mejor que nada el espíritu de aventura que movía a todos ellos. Por su parte, transcurrido año y medio de guerra, Gervasio proseguía abstrayéndose semanalmente en el programa «Al paso alegre de la paz», gozándose en sus crispaciones, y aunque el escenario que la música inspiraba variaba cada día, desde su reciente decisión prevalecía el mar, el ataque de una pequeña lancha, tripulada por el grupo, contra un gigantesco acorazado, concretamente el *Jaime I*. En sus ensueños, todo estaba organizado con método: Eduardo al timón, Damasito de observador, Tato y él en los tubos lanzatorpedos, Peter a proa, dirigiendo la operación. Hurtándose a las ráfagas de ametralladora, amparada en las tinieblas, la lancha embestía de proa al acorazado, y a treinta metros de distancia Eduardo metía

caña a babor, viraje que Tato y él aprovechaban para lanzar los dos torpedos contra la línea de flotación del monstruo. Vivía emocionadamente cada fase de la ofensiva (aproximación audaz, virada violenta a babor, lanzamiento de torpedos, explosión estruendosa, retirada) y una vez cumplida la misión, la arribada a puerto, ante una multitud enfervorizada, Manena Abad en primera fila, ovacionando a los héroes. Desde que Tato y Eduardo cursaron sus instancias era ésta la acción que Gervasio fantaseaba con mayor recogimiento las mañanas de los miércoles:

—¿De veras vas a ser héroe?

—Quiero serlo para que tú me veas.

—¡Pero eso es imposible! A las chicas no nos dejan ir a la guerra.

La mirada azul, virgen, asombrada, de la muchacha se prendía de la suya, y Gervasio la sostenía y, sin nada más que añadir, apretaba su pequeña mano con fuerza, hasta que ella se quejaba:

—Quita. Me haces daño.

El crudo y largo invierno dio ocasión de recordar a papá Telmo, con motivo de sus frecuentes peticiones de prendas de abrigo para combatir el frío. Gervasio había acabado por asumir la privación de libertad de su padre como un hecho natural, pero le encorajinaba la cutre terquedad con que se aferraba a ideas periclitadas, en las que no creía ya, según afirmaba su hermana Crucita, ninguna familia de fuste de la ciudad:

—Ya no le quiero, te lo juro. Me da igual lo que le pueda pasar. Si le mando unas letras es por no disgustar a mi madre. «Estoy bien», «me alegra que estés bien». Eso es todo. No tengo más que decirle.

—No debes hacer eso; al fin y al cabo es tu padre.

Gervasio volvía indolentemente la cabeza hacia ella:

—¿Te parece mejor que le engañe? ¿Que me invente cada sábado una historia para enternecerle?

Tanto como la actitud de papá Telmo hacia la Causa, sorprendía a Gervasio la de mamá Zita y los tíos respecto a papá Telmo. Los tres consideraban no ya aceptable, sino providencial su prisión. Su arresto, avalado por las estrellas de tío Felipe Neri, suponía la supervivencia. ¿Qué más podían desear? Sus hermanas Cruz y Flora, distraídas por el cambiante anecdótico de la contienda, olvidaban el pasado inmediato, pero mamá Zita y sus hermanos tenían demasiado próximas las muertes de los tíos Norberto y Adrián, de Daniel Ovejero y de tantos otros convecinos, como para no sentirse afortunados. Tía Macrina, en cambio, desde la visita de su cuñada Esperanza apenas abría la boca, tan sólo de vez en cuando dejaba caer como al azar, mirando descaradamente a tío Felipe Neri, que «Telmo, en esta zona, pese a ser más significado, había tenido más suerte que sus hermanos en la roja». Gervasio, al oírla, se avergonzaba, pues resultaba evidente que, en tanto tío Felipe Neri permaneciera junto a ellos, la vida de papá Telmo estaba garantizada. Pero el hecho de que su padre se prevalliera de esta ventaja no sólo para seguir viviendo, sino para zaherir a la

Cruzada, arguyendo que algún día los rebeldes pagarían su delito, o el próximo retorno del país a lo que él llamaba normalidad, le sacaba de sus casillas.

Una mañana de febrero, el aullido de la sirena de la estación anunció la irrupción de aviones enemigos sobre la ciudad. Los estampidos encadenados de las bombas sorprendieron a Gervasio en la escalera, camino del sótano de palacio (la bodega de su bisabuelo Lucio, diez lustros atrás) habilitado como refugio antiaéreo. Sonaban las explosiones rotas, desgarradas, y en las pausas, el atiplado tableteo de las ametralladoras de la Catedral y las andanadas de los cuatro cañones empotrados por el regimiento de Artillería en las afueras de la ciudad. Era un duelo atronador, como una tormenta estival, que, al concluir, dejó calles y plazuelas desiertas, sumidas en un silencio polvoriento, que las improvisadas ambulancias desafiaban haciendo sonar nerviosamente sus bocinas. Desde la Glorieta del Ángel se elevaba una negra columna de humo que Gervasio tomó como referencia. En la plaza, grupos de gente comentaban la agresión, hacían cálculos sobre el número de víctimas, hablaban de la muerte de cinco niños en una escuela, y reclamaban un chivo expiatorio. Un hombre de edad, con camisa azul y corbata negra bajo el gabán, agitó un bastón y gritó con toda su alma:

—¡A la Plaza de Toros!

El gentío afluía a la glorieta por las seis bocacalles radiales y, en contados segundos, se convirtió en una muchedumbre que vociferaba enloquecida:

—¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

La voz se extendía, se generalizaba, y la humareda, a un costado, iba disolviéndose, achatándose, conformando un hongo agrisado y denso. Encaramado en el capó de un automóvil estacionado en el centro de la glorieta, el falangista de segunda línea arengaba a la multitud esgrimiendo su bastón, sugiriendo la posibilidad de fusilar a cinco prisioneros por cada víctima inocente, oferta que la muchedumbre acogía con aplauso, y en su paroxismo cerril repetía:

—¡A la plaza! ¡A la plaza!

Tan pronto la masa, ciega de cólera, se puso en movimiento, Gervasio admitió que la amenaza podría cumplirse, que aquella multitud enloquecida era muy capaz de desarmar a la guardia de la plaza, conquistar ésta y pasar por las armas a los prisioneros. Entonces se abrió paso a codazos entre el gentío, accedió al parque y echó a correr, procurando adelantar a la manifestación, insensatamente convencido de que de su anticipación dependía la vida de su padre. «Que no lo maten, Dios mío; que no lo maten», se decía mientras corría. Y en su mente aparecía la imagen de papá Telmo, pero no en bata blanca ni con americana y corbata, sino con su invariable pijama rayado («de presidiario», pensaba ahora), el chato rostro enjabonado, los juanetudos pies sobre las húmedas baldosas del baño, como desde niño estaba acostumbrado a verlo cada mañana. Y, superpuestas a esta imagen, las espectrales de los tíos Norberto y Adrián, los dientes largos y amarillos, bragas y sostenes, orlados de delicadas puntillas, cubriendo su flaca desnudez, a caballo de la Norton. Herían

sus oídos los aullidos intermitentes de la manifestación, los pitidos de los cláxones de los automóviles que la encabezaban y, como si ello supusiera un acicate, aceleró su carrera hasta que, al alcanzar la última esquina y divisar la Plaza de Toros al fondo de la explanada, sintió un puntazo doloroso en el costado y entonces se refrenó, se puso al paso, resollando. Le adelantaron dos camiones con guardias de asalto y, ante la prisión, se apearon y enlazados por los brazos formaron un cordón protector, cabe las garitas de los centinelas, las tercerolas prestas. Arriba, en lo alto del anillo, las dotaciones de las ametralladoras se apresuraban a tomar posiciones. El rumor de la manifestación aumentaba y cuando divisó los dos automóviles que la precedían doblando la esquina, empezó a temblar, temeroso de que no hubiese en el mundo fuerza capaz de detenerlos. La distancia entre la muchedumbre que avanzaba vociferando, flameando banderas, y la doble fila de guardias se reducía a ojos vistas y una vez que los primeros manifestantes toparon con ellos se produjo un forcejeo tenaz, con ese ardor teatral que se trasluce de toda confrontación en la que asaltantes y defensores se saben, en definitiva, partícipes de una misma causa. Empero, Gervasio contemplaba angustiado el choque desde una pequeña prominencia, temiendo que guardias y centinelas terminaran cediendo, y en su fuero interno se repetía: «Que no lo maten, Dios mío; que no lo maten». El empuje disuasorio de los defensores, con ribetes de exhibicionismo, las tercerolas cruzadas sobre el pecho, conseguía pasajeros repliegues de los asaltantes, mas cuando desde lo alto del anillo una ametralladora disparó varias ráfagas de intimidación y el oficial de guardia, desde uno de los vanos del piso alto de la plaza, reclamó calma a través de un megáfono, remitió el tropel, la multitud se detuvo y quedó a la expectativa, circunstancia que aprovechó el oficial para prometer a los ciudadanos, «justamente indignados por el execrable crimen», que éste no quedaría impune y las víctimas inocentes serían vengadas, pero en tanto el alto mando decidía el «cómo» y el «cuándo», ellos, dando pruebas de patriotismo, deberían deponer su actitud, replegarse y cejar en sus pretensiones de linchamiento o de tomarse la justicia por su mano. La multitud, aplacada por la larga marcha, halagada por aquel torrente oratorio desatado por su causa, consciente, en fin, de su fuerza (delegada ahora en aquel bizarro oficial que les había dirigido la palabra), aplaudió, primero con timidez, después con calor, prorrumpiendo en vivas y mueras, hasta que paulatinamente se fue dispersando, reculando, iniciando la retirada en pequeños grupos hacia la ciudad, aplacado su impulso homicida.

Durante los meses siguientes se repitieron los bombardeos, bombardeos fútiles, sin otra finalidad, al parecer, que amedrentar a la población civil y recordarle que el país estaba en guerra y que, ocasionalmente, el enemigo había sido localizado allí. La reacción del vecindario era cada vez menos hirsuta, más mansa, como si al fin hubiera aceptado que era aquél un riesgo normal, y aunque las hablillas de revanchas y sacas vindicativas continuaban circulando, no había posibilidad de confirmarlas ni de desmentirlas. Los comerciantes tomaban resignadamente sus precauciones,

rodeando sus establecimientos de sacos terreros, cruzando las vitrinas con cintas adhesivas para evitar el astillamiento de los cristales, mientras Protección Civil acondicionaba como refugio los sótanos de los edificios más altos o sólidos de la ciudad. En sus ocasionales visitas al de palacio, Gervasio había asistido a escenas de pánico colectivo que, a su juicio, minaban la moral de la retaguardia. Y, con objeto de mitigarlo y, al propio tiempo, dominar su propio miedo, decidió poner en práctica un sistema para ahuyentar los demonios que desde tiempo atrás venía rondándole la cabeza: cantar, cantar con toda la fuerza de los pulmones, hasta ahogar el estruendo exterior, los estampidos de las bombas y los cañones, y, en consecuencia, serenar los ánimos de los refugiados. Consciente del apocamiento del grupo, él mismo iniciaba los himnos y de pie, los brazos en alto, dirigía el coro, exigiendo cada vez más voz, hasta colmar el antro de encendidos gritos patrióticos:

*Soy valiente y leal legionario,
soy soldado de brava legión,
sufre el alma doliente calvario,
que en el fuego busca redención...*

Azorados, vergonzantes, los refugiados iban uniéndose al coro, venciendo su cortedad inicial, pretendiendo sofocar con sus voces la crepitación de las bombas:

—¡Más alto, más alto! —reclamaba Gervasio. El sótano llegaba a ser un clamor:

*¡Viva España!, nuestro lema será,
los que por ella estamos dispuestos a dar la vida,
¡Viva España!, es el grito viril
de nuestra juventud de patriotismo enardecida...*

Relevantes los tendones del cuello, las gargantas, tensas, enronquecían en una arrogante manifestación de desafío a los agresores. Ahuyentado el miedo, era como si ellos mismos con sus canciones participasen activamente en la represión del ataque, de tal forma que Gervasio, durante las alarmas aéreas, llegó a ser una presencia inexcusable en el sótano de palacio, entre sus humildes convecinos. Una vieja flaca y escorada, cubierta con un mantón negro incluso los meses de verano, le requería impaciente antes de que empezara el estruendo de las bombas, los cañones y las ametralladoras:

—Venga, Gervasito, majo; canta antes de que nos entre el miedo y nos ensuciemos todos por los rincones.

Formaban corro en torno suyo, un corro apretado, solidario, unívoco, fraternal. Gervasio, las manos en alto, mencionaba el título de la marcha y facilitaba el tono: *La fiel Infantería, El novio de la muerte, Ardor guerrero...* Todas valían, en especial las que constituían el repertorio del programa «Al paso alegre de la paz». Empezar por un himno o por otro era irrelevante, a los pocos minutos se había creado allí, en aquel

antro ahogado, húmedo, bajo de techo, preservado del exterior por piedras sillares, un núcleo de resistencia ante el enemigo muy difícil de acallar.

Una noche, sorprendido por la alarma mientras dormía, bajó al refugio en pijama, envuelto en una manta abigarrada, y al observar en derredor suyo las pobres gentes en ropas de noche, una chispa de esperanza en sus ojos, su fértil imaginación voló a las catacumbas, se vio pastoreando un grupo de conversos hostigados por el emperador, entonando cánticos a su Dios, a sabiendas de que, acto seguido, él y sus seguidores sucumbirían en el circo, despedazados por los leones. La emoción del momento temblaba en sus labios; el coro de cantores, sumiso a los movimientos de sus manos, a la voz (que paulatinamente se iba enardeciendo) de su garganta, le conmovía. Y cuando inició la estrofa «Por ir a tu lado a verte, mi más leal compañera», sintió un violento calambre en la morra (esa noche el punto más sensible de su cabeza), pero lejos de transigir y moderar el tono, se encampanó, su voz se hizo grito, en tanto su piel se escarapelaba y sus cabellos se disparaban como si un ser invisible, tirando de ellos, quisiese levantar del suelo su cuerpo lene y vaporoso. Arrobadado, tenso, la cabeza erizada como un cardo gigantesco, el pijama azul asomando bajo la abigarrada manta escocesa, en pleno ostento, no reparó en el inicial repliegue de los cantores hasta que la anciana del mantón cruzó los ojos, se llevó las manos deformes a la boca desdentada, emitió un alarido de terror, se incorporó con inaudita presteza y huyó a la carrera, hablando sola, hacia las escaleras del sótano. Tras ella escaparon otros cuatro, luego diez y, sin solución de continuidad, se produjo la gran desbandada; los refugiados, aterrorizados, empujándose, lanzando furtivas miradas a la cabeza de Gervasio, se atropellaban en las escaleras de acceso, buscando el aire libre, pese a los zambombazos y al rítmico traqueo de las ametralladoras de la Catedral.

Insensibles a la defección general, mamá Zita y tía Cruz, testigos del trance, ensalzaron su patriotismo, y tío Felipe Neri, presente asimismo en la crispadura, anotó con pulso tembloroso en el cuaderno de pastas de hule: «Hoy se autocrispó Gervasio, mi sobrino. Él solo puso música y letra, lo que quiere decir que su emotividad aumenta. El rapto de esta noche en el refugio antiaéreo, mientras replicaba con canciones al criminal bombardeo del enemigo, ha sido, sin duda, el más intenso, inefable, patético y conmovedor de cuantos se me ha dado presenciar. Es evidente que el Señor le tiene signado para muy altos empeños». Pero antes que en su carácter profético, Gervasio reparó en lo que el último ostento encerraba de advertencia: en tiempos como aquéllos, de exultación patriótica, donde cualquier inesperado fervorín popular podía provocar su metamorfosis y el consiguiente pánico colectivo, era arriesgado andar por la calle con la cabeza descubierta. Fue entonces cuando resolvió usar la boina roja heredada de papá León (de un rojo deslucido, apagado por el curso del tiempo). Su grávida chapa metálica (Dios, Patria, Rey) constituía, por añadidura, una garantía de seguridad. Por si fuera poco, aquella boina, gloriosamente paseada en cien batallas, representaba un distintivo acorde con el vago ideario político de mamá Zita, siempre recelosa del fascio y de las camisas azules.

Decididamente, Gervasio agradecía aquella defensa que venía a ser (según propia definición), «como el caparazón de las tortugas», una estética salvaguarda. Ni en las circunstancias patrióticas más exaltadas le falló el recurso en las semanas siguientes, es decir, el cosquilleo de morra y colodrillo seguía produciéndose, pero la boina acorazada abortaba cualquier conato de erección, mantenía a raya a los inquietos cabellos, lo que le permitía impensables audacias y una mayor libertad de movimientos. La novedad, por otra parte, fue del agrado de Manena Abad («el rojo de la boina te va muy bien a la cara»), siquiera en el Club despertara comentarios despectivos como el de Peter, que no comprendía cómo un hombre podía servirse de un símbolo tradicionalista si no eran éstos sus ideales.

Una ardiente mañana de agosto llegaron a la ciudad los legionarios. Las calles se vistieron con colgaduras para recibirlos y una espesa muchedumbre, estacionada en las aceras, ovacionó calurosamente la bizarría, un punto histriónica, de los soldados. A Gervasio, tocado con la desteñida boina roja de su abuelo, de puntillas entre sus amigos, le arrebatában las verdes camisas abiertas sobre los velludos pechos tatuados de azul, las mangas recogidas por encima de los codos, las flexibles botas de cáñamo en sus pies ligeros, los gorros airosamente ladeados, la puntual sincronización de sus movimientos siguiendo los compases de la banda, la disciplinada cabra-mascota caminando al paso de los gastadores... Era un espectáculo arrollador al que el estallido súbito de la música (los pitidos afilados de las cornetas, el redoble incendiario de atabales y tambores) ponía la nota de exaltación que la sensibilidad del muchacho requería:

*Nadie en el Tercio sabía
quién era aquel legionario
tan audaz y temerario
que en la Legión se alistó...*

El vello de sus antebrazos se erizó, sintió de pronto como si su cuerpo se desgarrase, y, conforme desfilaban ante él aquellos hombres electrizados (rostro grave, mentón agresivo, mirada en el infinito), experimentó una sacudida en el plexo y, simultáneamente, una pugna empecinada entre sus cabellos, dispuestos a espigarse, y la vieja boina roja del General, sujeta entre frente y cogote, presta a impedirlo. Era un forcejeo tenaz el que se libraba allí y, de haberse tratado de un fervorín pasajero, gorra y placa (Dios, Patria, Rey) hubieran conjurado el impulso capilar, pero el desfile desafiante proseguía, los soldados («Legionarios a luchar, legionarios a morir») se desplazaban a un ritmo vertiginoso, avanzaban sobre él, materialmente le avasallaban, de tal modo que al pasar a su altura los gastadores, sus cabellos, tiesos como alambres, tras un duelo denodado con la boina consiguieron desencajarla, desprenderla, izarla sobre la cabeza despeluzada, para dejarla, al fin, lastimosamente pendiente de los pelos más largos de su tupé, como de una percha de la espetera. Alarmado, Gervasio se llevó las dos manos a la cabeza intentando reprimir el

desbordamiento, pero la crispadura era tan violenta que los pelos se le escurrían entre los dedos, los eludían, para erguirse entre los resquicios, firmes como juncos. Desmoralizado, chafó la boina contra su cráneo (como quien aplica a la llama de un cirio el embudo del apaga velas), la agarró luego por los bordes y tiró hacia abajo, con tal contundencia que el inoportuno repeluzno empezó a ceder, se fue esfumando su emoción, se asedó la piel de los antebrazos, y los cabellos se acostaron, dóciles, justo en el momento en que las espaldas de los últimos legionarios se perdían entre las cabezas de los espectadores, camino de la estación.

A partir de esta horripilación inusitada (de la que, felizmente, nadie fue testigo), Gervasio se propuso «eludir las ocasiones» (de acuerdo con las instrucciones del padre Sacristán en lo relativo al pecado): nada de desfiles, nada de manifestaciones, nada de mítines incendiarios, nada de actos donde la música constituyese un ingrediente esencial. No fomentar, en suma, su hiperestesia. La solución, plausible en apariencia, adolecía, sin embargo, de una falla grave: ahora que se aproximaba el momento de ir a la guerra, lo procedente era reforzar su moral de combatiente, no debilitarla. Tío Felipe Neri, al menos, fue de esta opinión: «Si tu moral de soldado requiere música e imaginación, escucha música e imagina, Gervasio. La patria precisa soldados con moral». Ante tan ardua alternativa, el muchacho optó por una decisión munificente: sacrificar su cabello, dejar chamorra su cabeza (un cabello siempre de punta pero que por su escasa longitud no llamase la atención de nadie). Durante la nueva fase experimentó alguna horripilación, pero de la misma manera que los mutilados sienten a veces dolor en el pie amputado, él sentía el cosquilleo a ocho o diez centímetros de su cuero cabelludo, en el extremo de unos largos pelos inexistentes, sin que sus amigos lo advirtieran. En esta ocasión Manena Abad se mostró menos entusiasmada: «No te va el pelo al rape; te hace cara de bilorro». Mas la preocupación de Gervasio en estos días no estaba en su cabeza motilona sino en la autorización paterna, en que papá Telmo nada objetase a su pretendido alistamiento en la Armada. De entrada, no bien tío Felipe Neri se lo dio a entender, papá Telmo se encolerizó, trinó, puso los ojos en blanco, amenazó con escaparse, con hacerse matar por los celadores o arrojarse de la plaza abajo, pero el tío, una vez que se desfogó, le hizo ver que el alistamiento forzoso del chico estaba en puertas y que su riesgo siempre sería menor en la Armada que en Infantería. Papá Telmo empezó de nuevo a ladrar a la luna pero, de improviso, sus abultadas facciones de boxeador se distendieron, su voz se aflojó, y a sus ojos asomó una blanda expresión de conformidad:

—Haz lo que juzgues conveniente, Felipe. Tú has llevado la batuta desde el principio en esta desgraciada etapa. Al fin y al cabo, todos estamos en tus manos.

Esa misma tarde, en la diaria reunión del Club, Gervasio, Peter y Dámaso Valentín redactaron sus instancias y, a la mañana siguiente, las cursaron. Díez días más tarde, Tato y Eduardo Custodio fueron reclamados del buque-escuela. En la despedida que siguió, Eduardo Custodio, los pesados párpados sobre sus ojos miopes,

levantó su vaso a última hora, tambaleante, dos rosetones en sus flácidas mejillas:

—Por... por el Club —dijo—. Por que todos volvamos a reunirnos aquí cuando la guerra acabe.

El viejo fonógrafo del abuelo desgranaba marchas militares de la guerra carlista. A su lado, Tato Delgado, enternecido, levantó el vasito azul de la licorera lleno de vino y lo fue chocando, uno por uno, con los de sus amigos y, al cabo, dijo en un tono de voz que pretendía ser displicente:

—Por el Club y por todos nosotros. Que Dios reparta suerte.

Libro tercero

XIV

Al restregar su nariz contra el caqui y tropezar con la tira de medallas que adornaban el pecho del tío Felipe Neri (que lo abrazaba ante el espejo del perchero en el gran vestíbulo de la casa), fue cuando Gervasio cobró conciencia plena de que se iba a la guerra. Al principio, el tío le había abrazado formulariamente, con un abrazo maquinal, pero de pronto, al soltarlo, algo le movió a atraerlo de nuevo hacia sí con tal recia que el muchacho notó su corazón acongojado y una emoción mullida que le ablandó los ojos: «Cumple con tu deber», le dijo al oído el coronel. Y no continuó hablando porque se ahogaba. Sus ojos, de ordinario mates, tenían un brillo húmedo y sus labios dibujaban una mueca senil que lo mismo podía ser un puchero que la manifestación de un esfuerzo por reprimir los ácidos del estómago. Ante el bargueño de ébano con incrustaciones de marfil, en un segundo plano, sus amigos Peter y Dámaso Valentín, que habían pasado a recogerle, asistían pasivamente a las efusiones de despedida, las abultadas maletas a su lado, y en el momento en que la señora Zoa, hecha un rebujito negro y suspirón, se empinó sobre las puntas de los pies, estiró el esqueleto y se aferró al cuello del muchacho, tratándole alternativamente de «corona» y «señorito Gervasio», comiéndoselo a besos, Dámaso Valentín, la punta de la roja lengua en la mella del paletó, entreabrió sus finos labios en una sonrisa socarrona. Los arrumacos mefíticos de la señora Zoa despertaron en Gervasio la memoria del pasado, aquel musgoso olor a agua muerta de su primera infancia, los amagos de despedida de la vieja, su oposición crispada abrazándose a sus muslos de palo y gritando históricamente: «Zoa, si tú te vas, yo me quiero morir». Al separar su rostro del suyo, la contempló un momento, su cuarteada piel envejecida, la boca desdentada, los ojos pitañosos, el blanco pelo recogido en un moño, ofreciéndole, en sus esquemáticas manos temblonas, una caja de dulces:

—Toma, corona, para el tren.

La víspera, Gervasio había invitado al cine a Manena Abad. Le hubiese estimulado que llorase sobre su hombro, pero la niña se presentó tranquila y animosa. En la penumbra había buscado su mano a tientas y aquella pequeña mano no opuso resistencia y, entonces, Gervasio se atrevió a preguntarle:

—¿Quieres ser mi madrina de guerra?

—No sé si me dejarán en casa —levantaba sus frágiles hombros, dubitativa.

—No tienes por qué decirlo. Basta con que me escribas y pienses un poco en mí.

Ella asintió y, al abandonar el cine, Gervasio, rebotante de ternura, oprimió dulcemente su mano como sellando un compromiso. Nada le dijo de papá Telmo. Cuatro días antes, a raíz de recibir la llamada del buque-escuela, le había dirigido unas líneas jactanciosas: «Me voy a la guerra, a salvar a España, y sólo regresaré muerto o victorioso». La respuesta, en un insignificante rectángulo de papel cuadriculado, fue humilde, lacónica, doliente: «Suerte, hijo, que tu sacrificio acelere el final de esta tragedia». Para Gervasio, el vocablo *tragedia* no encajaba en el

contexto de los hechos. ¿Cómo comparar una cruzada con una tragedia? El desenlace funesto que ésta comportaba era lo último que él esperaba de esta guerra. Ante su aflicción, mamá Zita le había consolado:

—No hagas caso; no te disgustes, hijo. Ya sabes cómo las gasta tu padre. Compórtate como un Lastra pero no arriesgues más de la cuenta.

Mamá Zita, ante la inhumanidad de las escenas vividas a diario en el hospital, no aspiraba más que a salvar la dignidad; renunciaba al heroísmo si éste comportaba mutilación o muerte. Orgulloso ante la comprensión materna, Gervasio insistía en la necesidad de lavar el apellido («papá Telmo lo ha enlodado y cada día que pasa en la Plaza de Toros lo ensucia más»), pero mamá Zita aducía que el apellido De la Lastra nunca había sido mancillado y en lo tocante al García (se mordió los labios asustada de su propia ocurrencia) el comedor de Auxilio de Invierno, instalado en la mercería de los tíos, lo había redimido.

Ahora mamá Zita se abrazó a él, llorando a raudales, como si tratara de acorazarle con sus besos (restallantes, nutricios, totales, como los antiguos besos de la señora Zoa) hasta el punto de que su hija Cruz, ofendida en su delicadeza, le llamó la atención sin llamársela: «Por Dios, mamá», pero mamá Zita, sorda a sus reparos, continuó besando a Gervasio y cuando, al fin, se separó de él, lo miró intensamente a los ojos y le dijo con resolución, como quien emite una orden:

—Vuelve.

Sentados en las maletas, comprimidos por centenares de soldados que cantaban canciones obscenas acompañándose de cualquier instrumento musical y cambiaban entre sí botellas y botas de vino, Peter, Dámaso y Gervasio comían en el pasillo los dulces de la señora Zoa, y Gervasio, achicado aún, en un intento por justificar las desbordadas muestras de afecto de la vieja, juraba y perjuraba que, aunque pareciese mentira, aquella mujer mínima y seca, que Peter ya conocía, había criado a sus pechos a su propia madre. El tren, sucio, atestado hasta los lavabos, traqueteante, aullador, sin una sola mujer a bordo, olía ya a guerra, sonaba a guerra, tenía color de guerra. Gervasio volvía los ojos de un grupo a otro, pretendiendo descifrar, por sus atuendos, insignias y emblemas, los cargos, armas y destinos de sus compañeros de viaje. En el extremo del compartimiento vecino, un legionario con patillas de hacha, el gorro inverosímilmente colgado de una oreja, le preguntó por sus tabardos azules, y al responderle con orgullo: «De la Marina», él movió la cabeza de un lado a otro y murmuró: «Mientras tanto la Infantería pasando frío». Frente a él, un cabo de Artillería con media pierna vendada abría un gran pan redondo, dividía la tortilla que había dentro con una navaja y, pinchados en la punta, ofrecía trozos a sus compañeros de departamento. En el pasillo, en una barahúnda de divisas y uniformes, se hacían trueques y cambalaches de todo tipo (coñac por embutidos, cigarrillos por caramelos) en un común afán por infundir a aquel tren repleto, ahumado y aterido, un poco de calor solidario. El crepúsculo temblaba en los cristales y, según avanzaba la noche, el coche iba quedando en penumbra, el sueño vencía a los soldados, el artillero

acomodaba la cabeza contra el cristal, el legionario de las patillas de hacha reclamaba dos veces silencio, pero aún se oyó rasguear unos minutos una guitarra en el extremo opuesto antes de que el vagón quedara mudo.

Gervasio, la cabeza recostada en el marco de la ventanilla, cuyo cristal retemblaba contra su nuca, incapaz de conciliar el sueño, observaba los cuerpos derrumbados en derredor, dormidos en dislocadas posturas, los pálidos rostros tiznados, macerados por el insomnio, brazos o mochilas por cabezal, los labios entreabiertos, los ronquidos como estertores contrapunteando el paso de las llantas sobre las entrevías. «Un tren de muertos», pensó, pero, sobrecogido por la macabra imagen, movió enérgicamente la cabeza para ahuyentarla, esforzándose por sustituirla por la de Manena Abad. A intervalos, la locomotora silbaba o jadeaba subiendo un repecho. Poco a poco se fueron esfumando los ruidos (ronquidos, jadeos, silbidos, tableteo del vidrio contra su oído), se desvaneció el perfil de Manena Abad, perdió la noción de las cosas, de tal modo que, al abrir los ojos (ignoraba si minutos u horas después), descubrió el trivial resplandor del amanecer en el cristal empañado, en los rostros mórbidos y gelatinosos de los soldados del vagón. Sentía un glúteo dormido y el codo de Dámaso Valentín incrustado en su muslo; lo separó con cuidado y consiguió ponerse en pie. Aguantó, encorvado, el cosquilleo de la pierna, arrugando la cara, mirando al legionario, el gorro caído, la boca desdentada, protegida por el alero de un bigotillo ralo que, en los extremos, casi empalmaba con los vértices de sus patillas de bandolero. Roncaba a golpes, como si tartamudease al respirar, y de vez en cuando su cabeza se desplomaba y abría los ojos despavorido. Gervasio se volvió hacia la ventanilla, limpió el vaho del cristal con la bocamanga y a través del hueco trasparente descubrió que las tierras llanas, pardas y áridas, del exterior, se habían trasmutado en onduladas praderas parceladas, y el alto y sereno cielo azul en un pesado toldo gris, próximo y plomizo. Una lluvia delgadísima azotaba los cristales, mullía la tierra, mientras los pliegues verdes cubiertos de brezos y helechos se iban empinando hasta convertirse en montañas, que el convoy perforaba audazmente a través de fragorosos túneles. La brumosa luz crepuscular apenas progresaba, como si la alborada se hubiese estancado, y cuando su amigo Peter se incorporó a su lado, restregándose los ojos, un triángulo azul se dejó ver entre dos montes sombríos y Peter lo señaló sorprendido con una uña negra de hollín, y dijo, transfigurado, acompañando su descubrimiento con una sonrisa hibernada:

—¡El mar!

Gervasio vivió las horas siguientes ausente, transido, el torpor del sueño enredado en sus ojos con una pegajosidad de telaraña. Desde la calzada adoquinada y húmeda, a través de la verja que se prolongaba calle abajo, divisaba el Arsenal, el muelle comercial a la derecha, los amplios diques secos, y, enfrente, recortado sobre la larga nave gris de los talleres, el buque-escuela, su gótica arboladura hendiendo la bruma. Siete marineros uniformados, el blanco saco de la ropa a las espaldas, y dos jóvenes paisanos con sus maletas se les unieron junto a la garita del centinela, a las puertas

del Arsenal. En unos minutos todo se amontonó. Difusas e incoherentes, como en una fluencia onírica, unas escenas se encadenaban a otras, y en el centro, como un dios ubicuo y cruel, el cabo Ortigueira, con su audaz boca sin labios, como un esfínter, salaz y gritadora («Marineros de tierra adentro, ¡mala embajada!»), precedía al pequeño grupo por las diversas dependencias, despachando los trámites preliminares: reconocimiento médico, vacunación, pañol de ropa y calzado, distribución por sollados, asignación de taquillas y batayolas, y, finalmente, antes de darlos por incorporados, la ducha en toldilla, cabe el palo mesana, desnudos, dos docenas de marineros rateados o de baja alrededor, coreando con gritos y palmas sus torpes movimientos, en tanto ellos, azorados, se frotaban con jabón sus lasos cuerpos y el cabo Ortigueira (oliváceo, cejijunto, faena ceñida, trasero prominente) insistía en sus retahílas vejatorias:

—¡Venga, los huevos! ¿No me oísteis, marineros? ¡Enjabonaros los huevos! ¡No queremos ladillas a bordo!

La tropa reía, palmoteaba, apretaba el corro, mientras ellos, sumisos y acobardados, enjabonaban una y otra vez sus sexos, trataban de borrar el vello con la espuma, brincaban grotescos y crudos bajo las hebras de agua helada, envueltos por la música de cornetas y tambores que llegaba de la explanada.

Del otro lado del muelle, a media milla de distancia, albeaba la ciudad (edificios desleídos bajo la lluvia, tejados vencidos, blancos miradores colgantes) apagada y lacia y, ante ella, en la dársena, un bou artillado, escoltado por un bando de gaviotas chillonas, regresaba de su labor de patrulla, en tanto un remolcador mugriento, como colgado de un negro penacho de humo, se esforzaba en despegar del muelle a un pesado carguero. Gervasio, deprimido por la escena de la ducha, contemplaba la ciudad, la actividad del puerto, como un mundo lejano y perdido. La aflicción le ganaba por momentos. Él había creído que el cambio de la condición civil por la castrense equivalía a trocar la libertad por la disciplina, pero la protervia gratuita del cabo Ortigueira le había abierto los ojos. La piña solidaria (fragua de héroes: todos para uno, uno para todos) con la que soñara cada vez que imaginaba el buque-escuela, se esfumó para dar paso a una idea espesa de hacinamiento y hostilidad. Un millar de hombres cohabitando en una cáscara de nuez anulaba de entrada cualquier aspiración de intimidad, impedía el aislamiento (colas en los beques, en las duchas, en las cocinas, en la enfermería; grupos tumultuosos en el combés, en la cubierta, en la toldilla, por todas partes). Gervasio enumeraba agobiado ante sus amigos el inesperado repertorio de incomodidades, mas Peter, con su liberal capacidad de adaptación, sonreía con sus achinados ojos divertidos:

—No te preocupes; tampoco nos dejarán demasiado tiempo para pensarlo.

En efecto, Gervasio y Peter pasaron la tarde remando en el muelle, mientras Dámaso, en otro grupo, aprendía a hacer nudos marineros con una piola en la toldilla. El bote admitía siete remeros por banda y, al comenzar la brega, el cabo Jorquera, de pie en la bancada de proa, ordenó «¡Arma, avante!» y, una vez separados del costado

del buque, levantó un remo en el aire, con la misma ligereza que si fuese un bastón, y ejecutó una serie de movimientos didácticos:

—¡Atención, marineros! Esto es bogar... Esto ciar... Esto repalear... Esto arbolar...

Gervasio observaba atentamente la menuda figurilla del cabo, absorto en su primera lección práctica, lejos de la promiscuidad del buque-escuela, insensible a la lluvia (copiosa y aguda como puntas de alfileres) que enturbiaba la línea de edificios de la ciudad, el agua oleosa de la bahía cada vez más densa. No tenía ojos más que para la achaparrada figura del cabo que, erguido en la bancada de proa, se esforzaba ahora en sincronizar sus movimientos:

—Un, dos... Un, dos... Un, dos...

La quilla dividía la masa de agua y el bote se deslizaba sobre la superficie aceitosa hacia la dársena. Atrás quedaba el buque-escuela, la arboladura colgada, como un encaje, entre la bruma, en tanto los remeros bogaban, ciaban, arbolaban aplicadamente bajo la mirada conminatoria del cabo. De pronto, éste adelantó la cabeza y entrecerró los ojos:

—¡El segundo proel de estribor repalea mal! —dijo.

Gervasio sonrió para sí, condescendiente. Dispuesto a reconciliarse con la Armada, había concluido que aquel ejercicio (salvo arbolar el remo, un movimiento casi superior a sus fuerzas físicas) era útil, armonioso, higiénico e intelectualmente asequible. Íntimamente satisfecho de sí mismo, se preguntaba quién sería aquel papanatas que, tras las meridianas instrucciones del cabo, aún no había aprendido la lección:

—¡Al segundo proel de estribor lo voy a tirar al agua! —insistió aquél con voz amenazadora.

Gervasio guiñó un ojo a Peter y quiso cambiar con él una mirada cómplice, pero sus ojos le esquivaron y en sus labios se dibujó una mueca de contrariedad. Simultáneamente escuchó unos cuchicheos a sus espaldas, pero antes de darse cabal cuenta de que el segundo proel de estribor *era él*, el cabo Jorquera ya estaba a su lado, airado, la faena empapada, los nervudos brazos en jarras:

—¿Es que quieres ir al cuadro, marinero?

Había en los ojos de Gervasio tal expresión de inocencia cuando los levantó hacia él, que el cabo Jorquera, sin añadir palabra, se sentó en el centro de la bancada, asíó el remo y repaleó en el aire media docena de veces, mientras explicaba:

—La pala del remo debe volverse hacia dentro, no hacia fuera. ¿Has comprendido, marinero?

Gervasio asintió con la cabeza. El cabo Jorquera, al incorporarse, se le quedó mirando con sorna piadosa y antes de regresar a proa le advirtió:

—En la Armada es preferible que digas «sí, mi cabo» o «no, mi cabo», como mandan las ordenanzas.

Regresaban bajo la lluvia insidiosa:

—Un, dos... Un, dos... Un, dos...

Gervasio, encogido en su desencanto, se esforzaba en sincronizar los golpes de muñeca y las flexiones del tronco a la cadencia indicada. Lejos se divisaban unos bultos buidos, atracados al muelle, y, tras ellos, la lengua difuminada de la costa verde adentrándose en el mar. El buque-escuela se aproximaba a ojos vistas y el cabo Jorquera, vuelto de espaldas, el bichero entre las manos, calculó el impulso hasta el portalón y ordenó:

—¡Alza y dentro!

Minutos más tarde, los tres muchachos, mudados de ropa, aprovechando la pausa de la lluvia, contemplaban la brigada franca formada a estribor ante el oficial de guardia (pecho abombado, mirada altiva, mentón recogido, gola dorada al cuello) que revistaba la formación. Al concluir, dio media vuelta, hizo una leve venia ante don Manuel Borau, comandante de marinería, y éste ordenó romper filas. Como un río en ejarbe que rompe sus diques, bulliciosos grupos de marineros se desbordaron por la explanada adoquinada, rodearon los diques secos y fueron saliendo a la ciudad por las amplias puertas de la verja.

Dámaso Valentín, concentrado en la cuerda que tenía entre las manos, sometió a la consideración de sus amigos una intrincada lazada:

—A ver quién sabe qué nudo es éste. —Sonreía maliciosamente, la lengua en la mella del diente, pero antes de que Gervasio y Peter reaccionasen, se respondió a sí mismo, al tiempo que trazaba otro nudo en el extremo opuesto de la piola—: As de guía. ¿Y este otro?

Se burlaba del aturullamiento de sus amigos.

—¿Es que no tenéis ojos en la cara, marineros? El barrilete. ¿Qué otro podía ser?

Tornaba la lluvia, mansa y menuda, y Gervasio y sus amigos buscaron refugio en el sollado, al pie de las taquillas. Peter y Gervasio observaban sin interés las incesantes manipulaciones de Dámaso con la piola. A una noche de vigilia, en el tren, había sucedido un día turbio, deprimente, en el buque-escuela, pero Gervasio callaba, reacio a manifestar un desengaño prematuro. Mas su postración se acentuó al acostarse, al desaferrar el coy y comprobar que le habían sustraído las bolinas. Extendió la colchoneta sobre el linóleo, junto a la batayola, colocó botas, abisinio y rebenque por cabezal; se arrebujo en la manta, cerró los ojos e intentó dormir, pero su decepción, el áspero contacto del embozo, la nudosa superficie del jergón, el balanceo de los coys sobre su cabeza, reduciendo el espacio vital, terminaron por desvelarlo. Peter y Dámaso, a su izquierda, habían reído al colgar sus hamacas en los ganchos, lo que motivó la intervención del cuartelero, pero ahora dormían apaciblemente, los coys oscilando en la penumbra. El silencio, la fatiga, los espaciados ronquidos, parecían invitar al sueño, pero Gervasio, sobrecitado, abrió los ojos en busca de sosiego. Contó los durmientes que le sobrevolaban, luego las portillas de la banda de babor, las mesas y bancos sujetos al techo por barras de hierro, dio varias vueltas sobre sí mismo, encogió las piernas, las volvió a estirar;

todo en vano. De pronto, la divisó. Avanzaba por el lateral de una mesa, inquieta, acechante, frunciendo el hociquito, y al alcanzar el extremo, giró y recorrió el tablón en sentido inverso, se columpió en las bolinas del coy más próximo, y se descolgó después sobre los petates aferrados de la batayola. Al poco rato reapareció. Levantaba el hocico vibrátil como si olisquease algo, los ojos como abalorios fijos en él, contoneándose, indiferente a la vecindad humana. Fuera de sí, Gervasio se incorporó, cogió una bota de bajo el cabezal y se la arrojó con violencia. El cuartelero, machete en mano, acudió a su lado:

—¿Sucede algo, marinero?

Gervasio se pasó la mano por los labios:

—Nada —dijo—. Una rata grande como un perro; venía hacia mí.

Rió quedamente el cuartelero; dijo con acento burlón:

—Si te asustan las ratas, marinero, más te vale pedir la baja.

Y se alejó de nuevo, canturreando, golpeándose acompasadamente con el machete envainado la palma de su mano izquierda.

XV

Una vez que Gervasio terminó de vestirse la gala y candó la taquilla, Dámaso Valentín, que forcejeaba para sujetar los holgados pantalones a su escurrida cintura, levantó la cabeza y, al verlo, experimentó un repentino ataque de risa. Reía y reía señalando con el dedo índice a su compañero (el peto colgando, sin atar aún a la espalda, el pantalón a media pierna), flexionando la cintura, en un arrebató de hilaridad que reblandecía hasta las lágrimas sus ojos vivaces e iba acentuándose en sucesivos accesos mientras se palmeaba el muslo derecho y repetía a trompicones, como para justificar sus risotadas: «Pareces un mocito vestido de Primera Comunión». Poco después, tan pronto Damasito consiguió sujetar el peto y los pantalones, hacerse el lazo del tafetán negro y colocarse cómicamente el lepanto en el cogote, con el tejuelo de letras doradas sobre la oreja, cambiaron las tornas: era Gervasio quien reía a carcajadas contemplando a su amigo, en tanto se abanicaba ostentosamente con el gorro como para evitar un colapso. Acto seguido, ambos intercambiaban sus carcajadas ante la circunspecta mirada de Peter, quien, incapaz de compartir los fútiles motivos de su buen humor, les apremiaba para no retrasarse en la formación.

El ambiente de farsa continuaba, no obstante, media hora más tarde, en la calle Real atestada de marineros, grupos de muchachas cogidas del brazo y maduros matrimonios con niños de corta edad. Gervasio y Dámaso, destocados, los lepantos bajo el brazo, reían al menor gesto del otro, travesaban entre los paseantes, utilizaban a Peter como pantalla, empujándole, tranqueándole, y, ante sus cada vez más airadas reconvenciones, las risotadas se acrecentaban, de tal manera que cuando el coronel de Intervención, don Arsenio de la Cruz Maello (quien, en punto a eficacia militar, antepone la disciplina al número de divisiones y al armamento), se cruzó con ellos y observó sus zapatetas y cabriolas, la frívola indignidad con que portaban el uniforme, los llamó al orden, con duras palabras, afeándoles su indisciplina. Las voces del coronel, la marcial actitud de Peter (rígido, petrificado, la mano derecha en la sien), asumiendo el rapapolvo, en contraste con la dejadez de sus compañeros (el peso del cuerpo descansando sobre el pie izquierdo, los lepantos en la axila, una expresión relajada, puramente civil, en el semblante), congregaron a los viandantes, ávidos de espectáculos gratuitos, con lo que don Arsenio de la Cruz Maello, crecido ante la expectación, dispuesto siempre al apostolado castrense, ordenó cuadrarse a los insubordinados y, al tiempo que les recordaba el deber de vestir con decoro el uniforme militar y de saludar a los superiores, hizo hincapié en un extremo que estaba por encima de las formas y produjo gran efecto en la concurrencia, a saber, «que la grandeza de la Patria se forjaba, antes que a tiros en el campo de batalla, acatando la norma y sometién dose a la ordenanza en la retaguardia». Los tres muchachos lo escuchaban ahora sin pestañear, firmes, tensos, las puntas de los dedos rozando la ceja derecha, de modo que cuando el coronel de Intervención concluyó su invectiva y

les preguntó por el tiempo que llevaban en la Armada, y Peter respondió, sin mover apenas los labios, que solamente un día, mi coronel, se advirtió un movimiento de piedad en el auditorio que hizo pensar que la amonestación no iría más lejos, pero para don Arsenio de la Cruz Maello el acto de insubordinación era excesivamente desmoralizador (en particular considerando que la dotación del buque-escuela se renovaba cada día) como para dejarlo impune, por lo que, sopesando los dos factores, la gravedad del desacato, por un lado, y la compasiva actitud de la audiencia, por otro, optó por una solución salomónica: dar por concluida la escena callejera, aliviar de responsabilidad personal a los tres quintos y proseguir su campaña contra el deservicio a más altos niveles. En una palabra, el coronel de Intervención Militar, don Arsenio de la Cruz Maello, dio parte al general de Intervención Militar, don Herminio Souto; el general de Intervención Militar, don Herminio Souto, transmitió a su vez la denuncia a la Comandancia de Marina y la Comandancia de Marina, en uso de sus atribuciones, cursó a don Ildefonso Barbosa Belisario, capitán de fragata, comandante en jefe del buque-escuela, la siguiente instrucción:

Habiendo observado esta Comandancia que los marineros adscritos a la dotación de ese buque-escuela bajo su mando no se atienen, durante las horas de paseo, a las normas de decoro y compostura que deben exigírseles dado el glorioso uniforme que visten y que, al propio tiempo, por distracción, desconocimiento o desacato, omiten con frecuencia la obligación de saludar a sus superiores, o la cumplen sin la marcialidad requerida, esta Comandancia de Marina tiene a bien recordar a V. S.:

PRIMERO: Que, en lo sucesivo, ningún marinero de ese buque-escuela deberá salir franco de servicio hasta transcurrida una semana a partir de su ingreso a bordo, dedicando, a lo largo de este tiempo, las sesiones que se consideren oportunas a la instrucción y formación del espíritu castrense de los voluntarios recién incorporados, y

SEGUNDO: Que la tradicional revista de los marineros francos de servicio que se lleva a cabo en ese buqueescuela, como en todos los de la Armada, por parte del oficial de guardia con objeto de comprobar la propiedad del atuendo y el aseo personal, deberá completarse en lo sucesivo con otra inspección escrupulosa donde se verifique el nivel de marcialidad alcanzado por esa marinería, a fin de evitar los bochornosos episodios a que más arriba se alude y que motivan el presente comunicado. El Ferrol del Caudillo, a 22 de enero de 1938. Tercer año triunfal.

El capitán de fragata don Ildefonso Barbosa Belisario, comandante en jefe del buque-escuela, dio traslado a sus oficiales de esta exhortación; los oficiales, por su parte, informaron de su contenido a sus subalternos, los subalternos a la marinería y, finalmente, para mayor difusión, una copia de la mentada instrucción fue fijada con cuatro chinchetas en el cuadro y divulgada por los altavoces para que nadie a bordo pudiera alegar desconocimiento. Seis días más tarde, cuando el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, vestido de gala, pechisacado, muy poseído de sí, pisaba resueltamente el combés, esmerándose en adoptar un paso gallardo ante la atenta mirada del oficial de guardia, alférez de navío don Agustín Tárrega, y del instructor de marinería, don Manuel Borau, en el momento de llevarse la mano a la sien derecha, como era lo preceptivo, y volver su cabeza altiva hacia el tribunal juzgador, restalló como un latigazo la colérica desaprobación del instructor:

—¡Ese cuello! ¡Fuera!

Dos días después, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, convicto de su desgaire, oportunamente asesorado por su amigo Pedro María de Vega, procuró enmendar sus imperfecciones, imprimir trapío a sus andares y elasticidad a su cuello y, con esta pretensión, inició el paseíllo ante el oficial de guardia, teniente de navío don Gaspar Hungría, y el susodicho instructor de marinería, don Manuel Borau, pero antes de llegar a la altura de éste, una voz destemplada («¡Ese cuello! ¡Fuera!»), que pareció brotar de las mismísimas entrañas de la tierra, le confirmó en su confinamiento. Perseverante hasta la obstinación, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra aún realizó otro par de tentativas para salvar aquel escollo inesperado, pero las rabotadas del instructor de marinería, don Manuel Borau, su desaprobación tonante y desabrida («¡Ese cuello! ¡Fuera!») en el instante de llevarse la mano a la sien derecha, no sólo le movieron a desistir, sino que le infundieron el demoledor complejo de que aún no había aprendido a andar. De nada sirvieron la solicitud de Pedro María de Vega, ni sus palabras confortadoras. La decisión de Gervasio García de la Lastra, aparte de firme, reunía todos los requisitos para pasar por razonable: el hecho de hacer consciente el acto de andar eliminaba en él toda naturalidad, por lo que estimaba pertinente esperar a que la exhortación de la Comandancia de Marina perdiera vigencia y tornase la antigua lenidad para satisfacer su deseo de saltar a tierra. La cosa estaba clara: Dios, que le había signado para protagonizar grandes hazañas, le había negado el garbo necesario para vestirlas. Así, un día tras otro, se vio condenado a permanecer a bordo, rumiando su ineptitud mientras sus amigos salían francos.

Un nuevo factor vino a intensificar su complejo de inferioridad en aquellas circunstancias: la huella indeleble dejada por su amigo Tato Delgado (desembarcado en el *Baleares* una semana antes de llegar ellos) en el buqueescuela, las referencias admirativas a su persona. El cabo Rego, jefe de rancho, al conocer su amistad, había juntado sus espesas cejas, más blancas que negras, para decir:

—¿Paisanos de Tato? ¡Buen rapaz! El día que desembarcó debimos poner la bandera a media asta en señal de duelo.

El cabo Rego no ocultaba que en su dilatada carrera militar ningún otro aspirante le había producido semejante deslumbramiento. Y, como a él, a los demás. Había una rara unanimidad al juzgarlo: «Como Tato, ninguno». Campeón de remo, natación, waterpolo, jarcias, señales, tiro, gimnasia, a los cabos Ortigueira, Luque y Mariño, se les hacía la boca agua al mencionar su nombre. En torno a su persona giraban con frecuencia las conversaciones del rancho y, al recordarlo, las pobladas cejas grises del cabo Rego se fruncían conmovidas: «Había que verle desfilar: apuesto, concentrado, marcial, tal y como mandan las ordenanzas. Tato no era un soldado, era un artista». Al alopécico Paco Quesada, que comía con el abisinio puesto para ocultar las calvas, le divertía la devoción del cabo hacia Tato y gozaba metiéndole los dedos en la boca: «¿Recuerda, cabo, cómo cantaba *La Revoltosa*?». El cabo Rego cabeceaba añorante: «Hasta cantar lo hacía bien. Si hubiera figurado el canto entre las disciplinas de a

bordo también hubiera sido el primero». Entre la dotación se comentaba la anécdota de don Manuel Borau, instructor de marinería (el implacable perseguidor de Gervasio), de ordinario frío y desdeñoso, tras el gran desfile del día de la Raza. La actuación de Tato como cabo de gastadores había sido tan memorable que, al concluir, don Manuel no pudo menos de abrazarle ante la tropa formada y, en pleno delirio admirativo, le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡*Xente castelá, tropa de moito carallo!*

La alta consideración que Tato merecía a bordo subrayaba la incompetencia de Gervasio, sujeto constantemente a comparaciones capciosas: «Ni aunque me lo jures me creo yo que seas paisano de Tato Delgado». El mero hecho de que don Manuel Borau, su enemigo jurado y causa de su infortunio, hubiera elevado a Tato a la categoría de cabo de gastadores, le hacía sentirse aún más abatido. «Unos tanto y otros tan poco», se decía en sus horas bajas. Abrumado por tal cúmulo de perfecciones, Gervasio solía parapetarse tras el nombre de Eduardo Custodio, paisano suyo también. El cabo Rego fruncía las cejas pelicanas y convenía: «Bueno, Rostro Pálido era otra cosa». Paco Quesada, el alopécico, terciaba: «Rostro Pálido no veía tres en un burro. Sin la ayuda de Tato, nunca hubiera pasado el reconocimiento». La ineptitud física de Eduardo mitigaba momentáneamente la depresión de Gervasio, pero el hecho de que hubiese sido Tato quien la subsanase aumentaba su abatimiento. No era caritativo colocar el listón tan alto. Por otra parte, la reconocida bizarría de Tato no avalaba su rendimiento guerrero. Un patizambo podía llegar a ser héroe antes que él; de hecho, los santos y los héroes procedían a menudo del humano desecho, de las capas más humildes, inclusive de la escoria social. Gervasio, tendido bajo el tímido sol invernal, o vagando por los sollados, reflexionaba sobre estos extremos. Su preterición le había aproximado a Antero Arias, también preterido. Cargado de espaldas, el pecho aquillado, asincrónico, Antero Arias, madrileño de Galapagar, no ocultaba su resentimiento: «No te jode. Ahora resulta que para ser marinero hay que ser un Robert Taylor». Había desistido también de vestirse la gala y probar fortuna, porque el «¡fuera!» con el que don Manuel Borau lo descalificaba era todavía más agrio que el que empleaba con Gervasio. Hiperestésico y supersticioso, Antero no reconocía sus deficiencias físicas sino que achacaba su postergación a la malquerencia del instructor de marinería: «Lo dicho, si no eres un figurín no sirves para defender a España». Se unía a Gervasio, malmetiéndole, y Gervasio, sin otro asidero a mano, le seguía la corriente. La difícil complexión de Antero Arias, su torva inquina, le confortaba, de la misma manera que la mediocridad de Eduardo Custodio le compensaba de la glorificación de Tato Delgado. Por otra parte, Antero Arias, aficionado al ocultismo, le iniciaba en sus misterios, le entretenía las largas horas ociosas que pasaba a bordo. Una tarde, ante su estupor, valiéndose de su energía mental consiguió levantar una mesa machi-hembrada al suelo por las cuatro patas, invocando con palabras soeces al espíritu de la madre de don Manuel Borau. El grueso vocabulario de Antero Arias no era excepción a bordo, sino la norma. La

plebeyez y rapiña reinantes en el buque-escuela desazonaron, en principio, a Gervasio, mas, en aquel clima contagioso, no tardó en plegarse a la nueva moral. Si no reemplazó las bolinas que le sustrajeron el primer día, no fue por virtud, sino porque el hecho de velar por ellas representaba una nueva carga. Habitado a dormir a plan, ya no las echaba en falta. En cambio, el rebenque y el abisinio que le desaparecían cada cuatro días no tardaba en sustituirlos. Despojar del gorro a un quinto que paseara descuidado por la cubierta, alargando la mano desde el castillo, y desaparecer acto seguido por la escala de la banda opuesta constituía un divertimento. Menos dificultades aún entrañaba adueñarse de un rebenque y dejar el coy ajeno flácido, desarmado en la batayola. Eran simples ejercicios de dedos, que si en las primeras semanas, ante la mirada crítica de Peter, les dejaban a Damasito y a él un poso de mala conciencia, con el tiempo se convirtieron en una deportiva costumbre sobre cuya ética no valía la pena discutir. Los berrinches de Peter no les calaban, no rebasaban su piel:

—Si hacéis como ellos, terminaréis siendo como ellos.

Dámaso Valentín, la punta de la lengua en la mella del diente, se encampanaba:

—¡Anda, coño!, ¿y puede saberse en qué somos diferentes?

La reclusión forzosa avivó la afición epistolar de Gervasio. Algunas tardes eludía la compañía de Antero Arias, se sentaba en un rincón del sollado, la carpeta sobre las rodillas, y escribía a mamá Zita, tío Felipe Neri o Manena Abad. Antero Arias lo buscaba por pasillos y sollados y, si le sorprendía escribiendo, se sentaba a su lado en el suelo sin decir palabra y se pasaba las horas en silencio, limpiándose las uñas con un mondadientes. La carta inicial a mamá Zita planteó a Gervasio problemas de encabezamiento. La expresión *mamá Zita*, impuesta por la estólida debilidad de la abuela Obdulia, carecía de sentido a estas alturas. La palabra *mamá*, a secas, recataba una connotación jabonosa, lamida, pueril, impropia de un aguerrido combatiente. Finalmente escribió:

Querida madre:

Hace ya dos semanas que embarcamos en el buqueescuela y aún no tuve tiempo de escribirte. Aquí, como decimos en jerga marinera, pasamos el día planeando. Diana a las seis, de noche todavía; ducha en cubierta, aunque hiele; desayuno (café con leche y un chusco que has de estirar para las cuatro comidas del día); baldeo con bruzas y lampazos, mientras otros abrillantan los dorados o limpian los retretes, los beques como aquí les dicen. A las diez, dos horas y media de instrucción, fusil al hombro, por la explanada del Arsenal (Tato Delgado, que embarcó en el *Baleares*, con Eduardo, hace tres semanas, llegó a ser cabo de gastadores). A la una comemos, de ordinario caldo gallego, lacón con grelos o ropavieja, y dos horas después, vuelta a la faena. Los ejercicios de tarde son más variados y distraídos: gimnasia, remo, señales, nudos, morse, jarcias... Sólo un día sí y otro no, pelamos patatas. A las seis, una de las dos brigadas, babor o estribor, la mitad de la dotación, sale de paseo. La ciudad es pequeña, menos fría que la nuestra pero, en cambio, llueve con frecuencia. La señora Jacoba, la lavandera, nos lava y plancha la ropa por poco dinero. En la próxima os enviaré dos fotografías: una en traje de faena, con el abisinio en la cabeza, y la otra de gala, con la lanilla, como llaman aquí a la marinera. ¿Sabéis que a Dámaso y a mí nos dio la risa al vernos vestidos así el primer día y un oficial tuvo que llamarnos la atención? Dime algo de papá. Pásale ésta y dile que le recuerdo. Besos a las hermanas y a los tíos y para ti un abrazo muy fuerte de

Gervasio

Instigado por una suerte de pudor filial, iba dominando las artes del solape y el

efugio, aprendiendo a decir las cosas sin decirlas, exponiendo verdades incompletas. Contaba, por ejemplo, que remaba, pero omitía que no acertaba a repalear; reconocía que, cada tarde, una brigada saltaba a tierra, pero callaba que cuando le correspondía a la suya él se quedaba a bordo por falta de apostura; confesaba, en fin, que subía a los palos, pero ocultaba que hacía lo posible por ratearse y no pasar de la cofa porque el vértigo le dominaba.

No obstante, la primera vez que subió al juanete (con Peter detrás, al quite, velando la retaguardia) lo hizo sin vacilación alguna. Flechastes y obenques, aunque lastimaban sus delicados pies de niño urbano, no le intimidaron. Fue la escala inclinada de la gavia (de espaldas a la cubierta, primer obstáculo serio del trayecto), lo que le indujo a rogar a Peter que le respaldase. Su amigo le repetía: «Arriba, arriba, los ojos en la punta del mástil, no mires abajo», mas Gervasio experimentaba la atracción del abismo y no podía evitar mirar la cubierta de soslayo. En la cruz del juanete vaciló. Las aguas chapaleaban en el costado y el buque, desde lo alto, semejaba un minúsculo chinchorro. Lo preceptivo era desplegarse a lo largo del palo, los pies desnudos sobre el marchapié, las manos aferradas a la delgada barra fija que corría por encima del mástil, pero él no se atrevió. El marchapié, afianzado en los extremos del palo, enhebrado en unos ojetes escalonados, se tensaba o destensaba de acuerdo con la gravidez del vecino, por lo que Gervasio, medroso de salir proyectado como flecha de arco, se asió crispadamente a la barra, los nudillos blancos, tensas las mandíbulas, las rodillas vacilantes.

Peter, junto a él, le instaba a relajarse, pero allí, a cincuenta metros de altura, con el casco del barco abajo, como un pez diminuto, se le iba la cabeza. Una vez abiertos por la arboladura, don Manuel Borau, siempre avizor, revisó la formación e hizo sonar el silbato. Ante la orden, sus compañeros soltaron la mano derecha y saludaron militarmente, pero a él le faltó valor y, aunque inició el movimiento, al notar que el marchapié cedía, volvió a asirse a la barra con las dos manos. Pese a la distancia, la mirada de águila del instructor reparó en él y, entonces, se sacó el silbato de la boca y voceó ásperamente:

—¡El saludo a la voz obliga a todos! ¿Me oye el cuarto marinero del juanete, a estribor? ¿O es que quiere ir al cuadro?

Su tono era aún más perforador que el del silbato. Don Manuel Borau quedó a la espera (ancho, corpulento, las manos a la espalda, el pito niquelado en la comisura de la boca, la acerada mirada en el palo) y Gervasio titubeó, pero la imagen de aquel hombre cuyos ojos no se apartaban de él, conminándole, pudo más que su temor. Afirmó la mano izquierda sobre la barra fija y fue levantando gradualmente la derecha hasta rozar la sien. Lívido, prietos los párpados, las mandíbulas convulsas, repitió tres veces el ademán hasta que don Manuel Borau se dio por satisfecho. «¡Dentro y abajo!», gritó, y mediante una serie de agudas pitadas ordenó romper la formación.

En lo sucesivo, cada vez que en el cuadro se anunciaba el ejercicio de «saludo a la

voz», procuraba ratearse o se las ingeniaba para no pasar de la cofa. A mamá Zita le hablaba sin embargo de subir a los palos como si se tratase de un pasatiempo, y ante Manena Abad se pavoneaba («ves el mundo a tus pies, chiquitito, despreciable, tal como lo vería Moisés desde el monte Sinaí») y, apuntando quizá un raptó de inconfesado erotismo, aludía a la «piel rota por los flechastes y las carnes magulladas por las drizas», pero Manena Abad, poco motivada por estos excesos barrocos, demoró la respuesta, escasamente entusiasta.

Obsesionado por los encabezamientos, había esperado la primera carta de la niña con emoción. ¿Cómo la iniciaría?

¿Querido, estimado, amigo, inolvidable...? Pero Manena Abad, con su acostumbrada pericia, orilló el compromiso: «¡Hola, marinerito! ¿Qué tal por esas regiones...?». Le desagradó el diminutivo, poco adecuado para designar a un guerrero. Obviamente, la muchacha menospreciaba su situación, no lo consideraba en peligro, y, ante su indiferencia, él se sentía defraudado. Había soportado todo con resignación (el hacinamiento, la vecindad de las ratas, el vértigo, el enclaustramiento a bordo) imaginando que allá, en su ciudad, mamá Zita, Manena Abad, tía Cruz, tío Felipe Neri, sus hermanas, la señora Zoa, y hasta el mismo papá Telmo, temblaban por él. La carta de Manena Abad, con su frívolo tratamiento, había venido a limitar sus pretensiones, a sugerir que sus pequeños fracasos iniciales, pese a estar signado desde la infancia, podían poner en entredicho sus dotes de soldado. A tío Felipe Neri se resistía empero a desengañarlo: «Mi vida aquí es un constante repeluzno, tío», le escribía, a sabiendas de que no era cierto, de que su sensibilidad estaba como acorchada, de tal manera que hasta las marchas que acompañaban las dos horas y media de instrucción habían perdido sus virtudes compulsivas. «Me falta concentración —se decía—; no soy capaz de concentrarme.» Y algo había de esto. Con la salve marinera, en el crepúsculo vespertino, otro momento propicio, sí cabía el devaneo imaginativo, pero en este caso, la música ñoña, asordinada y pálida carecía de garra suficiente para exaltarle.

Otra ilusión cortada en flor fue la de la lancha torpedera con la que tanto soñara en el Club. El cabo Rego les desengañó a los pocos días de ingresar: «Las dotaciones de esas lanchas nunca las buscan aquí». Peter inquirió los motivos: «Están al completo. ¿Qué tripulantes crees que lleva una lancha de esas?». La utopía se alejaba; quedaba en utopía. Gervasio se lo hizo saber al tío Felipe Neri: «Lo de la torpedera, al parecer, no es viable, tío. Son pocas y están todas tripuladas. En el mejor de los casos, tal vez podrían destinarnos a uno, pero nunca a los cinco juntos como pretendíamos». Dámaso Valentín le acosaba: «Pues piensa en otra cosa, coño; tu tío puede colocarnos en cualquier parte. Yo aquí no aguanto más». Renegaba del buque-escuela, «el bergantín del esfuerzo inútil», como le llamaba. «¿Qué clase de escuela es ésta? —se preguntaba—. ¿Podéis decirme qué aprende uno haciendo cola en pelotas, a la intemperie, a las seis de la mañana, calado hasta los huesos, esperando que el cabo decida borrarle de lista?» La interrogante atraía sobre él la atención de los

quintos y entonces engolaba la voz y se respondía a sí mismo: «A joderse: a eso aprende uno en el buque-escuela; ése es su fin». Su filosofía se extendía, ganaba prosélitos. Cada vez que abría la boca, los quintos lo miraban como hipnotizados. Damasito proseguía: «¿De qué te sirve aprender a encaramarte en un palo si en los barcos de guerra no hay palos? ¿De qué a manejar un fusil, si los marineros no utilizan fusiles?». Con técnica de predicador, hacía un alto, aflojaba la voz y remataba su discurso: «En el buque-escuela te enseñan a pasarlas putas para que nada de lo que te ocurra luego en la vida pueda parecerle grave; ¡ésa es la escuela!». Peter, oficioso, disciplinado, le reprendía:

—Estás desmoralizando a la tropa y con una tropa desmoralizada nunca se ganó una guerra.

De ordinario charlaban en el sollado, guarecidos del orvallo, y cuando asomaba el sol en cubierta, en el cachete, dando cara a la ciudad refulgente, del otro lado de la bahía. Insensiblemente su vocabulario se endurecía y Dámaso había empezado a fumar.

Una tarde le asaltó a Peter una idea y se preguntó que, puesto que el desembarco en la lancha torpedera era inviable, ¿por qué no enrolarse en el crucero *Baleares*, el buque insignia, donde Tato y Eduardo ya estaban destinados? En un barco cuya dotación excedía de mil individuos, la incorporación de tres nuevos marineros no comportaría problemas. Y, esto aparte, ¿eran capaces de imaginar la alegría de Tato y Eduardo el día que los vieran aparecer portalón arriba con los sacos blancos al hombro? La exultación de Peter resultó contagiosa. Con el mismo entusiasmo con que se barajó en el Club la idea de la torpedera se especuló ahora con la del crucero *Baleares*. Peter les describía la nave (desplazamiento, eslora, velocidad, torres, dirección de tiro, etc.) avivando sus deseos, confirmando su determinación. En el fondo, esto era lo que siempre habían deseado. Hasta Gervasio barruntaba ahora en el *Baleares* la posibilidad de la acción individual heroica. El seco palmetazo de Dámaso Valentín en su espalda le forzó aún más:

—¡Venga, coño, escribe a tu tío!

Y esa misma noche, Gervasio, con un leve hervor en el colodrillo, escribió a tío Felipe Neri una carta enardecida, donde le encarecía que interpusiera sus buenos oficios hasta conseguir embarcarles en el buque-insignia, con sus amigos Tato y Eduardo.

La tarde del 28 de febrero de 1938, el instructor de marinería, don Manuel Borau, prescindió inesperadamente de la revista de marcialidad preceptuada por la Comandancia en el mes de enero y, por primera vez en cinco semanas, los francos de babor salieron a tierra sin otro requisito que la revista de aseo. No obstante, los días 1, 2 y 3 de marzo, don Manuel Borau volvió a pasar aquélla, y el 4 y el 5 tornó a omitirla, sin aparentes razones que justificasen tales mudanzas, por lo que el día 6, que vacaba su brigada, Gervasio, precavido, se enfundó la lanilla y aguardó acontecimientos (si don Manuel Borau, tras la revista de aseo, se desplazaba a la pasarela para pasar la de

marcialidad, regresaría al sollado, y, como de costumbre, se quedaría a bordo; en caso contrario, podría saltar a tierra con su brigada por segunda vez desde su ingreso en el buque-escuela). Gervasio temía que don Manuel Borau pudiese reconocerle, pero no ocurrió así; con paso mecánico y firme, el rostro congestionado, fría la mirada gris, el instructor inspeccionó la brigada sin reparar en él, y acto seguido, tras el imperceptible ademán de asentimiento de don Gaspar Hungría, ordenó romper filas y Gervasio, sin apenas darse cuenta, se vio libre (recorriendo a grandes trancos el adoquinado del muelle, rodeando los diques secos, el Arsenal, franqueando, al fin, la gran verja ante los ojos indiferentes del centinela) como un niño en vacaciones. Peter y Dámaso rivalizaban en orientarle, en servirle de cicerone. Sacaron localidades para un cine y dejaron la película a medio ver. Recorrieron la mayor parte de la ciudad, y al caer la tarde pasaron por casa de la señora Jacoba, la lavandera, en el barrio alto, quien, después de cambiarles los saquillos, se quedó mirando a Gervasio maternalmente, los poderosos brazos desnudos, de gruesas muñecas rojizas, cruzados sobre el pecho: «¿De modo que éste es el que faltaba? Es muy majo el cativo». De regreso a la calle accedieron por un angostillo a la plaza de Deschamps. El fino olfato de Peter captó en el ambiente un cambio inefable: «¡Qué sé yo! —explicaba—. Como más gente en la calle, más encogida, una cosa rara. Como si todos tuvieran un enfermo en casa. ¿Es que no lo veis?». Rió Damasito, pero Gervasio reparó en los ojos de los transeúntes, en una expresión de connivencia, de desvalimiento que antes no tenían; una especie de necesidad de sentirse arropados. En las aceras, pequeños grupos charlaban a media voz, subrayando las palabras con una gesticulación desproporcionada. Tres muchachas, desde el mirador de un segundo piso, aplaudieron al paso de media docena de marineros borrachos. Un mozo de blusón gris echaba la trampa de una ferretería. Algunos rostros expresaban una gravedad mineral, como la de los acompañantes de los antiguos entierros de Santa Brígida. Peter miró en torno: «Algo ha ocurrido», repitió. Tomó a Gervasio por un brazo y entraron en un café. El ambiente enrarecido de la calle se espesaba allí, en el vacío patético de las mesas, los camareros desocupados, las blancas servilletas al hombro, un oficial de máquinas bebiendo solo, en silencio, en una esquina de la barra. El camarero, escurrido, de cejas caídas, se dirigió a ellos, mientras el oficial de máquinas se volvía hacia los otros cinco y decía brumosamente: «De no ser por los ingleses no hubiera habido supervivientes». El camarero los miraba sin apremios, las cejas vencidas, la expresión doliente. Dijo Peter:

—¿Es que ha sucedido algo?

El camarero intentó enarcar sus cejas en vano:

—¿Es que no lo saben? Los rojos hundieron anoche el *Baleares* a la altura de Cartagena. Acaba de darlo Radio Nacional.

—¡Dios! —exclamó Gervasio, y miró los rostros demudados, sin voz, de sus compañeros.

En la calle se improvisaban tertulias ante los portales. Se cruzaron con una

viejecita vacilante, bisbiseando, hablando sola. Los aplausos desde los balcones, sin perder timidez, menudeaban más que antes, estallaban cada vez que un reducido grupo de marineros o soldados pasaba por la calle. Dos niños de corta edad se perseguían entre la gente, chillando, ajenos al desastre. Pasó a su lado un capitán de navío, tan ensimismado que no advirtió sus saludos. Tras él, dos muchachas, casi niñas, gimoteando, apuñando sendos pañuelos. Tamizadas por los visillos de un mirador, dos siluetas de hombre y mujer escuchaban el monótono bordoneo de un receptor de radio. Los ojos de los viandantes parecían traslucir estupor antes que pesar, algo así como un rechazo de lo irremediable. Les adelantó, tocando el claxon, un automóvil que conducía a un vicealmirante. Gervasio se sorprendió a sí mismo al oírse decir:

—Tato no puede haber muerto. Nadaba mejor que Johnny Weissmüller.

Dámaso le miró. Liaba sobre la marcha un cigarrillo. Dijo lacónicamente, como si condensara en dos palabras una larga y ardua reflexión:

—Menuda cabronada.

Un chiquillo que corría en dirección contraria le empujó derramando el tabaco. Juró contrariado. Estaba intensamente pálido, los finos labios atirantados, sin brillo. De la esquina llegaban las notas de un acordeón, una sucesión de marchas militares apagadas. La gente se arremolinaba alrededor de un ciego harapiento sentado en el suelo, la sucia boina llena de monedas. Se detuvieron. Una mujer de negro lloraba a su lado, otros le arrojaban monedas, mientras el vagabundo arrancaba gemidos quejumbrosos del acordeón y entonaba, ahora, el himno del crucero hundido. Gervasio percibió un conato de erizamiento capilar bajo el lepanto, pero el ostento no se produjo. La musiquita y la voz desafinada del ciego eran más funerales que aguerridas. Reanudaron la marcha sin objetivo. En la plaza, ante el edificio de la Comandancia de Marina, se congregaban unos centenares de personas, paisanos atónitos, marineros ebrios, mujeres llorosas profiriendo lamentos ininteligibles. Una voz rota demandó entrada e información. Peter dijo como para sí sentenciosamente: «Para la guerra esto es un tropiezo; para Galicia, una catástrofe». Una niña con un lazo en la cabeza y un abrigo azul, muy corto, llamaba a voces a su madre. La multitud se inquietaba, reclamaba nombres, detalles de la tragedia. Dámaso se volvió hacia Peter: «¿Por qué no nos marchamos?», preguntó. Grupos de marineros caminaban apesadumbrados hacia la verja del Arsenal. Peter tomó por un brazo a Dámaso Valentín:

—Vámonos —dijo.

Tenía los rasgados ojos turbios, dos rosetones en lo alto de los pómulos. Gervasio le puso una mano blanda en el hombro. Se encontraba como perdido, necesitado de consolar y ser consolado. Pero, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por quién?

—Vamos —dijo.

Los adoquines repiqueteaban bajo sus botas. A la desmayada luz de las tulipas escalonadas, la vasta explanada del Arsenal no parecía el mismo lugar donde a diario

hacían instrucción. «Parece mentira», musitó Gervasio. Un marinero, con el lepanto en la mano, vomitaba a la sombra de la nave de talleres mientras su compañero le sujetaba la frente. En lo alto de la pasarela, un muchachito de faena, casi un niño, lloraba apartado, en silencio, esperando a alguien. Corrillos de marineros cuchicheaban en cubierta. En los sollados las mesas permanecían armadas pero nadie se sentaba a ellas y los francos, recién llegados de tierra, formaban grupos con los que habían quedado a bordo, comentando la noticia. Se hacía difícil el tránsito por los pasillos pero, una vez alcanzado el rancho, presidiendo la mesa vacía, descubrieron la noble cabeza entrecana del cabo Rego (la mano derecha en la frente) ante una botella, como si cavilara sobre algún complejo problema. Levantó los ojos al oírlos y miró a los tres, uno por uno, con sus pesadas pupilas adormiladas:

—Ya os habrán informado, ¿verdad? —dijo con voz arrasada, extrañamente torpe—. Los aguardaron de noche, emboscados, sin presentar batalla. ¡Ocho contra uno y a traición! Cara a cara nunca hubieran podido hundirlo.

Cogió la botella por el cuello, pero Peter, en un gesto de madurez responsable, la rescató de su mano sin violencia y el cabo no protestó, se limitó a mirarlo con sus ojos acuosos antes de dejar caer la cabeza sobre su antebrazo y quedarse dormido.

XVI

La marinería se agolpaba en silencio ante el cuadro, pero tan pronto el cabo Ortigueira (ojos gachos, orejas despegadas, boca fruncida) apareció con la relación en la mano, y la fijó en él, el corro entró en ebullición, los marineros se atropellaron ante el cristal, juraban, empinándose, dispuestos a dilucidar de una vez la suerte de sus familiares y amigos, tras una espera de treinta y seis horas. Luego, durante unos segundos, hasta que los marineros más próximos pudieron leer los primeros nombres, el buqueescuela quedó en suspenso. El último día habían circulado los más sombríos rumores (todos habían sucumbido, no había supervivientes; el *Canarias* también había sido hundido; la flota roja, envalentonada, preparaba un desembarco en Mallorca) y ahora, aunque tarde, la información oficial venía a delimitar la tragedia: el barco naufragado en la madrugada del 6 de marzo era el *Baleares* y el número de marineros recogido por los destructores ingleses *Boreas* y *Kempenfelt* 317 (de los 1200 que componían la dotación), es decir, los muertos y desaparecidos alcanzaban la cifra de 900, un setenta y cinco por ciento de la tripulación. De la cubierta a la quilla, el buque-escuela se estremeció. En él había padres, hijos, hermanos, amigos de los marineros del crucero hundido, y las posibilidades de encontrarlos con vida, establecidas ya estadísticamente, eran de una entre cuatro. De ahí que la dotación, constreñida entre la borda y la obra muerta, se arremolinase impaciente ante las listas de supervivientes mecanografiadas por orden alfabético, que el cabo Ortigueira acababa de exponer en el cuadro. Los muchachos volvían a empujarse, codeaban, apechugaban, voceaban, maldecían, y, de cuando en cuando, alguno, desengañado ya tras el inútil examen de la lista, se abría paso entre el tumulto y desaparecía sollozando por la primera escotilla o se acodaba en la borda, en el cachete, la cabeza entre las manos, mirando la ciudad con ojos hueros, consternado, en tanto otros, los menos, brincaban atolondrados en las primeras filas, riendo y llorando, pronunciando una y otra vez el nombre amado, haciendo partícipes, a voces, de la grata nueva a los que aún no alcanzaban a ver la relación: el presunto muerto estaba vivo.

Recostados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso aguardaban a que decreciese la afluencia de gente, a que los más directamente afectados por la catástrofe se diesen por enterados, y, conforme fue cediendo el tropel y el grupo comenzó a ralear, iniciaron su lento progreso hacia el cuadro, dos pasos adelante y uno atrás, magnetizados por aquella nómina implacable que, sin admitir apelación, decidía fríamente quiénes, de entre los tripulantes del crucero, habían sucumbido y qué otros habían tenido la fortuna de sobrevivir. Gervasio sentía las rodillas frágiles y el corazón galopante, y en la nuca el hálito intermitente de la respiración de Peter. Y una vez que sus pupilas columbraron los nombres de la lista, deletreó en voz baja, ansiosamente, los incluidos en la letra C: Cabo, Castillo, Coloma, Colomer, Cobo, Coronado... ¡Custodio! ¡Allí estaba! Custodio Maeso (Eduardo). Chilló algo, no sabía bien qué, entre las voces ajenas, alborozado, y a sus espaldas la voz cacareante

de Damasito apostilló: «¡Rostro Pálido es inmortal!». Algo le sacudió en la nuca, tal vez el júbilo de Dámaso, tal vez la imagen ensoñada de Eduardo, braceando en la negra noche contra el oleaje mientras el crucero se hundía. Lo cierto es que el incipiente cosquilleo del colodrillo se fue acentuando a medida que recorría los apellidos relacionados en la letra D y el nombre de Fortunato Delgado no aparecía. Releyó la nómina con mayor detenimiento y al oír la voz de Peter tras él («No está. A Tato lo han matado») sus cabellos se dispararon como rindiendo homenaje al amigo muerto, se erizaron bajo el abisinio como las púas de un cardo, presionando con obstinación hasta conseguir despegarlo de su cabeza e izarlo como un harapo. Unas manos piadosas se posaron sobre su cráneo abortando la insólita crispadura y, al dar media vuelta, descubrió a Peter, que aún mantenía sus manos sobre él, en actitud sacramental, como si le estuviera ungiendo, y sus miradas evasivas, veladas por las lágrimas, se cruzaron un instante. De retirada, Damasito en medio, los brazos solidarios sobre sus hombros, repetía como un estribillo:

—Han matado a Tato; menuda cabronada.

La noticia de aquella baja impensable se difundió por el buque-escuela y, pese a tener la mayor parte de la dotación dolores más próximos, se afligieron con ellos y concluyeron que el hecho de que aquel compendio de virtudes marineras hubiese desaparecido era claro exponente de la violencia de la explosión. «Si alguien me hubiera dicho que no había más que un superviviente, yo hubiese respondido sin vacilar: Tato Delgado», comentaba conmovido el cabo Rego. El mismo don Manuel Borau, tan frío y frugal, en el lacónico mensaje con que cerró la misa de campaña en la explanada se refirió a «los que pocos días antes compartían nuestras tareas poniendo muy alto el nombre de este buque-escuela y hoy hacen guardia sobre los luceros», alusión que, a juicio de Peter, iba directamente dirigida a su amigo muerto.

El hecho, antes que aflicción, despertó en Gervasio una rabia árida, un deseo de revancha ajeno a todo patriotismo. Algunas noches, al acostarse, recordaba a Tato, la cinta roja sobre su rubia cabeza, jugando al waterpolo, evolucionando en el agua como un delfín, y, más tarde, vestido ya con su cazadora a cuadros, entonando a pleno pulmón la romanza de *Katuska* por el Paseo de las Piscinas. En esos casos se decía: «No tenemos otra alternativa que salir de aquí. Hay que vengar a Tato como sea». Y espoleado por este afán escribió a tío Felipe Neri una carta febril («trémolos heroicos», anotó éste en la libreta de pastas de hule), devoradora como una llamarada: «El *Baleares* ha caído gloriosamente, tío, y con él nuestro amigo Tato Delgado. Nuestro desembarco no admite dilación. No dormiré tranquilo mientras no le sepa vengado». No suplicaba como otras veces sino que exigía su mediación, y en vista de su estiaje creador adoptó como suyas las palabras ebrias del cabo Rego, la noche en que se difundió la noticia: «La escuadra enemiga no presentó batalla. Emboscada en la oscuridad, tendió al *Baleares* una celada. Cara a cara nunca hubiera podido hundirlo». Asesorado por Peter, apuntaba: «El *Canarias* o el *Juan de Austria*, tío, barcos gemelos del *Baleares*, podrían ser nuestro destino». En la amura, sentado en el

suelo, el bloc sobre las rodillas, Peter escribía a Eduardo Custodio felicitándole (¿por qué le felicitaba?, ¿por haber salvado la vida?, ¿por su actuación en combate, que ignoraba?, ¿por el heroico fin del crucero?), rogándole rápida respuesta y (si la censura lo autorizaba) pormenores sobre el naufragio, si los cruceros navegaban solos o en conserva, si se registró cañoneo o batalla previa, número de barcos que acechaban y su formación. Sobreponiéndose al dolor, el estratega que subyacía en la personalidad de Peter salía inevitablemente a flote. Los últimos renglones los dedicaba a Tato: «¿Cuál era su destino a bordo?, ¿le alcanzaría la explosión de los torpedos?, ¿o era cierto que voló la santabárbara llevándose por delante la obra muerta del buque?».

A la mañana siguiente, inesperadamente, Peter recibió carta de Tato Delgado. En el remite decía: «Crucero *Baleares*, Palma de Mallorca o donde se encuentre». La mano de Gervasio había temblado al recogerla. Desde sus primeras experiencias con Antero Arias, las noticias sorprendentes, con ciertos ribetes sobrenaturales, le desencadenaban accesos de perlesía. «¿No te impresiona? Es como recibir carta del otro mundo», comentó Damasito. Pero Gervasio pensaba en el remite: «Donde se encuentre». ¿Vislumbraría tal vez Tato que al llegar la carta a su destino podría encontrarse el crucero en el fondo del mar? Damasito pretendió forzar una sonrisa pero únicamente consiguió recoger el fino labio superior sobre la encía, como un conejo, mostrando el diente mellado. En su carta, fechada el 5, víspera del hundimiento, Tato, después de excusarse por el retraso en escribirles, consignaba su repentino embarque en el *Baleares*, su destino en la torre 1 y el de Eduardo Custodio en el puesto A, de dirección de tiro de superficie. Como si sus pensamientos se hubiesen cruzado, sugería la posibilidad de reunirse un día los cinco en el buque-insignia («tal vez sea una utopía, pero soñemos, y demos alas a la utopía»). Gervasio y Dámaso Valentín, unidas las cabezas, leían la carta al mismo tiempo que Peter, por encima de su hombro:

—Parece un testamento, coño —comentó Damasito, sacando del bolsillo de la faena un paquete de tabaco y vertiendo un poco en la palma de la mano:

—Voló dentro de la torre. Eso lo explica todo.

—¿Qué explica?

—Que muriera. Las trincas le impidieron salir. No tuvo oportunidad de lanzarse al agua.

Gervasio rumiaba horrorizado el emparedamiento de Tato e inconscientemente establecía una conexión entre el remite de su carta y el naufragio del *Baleares*. ¿Qué tortuosos caminos seguiría su mente para intuir que, al alcanzar la carta su destino, el crucero podía «no encontrarse» en Palma de Mallorca? Una pungente desazón le impulsó a consultar a Antero Arias quien, con sus manos inhábiles, daba vueltas y vueltas a la carta de Tato mientras le hablaba con acento sibilino de intuiciones morbosas, estados de adivinación, presagios y premoniciones. Para salir de dudas le invitó a reunirse una tarde («si el hijoputa de Borau no restablece la inquisición») en

el reservado del café La Marina y convocar al espíritu de Tato. Damasito rió la ocurrencia pero Peter se irritó: «¿Cuándo vas a mandar a paseo a ese sietemesino?». Mas aunque Gervasio, dócil a su consejo, se apartó de Antero Arias, la muerte de Tato siguió siendo para él un motivo permanente de reflexión. Su amigo, como todos los muertos del *Baleares*, era, de acuerdo con la voz popular, un héroe, pero ¿cabía aceptar al héroe sin voluntad de serlo, forzado por unas trincas? ¿Es que Tato, herméticamente encerrado en una caja de acero, podía haber hecho otra cosa que morir? ¿Qué hizo allí dentro, en realidad? ¿Gritaría, lloraría, rezaría, invocaría, juraría, se desesperaría, arañaría los mamparos, se daría de cabezazos contra ellos o, por el contrario, asumiría serenamente la muerte que se acercaba? ¿No radicaba en ese matiz el heroísmo? Desde sus devaneos solitarios, escuchando el programa «Al paso alegre de la paz», Gervasio había menospreciado la muerte arcana, incógnita y silenciosa, por inútil. El heroísmo encubierto, al perder su carácter aleccionador, no servía para nada, dejaba de ser heroísmo. Captada, en cambio, la acción por una cámara oculta que pudiera demostrar que el muerto no había muerto como una rata, ensuciándose los calzones, sino disparando contra el enemigo hasta el último cartucho, cobraba otro significado. Pero así, sin testigos, sin documentación pertinente, no quedaba más que la duda, de no ser que el muerto en guerra fuese un héroe por la simple razón de haber muerto. ¿No requeriría el héroe, como el santo, un postulador que demostrase su singularidad en contra de los argumentos del abogado del diablo? A veces recordaba dolorido el irónico comentario de Peter meses atrás, cuando dijo aquello de que él no aspiraba a ser héroe sino exhibicionista. ¿Sería éste, quizá, su inconfesado deseo?

Gervasio guardaba sus elucubraciones para sí; renunciaba a compartirlas. Sabía que para Peter el heroísmo de Tato era incuestionable; un hecho obvio. Peter veneraba a su amigo, admiraba su vida y su muerte; constituía un ejemplo a imitar. Esta convicción llevó a Gervasio a concluir que el único procedimiento de bienquistarse con él, de merecer su aplauso, sería morir en acción de guerra. Todo lo demás eran dilaciones. Desde este punto de vista parecía normal que las crispaduras no le impresionasen (física recreativa o, a lo sumo, puros fenómenos eléctricos, como decía el tío Vidal). Su comportamiento en el reciente repeluzno, imponiéndole compasivamente las manos sobre la cabeza para evitar el risible espectáculo del abisinio volador, había sido elocuente en este sentido.

Una tarde, pelando patatas en cubierta, Dámaso Valentín le comunicó el proyecto de Peter, una vez que la guerra concluyese, de cambiar el mascarón de proa que presidía el Club por una gran fotografía de Tato orlada con los colores nacionales. Gervasio acusó el golpe. Se sintió celoso. Sentía celos de un muerto, y en su interior se emplazó para morir él también de forma que su fotografía, junto con la de Tato Delgado, presidiese el Club el día de mañana, y Peter, en compañía de Manena Abad (una Manena Abad madura, perpetuamente célibe, fiel a su memoria), depositaría al pie del retrato cada aniversario un ramo de claveles para conmemorar su sacrificio.

En contra de todas las previsiones, la disciplina no se relajó en el buque-escuela después del hundimiento del *Baleares*. Transcurridos unos días de cierta laxitud, el rigor retornó, más inflexible que antes, de acuerdo con una resolución no por inexpresada menos evidente: había que forjar marineros tan duros y avezados que la tragedia no pudiera volver a repetirse. Don Manuel Borau reanudó las revistas de marcialidad, bajo criterios tan estrictos que algunas tardes más del veinticinco por ciento de la brigada franca regresaba desahuciada al sollado. Antero Arias, con sus hombros descarnados, se sacaba la lanilla encolerizado, exhibía unos momentos su torso enteco, aquillado, y maldecía de la Armada y de sus cuadros:

—Lo dicho, en este país para alistarse en la Marina hay que ser un niño bonito.

Gervasio volvió también al ostracismo. Dejó de vestirse la gala; de intentar salvar la revista. Pero una lucecita de esperanza le animaba ahora: el convencimiento de que tío Felipe Neri andaría cabildeando en las alturas y, en consecuencia, sus días en el buque-escuela estaban contados. Por otra parte, resuelto a imponerse a la adversidad, ante cualquier disyuntiva, optaba por el ejercicio más esforzado o de mayor riesgo (aspiraba a autoconvencerse y a convencer a su amigo Peter de que el hundimiento del *Baleares* y la muerte de Tato le habían cambiado). Remaba con ardor, hacía instrucción sin desmayo, llegó a ser un experto señalero y, cada vez que don Manuel Borau ordenaba «saludo a la voz», con sus agudos pitidos, allí estaba él apuntándose el primero, trepando jarcias arriba hasta el juanete, salvando imperturbable la cofa, abriéndose por el marchapié sin un titubeo, dominando el vértigo. Pero Peter no parecía reparar en sus progresos, se mostraba pasivo, ajeno a sus esfuerzos, y de la misma manera que antaño no censuraba su poquedad, tampoco ahora elogiaba su arrojo; como de costumbre, callaba y cumplía puntillosamente con su deber.

Una mañana, durante el reparto del correo en el combés, Gervasio recibió una abultada carta de tío Felipe Neri. Toda la familia escribía en ella, desde mamá Zita hasta Florita; incluso le insertaban media hoja de papel cuadriculado escrita en la Plaza de Toros por papá Telmo. Al margen de su conminatorio «¿Quién como Dios?» y su exaltado canto a los héroes del *Baleares*, tío Felipe Neri le hacía ver que el asunto de la reclamación «estaba en marcha», lo que implicaba (para él, que lo había considerado resuelto) una nueva dilación. Al desánimo causado por esta carta se unieron las desfavorables noticias de mamá Zita sobre Eduardo Custodio. Eduardo, en efecto, había salvado la vida pero se hallaba hospitalizado, vendado como una momia, con quemaduras de tercer grado y una infección grave en los ojos que requería un lento proceso de curación. Los médicos que lo atendían no se mostraban optimistas. «Vuestra carta, que su madre le leyó, le reconfortó mucho. Le encargó que os dijera que Tato, como todos los servidores de la torre 1, voló por los aires al estallar los torpedos.» Gervasio respiró hondo; Peter, recostado en la batayola del sollado de popa, la frente sobre las rodillas flexionadas, se preguntaba qué destino era más cruel para un muchacho de diecisiete años, la ceguera o la muerte. Damasito, sentado en el linóleo a usanza mora, plegaba los bordes de un papel de fumar, vertía

en él unas briznas de picadura, previamente expurgadas de durezas, y enrollaba un cigarrillo. Gervasio, una vez leída la carta de su madre, la pasó a Peter y desdobló la nota de papá Telmo. Nunca daba cuenta a sus amigos de las notas de su padre. Temía sus comentarios, sus reticencias. A su entender, su padre no había correspondido a las consideraciones del Alzamiento. Se mostraba obstinado e ingrato. En un principio, Gervasio había confiado en su conversión, pero a medida que transcurría el tiempo, se conformaba con su silencio. Sus notas, de ordinario párvulas y elementales («estoy bien», «estoy desanimado», «tengo calor», «tengo frío», «el paquete de golosinas hizo las delicias de la comunidad»), casi nunca se referían a la guerra, tal vez para no comprometer a tío Felipe Neri, mas en esta ocasión establecía juicios éticos sobre la última carta de Gervasio: «La guerra es la gran emboscada, hijo mío. El que más y mejor tienda las emboscadas, ése será el vencedor. La guerra es el final del juego limpio, del *fair play*, como dicen los ingleses. Pero lo procedente es reconocerlo así y no censurar al enemigo ardidés que nosotros estamos dispuestos a emplear mañana. ¿Tan sectaria es tu pequeña cabeza que no es capaz de reconocer en el adversario una acción meritoria? Adiós, querido hijo, que Dios te acompañe en tu próxima singladura». Airadamente hizo un rebujo con el papel y Peter levantó la cabeza, sorprendido:

—¿Pasa algo?

—Mi padre.

—¿Qué le ocurre?

—Lo de siempre.

—¿Es que creías que iba a cambiar de ideas porque no coincidieran con las tuyas?

Gervasio no respondió. Había un reto oculto en la carta de papá Telmo. Únicamente un valeroso gesto de su parte podría hacerle cambiar de opinión. Pero ¿dónde habría un gesto que papá Telmo no fuese a considerar una celada? Se apartó de la batayola y se tumbó en el linóleo, los dedos entrelazados bajo la nuca. Estaba enojado. Hasta la flébil situación de Eduardo desmerecía después de leer la nota de su padre. ¿Era una burla volteriana aquello de que Dios le acompañase en la última singladura? ¿Cómo se atrevía a invocar el nombre de Dios? ¿Cómo hacer compatible a Dios con la horda? Si la horda, con la que papá Telmo comulgaba, había quemado a Dios en cien conventos, lo había fusilado delante de tío Fadrique, en el Cerro de los Ángeles, ¿qué significado cabía dar a su invocación? Cerró los ojos y movió la cabeza desalentado: «Jamás volveré a escribirle —se dijo—. Para mí, lo mismo que si hubiese muerto».

A la tarde siguiente, cuando Peter, con varios grupos de la brigada de babor, hacía palos, otros remaban en las sucias aguas del puerto y Dámaso y Gervasio dialogaban con las banderas de señales en la toldilla, una voz imprevista gritó desde lo alto del juanete:

—¡El *Juan de Austria* está entrando en la ría!

Se produjo un gran revuelo. Los señaleros se apresuraron a comunicarlo con las

banderas a los botes que bogaban en la bahía, Dámaso lo notificó a voces por las escotillas, la noticia corrió de boca en boca, de grupo en grupo; fue acogida con tal júbilo que, en contados minutos, cedió la actividad a bordo y la dotación, apiñada en cubierta, o encaramada en las jarcias, se convirtió en un hervor de blancos pañuelos agitándose, mientras una buida, estilizada silueta gris, de enormes dimensiones, la bandera flameando a popa, se adentraba en el puerto después de doblar la última curva de la ría. Sin mayor motivo, el entusiasmo se desbordó. La irrupción del crucero comportaba una oportunidad de desagravio tras el hundimiento del *Baleares*; era casi como un desquite, o el testimonio de una resurrección. El navío se hallaba tan próximo que a simple vista se divisaba a la marinería en sus puestos de babor y estribor de guardia, firmes, erguidas las cabezas, en tanto la banda de música interpretaba, desde la toldilla, la marcha *Suenan los clarines*. Gervasio seguía sin pestañear el desplazamiento del buque, su avance refrenado hendiendo las aguas oleosas, el leve humear de la oblonga chimenea, las sólidas torres en reposo, sus servidores al pie... Sin síntomas previos, notó un burbujeo en el colodrillo y un escalofrío en la espina dorsal, pero en reacción diligente, sobreponiéndose al excitante placer de la crispadura, se abotonó apresuradamente las orejeras del abisinio, bajo la barbilla. El ostento había sido conjurado:

—¡Coño, qué bote!

Oyó la exclamación admirativa de Dámaso a su lado. El crucero acababa de fondear frente a ellos, aproando al dique seco. El ruido bronco de la cadena del ancla en el escobén neutralizó la música de la banda. Paradójicamente, la inmovilización del crucero desató las lenguas y el buque-escuela, enmudecido durante la maniobra, se pobló de vivas, voces, rumores vagos, conjeturas arriesgadas y contradictorias. Para los más pesimistas, la arribada del *Juan de Austria* significaba que había sido averiado en el combate del día 6, en tanto cabos y oficiales, celosos depositarios de la moral de la Armada, reacios a todo dramatismo, sostenían que era una visita de rutina con objeto de limpiar fondos. Nadie se ponía de acuerdo, pero finalmente, al anochecer, tras laboriosas maniobras, el crucero quedó prisionero en el dique seco, varado en las anguilas, bajo los focos, entre una frenética actividad de poleas, guindolas, sopletes, cabrias y cabrestantes. El remache de los roblones martilleaba día y noche en el astillero, como un tambor automático. Durante los ratos libres, acodados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso observaban arrobados la actividad de los operarios, la diligencia de la marinería en cubierta. Dámaso se excitaba:

—Avisa a tu tío, coño. Si lo dejamos escapar ahora, Dios sabe cuándo tendremos otra oportunidad.

—Mi tío ya está en la idea.

—Pero, ¿sabe acaso que el *Juan de Austria* está aquí?

Tras acalorados debates, acordaron que el medio más rápido de informarle sería un telegrama, pero el telegrama no llegó a cursarse. A la mañana siguiente, don Ildefonso Barbosa, comandante en jefe del buque-escuela, los llamó a su camareta y

les comunicó que estuvieran prestos para desembarcar, ya que don Ventura Escribá, comandante en jefe del crucero *Don Juan de Austria*, los había reclamado.

XVII

A la altura del cabo San Vicente, el crucero viró cuarenta y cinco grados a babor (la violencia de la virada se hizo notoria en la escora y la vibración de los mamparos) y, tras el viraje, sobrevino la virazón, un viento ábrego, tan recio que desflecaba la bandera y amenazaba con arrebatarse el abisino de la cabeza. La mar engordaba y en las crestas de las olas blanqueaban las cabrillas. La proa entraba tan forzada al oleaje, que lo que momentos antes era un balanceo acompasado, adormecedor, de mecedora, se trasmutó en un abrupto movimiento de cuchareo (el buque subía y bajaba alternativamente de proa, avanzaba en giratorios movimientos de tornillo). Gervasio percibió el cambio de rumbo en las plantas de sus pies desnudos pero no le concedió importancia. Encarado al viento, asido con las dos manos a la cadena del *espardek*, guiñaba los ojos, buscando una expresión marinera para su rostro, orgulloso de su periplo inicial. La víspera se lo había comunicado por carta a mamá Zita y tío Felipe Neri y, aunque nada existía en el mundo capaz de entibiar el júbilo de su debú, al anotar el remite («Crucero *Juan de Austria*. Palma de Mallorca o donde se encuentre») le había sacudido un estremecimiento. El comandante del puesto H, teniente de navío don Mario Millares, con su gorra abollada, sin aro, y sus modales descuidados, le había asignado, antes de zarpar, un número y un destino: «Gervasio García de la Lastra, 377A, tubo acústico». Era un cargo importante. Por el tubo transmitiría a los antiaéreos las órdenes del director: es decir, en adelante sería su portavoz. Los compañeros le habían visto sonreír beatíficamente al escuchar su número, de modo que, al marchar don Mario, Javier Medina, el poeta, el más veterano del puesto, con su pelo crespo al aire, la nariz aguileña combada sobre los grandes dientes, le había preguntado:

—¿Es que te gusta el número, 377A? —Y como Gervasio asintiese, añadió—: No te preocupes; te llamaremos por él.

De esta manera Gervasio García de la Lastra se convirtió en el 377A, un número seguido de una letra, un nombre cifrado como el de un espía. El cabo Pita, su jefe de grupo, le dio posesión de una taquilla, un coy y una manta. Cogotudo, grave, bajo de estatura, el cabo Pita era hombre de pocas palabras. Fue su laconismo, la nocturna tristeza de su rostro, lo primero que llamó la atención de Gervasio. Huraño y apartadizo, andaba siempre con la cabeza en otra cosa. Su mirada errática provenía de unos ojos grisazulados, cambiantes, animados por una tenue lucecita ensimismada, en todo caso poco explícitos. En las horas de rancho apenas comía (solía visitar su taquilla o al mayordomo, de donde volvía siempre un poco enchispado) y en el puesto leía sin parar novelas de aventuras, actitud que afianzaba su aislamiento. Pero durante las guardias, sin el recurso de la novela, dejaba vagar por el mar su mirada sombría, como si se lo estuviera aprendiendo, y era capaz de dejar transcurrir horas sin mover un músculo de la cara. En contra de lo que era normal en su grado, Pita no era hombre autoritario, sino más bien lábil, tolerante, flexible con la ordenanza. Él

mismo, pese a estar prohibido («Desde el cierre de portillas, ni un cigarrillo en cubierta»), fumaba durante las guardias nocturnas, sin molestarse siquiera en disimular la lumbre bajo el antepecho.

Tampoco el cabo Tubío, telemetrista, era hombre de brega. Su rostro plano, asentado, se correspondía con su voz, mohosa, sin disonancias. Rollizo, carirredondo, era buen conversador y aficionado a los juegos de azar. Andaluz, ex-seminarista, su aire clerical, que probablemente no le abandonaría nunca, se manifestaba en los ademanes de sus manos abaciales, y en la venerable combinación de sus facciones. Luis Naveira, el Cativo, marinero de segunda, imberbe, de infantiles mejillas enrojadas, le embromaba con frecuencia a cuenta de su vocación abandonada, atribuyendo a sexualidad su claudicación, cosa que el cabo Tubío rechazaba de plano:

—Mi señora me sacó del seminario antes con los ojos que con los pechos.

Conforme con su modesto rango, sentía un respeto reverencial hacia los intelectuales, de ahí, tal vez, su lenidad en un puesto de dirección de tiro donde el que más y el que menos estaba en posesión de un título o camino de alcanzarlo. Sabía prever el futuro, e intuía que varios de aquellos muchachos hoy a sus órdenes serían con el tiempo personalidades destacadas. Especialmente con Javier Medina, estudiante de quinto curso de Arquitectura, que escribía poemas en sus ratos libres, se mostraba sumiso y deferente; le trataba de usted y, en una ocasión memorable, se dirigió a él llamándole «don Javier». En rigor, Javier Medina, cautivado por el mar, había decidido abandonar sus estudios de arquitecto e ingresar en la Escuela Naval tan pronto concluyese la contienda. Al cabo Tubío, al corriente de ello, nada le costaba dar un salto en el tiempo e imaginarlo ya de teniente de navío con dos cocas en la bocamanga. La convicción de que su subordinado de hoy sería mañana su superior le colocaba de antemano en posición subalterna.

Tras la promiscuidad despersonalizada del buqueescuela, Gervasio constató en el crucero un gozoso renacer del individualismo. El mismo Peter, al disponer de un rincón recogido, había reanudado sus trabajos de marquetería. La destreza de sus manos suscitó la curiosidad de los compañeros. Absorto bajo el *rocord*, valiéndose de fotografías facilitadas por Javier Medina, se consagraba ahora a la construcción de una maqueta del crucero. Su actividad en aquel astillero en miniatura no conocía reposo y pasó a convertirse en un pasatiempo colectivo. Raro era el marinero que al salir de guardia no se interesara por los progresos de su obra:

—¿Qué, Nauta, cómo va eso?

Porque Peter, asimismo por inspiración de Javier Medina, había dejado de ser Peter para pasar a ser el Nauta, hombre de mar por excelencia, habida cuenta no sólo de la habilidad de sus manos, sino de sus conocimientos de táctica y estrategia navales. Poco a poco, el Nauta se erigió en centro de gravitación del puesto H, con lo que éste vino a convertirse en un revezo del Club donde, por no faltar, no faltaban ni las partidas de póquer que el cabo Tubío presidía y en las que solían participar Miodelo, el flaco Santoña, y Fermín Linaje, el Escorbuto.

Fermín Linaje, con su rostro aceitunado, era un muchacho aprensivo, velludo y corto de brazos, para quien la avitaminosis continuaba siendo el principal azote de la gente de mar. Sus abultados labios de negro y su obsesión alimenticia recordaban a Gervasio el físico y las manías de papá Telmo:

—Lo que no da la gaveta, lo suple el sol —decía.

Y acorde con su credo, los días abiertos se tendía en pantalón de deportes sobre las balsas del *espardek* y allí se pasaba las horas muertas, soleándose. Imperturbable, era rival temible en el póquer. Pocos osaban ver el envite del Escorbuto cuando doblaba la apuesta y sus labios de mulato se combaban hacia abajo en un rictus despectivo. Rijoso como el Cativo, pedía a menudo a José Antonio Lago, el Pintor, que le dibujase «una ristra de tías buenas», desnudos que luego repasaba con lascivo deleite adobando la contemplación con comentarios salaces. Por contra, Lago, el Pintor, delicado como una tanagra, parecía un raro ejemplar de otra raza. Calzaba un 34 y toda su personilla, apuesta y atildada, armonizaba con el tamaño del pie. Contemporáneo de Javier Medina, con estudios de Bellas Artes, dibujaba incesantemente en un bloc de papel de barba figuras imaginarias o copiadas del natural. Los días serenos montaba en el *espardek* un pequeño caballete, adecuado a su estatura, y pintaba marinas a la acuarela, cuadros que, contrariamente a la norma, no resultaban relamidos sino que, tal vez debido a los tonos lúgubres del mar, la opacidad de la luz o los desportillados bous protagonistas, entrañaban una belleza atormentada. En momentos de buen humor invitaba a posar a los marineros del puesto de rasgos más acusados (el Escorbuto, Javier Medina, Bartolomé Roselló o el Rubio Colino, con sus facciones seráficas) y les hacía unas caricaturas grotescas que el resto de los compañeros celebraban.

Tras el hacinamiento del buque-escuela, el crucero vino a representar la recuperación de la vida privada, un retorno a la intimidad. El fraccionamiento de la dotación en pequeñas comunidades (puestos de dirección de tiro, torres, máquinas, antiaéreos) suponía la superación de la sordidez miscelánea, un ensayo de convivencia doméstica. Mas al margen de esta división, la autonomía del puesto H venía determinada por su situación en sobrecubierta, con dos únicos accesos: la escala directa, de hierro, sobre el ventilador, y otra, de viento, detrás de la chimenea, a través del *espardek*. El puesto H no era, pues, un lugar de paso sino que comportaba una voluntad deliberada el acceder a él.

En contra de lo que Gervasio esperaba, las costumbres de a bordo no se alteraron después de zarpar. Guardias aparte, lógicamente más responsables, todo continuó lo mismo. Había vivido con emoción el momento de la partida y, ahora, la mar tendida y turbulenta despertó en él la vívida idea de que la paz quedaba atrás, que se adentraba en la zona aventurada de la guerra (entre los profundos senos de agua alborotada, nada impedía que acechase el periscopio de un submarino enemigo, que ellos, en su condición de serviolas, tenían el deber de descubrir).

Baqueteado por el viento, recostado en la cadena del *espardek*, donde antes se

agarraba, contempló maravillado (como examina un niño su juguete preferido) la negra ametralladora de balas trazadoras. La proximidad del artefacto, su disponibilidad, la soledad en torno, alentaron sus adormecidas fantasías heroicas. Dio un paso hacia ella y se sentó en el silletín de hierro, accionó la manivela y el cañón, obediente, se desplazó de un lado a otro. Temblando de emoción, apoyó la acolchada culata sobre su hombro, oprimió la mejilla contra ella y, dejando resbalar la mirada tubo arriba, repitió a media voz entre el bramido del viento:

—Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá.

Perseguía con el punto de mira aviones imaginarios sobre el cielo aborascado y se sentía poderoso e invencible. En el tumulto de aquel crucero escorado, era la suya la única cabeza juiciosa. Repitió el recorrido de babor a estribor y simuló otras tres ráfagas:

—Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá.

Esbozó una sonrisa. Un avión adversario, alcanzado en el morro, trató de repinarse, entró en barrena y se estrelló contra la superficie del mar. Enardecido, Gervasio aculató la ametralladora contra su hombro, tomó el blanco de otro avión y en el momento en que se disponía a disparar una nueva ráfaga, sintió un seco calambre en el colodrillo pero, antes de que sus cabellos se erizasen, oyó la voz burlona de Bartolomé Roselló, el Mallorquín, a sus espaldas:

—¿Qué, ^{377A}, jugando a la guerra?

Sus enigmáticas cejas interrogantes parecían refrendar la pregunta. Gervasio se incorporó y señaló tímidamente la ametralladora:

—Nunca había visto de cerca un trasto de éstos —dijo.

Bartolomé Roselló se encaminó hacia el puesto:

—A ver si cuando los aviones vengan de verdad muestras la misma diligencia.

De nuevo solo, Gervasio, desequilibrado por la escora, se asió con firmeza a la cadena del *espardek*. El navío se encabritaba; hacía el efecto de querer ponerse de manos. Cohibido por los silbidos de la galerna, buscó refugio en el sollado, pero la oscilación de los mamparos, el desnivel cambiante de las planchas, acentuaron su ofuscación. Apoyándose en las taquillas avanzó hacia proa, pero al dar un paso, el suelo escapó bajo su pie desnudo y, al tratar de alcanzarlo, el buque vino hacia él, tropicó y estuvo a punto de caer. En pleno aturdimiento un embate de estribor le lanzó contra la batayola. Respiraba corto, resollando. Intentó serenarse, acomodar su paso a los vaivenes del navío, renunciándolos, pero su tentativa resultó inútil. La mar nunca repetía el movimiento anterior, se desbocaba. Sus axilas sudaban frío y el estómago se contraía en una sensación de náusea. Confiando en que el aire puro le aliviaría, volvió a subir a cubierta tambaleándose. Un golpe de viento, reforzado por un bandazo, le empujó contra la borda con tal ímpetu que Gervasio se vio por un momento devorado por el mar, y quedó un rato tembloroso, agarrado al pasamano, hasta que la reveza subsiguiente le reintegró a su primitiva posición, junto a la obra muerta. Se abrochó las orejeras del abisinio bajo la barbilla, con la vana ilusión de

que así le sería más fácil controlar su cerebro. Las olas reventaban en las amuras y barrían la cubierta con un rumor de playa, sofocado por los silbidos del huracán. Las ráfagas eran tan violentas, tan bruscos los bandazos, que el muchacho corría o se detenía impelido por una fuerza irreprimible. La amenaza del mar, los bramidos del viento, su propio malestar, le indujeron a regresar al sollado, pero la diabólica disposición de los peldaños de la escotilla (que le hacían trastabillar o sentarse, de acuerdo con el desnivel) acreció su confusión. A duras penas interpretó el toque de corneta por los altavoces:

—Armar mesas —se dijo sorprendido.

El solo pensamiento de la comida bloqueó su estómago. Empastada la boca, seca la lengua, la visión de sus compañeros charlando en la sentina, como si nada anormal ocurriese, acabó de desmoralizarlo. Retrocedió hacia popa dando barquinazos. La reiteración del toque de corneta le hizo fruncir los labios en una mueca de repugnancia. Brincaba de mesa en mesa, apoyándose en los bordes. Sobre la turbiedad mental y su estómago bloqueado iba imponiéndose ahora una sensación de angustia. Experimentó un vahído y, sin reflexión alguna, se precipitó escalera arriba, por la primera escotilla que le salió al paso. Entre el cielo y el mar, sucios y andrajosos, como en las marinas de José Antonio Lago, no existía línea divisoria: ambos eran uno. Intentó caminar por el pasillo seco, cabe la obra muerta, pero el oleaje, en constantes fluctuaciones, le forzaba a zigzaguear como un borracho. En la popa, la bandera desgarrada se azotaba a sí misma, mas aquella enseña que tantas emociones despertara en él en otro tiempo, desflecada y harapienta, se le antojaba ahora un remedo de su persona. Pensó que si vomitara tal vez las cosas mejorarían, pero temeroso de ser volteado por encima de la borda, se acuclilló junto al imbornal, protegido del viento, y provocó la náusea oprimiendo la lengua con dos dedos, mas el estómago, renitente, se contrajo sin resultado: no había nada que devolver; era sólo asco lo que sentía. Ascendió maquinalmente al *espardek* y, al abrir la puerta del puesto, un remolino alborotó su interior y oyó, como en sueños, las protestas de sus compañeros y, entre ellas, tal vez por más potente, la voz rajada del Escorbuto mientras cogía los capotes:

—¡Tienes cara de muerto 37...!

El portazo dejó inconclusa la frase; extendió un capote en las planchas, al abrigo de las balsas, y se cubrió con el otro, encogiendo las piernas, buscando la posición fetal, pero como el malestar no remitiese, las estiró y se tendió decúbito prono. El balanceo se hacía más soportable así, sujeto el plexo, acompasando cabeza y cuerpo al vaivén de las olas, sin oponer resistencia, pero, aunque atemperada, la sensación de agonía persistía. Abrió los ojos y descubrió a Peter, rodilla en tierra, a su lado:

—Debes comer algo, estás mareado.

El Nauta, comprensivo, íntegro, maternal, ubicuo, le humillaba, pero Gervasio carecía de arrestos para simular bien estar. Denegó con la cabeza:

—Deja. No tengo hambre.

Se le antojaba impúdico exhibirse ante Peter en este estado, mientras el resto de los compañeros abandonaban el puesto charlando, indiferentes, como si nada ocurriese. Maldecía la hora en que decidió enrolarse en la Armada y reconocía que en cualquier otra parte, incluso en la Legión, su comportamiento hubiese sido más digno. Cerró los párpados, rehuendo la conmisericordiosa mirada de Peter, pero, al abrirlos de nuevo, divisó el rostro del cabo Pita por encima del hombro de su amigo, los ojos fruncidos ante el azote del viento:

—Súbele un poco de fruta, Nauta. Las manzanas le harán bien. En cuanto atravesemos el Estrecho, la mar encalmará.

Al día siguiente, el viento giró a levante y, una vez franqueado el Estrecho, amainó. Con él cedió la marejada y, ante la proa, como en un juego de prestidigitación, apareció una mar de leche, planchada, espejeante y azul. El efecto fue casi fulminante en Gervasio: primero se aplacó su angustia, después su aturdimiento y, por último, recuperó el tono vital (sus funciones glandulares, sus secreciones). Diríase que la casi instantánea estabilización del navío lo resucitaba, y con la resurrección despuntaba no sólo el deseo de vivir sino también el amor propio. Horas después, Javier Medina le adoctrinaba en el puesto:

—El mareo es como el parto, 377A. Te mortifica mientras dura, pero luego, hasta que llega otro, no te vuelves a acordar de él.

Gervasio asentía. A cosa pasada no sólo le daba la razón sino que se le antojaba excesiva la quejumbre de que se había acompañado. Con toda certeza, si un día se repitiese el temporal, él sabría afrontarlo con mayor entereza. Ya no lamentaba su destino. Pensaba incluso que su propensión al mareo podría realzar un día su conducta, puesto que si el heroísmo estribaba en imponerse a una adversidad, el héroe mareado era doblemente héroe porque se imponía a dos. De ahí que sonriese con una sonrisa indulgente cada vez que Dámaso Valentín, recordando su mes y medio de ostracismo en el buque-escuela y su desventurado ingreso en el crucero, le decía burlonamente:

—No tienes suerte, tú, joder, marinero; no te salen bien las cosas.

Pero Gervasio sonreía porque sabía que la proeza del soldado de quien menos se espera la proeza era mayor proeza que la de aquel aparentemente más dotado para llevarla a cabo. Por eso las palabras de Dámaso o cualquier otro comentario despectivo acerca de sus debilidades, lejos de achicarle, le envanecían. Incluso algunas noches, en el coy, espantaba deliberadamente al sueño sólo por el placer de imaginar al tío Felipe Neri iniciando la redacción de una hipotética biografía suya (a partir de sus anotaciones en el cuaderno de pastas de hule): «Físicamente, dadas su falta de bizarría y su proclividad al mareo, se diría un muchacho poco dotado para la guerra naval y, sin embargo, Gervasio García de la Lastra...». El muchacho se regodeaba ahora con esta idea. Sus gestas, al lograr imponerse a las flaquezas físicas, adquirían a sus ojos un relieve singular. A menudo evocaba la confianza de Eduardo Custodio una tarde, meses antes, en el Club: «A los catorce años yo

pretendía emular al *sheriff* Arizona Jim, su mirada de águila, sus nervios de acero, pero a los quince me di cuenta de que no veía tres en un burro y era suficiente un portazo para desquiciarme los nervios». Eduardo Custodio había dicho esto un día, apenas un año atrás, y, sin embargo, ahí estaba, en la nómina de los héroes del *Baleares*, propuesto para la Medalla Militar.

A Gervasio, con la mínima experiencia nómada de sus veraneos infantiles, el primer contacto con la isla, su cielo añil inconsútil, las transparentes calas, las palmeras y molinos, le infundieron la idea de un país exótico, tropical, remotísimo. Apenas fondeados, había escrito una carta a Manena Abad mechada de adjetivos rutilantes: «Éste es un país pintoresco, paradisíaco, embriagador...». Mas, a renglón seguido, deseoso de que la muchacha le supiera en riesgo, exponía la situación dramática de la base, enclavada en territorio enemigo, de tal modo que «al anochecer, la ciudad queda sumida en sombras, apenas una lamparita azul en cada esquina para orientarte, por temor a los bombardeos...». La muchacha le respondió a vuelta de correo: «¡Cómo te envidio! Desde que tengo uso de razón mi sueño dorado ha sido correr mundo. ¡Cuánto daría por cambiarme por ti!». Gervasio se descorazonó; se había excedido. No comprendía cómo podían tratarse con semejante frivolidad las penalidades de un combatiente. Deploraba la manera de ser de Manena Abad. Él hubiera preferido una madrina de guerra acongojada, haciendo ofrendas a lo Alto a cambio de su seguridad personal, implorando a Dios su regreso. Pero Manena, lejos de temblar por él, lo envidiaba, no veía en su actuación mérito alguno. La guerra era una fiesta, rudamente confundía a un soldado con un turista. En su circunstancia, saberse envidiado y no compadecido por una bella muchacha inducía a Gervasio a sentirse sobrante e inútil.

Fondeados en la bahía, durante las guardias, pensaba en ella mientras repasaba con el *spotter* el perfil de la ciudad: el Arenal, la Catedral señoreando el barrio antiguo, el templado equilibrio de la Lonja, la Torre de la Almudaina, el Castillo de Bellver y, en la misma línea pero en un plano inferior, el Paseo Marítimo flanqueado de palmeras, la elegante barriada del Terreno y el hotel Mediterráneo (sus terrazas escalonadas hasta el mar) rematando la perspectiva urbana por este lado. Siempre lo mismo. Si acaso, de cuando en cuando, una turista nórdica soleándose solitaria en la piscina del hotel, ajena, como Manena Abad, a los estragos de la guerra.

Aquel ocioso letargo, más propio de un balneario que de un barco de guerra, se interrumpió una mañana con la aparición de aviones enemigos. La voz metálica del puesto A anunció la novedad:

—Atención puesto H. Ocho aviones por la popa.

Los altavoces difundieron la alarma, la corneta convocó a zafarrancho de combate, la tripulación se movilizó y en la Torre de la Almudaina fue izada la bandera roja de peligro. Gervasio, acurrucado junto al tubo acústico, el casco en la cabeza, el corazón palpitante, observaba la espalda de don Mario, su gorra abollada, sin aro, la visera levantada, sus piernas flexionadas, los prismáticos en alto. Javier

Medina cantó el blanco y, como si sus palabras fueran la señal esperada, el puesto entró en actividad. El cabo Tubío, que había girado hacia popa el tubo del telémetro, empezó a facilitar distancias que el Cativo transmitía a Lago, en el *record*, mientras el cabo Pita y Medina comunicaban el ángulo de situación al Rubio Colino, quien a su vez lo remitía a Bartolomé Roselló, acuclillado frente al tablero Perozzi. Aquello era un ordenado desbarajuste. Las miradas, las frases, los datos se cruzaban, se entremezclaban, pero nadie hacía uso más que de aquellos que le concernían. Desde hacía rato se escuchaban las lejanas explosiones de las bombas y el fofo cañoneo de los minadores fondeados junto a la línea de balizas. Don Mario, atento a las evoluciones de los aviones, ordenó tiro de barreras y Gervasio, henchido de orgullo, alertó por el acústico a los cañones. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, giró la regla sobre el tablero y voceó:

—¡Barrera cuatro, barrera cuatro!

Gervasio comunicó la orden por el tubo. Sonaron los retumbos de unas bombas próximas y la réplica airada del barco afectado. En plena barahúnda, don Mario ordenó fuego y Gervasio introdujo sus labios en la bocina dorada del acústico y gritó «¡fuego!» con toda su alma. Le envalentonó la respuesta inmediata de los cañones, la salva aturdidora de la batería de estribor. Un fragor tonante se adueñó de la bahía. Bartolomé Roselló frunció el ceño contrariado, al comprobar que la escuadrilla había salvado indemne el primer obstáculo. Cantó la barrera tres, pero antes de que don Mario pudiera repetir sus palabras, un estampido horrísono sacudió el crucero, hizo saltar las abrazaderas de los cables y llovieron sobre Gervasio briznas de pintura de los mamparos. Se encogió sobre sí mismo, la cabeza ofuscada: «Nos han dado», se dijo, pero oyó vocear a don Mario «¡fuego!» y, decidido a morir luchando, cruzó los brazos sobre el plexo solar, protegiéndolo, y voceó «¡fuego!». Dispararon los antiaéreos de estribor y sintió unas culebrillas electrizadas en el vientre. Bartolomé Roselló cantó la barrera dos y, al propio tiempo, se inició el traqueo de las ametralladoras del *espardek*. Los cabellos de Gervasio rebulleron bajo el casco. La crepitación era viva y sin pausa. Veía las balas trazadoras por encima del antepecho, hendiendo el cielo como cohetes, brillando al sol. Los taponazos del resto de los buques fondeados en el puerto, al servir de contrapunto a los propios, acentuaban la confusión. Rebasada la barrera uno por los aviones cundió el nerviosismo en el puesto. Don Mario, los hombros encogidos, dobladas las rodillas, los ojos alerta, miraba al cielo sin dejarlo. Bartolomé Roselló, después de cantar la barrera cero con voz arruinada (ello representaba que, pese a su oposición, el enemigo había conseguido infiltrarse hasta la vertical, hasta el centro matemático de su objetivo), se desentendió del tablero y se cubrió los ojos con el antebrazo. La mano abacial del cabo Tubío se crispó sobre el cilindro del telémetro, Miodelo miró a don Mario de soslayo y las mandíbulas tensas de Javier Medina se poblaron de nudos. Gervasio, angustiado, se abrazó a sus rodillas, el rostro dentro de la bocina (como si aspirase a resumirse y refugiarse allí), y en esta posición recibió el estruendoso rosario de

bombas. Los piques de espuma, altos como catedrales, le rociaron como si diluviase, pero antes de que su fragor se extinguiese, dos explosiones consecutivas, secas, ensordecedoras, remecieron al navío, saltaron de nuevo briznas de pintura y la gorra de don Mario voló por los aires. Gervasio soltó las rodillas y se asió crispadamente al tubo, el corazón redoblando como un tambor. «Dios mío, van a hundirnos», gimió. Pero, pese a la violencia de las dos últimas explosiones, sus compañeros parecían ir recobrando la serenidad. El Mallorquín, en cuclillas, volvió a tomar la regleta y la hizo resbalar sobre el tablero, el cabo Tubío (las fofas manos distendidas) proporcionaba de nuevo distancias al Cativo quien, a su vez, se las facilitaba a Lago, el Pintor; el cabo Pita y Medina, a través del Rubio Colino, hacían llegar los ángulos de situación al Mallorquín, y don Mario (la gorra abollada otra vez sobre la cabeza) daba tranquilas instrucciones a apuntadores y telemetristas. Y cuando Bartolomé Roselló dijo rutinariamente, como si estuviera de maniobras, «barrera uno, barrera uno», y poco más tarde, «barrera dos, barrera dos», y Miodelo confirmó que la escuadrilla iba en retirada, el ambiente terminó de relajarse. El peligro más grave había pasado. Sobre la bahía azul se cernía una humareda acre que iba disipándose a medida que los aviones se alejaban y decrecía la cadencia del cañoneo. Algunas explosiones, como abortadas, llegaban todavía desde la costa, mientras a bordo, puestos de dirección de tiro, torres, antiaéreos y ametralladoras, entraban en una fase de vigilante reposo. La calma se contagió a Gervasio, quien advertía cómo se iban desanudando sus vísceras una a una, regulándose sus secreciones. Pero, a medida que recobraba el sosiego, se preguntaba por el motivo de aquel silencio, la razón por la que nadie aludía a los blancos de las bombas en el crucero. Tampoco se oía trasiego en cubierta, revuelo, ayes de heridos, ni órdenes de evacuación. Únicamente sonaban, dosificados, los disparos de las baterías costeras, y en el cielo despejado flotaban como globos las leznes nubecillas de los antiaéreos. Experimentó la necesidad de informarse, de comprobar con sus propios ojos la situación. Veía junto a él la silueta plácida de don Mario, la abollada gorra en el cogote, en la mano derecha los prismáticos, y en vista de que el período de calma se prolongaba, fue levantándose poco a poco del silletín, hasta que sus ojos amarillos rebasaron la pestaña del mamparo. Quedó sorprendido por el orden reinante. Todo aparecía intacto allí: castillo, puente, torres, antiaéreos. La marinería, disciplinada, ocupaba sus puestos en silencio. Asombrado, volvió la cabeza. A popa ocurría otro tanto. No se vislumbraba el menor desperfecto. ¿Cómo era posible? ¿Y aquellas tremendas explosiones que estremecieron el crucero por tres veces? ¿Qué había sido aquello? Desconcertado, volvió a sentarse. Las andanadas de tierra sonaban cada vez más espaciadas. Dámaso informó que la escuadrilla sobrevolaba el Arenal y, segundos después, el cabo Tubío, que seguía a los aviones a través del telémetro, comunicó su desaparición por el oeste. Peter conectó con el puesto A: estaban de acuerdo. El Cativo se levantó el casco y se secó el sudor de la frente con la bocamanga de la faena. Sonreía con expresión candorosa. Bartolomé Roselló inspiró hondo y prendió un cigarrillo. Don

Mario le recordó que aún no había concluido el zafarrancho y el Mallorquín apagó el pitillo contra las planchas. Al poco rato, los altavoces anunciaron retirada de alarma. Despojados de los cascos, alejado el peligro, los semblantes aparecían distendidos, joviales. Y, a la manera de una comitiva funeral después de dejar al muerto en el cementerio, renacían la locuacidad y unos deseos irreprimibles de vivir. Se reía sin motivo, se deslizaban supuestos, se gastaban chanzas. Javier Medina guiñaba un ojo a Gervasio al descolgarse de su nido de apuntador, el pelo crespo, la nariz curvándose sobre los grandes dientes:

—¿Qué, 377A, cómo fue ese bautismo de fuego?

Gervasio sonreía exaltado, nervioso. Hablaba compulsivamente del combate, de don Mario, del acústico, de las barreras, y finalmente apuntó al extremo que le desazonaba: aquellos dramáticos estampidos que dominaban el cañoneo, que hacían saltar las abrazaderas de los cables y la pintura de las mamparas y volar por los aires la gorra de don Mario, ¿qué podían ser si no eran bombas? Javier Medina le escuchaba socarrón, desde la altura de su edad y de su experiencia:

—Ésas son las torres, 377A.

—¿Las torres?

—Las salvas de las torres en tiro antiaéreo —la atención de Gervasio era tan concentrada que Javier Medina añadió en tono melodramático—: Para que te hagas una idea, la onda expansiva de los cuatro cañones disparando a la vez puede reventar a un hombre a cincuenta metros de distancia.

XVIII

Tras su bautismo de fuego, Gervasio volvió a cuestionarse, ahora bajo una luz diferente, el problema del signo. Aquella ofuscación mental, aquella sequedad de fauces, aquella mordedura en las entrañas que había sentido durante el combate, ¿serían síntomas de emoción, de nerviosidad o de miedo? Deploró la ausencia de tío Felipe Neri para consultarle y, en vista de ello, apeló a sus amigos, pero celoso de su intimidad, se inventó una persona interpuesta: Esparza, un asturiano del pañol de víveres. Según Esparza, en combate notaba ahogos, temblor de manos, la boca seca, y las vísceras bloqueadas, ¿a qué podían responder esos síntomas? ¿Serían manifestaciones de nerviosismo, de emoción o de miedo? Recostado en la batayola del sollado 3, Dámaso Valentín, tras un expresivo cabeceo, dijo, acariciándose la mella del diente con la punta de la lengua:

—Miedo no, marinero, pánico; eso es lo que siente ese amigo tuyo del pañol de víveres; nadie lo hubiera descrito mejor.

Gervasio quedó mohíno y perplejo, ya que si realmente los síntomas eran de miedo, ¿cómo concertarlos con el conato de repeluzno, indicio de intrepidez? Meses atrás, Peter había dicho un día en el Club que todo hombre con sensibilidad e imaginación sentía miedo alguna vez en la vida y que el valor no consistía en no sentirlo sino en dominarlo. Pero Peter había dicho esto tiempo atrás, y ahora, por más reciente, prevalecía el juicio de Damasito: «Pánico; nadie lo hubiera descrito mejor». Mas, al atribuir a un hombre de paja sus propias sensaciones, Gervasio había omitido un dato esencial: el asomo de crispadura. En este punto de sus reflexiones, llegaba a la conclusión de que, pese a la ebullición capilar, sus reacciones en combate no correspondían a las de un valiente porque, en esa tesitura, no gozaba sumergiéndose en él y menos aún conduciéndolo a una situación límite. Tampoco deseaba atraer sobre sí toda la hostilidad del adversario; prefería compartirla. Por último, en el fragor de la pelea, su más ardiente anhelo no se cifraba en derribar uno a uno los aviones atacantes, sino, más modestamente, en que se marchasen.

Una tarde, cuatro días después del ataque aéreo, estando en el cine, se interrumpió la proyección de la película para insertar en su lugar un aviso instando a los tripulantes del crucero a reintegrarse a su unidad. Salieron de la sala alarmados. Grupos de marineros confluían en el muelle. Los más sobrios atendían a los más bebidos, pero ninguno parecía mostrar preocupación:

—Eso ocurre cada lunes y cada martes, ^{377A} —explicaba el flaco Santoña—: son cosas de la guerra.

—Pero ¿puede saberse a dónde vamos?

—Según Radio Bolina a la Pantellaria; yo no digo nada.

Ya en la mar, durante la primera guardia nocturna, Gervasio preguntó al cabo Pita por la Pantellaria:

—Es una isla, en el canal de Sicilia, más allá de Túnez. ¿Qué más quieres saber?

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Sicilia, cabo?

—Eso el mando lo sabrá, 377A. Supongo que habrá por medio alguna captura.

—¿Es que los barcos rojos suben hasta allí?

La mustia mirada azul del cabo Pita quedó como prendida de sus labios:

—¿Por qué dices *rojos*, 377A? Siempre dices *rojos*; esa palabra no se te cae de la boca.

—Pero son *rojos*, ¿no, cabo?

—Según lo que entiendas tú por *rojos*.

—Pues eso, *rojos*; comunistas, marxistas... ¿Es que no estamos en guerra contra ellos?

El rostro del cabo Pita permaneció impasible, aunque su expresión se ensombreció, cambió por completo. Ocurría a veces. El secreto estribaba en el azul de sus ojos, mudable como el del cielo y el mar. Su voz sonaba más aveniente cuando replicó:

—Comunistas, bueno. Del otro lado hay comunistas, pero eso no quiere decir que todos lo sean.

La luna reverberaba en el mar y su rebrillo formaba una gran aspa con la estela. El crucero navegaba con las luces apagadas, se deslizaba como una sombra furtiva y apenas la vibración de las máquinas dejaba en la superficie del mar un rastro de vida. Envuelto en el áspero capotón de bocamangas frailunas, acodado en la baranda, los prismáticos en los ojos, Gervasio bostezó en dos tiempos hasta casi descoyuntarse las quijadas. Sentía sueño. Siempre le sucedía en las guardias intermedias. Al margen de la prima y el alba, las guardias nocturnas, al partirle el descanso, le dejaban insatisfecho. «Dormir en dos cachos es jodido», apostillaba Damasito. Peter, en cambio, se amoldaba a la rotación de las guardias sin aspavientos. A Gervasio le conmovía la sonrisa de conformidad de su amigo cada vez que lo despertaba para el relevo en la alta noche. Bastaba tocarle en el hombro para que tirase de manta, se incorporase en el coy y se calzase las botas mientras preguntaba: «¿Alguna novedad? ¿Hace frío?». Concluía de vestirse y ascendía a cubierta por la escotilla de las cocinas después de sortear los petates colgados en silencio. El envés de la moneda era Damasito unas horas más tarde: aferrado al embozo, gruñía, daba media vuelta, se resistía, juraba, y cuando Peter, al fin, conseguía que se levantase, su humor se daba a todos los diablos, despotricando como un energúmeno.

En el taburete metálico de estribor, Miodelo, como de costumbre, tocaba la armónica. Tocaba suavemente sin pretender imponer la música al rumor de las máquinas y al zumbido del ventilador. Lo hacía de oído, sin percatarse de sus facultades, como un niño que leyera sin tropezar un libro que no entendiese. El flaco Santoña restregaba su esqueleto contra el mamparo, buceaba con los prismáticos en su sector de 45 grados y decía: «Miodelo, tócate *El amor que me trajo el mar*». Y Miodelo, complaciente, armonizaba la historia de la infeliz muchacha repudiada por el marino que tenía un amor en cada puerto. Luego Santoña solicitaba *Chaparrita*, *El*

que engaña a una mujer o *Quiéreme mi mulatona*, y la musiquita sonaba nostálgica en la oscuridad, y Gervasio evocaba a Manena Abad desde su rincón, lamentando que la niña no pudiese verle embuchado en aquel basto capote, oteando el mar con los prismáticos, velando su sueño. A veces, el cabo Pita, que aunque un poco ebrio solía escuchar la música complacido, fingía dejarse llevar por las responsabilidades del cargo:

—Miodelo, para quieta la flauta y vigila.

—Ya vigilo, cabo Pita.

—¿Vigilas tocando la flauta?

—Tengo dos manos, cabo Pita. Una para los prismáticos y otra para la flauta, como usted dice.

El cabo callaba, grave el semblante, su mirada azul perdida en las tinieblas, esperando el turno de peticiones de Gervasio. Era curiosa la pertinacia castrense del 377A: «Miodelo, *El novio de la muerte*»; «*Los voluntarios*, Miodelo»; «Miodelo, *Ardor guerrero*»; «¿Te importa tocar *La bandera inglesa que ondea en Gibraltar*?». El cabo Pita se impacientaba. Le medía de arriba abajo con sus ojos ausentes:

—¿Por qué pides siempre música militar, 377A?

—Me gusta, cabo. La música ligera no me dice nada.

El cabo Pita fruncía los hombros y afirmaba el cogote.

Miodelo soplabla sin dejarlo. Casado a los diecisiete años «por no dejar colgada una barriga», Miodelo tenía a su cargo, a los veintiuno, una mujer treintona, tres hijos y una tiendecita de comestibles en Betanzos. «¿No te asustan tres herederos a los veinte años, Miodelo?» «Chacho, para eso toco la armónica, para olvidarme de que los tengo.» El descarnado Santoña, engendrado por su padre a los setenta años, se guaseaba de todo, empezando por sí mismo; en ocasiones, aludiendo a su traslúcida delgadez, argumentaba: «Como soy hijo de abuelo parece como que me hubieran chupado las brujas». Otras veces se solazaba atribuyéndose virtudes que, como la prudencia, la templanza, la paciencia, la serenidad y la experiencia, eran propias de seres proyectos, achacándolo a los genes del viejo. La diaria relación a que forzaban las guardias, la vigilia compartida en la alta noche, mientras el barco dormía, invitaban a la confianza, y aunque el cabo Pita, más avezado, callaba, Gervasio no se retraía. Hablaba y hablaba de su infancia y adolescencia con cierta sinceridad, omitiendo dos puntos cruciales: sus repeluznos y las ideas políticas de papá Telmo. El cabo Pita se interesaba por la personalidad y muerte de los tíos Norberto y Adrián, en tanto Santoña y Miodelo, hombres del pueblo habituados a hacerse las cosas por sí mismos, escuchaban boquiabiertos los relatos domésticos en los que a menudo participaban el chófer, la lavandera, el jardinero o las criadas de servicio:

—¡Jodo con el 377A! A la legua se ve que es gente fina —comentaba Santoña mientras Miodelo sacudía su dedo índice contra los otros apiñados en señal de admiración.

Pero, tan pronto el cabo Pita consultaba el reloj y decía: «Apura, 377A; son menos

diez», Miodelo daba por concluidos tertulia y recital, soplabla los agujeros de la armónica, la restregaba contra el forro del capote y la guardaba, envuelta en el pañuelo, como amortajada, en el bolsillo de la faena.

Las reuniones privadas de Peter y Dámaso con Gervasio tenían lugar en el sollado 3, sobre el pañol de proa. La angostura del puesto H impedía cualquier conversación reservada, por lo que cada vez que deseaban hablar sin testigos se citaban allí, en la rinconera de taquillas, al pie de la de Dámaso Valentín. Estas charlas se habían hecho costumbre, de tal manera que Dámaso, cada vez que era requerido por alguno de sus amigos para una reunión, preguntaba con sorna: «¿Es que hay *controversia*?», con lo que las entrevistas en la rinconera de taquillas terminaron designándose así. Esa tarde, Peter, con su mesurada lucidez didáctica, justificaba los desplazamientos a la Pantellaria, que Dámaso objetaba:

—Es más fácil así. El bloqueo sólo es eficaz en los estrechos. La costa roja es demasiado extensa para nuestra pequeña escuadra.

Gervasio apuntó una sonrisa como si le hubiera cogido en falta:

—Has dicho *roja*.

—Claro. ¿Es que acaso está mal dicho?

—Al cabo Pita no le gusta.

—¿No le gusta a Pita que digamos *roja*?

—No.

—¿Cómo hay que decir, entonces?

—No lo sé; republicana, supongo.

La controversia estaba planteada. Dámaso compartía el punto de vista del cabo Pita:

—Rojos o no, ellos respetan la Constitución que han jurado. Los rebeldes somos nosotros.

Peter, que aceptaba el razonamiento de Dámaso como punto de partida, argumentaba que la historia de la humanidad hubiese permanecido estancada sin rebeldes. A Gervasio le confundían las frases sonoras y alambicadas. Habitado a enjuiciar las cosas a ras de tierra, gustaba de echar mano de ejemplos domésticos. Había advertido que Pita coincidía con papá Telmo en un punto clave: llamaba Pronunciamiento a la Cruzada, lo que le llevó a la conclusión de que el cabo bien pudiera ser un rojo camuflado:

—Es un tipo raro. Le molesta que llamemos *rojos* a los rojos y durante las guardias fuma en el puesto.

—¿Fuma Pita en las guardias nocturnas?

—Siempre que sube bebido.

—¿Y por qué sabes que sube bebido?

—Huele. No hace falta que hable, basta con que respire.

A la noche siguiente, estando Peter de guardia, sonó la alarma. Los marineros, adormilados, tropezaban unos con otros, se agolpaban en escotillas y puertas

estancas, pero, antes de que se difundiera la orden de cierre de portillas, cada cual ocupaba su puesto de combate. Conforme subía la escala de hierro, Gervasio oyó el ronroneo de un motor y dijo sin detenerse, abatiendo la cabeza hacia Dámaso, que le seguía:

—Aviones.

Arriba, en el sombrerete en tinieblas, bajo un firmamento estrellado, imperaba el desorden. El zumbido de los motores crecía y decrecía alternativamente, y en tanto el cabo Pita porfiaba que eran torpederas, Miodelo escrutaba el cielo con los prismáticos buscando a los aviones. Cada cual defendía su punto de vista a voces, incluso con acritud, hasta que don Mario accedió al puesto, resollando, e impuso silencio. El ronroneo era ubicuo, llegaba de todas partes, y Gervasio, acurrucado junto al acústico, experimentó la angustia de sentirse cercado. Un ramalazo en el colodrillo (no seguido, contrariamente a lo que era usual, de erizamiento capilar) fue la iniciación de un proceso de ahogo, desecación de fauces, bloqueo de glándulas y vacío en el vientre. Cruzó los brazos sobre el estómago preservándolo y levantó los ojos hacia don Mario, implorante, como si únicamente él, como Cristo en el lago Tiberíades, pudiese salvarles de las aguas. Pero el comandante vacilaba, no tomaba decisiones, se limitaba a ordenar que intensificasen la vigilancia. La voz altisonante, hueca, de Javier Medina, desde su nido de apuntador, lo sobresaltó:

—¡Son aviones, don Mario! ¡Los tenemos en la vertical!

En efecto, el bramido de los motores parecía provenir ahora de lo alto y Gervasio, que ante la orden de don Mario se había puesto en pie, se acodó en el antepecho y levantó los prismáticos hacia el cielo, justo en el momento en que Miodelo, tras él, que escudriñaba el mar, rectificaba:

—¡Son lanchas rápidas, don Mario! ¡Blanco visto! ¡Sesenta y cinco grados a estribor!

Don Mario ordenó a la tripulación ocupar sus puestos y a Peter comunicar al puente la novedad, pero, en el momento de conectar con el puesto A, una luz repentina, blanca, cegadora, destelló en el cielo oscuro, se cernió unos instantes sobre el crucero, y fue descendiendo gradualmente, iluminándolo como si fuese de día, con una lívida claridad de relámpago. Se aceleró el latido de las calderas, vibraron los mamparos y el crucero inició la virada. Tres nuevas bengalas, cuya intensidad luminosa acrecía con el descenso, se abrieron como flores sobre ellos, al tiempo que un proyector, que aparentaba surgir de las profundidades del mar, recorrió el costado del crucero de proa a popa. Repicó, en corta ráfaga, una de las ametralladoras del *espardek*. Don Mario repitió nerviosamente:

—Todos a sus puestos.

Gervasio, encogido junto al acústico, cerró los ojos y entreabrió los labios en espera de una explosión, pero ésta no se produjo. Fue, en cambio, el vagido iterativo del teléfono del puesto A lo que se oyó:

—Puesto A.

—Puesto H.

—¡Atención! Navegamos en aguas jurisdiccionales de Malta. Aviones y lanchas rápidas británicos. Absténganse de cualquier acción.

—Enterado.

Al instante se encendieron las luces de situación del crucero y, como si mediase un acuerdo, las tres lanchas torpederas, que merodeaban en torno suyo, se iluminaron también. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, la manta sobre la camiseta, se levantó el casco y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano:

—Les faltará tiempo a los cabrones para dar el soplo —dijo.

El zumbido de los motores iba quedando atrás y el crucero, apagadas de nuevo las luces de posición, se sumió en las tinieblas. Horas después, durante la guardia de alba, el cabo Pita sorprendió dormido a Gervasio. No era la primera vez que el muchacho, estando de vigilancia, daba una cabezada. El sueño a esas horas era tan pegajoso que algunos compañeros, como el Escorbuto o el Rubio Colino, se jactaban de dormir de pie, con los prismáticos en los ojos, sin necesidad de puntos de apoyo. El incidente con los ingleses había desvelado a Gervasio, quien juraría que acababa de dormirse cuando la mano del Cativo le sacudió el hombro:

—La hora, 377A. Apura.

Se levantó azorado, medio sonámbulo, y momentos después, en el puesto, envuelto en el áspero capotón, arrullado por el rumor de las máquinas, acodado en el mamparo, se cubrió los ojos con los prismáticos y se quedó dormido. Nunca sabría las veces que el cabo Pita había agitado su mano detrás de las lentes para comprobar su ausencia pero, una vez despierto, consciente del alcance de su falta, se incorporó silencioso a su lado, dejándose resbalar del taburete hasta el suelo:

—Lo siento, cabo, me quedé dormido —dijo—: no lo pude remediar.

El cielo empezaba a clarear por babor, espantando las tinieblas. La cogotuda cabeza del cabo Pita se movió reprobadora de un lado a otro:

—Esto es grave, 377A —dijo—. Mil marineros duermen a bordo confiados en una docena que vigilan. Pero si éstos fallan, todo puede irse al traste en un momento. Procura que no vuelva a suceder.

En la incipiente alborada teñida de rojo, Gervasio le miraba compungido, esperando que añadiera alguna cosa (que daría parte o que no daría parte, que por ser la primera vez lo disculpaba o que aquello quedaría entre los dos), pero el cabo Pita no dijo más, se limitó a volverle la espalda y a encararse los prismáticos como recordándole cuál era su obligación.

Al salir de guardia, en la cola del desayuno, ante las cocinas, con el pote en la mano, Gervasio buscó a Peter para informarle de la novedad. Estaba asustado; su falta era grave. Incluso no descartaba la formación de un consejo de guerra. Peter lo tranquilizó. En estos trances, Peter era único. Para él, Pita, a pesar de su comportamiento ambiguo, no era un soplón, nunca daría parte de un subordinado sin antes advertírselo. Mas, al margen de lo que pudiera hacer Pita, su descuido era

imperdonable. Había traicionado la confianza depositada en él, poniendo el crucero en peligro. Gervasio asentía dócilmente, mudo; comprendía que no sería sancionado por su falta pero, en cambio, su imagen se había deteriorado un poco más ante los ojos de su amigo.

A mediodía tropezaron con el carguero, en principio un punto oscuro empenachado de humo en el horizonte y, más tarde, colocados a su altura, un mercante negro, desportillado, de alta borda, los fondos miniados de un rojo sucio, deslucido. Saludó, arriando e izando la bandera griega en la popa (bajo la cual, en caracteres blancos, muy separados, figuraba su nombre: *Dilos*), pero el crucero no respondió, viró en redondo y pareó su andadura a la suya. La mar, bruñida y azul, se ondulaba entre las dos embarcaciones, tan próximas que, sin necesidad de prismáticos, Gervasio podía distinguir a un perrito negro correteando por la toldilla del mercante griego. Centelleó el heliógrafo en el puente, dándole el alto, pero el *Dilos* no se detuvo, antes bien aceleró la marcha como si nada de todo aquel juego fuese con él. El puente repitió la orden pero el carguero, sordo y ciego, viró todo a babor, poniendo agua por medio. La detonación del cañoncito de avisos sorprendió a Gervasio en el *espardek*. Un pique de espuma floreció ante la proa del barco griego y, bruscamente, el humo negro de su chimenea se espesó al detenerse. Gervasio no ocultaba su sorpresa:

—¿Y por qué razón tiene que ser ése y no otro?

Javier Medina, el pelo ensortijado al aire, sonreía con suficiencia:

—Un soplo, ^{377A}. En estos asuntos funciona el espionaje. Antes de zarpar, ten por seguro que ya se sabía ahí —señalaba con el dedo índice el puente de mando, detrás de la chimenea— el desplazamiento del barco, la cuartelada, el color, y hasta el nombre con que iba a ser rebautizado.

Y explicaba, accionando vivamente, que estos barcos piratas solían llevar anclas con el nombre original en la popa y a unas millas del puerto, lejos de miradas indiscretas, un par de marineros, desde una guindola, lo cambiaban por otro, de ordinario en la lengua de un país que nada tuviera que ver con el conflicto. Y remataba, con buen humor, la explicación:

—Los nombres turcos y griegos son los preferidos de los rusos.

La pluma puso a flote un bote en el portalón de estribor, donde embarcó la dotación de presa. Por el costado del carguero se lanzó una escala de viento para efectuar el intercambio de tripulaciones. Los marineros del *Dilos*, desde el bote, las manos en los bolsillos de sus tabardos azules, miraban indiferentes (ni sorprendidos ni atemorizados) a sus captores apiñados en la borda. Después de ser conducidos por un piquete hasta la cámara de oficiales, bajo el puente, el mando dio unas instrucciones al mercante por el heliógrafo y ambos barcos reanudaron la marcha.

El *Dilos*, empopado, navegaba lentamente, de forma que su cancerbero, de cuando en cuando, se adelantaba unas millas para retornar a su encuentro. En el crucero, tras diez días de navegación, se celebraba el regreso a tierra, se hacían

proyectos para la primera salida. En el puesto H, el Escorbuto y el Cativo, que habían subido del mayordomo ligeramente embriagados, resumían a voces su plan y hablaban, entre risotadas, de mujeres. Sus aspiraciones eran muy concretas: pasar la tarde en casa de la Cubana. En actitud fachendosa, desdeñaban los planes ajenos e instaban a todos a acompañarlos. De ahí que la aparición del minador *Vulcano*, la delegación de la custodia del *Dilos* por parte del crucero y su virada en redondo, aproando de nuevo al este, motivara una agria decepción:

—Manda cojones; a la Pantellaria otra vez.

—¿Quién lo ha dicho?

—El rumbo lo dice, 377A. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Fermín Linaje, el Escorbuto, lanzó un juramento, y Javier Medina aprovechó la circunstancia para aventurar, en tono festivo, que «no veía claro el futuro de la nueva España si, como parecía evidente, el único móvil de la juventud eran las putas». Lastimado en su personal filosofía, el Escorbuto respondió con un discurso, recalentado por el alcohol, según el cual, a partir de los trece años la mujer era necesaria, la masturbación degenerativa y el tono del hombre había que buscarlo en la secreción del testículo. Gervasio le escuchaba con una media sonrisa de complacencia. Las ideas y el tono de voz del Escorbuto le llevaban a evocar a papá Telmo con un regosto de ternura:

—Es como oír a mi padre —dijo.

—Chacho, ¿es que tu padre habla de mujeres contigo?

—No se trata de eso. Mi padre no habla de mujeres. Habla del sol y de la luz pero en el mismo tono que tú empleas para hablar de los testículos.

La manifestación de Gervasio fortaleció la posición del Escorbuto, quien acusó a la medicina galénica de tolerar la masturbación y minimizar el acto carnal. Se volvió hacia Gervasio y le preguntó por el juicio de su padre al respecto y, al responder éste que lo ignoraba, su interlocutor desvió la cuestión hacia él (¿Qué pensaba el 377A de la masturbación y el acto carnal? ¿Qué pensaba en general de las mujeres?). Ante su acoso, Gervasio flaqueaba, pero tanto insistió el otro que terminó por admitir que era virgen, si bien, achicado antes que por serlo por el hecho de verse obligado a reconocerlo ante la audiencia del puesto H, rectificó vagamente:

—En realidad, hace muchos años tuve una aventura con una criada.

—¿Te la beneficiaste?

Le faltó valor para asentir o negar, para determinar su edad en aquel tiempo. El Escorbuto interpretó como aquiescente su silencio:

—¿Y no has estado con una mujer desde entonces?

—No.

—En cuanto regresemos a tierra yo te presentaré una. No quedarás descontento.

La mar se rizó a última hora y al ponerse el sol refrescó. El crucero, baqueteado por el mistral (que ponía crestas blancas en las olas), fue perdiendo estabilidad, pero Gervasio se mantenía sereno al aire libre. Durmió en el puesto, y al día siguiente

avistaron al *Berezina*, una motonave de ciento cincuenta metros de eslora. Obedeció la orden de detenerse y el intercambio de dotaciones se efectuó sin novedad. La captura (seguida, como de costumbre, por la marinería desde cubierta y los altillos de la obra muerta) reservaba, sin embargo, esta vez, una sorpresa: entre los tripulantes de la motonave figuraba una mujer: una muchacha rubia, frágil, en pantalones, que saltó al portalón con desenvoltura y desfiló desenfadadamente por la calle que abría bulliciosa la marinería. Gervasio, que oteaba con los prismáticos desde el *espardek*, descubrió al cabo Pita en primera fila, destocado, nervioso. Se había cuadrado y, conforme se aproximaba la mujer, hizo una imperceptible reverencia, pero su homenaje, sin duda mal interpretado, indujo a la muchacha a volver la cabeza y sacarle la lengua. Una sonora rechifla acogió su gesto y fue incrementándose hasta que su grácil figura desapareció por la escotilla de proa. Al descender del *espardek*, Gervasio encontró la cubierta conmocionada (chanzas, voces, soeces golpes de ingenio). Buscó a Peter entre los corros y tomándole del brazo le apartó de la aglomeración. Su amigo le miraba sorprendido:

—¿Es que hay controversia?

—Déjate de controversias ahora.

—¿Qué pasa, entonces?

—El cabo... ¿Es que no lo viste? Hizo una reverencia a la rusa y ella se volvió y le sacó la lengua. ¿No has oído los silbidos?

—¿El cabo? ¿Qué cabo?

—Pita. ¿En qué estás pensando?

—¿Una reverencia? ¡Ya sería una broma!

—Déjate de bromas. Te digo que este tipo no es de fiar.

Rumbo a la base, el viento arreció, convirtió la marejadilla en marejada y, horas después, la marejada en un bronco, arremolinado mar de fondo. La mar se abría en profundas hoyas y la proa cabeceaba, sumergiéndose y levantándose alternativamente. El cuchareo, tan empecinado como en el Atlántico, terminó desarbolando la resistencia de Gervasio, derrumbado sobre un capote como un pordiosero (dos manzanas en el abisinio) al abrigo de las balsas del *espardek*. Volvía a reflexionar sobre el error de haberse enrolado, y cuando, al anochecer, el Escorbuto se detuvo a su lado y le dijo jovialmente que al día siguiente la Cubana le quitaría el mareo, cerró los ojos humillado, porque en su situación, las baladronadas del Escorbuto y la idea de la Cubana carecían de sentido, ya que su único deseo en esos momentos era morir.

XIX

Flojo y desarmado, Gervasio se incorporó. Se cubrió la pelvis con la lanilla que descansaba en la descalzadora, junto al bidé, y se ocultó tras el canapé para vestirse. Había amagado inútilmente con la Cubana, y ahora, al verla desnuda sobre el lecho, un pico de la colcha sobre su vientre, devorando un cigarrillo, se reavivaron sus torpes evocaciones. En otra escala, todo había sido un trasunto de la cabalgada con la Amalia en el trastero de palacio diez años atrás: la brusca inapetencia sexual; los nerviosos apremios, luego; la desconfianza y el miedo, después:

—Es virgo, Cubana; trátale bien —había una sonrisa competente en los abultados labios del Escorbuto al darle la alternativa.

—¿Es que alguna vez ha tratado mal a alguien la Cubana?

Gervasio sonreía conciliador, pero al recogerse en la alcoba su ánimo desfalleció y, en lugar de deseo de la muchacha, le sobrevino una suerte de repulsión y desprecio de sí mismo. Y una vez que la chica se desprendió de la bata y exhibió sus negras axilas, su pálida carne atormentada, sus senos vencidos, el ralo vello del pubis, su imaginación claudicó: tendido junto a ella, confundidos sus cuerpos sudorosos, renació el recuerdo de la Amalia, sus espasmos, su fiebre erótica, su lenguaje soez, tan vívido y cutre que su agresividad sexual se esfumó, constató que su carne se resumía y que la inminencia de la muchacha desnuda, lejos de encelarlo, le deprimía. No se resignó inmediatamente, sin embargo. Sabedor de que el Escorbuto y el Cativo aguardaban en el salón (en los momentos de euforia que siguieron a la arribada, repuesto del mareo, Gervasio había prometido celebrarlo) se esforzó una y otra vez por encender su virilidad. Finalmente desistió y quedó inmóvil, derrotado. Ella no cambió de postura cuando el muchacho se levantó, mas al verlo vestido a los pies de la cama aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla y se incorporó con desgana, la bata azul sobre los hombros. No se mostró dolida ni desairada. Gervasio, acongojado, pugnaba por contener las lágrimas. Su único deseo era verse lejos de allí:

—¿Cuánto te debo?

—Dame dos duros; no has hecho nada.

Sacó el billetero y tímidamente le entregó tres:

—¿Quieres hacerme un favor? —añadió—. No le vayas a mis amigos con el cuento. Sería el hazmerreír del puesto.

—Descuida. Lo que ocurre aquí arriba es secreto profesional —el tono de voz de la Cubana era aburrido, complaciente.

Alentado por su promesa, Gervasio hombreó, bebió, cantó y bailó, hasta que los perfiles de las cosas empezaron a difuminarse y la habitación a darle vueltas. Entre baile y baile, el Cativo le guiñaba un ojo y se reía. La Cubana, al entrar en el salón y verse abordada por Fermín Linaje, había dicho fingiendo un entusiasmo que no sentía: «Tu amiguito cumplió; ya es un hombre». Y el Escorbuto rompió a aplaudir agitando muy deprisa sus breves antebrazos. Dos horas más tarde, en el lanchón de

francos, Peter, víctima de unos tardíos celos adolescentes, le había echado en cara su debilidad:

—¿Qué tienes tú que ver con el Escorbuto? ¿Por qué le dejas que te mangonee?

La escuadra amaneció calentando calderas. Las chimeneas de las unidades humeaban tenuemente en la queda mañana azul. Radio Bolina emitía rumores contradictorios, aunque todos ellos relacionados con la llegada de las tropas nacionales a Vinaroz y la división en dos sectores de la zona republicana: la flota trataría de impedir la evacuación de dos regimientos copados en El Puntal; la flota se disponía a prestar apoyo artillero a las fuerzas que avanzaban sobre Cataluña; la flota iba a minar los puertos próximos a los frentes de operaciones... Empero, hasta la madrugada siguiente, una hora antes de rayar el alba, la escuadra no se hizo a la mar, en cabeza los cruceros, flanqueados por los viejos destructores de carbón; a popa, minadores y cañoneras. Al subir de guardia, Gervasio encontró a Peter en el *espardek*, los ojos brillantes, ilusionados:

—¿Sabes ya dónde vamos?

Gervasio denegó con la cabeza:

—A las Columbretes. Un desembarco. El *Vulcano* lleva tres unidades de Infantería de Marina.

—¿Son islas las Columbretes?

—Bueno, unos islotes de nada, pero, estratégicamente, a cuarenta millas de Castellón, tienen su importancia.

La geografía menuda, ajena a los manuales de bachillerato, iba haciéndosele familiar a Gervasio. En su cerebro coexistían la amplia geografía escolar y la cominera geografía bélica: La Pantellaria, la Grosa, Alborán, las Chafarinas, y, de pronto, todo un archipiélago del que nunca había oído hablar: las Columbretes.

Una atmósfera nítida acompañaba a la singladura. Pequeños bancos de toninas, desgajados de un marjal próximo, brincaban al sol, centelleantes y escurridizas. En la cubierta, batida por una brisa delicuescente, se congregaba la marinería, charlando en corros. Los destructores de carbón, humeando arrogantes, se anticipaban a los cruceros. Y en lontananza, entre la débil calima, emergían las siluetas enterizas de unos peñascos, recortándose sobre la difusa línea azul de la costa. Javier Medina, prismáticos al cuello, instruía a Peter en el *espardek*:

—La mayor es la Columbrete Grande. Detrás está la Ferrera y, a babor, la Horadada, a simple vista verás el agujero. Un poco a la izquierda, emparejadas, están la Churruca y la Bergantín.

Peter asentía, inquiría pormenores y solicitaba de Javier Medina una carta náutica (desconocía el archipiélago y, después de la operación, le agradecería incorporar la carta con el relato del desembarco a su archivo naval). Javier prometió dársela. Desde el primer día había visto en Peter un alumno aventajado y se había erigido en su mentor.

Desde el sombrero del puesto, rodeado por sus compañeros, después de

escuchar el toque de zafarrancho, Gervasio graduaba los prismáticos, los enfocaba hacia el objetivo que, a medida que se adentraban en aguas someras, iba adquiriendo volumen y color. Los destructores, en navegación antisubmarina, cortaban en zigzags las estelas de los cruceros, que en unión del minador *Vulcano* se aproximaban a la Columbrete Grande, donde albeaba la tosca arquitectura del faro, las blancas casitas molineras al pie (de las cuales, apenas una, con humo en la chimenea y cortinas en las ventanas, parecía habitada) y la barda enjalbegada prolongando la línea de edificaciones. El crucero, al abrigo de la isla, aproaba al minúsculo grao donde una alarmada bandada de gaviotas levantó el vuelo ante su presencia para abatirse del otro lado de la roca. A bordo reinaba la tranquilidad propia de un ejercicio de tiro. El puesto A había circulado la orden de tomar el faro como blanco y, asomado al antepecho, Gervasio observaba el sincronizado giro de las torres, los antiaéreos de estribor en posición de tiro de superficie, la toma de puntería por parte del *Vulcano* y el resto de los cruceros. Producía una impresión patética aquella islilla indefensa tan sañudamente encañonada. Dámaso Valentín, que seguía divertido aquel inusitado despliegue de fuerzas, se volvió hacia él y dijo en tono burlón:

—No iremos a fusilar a la isla, ¿verdad?

Parpadeó el heliógrafo del *Canarias* sin obtener respuesta. Insistió, dos veces más, en vano. Inopinadamente, tronó el cañoncito de avisos y el bando de gaviotas revoló chillando, tomó altura y arrumbó hacia la isla Ferrera. La Columbrete Grande continuaba muda. Una ráfaga de ametralladora respunteó el risco donde los edificios se asentaban y, entonces, dos figuras enjutas salieron de la casa, se detuvieron en el tozal y entre las dos agitaron nerviosamente una sábana blanca. El cabo Tubío, al telémetro, advirtió con su augusta voz clerical:

—Son dos ancianos, don Mario.

Damasito rompió a reír tras él, acariciándose la mella del diente con la lengua:

—¿Por qué no les declaramos la guerra? —bromeó a media voz.

En un principio, Gervasio se sintió abochornado. Aquellas poderosas baterías prestas a abrir fuego sobre dos viejecitos desvalidos se le antojaba un alarde innecesario. Pero cuando volvió sus ojos hacia el *Vulcano* y divisó al destacamento de Infantería de Marina, las bayonetas caladas, formado en el combés, le invadió una febril excitación. Los infantes, en perfecta formación, embarcándose en el bote y aproando al grao, le llevaban a evocar escenas de alguna novela leída en su niñez. A simple vista distinguía los uniformes azulgrana, en fila india, ascendiendo por la trocha y a los dos ancianos, inmóviles en el teso, salir a su encuentro. El capitán charló con ellos unos momentos, se volvió luego hacia el sargento que le acompañaba y éste entró en el faro, salió al balcón e izó en el mástil una bandera rojigualda. En ese instante, las dotaciones de los barcos se cuadraron, mientras el cañoncito de avisos del buque insignia rendía honores a la enseña disparando las veintiuna salvas de ordenanza. Algo cálido se derritió en el pecho de Gervasio, los pelos de las templas se avivaron, pero el contundente palmetazo de Dámaso en su espalda le hizo

reaccionar:

—Me gustan estas guerras, marinero. ¿Qué te parece? ¿Has visto cómo se conquista un archipiélago?

Durante las últimas semanas se había activado en Gervasio su facultad congénita para transmutar la realidad, para convertir en gestas los sucesos más triviales, para magnificar la más pura inanidad. Inspirado por su fantasía, la operación Columbretes (islas cuya existencia también ignoraba el tío Felipe Neri) había sido un desembarco florido. En su carta habló, sin mentir, de estrategia previa (navegación antisubmarina, preparación artillera), subsiguiente ametrallamiento, desembarco a bayoneta calada, ocupación de la isla, y, como feliz colofón, «el instante embriagador en que la enseña patria fue izada en la capital del archipiélago, acompañada por las veintiuna salvas de ordenanza». Al relatar la emotiva ceremonia, a Gervasio se le fue la pluma: «En ese grandioso momento, tío, se me vino a las mientes la estampa de los viejos conquistadores tomando posesión de tierras de infieles en nombre de Su Majestad, el Rey de las Españas».

A Gervasio le iba ganando la fiebre de la literatura. Gustaba de hincharse, como un pavo real, trasudar sus emociones. La vaga intuición de que aquellas cartas pudieran servir un día de apoyo para delinear su perfil de héroe le ponía en cuidado, le obligaba a vigilarse, a medir sus expresiones. Tío Felipe Neri le contestaba a vuelta de correo cartas soflameras desbordadas de ardor patriótico, inevitablemente encabezadas con el consabido presupuesto filosófico «¿Quién como Dios?»: «Gracias a vuestro heroico sacrificio, la Patria empieza a renacer», decía. Eran misivas cálidas, gratificadoras, pero que Gervasio hubiera preferido leer en la letra picuda, enérgica y nerviosa de Manena Abad. La niña del pelo mechado, a quien él enaltecía en el recuerdo, proseguía, sin embargo, atribuyendo un alcance deportivo a su empeño histórico: «Vivir en el mar, ¡Dios mío!, mi sueño de toda la vida». Gervasio refunfuñaba, desaprobando el frívolo juicio de la muchacha. Empero, de regreso a la base, tras la tartarinesca operación, se olvidó de la niña y de sus juicios ante la desoladora carta de mamá Zita. Eduardo Custodio no se recuperaba. La terrible infección prácticamente le había dejado sin vista, apenas distinguía el día de la noche. Aprendía a leer en el sistema Braille, para los ciegos. Acerca de su estado de espíritu nada podía decirle puesto que Eduardo se había cerrado a cualquier intromisión. Mamá Zita concluía su carta exhortándole a pedir por él. «Me da miedo ese chico — escribía—. ¿Qué ideas bullen dentro de su desgraciada cabeza?» Estas últimas frases, que gratuitamente relacionó con su frustrada escaramuza con la Cubana, sumieron a Gervasio en una erosiva crisis religiosa. Tenía que rezar por él. Pero ¿estaba su conciencia en condiciones de rezar por nadie? ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a la iglesia, que no comulgaba? ¿Resultaba coherente que mientras su amigo perdía la vista él pasara la tarde en un burdel? ¿Era propio de un cruzado semejante comportamiento? Apeló a su soledad, a la debilidad humana, a la flaqueza de la carne, para justificarse, mas, en cualquier caso, ¿era consecuente que las huestes de

Cristo Rey viviesen en pecado, peleasen en pecado, muriesen en pecado? ¿Sabía, siquiera, si Tato Delgado había muerto en gracia? ¿Y el resto de los caídos del *Baleares*? ¿Apreciaría, quizá, el Señor contrición en su sacrificio y los salvaría? ¿Por qué razón las palabras de los cruzados de la Cruzada iban por un lado y su conducta por otro? Y si su comportamiento era fementido, desleal con los principios, ¿en qué se diferenciaban los cruzados de los rojos?

Hasta que decidió confesarse pasó unos días de religiosa inestabilidad. A Dámaso Valentín le sorprendió su resolución:

—No me digas que vas a matar la tarde en una iglesia, marinero.

Había una enfática arrogancia en la respuesta de Gervasio:

—¿Por qué luchamos, entonces?

Se metió en la Catedral a las cinco de la tarde y pasó dos horas sentado en un banco, bajo la luz versicolor de los vitrales, repitiendo puerilmente: «Señor, que vea Eduardo; que mi amigo no se quede ciego». Al cabo de una hora, en un arrebató místico, Gervasio planteó al Señor un curioso trueque: la vista de su ojo izquierdo por la del ojo derecho de su amigo Eduardo Custodio. Tentado estuvo de ofrecer los dos, pero le faltó coraje, receloso de que el Señor le tomara por la palabra, aunque para acallar los reproches de su conciencia se dijo que tampoco era equitativo que Eduardo recuperase la vista de los dos ojos (sin miopía, además) mientras él se quedaba ciego para el resto de sus días. Pese a lo condicionado de su propuesta, le emocionó su propio desprendimiento, se sintió excelso, parejo a San Martín que, en una jornada inclemente, entregaba a un necesitado la mitad de su capa. Estaba seguro de que la filantropía, el sentimiento de solidaridad de Peter, jamás llegaría a tanto. Desprenderse de un ojo le supondría la renuncia a la Escuela Naval y esto no lo haría Peter ni por Eduardo Custodio ni por nadie. Tales fantasías caritativas, como antaño sus lucubraciones épicas, le realizaban ante sus ojos, le movían a sentirse superior al resto de los humanos.

Las inmensas naves desiertas, preservadas del ajetreo urbano por sus anchos muros de piedra sillar, ayudaban a Gervasio a concentrarse. Primero dispuso mentalmente sus pecados por orden alfabético: Cubana, Dios, Papá Telmo (su inhibición, su distanciamiento respecto a él) mas, a renglón seguido, decidió clasificarlos con arreglo a los Mandamientos: decía amar a Dios sobre todas las cosas, pero más que a Él amaba a Manena Abad y cuanto mayores eran sus desdenes, más la amaba. Decía santificar las fiestas, pero más de dos domingos y de tres se había quedado tumbado al sol en el *espardek*, junto al Escorbuto, en lugar de asistir a la misa que el pater rezaba a las once, en el sollado 4. Decía honrar padre y madre, pero, en el mejor de los casos, únicamente honraba a esta última; a papá Telmo lo menospreciaba, se avergonzaba de él, odiaba sus convicciones, le juzgaba un mal patriota y desdeñaba sus consejos. Decía no fornicar pero lo había pretendido con la Cubana y el malogro de su acción le había abochornado. El arreglo de cuentas con su conciencia le infundía un mullido bienestar, aunque una voz interior le decía que,

pese a su misticismo circunstancial, las cosas no cambiarían demasiado en el futuro. Sonó un portazo lejano y, a la derecha del altar mayor, apareció un cura consumido, de pasos arrastrados y seniles, y se confesó con él, a voces, gesticulando, para obviar su sordera. Y el domingo siguiente, nuevamente en la mar, comulgó en la misa de a bordo junto a cuatro docenas de compañeros. Al retirarse, en lugar de dar gracias a Dios y pedirle por su amigo ciego, estuvo echando cuentas, estableciendo proporciones. Si los comulgantes eran cincuenta entre 1200, la conclusión no podía resultar más desoladora: el navío apenas albergaba un cuatro por ciento de cruzados, luego aquella guerra tenía que ser necesariamente algo diferente de lo que decía tío Felipe Neri. A última hora logró concentrarse y, mecido por una mar rizada pero no bronca, ofreció la Eucaristía por su amigo Eduardo Custodio (sin aludir al cambio de ojos) y por papá Telmo, no por su seguridad, sino una vez más para que se convirtiera.

«Revestido del hombre nuevo» ascendió al *espardek*, comprensivo, abnegado, solidario, altruista, generoso y proclive al perdón. En la ametralladora de babor encontró a Luis Naveira, el Cativo, paisano del cabo Pita, y se dirigió a él sin ambages. ¿Qué le había sucedido al cabo? ¿Cuáles eran los motivos de su tristeza, su hurañía, su amargura, su melancolía? El Cativo lo miraba con sus rubias pupilas candorosas, haciendo chascar ruidosamente las articulaciones de sus dedos: «A mí no me preguntes, 377A. Yo no sé nada». Gervasio insistía e insistía y el Cativo se replegaba: «Mira, 377A, cada uno es cada uno. A mí no me gusta entrometerme en la vida de los demás». Pero Gervasio, en su beatitud, en su anhelo de darse al prójimo, perseveraba: ¿Y la solidaridad? ¿Y el compañerismo? ¿Y la ayuda mutua? ¿Por qué peleamos aquí si no es para auxiliarnos los unos a los otros? Al fin, el Cativo, con su rostro infantil, de imberbes mofletes encendidos, dejó caer que la desgracia del cabo Pita era irremediable. Su único hermano, Máximo Pita, padre de siete criaturas, había sido asesinado en el pueblo a poco de empezar la guerra. Pero Gervasio, a quien la información se le hacía insuficiente, le cercó, le acosó, le encareció, mas el Cativo guardó silencio, no sabía más, lo dicho se lo había oído contar a su padre, puesto que él no estaba en el pueblo cuando sucedieron los hechos.

Durante la guardia de tarde, el crucero alcanzó el litoral recién conquistado, cerca de Vinaroz, e interceptó un barco francés de pequeño tonelaje, el *Balbec*, que huía rumbo norte con refugiados. Dos horas después, encomendó la custodia de la presa al mercante artillado *Mar Negro*, viró en redondo y navegó paralelo a la costa, tan próximo que los soldados y marineros intercambiaban saludos con gorros y pañuelos. Al anochecer, tres Martin Bomber dejaron caer sus bombas sobre ellos. Volaban tan altos (a más de 3000 metros) que, a pesar de irrumpir por sorpresa, no lograron hacer blanco. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, con sus cejas incógnitas, había dirigido el tiro de barreras y Gervasio, arqueado sobre el acústico, seca la boca, encogido el estómago, el vientre mohíno, atemperado su miedo por el convencimiento de que, en el peor de los casos, sería capaz de ganar la costa a nado (donde los soldados que

vivaqueaban en las playas le recibirían en olor de multitud), ordenó con voz henchida: «¡Fuego, fuego, fuego!», hasta enronquecer y, a la noche, en la segunda guardia, cansado, el cielo abierto, la mar en calma, la conciencia limpia y el ánimo templado, se quedó profundamente dormido por segunda vez. Al despertar, entre las sombras, divisó la cogotuda silueta del cabo Pita a su lado, envuelto en el frailuno capotón, tapando con la mano los cristales externos de los prismáticos. Se encogió sobre sí mismo desfondado y, al igual que la primera vez, dejó deslizar su trasero por el taburete de hierro hasta quedar de pie, avergonzado y confuso, junto al cabo Pita:

—A qué viniste a la guerra, 377A. ¿A dormir?

—A pelear, cabo Pita. Me alisté voluntario para luchar por España.

—¿Es que los castellanos lucháis por España con los ojos cerrados?

Guardó silencio; se sentía acorralado, la cabeza hueca. Miodelo tocaba *Carrasclás* en la otra banda mientras el flaco Santoña vigilaba el cachete. El cabo Pita le miraba de arriba abajo, aguardando una respuesta. Gervasio resolvió cerrar los ojos y jugarse el todo por el todo:

—No dará parte por escrito, ¿verdad, cabo?

—Yo no doy partes por escrito, 377A, entérate de una vez; yo no soy de éstos. Pero eso no justifica que tú abuses de mi buena disposición.

Tras la comunión de la víspera, la magnanimidad del cabo Pita acabó de reblandecerle el corazón; se sintió tierno, cirineo, audaz. Y cuando le dijo de sopetón al cabo que conocía el tormento de su hermano y lo deploraba, los ojos de Pita, dos manchas oscuras en la penumbra, brillaron estupefactos un momento, pero no acertó a responder. Entonces Gervasio, súbitamente confidencial, le habló con pasión de aquello que, desde que comenzó la guerra, celaba como una vergüenza: la prisión de papá Telmo. Papá Telmo republicano, inconformista, desclasado, encerrado desde los primeros días del Alzamiento en la Plaza de Toros de su ciudad. Se sorprendió hablando de su padre con calor, con un trasfondo de entusiasmo, con afecto. Entre papá Telmo y Pita, el muchacho establecía un punto de afinidad. Y el cabo le escuchaba confuso, sin saber qué partido tomar. Por primera vez, dentro del clima de incompreensión habitual, Gervasio aireaba la conducta civil de su padre con orgullo, persuadido de que era juzgada a la luz de otros principios. Al fin había hallado, entre su círculo de amigos y conocidos, uno capaz de valorar la actitud de papá Telmo. Y, de pronto, se le hizo claro que ningún hombre debe cohibir la libertad de pensar de otro hombre, pero un prurito de ecuanimidad le movió a narrar la muerte de tío Fadrique, asesinado con otros diez correligionarios en el Cerro de los Ángeles, al pie del Cristo («un miliciano exclamó: “Muerto Dios, nada pintan aquí los monaguillos”. Les colocaron frente al pedestal y les pegaron cuatro tiros, ¿qué le parece, cabo Pita?»). El cabo, desconcertado, se bajó la capucha del capote, como si le estorbase, o le diera calor, o le impidiese oír, y comenzó a hablar, primero entrecortadamente, luego con aplomo y convicción, incluso con ardor: también *los otros*, en la aldea, habían obligado a su hermano Máximo a hacer el camino del Cristo, el Vía Crucis

alrededor de la ermita y, en cada estación, le golpeaban sin duelo, de tal modo que cuando llegó a la última no hubo necesidad de crucificarlo, porque tenía el cráneo fracturado y estaba muerto. Temblaba el cabo Pita, aferrado al antepecho del mamparo, bajo las estrellas, y añadió desanudando la voz:

—Por eso yo creo que una cosa es mentar a Cristo y otra distinta creer en Él. Porque lo que Cristo predicaba era que nos amásemos los unos a los otros.

Gervasio se vio arrinconado, sin salida, pero, proclive a la fraternidad como se sentía esta noche, dijo con una punta de voz:

—Es la guerra, cabo.

—Ya lo sé que es la guerra, 377A, pero ¿quién inventó esta maldita guerra?

Gervasio se debatía como gato panza arriba. Recordó los anatemas de tío Felipe Neri en el salón de palacio, clamando, como un profeta miope y con úlcera de estómago, contra los excesos de la horda, y al no encontrar otra respuesta a mano, repitió lo que le había oído decir decenas de veces:

—Mi tío el militar aseguraba que la guerra estalló en 1934, cuando la revolución de octubre. Según él, lo que vino después era ya inevitable.

—Aunque así fuera, 377A, algo falló. Si el oficio de los curas y el deber de los cristianos es perdonar, algo importante falló en ese momento.

Se hallaban tan enfrascados en la conversación, que la primera vez que Miodelo anunció, con tono apremiante, que se divisaba una sombra por la amura de babor, ninguno se movió, y luego, cuando lo repitió y el flaco Santoña llamó al cabo, ya en franco tono de alarma, se produjo una viva conmoción en el puesto. Los cuatro hablaban a la vez, amontonados en el cachete, intentando seguir con los ojos el dedo de Miodelo, sobre el hombro de Santoña:

—Una sombra, cabo... ¡Dios santo! Diez grados a babor. No la pierdo de vista. Avise al puesto A. Apure, cabo Pita, puede torpedearnos.

El cabo, Gervasio y Santoña enfocaban sus prismáticos en la dirección indicada. Pita habló después de recorrer detenidamente el sector:

—No doy con ella. ¿No serán figuraciones, Miodelo?

Una silueta negra, rígida, aristada, levantada de proa, silenciosa, pareció emerger súbitamente de las profundidades del mar ante los atónitos ojos de Gervasio:

—¡Cielo Santo, es cierto! —exclamó sobrecogido, bloqueadas las vísceras, un leve temblor en los pelos del colodrillo, bajo el capuchón frailuno—: ¡está ahí mismo, a poco más de una milla, cabo, veinte grados a babor!

La sombra negra, sobre la mar negra, aparecía y se desvanecía en períodos fugaces, el pálido trazo de la estela como más perceptible referencia: una silueta chata, maciza, empinada, con exceso de obra muerta. Añadió Gervasio, como si su afán de precisión garantizara algo:

—Demasiado alta para destructor y corta para crucero. ¿Aviso al puesto A, cabo Pita?

—Aguarda.

—¿Y si suelta los pepinos? ¡No nos vaya a ocurrir lo que al *Baleares*, cabo! —voceó alarmado Miodelo.

El cabo Pita se había quedado en silencio, los prismáticos desmayados sobre el pecho, recostado en el telémetro, un poco adelantada la cogotuda cabeza, mirando al infinito, como inmolándose. Y como si de pronto recordase algo, se puso un cigarrillo entre los labios y sacó su chisquero del bolsillo anterior de la faena dispuesto a prenderlo. Miodelo se abalanzó sobre él, manoteando:

—¡No irá usted a fumar ahora, cabo! ¿Es que pretende que nos manden al infierno?

Los gemidos nerviosos del teléfono del puesto A le sobresaltaron. Miodelo se sentó en el sillín de hierro:

—Puesto A.

—Puesto H.

—¿No vieron ustedes una sombra por babor? En este momento se pierde por la popa. Respondan. Corto.

Las palabras de Miodelo sonaban neutras, divagadoras, el rabillo del ojo en el cabo Pita, todavía recostado en el telémetro:

—Habla puesto H. Uno de nosotros ha creído ver esa sombra, pero no nos poníamos de acuerdo. No se veía con precisión. Ésa es la razón de no haber dado parte.

Crujió la membrana del puesto A como si se hubiera rajado:

—Habla puesto A. Ustedes deben saber que cualquier anomalía observada ha de ser comunicada al puente. Su omisión es grave. ¿Quién es el jefe de grupo?

Miodelo miró al cabo Pita, ensimismado, ajeno a la conversación. Bajó la voz para añadir:

—Habla puesto H. El cabo Pita.

—Habla puesto A. De orden del señor comandante que se ponga al teléfono el cabo Pita. Corto.

El cabo Pita movió la cabeza dos o tres veces antes de sentarse, carraspeó, y dijo con voz quebrada: «Cabo Pita a sus órdenes». Luego se cruzó las puntas del capote sobre el vientre y aguardó impasible la respuesta. Su conducta, teniendo en cuenta su experiencia, era injustificable. ¿Cuál era la razón para ocultar al puente la sospecha de una sombra? La aludida sombra era real: se trataba del minador *Marte*, deliberadamente instrumentado por el mando para probar la eficacia de los servicios de vigilancia del crucero. Los puestos A, B y C habían respondido con diligencia. ¿A qué había sido debido el contumaz silencio del H? Si la seguridad de la nave hubiera dependido de ese puesto y el enemigo hubiera sido real, a estas horas estarían todos en el fondo del mar. «Su conducta no admite excusas, cabo Pita —concluyó la voz metálica—. Habrá que tomar medidas disciplinarias. Mañana, a las ocho de la mañana, pásese usted por el puente.»

—A sus órdenes, mi comandante.

No cambió de postura al cerrar el interruptor. Miodelo, Santoña y Gervasio lo observaban con un cierto distanciamiento, una mezcla de inculpación e indulgencia, como a una alimaña apresada en un cepo. Dijo el cabo Pita, rígido, sin volver la cabeza:

—Lo siento. No vi el minador ni tampoco me fié de vosotros. Si lo hubiera visto hubiésemos avisado. Soy el único responsable —se levantó, consultó el reloj de muñeca a la luz de las estrellas, aproximando mucho los ojos a la esfera, y agregó—: tú, 377A, apura. Pasan veinte minutos de la hora. Avisa al relevo.

El cabo Pita fue sancionado con diez turnos de arresto, sanción que, dado el ritmo de salidas del crucero, equivalía a dos o tres meses sin saltar a tierra. Su entrevista con el comandante apenas trascendió. A más de evasivo, como ya era habitual en él, el cabo regresó cabizbajo, a la manera de un escolar sorprendido en falta flagrante. No dio explicaciones a nadie, ni nadie osó pedirselas tampoco; se aisló; literalmente se marginó. Radio Bolina elogió su gallardía al asumir la responsabilidad del hecho, exculpando a los miembros de su grupo. No obstante, su falta produjo en el puesto H una amarga decepción. El descrédito ante los otros puestos de dirección de tiro era palmario. El H había sido el único que no alertó al puente, y, con ello, la competencia de su dotación quedaba en entredicho. Una rivalidad tácita aconsejaba, en cualquier caso, comportarse como el mejor, y el cabo Pita, con veinte años de experiencia marinera, no lo ignoraba. Acaso por ello, al saberse responsable, se mostraba cada vez más remoto y encubridizo. Gervasio asistía al proceso de descomposición moral del cabo, lo vigilaba. En las horas que precedieron al incidente del minador había confiado en superar su reserva, pero ahora se daba cuenta de que sus confianzas no obedecieron a una necesidad de comunicación, sino a un raptó de debilidad suscitado por el suyo propio. En las guardias siguientes esperó en vano que se reanudara el diálogo inconcluso, pero Pita se mantuvo mudo, ajeno al mundo exterior, hasta tal punto que cuando alguien se veía en la necesidad de recurrir a él, inevitablemente le cogía de sorpresa y el retorno a la realidad le suponía un auténtico esfuerzo mental. Peter, a quien Gervasio había informado sobre la muerte del hermano del cabo, le aconsejó apelar a algún subterfugio para invitarle a retomar el tema, pero las tentativas de Gervasio en este sentido resultaron fallidas. «Pita —como Damasito decía— no entró al trapo.» Extraño a su pretensión, proseguía inmerso en su mundo, tan ensimismado que era capaz de dejar transcurrir las guardias sin pronunciar una palabra, si es caso, fumando algún que otro cigarrillo o bebiendo un trago de coñac del botellín-petaca que, desde la famosa noche, portaba en el bolsillo lateral de la faena. Gervasio se limitaba, pues, a observarlo a distancia, y Miodelo, solidarizado con él, con un respeto funeral hacia su mutismo, había dejado de tocar la armónica, hasta que una noche, Pita, que por razones ignoradas, tal vez un poco ebrio, compareció menos cerrado que de costumbre, le dijo, como si no hubiera advertido la interrupción de los conciertos:

—Miodelo, ¿por qué no te tocas *El bonete del cura*?

Miodelo, gratamente sorprendido, sacó la armónica de entre los pliegues del pañuelo y tocó *El bonete del cura*, a medio tono, con mucho sentimiento. De esta manera inesperada se reanudaron en las guardias nocturnas los solos de armónica de Miodelo.

Durante las horas de rancho, el cabo Pita presidía la mesa arcano y distante. Apenas comía, fumaba todo el tiempo y bebía un vaso de vino tras otro. Su

inapetencia, advertida ya por Gervasio desde su ingreso en el crucero, había ido en aumento y llegó a ser total unas semanas después de su arresto. El cabo enflaquecía, se le abolsaban los pantalones en los fondillos, se le sumía el rostro, y, con ello, el cogote se pronunciaba, y en el ojo derecho le nació un tic que era como un guiño incompleto, reiterado y maquinal. Gervasio vivía pendiente de él, y aunque sabía que el cabo no comulgaba con los ideales del Alzamiento, se resistía, pese a su evidencia, a atribuir a mala fe el incidente del minador. En rigor, sustentaba sobre este punto criterios contrapuestos que variaban con las circunstancias. En ocasiones se decía: «Es un espía. Vio la sombra del minador como los demás pero prefirió callarlo. Y cuando se recostó en el telémetro e intentó encender un cigarrillo, estaba ofrendando el crucero a la causa de la República». Mas, si miraba de frente el azul cambiante de aquellos ojos erráticos, concluía que, al resistirse a comunicar al puente la presencia de la sombra, el cabo Pita había obrado noblemente, pretendiendo salvar del ridículo el buen nombre del puesto H. Lo cierto es que en los zafarranchos y ejercicios de tiro que siguieron al incidente, el cabo Pita solía presentarse con retraso, a veces algo bebido, demoraba coger el blanco, y sus datos discrepaban a menudo de los de su compañero Javier Medina. La vigilancia del cabo que Gervasio inició por curiosidad, derivó hacia un espionaje sistemático, diligente, casi profesional. Controlaba con disimulo sus paseos por cubierta, sus esporádicas visitas a las taquillas, sus incursiones al mayordomo, sus escauceos por pañoles y sollados. De este modo pudo descubrir una amistad ignorada de Pita: el cabo Poncela, el pagador del pañol de popa, en el sollado 2. Allí se veían diariamente, conversaban, cambiaban notas y papeles, y una tarde, minutos antes de salir francos, vestido ya con la gala, Gervasio siguió a Pita hasta los beques y allí vio cómo entregaba a Poncela un abultado sobre por encima del medio mamparo que separaba los jardines de marinería. El cabo Poncela, tocado con el lepanto, dispuesto a saltar a tierra, se apresuró a ocultar el sobre en el saquillo blanco de la ropa sucia. El corazón le latía a Gervasio en la garganta. Siguió al cabo hasta el lanchón de francos y, una vez en tierra, hasta una de las últimas casitas del Arenal, de donde salió, minutos después, sin el saquillo blanco y con otro listado en la mano. Acto seguido, el cabo, siempre solo, dio dos vueltas al Paseo del Borne antes de sentarse en la terraza de la Granja Reus. A través del cristal, desde otra mesa, en el interior del café, simulando leer el periódico, Gervasio lo observaba. El cabo Poncela había pedido un café con leche y una ensaimada, y antes de concluir la merienda, un hombre alto, con los ojos sin pestañas, rojos los ribetes de los párpados, ataviado con una holgada americana de rayas grises y negras, se sentó en la mesa contigua y pidió un café solo. En el trance de pagar la consumición, el cabo Poncela hurgó en el saquillo listado, sacó de él el grueso sobre, lo depositó distraídamente en la silla vacía que le separaba del hombre sin pestañas y se puso en pie. Los latidos del corazón de Gervasio eran tan violentos que se ahogaba. Vio alejarse al cabo Poncela y perderse entre el gentío, mientras el hombre de los ojos sin pestañas recogía el sobre de la silla de mimbre, lo guardaba en el bolsillo interior de

la chaqueta y se incorporaba también. Gervasio le siguió hasta la calle Cifré, dobló luego por la de San Cayetano, muy concurrida, y aceleró el paso para no quedar rezagado. Aunque por dos veces volvió la cabeza, el hombre de los ojos desvalidos caminaba confiado, sin prisas, haciendo periódicos altos. Gervasio le seguía, deteniéndose en las esquinas, en los oscuros zaguanes y, conforme se adentraban en el dédalo de callejuelas del barrio antiguo y el tráfigo empezaba a decrecer, dejaba aumentar la distancia que los separaba. Bruscamente, el hombre de la chaqueta listada se detuvo y dio media vuelta, con tal rapidez que Gervasio apenas tuvo tiempo de hincar la rodilla en tierra y simular que se ataba el cordón de una bota. A la altura de la Corredera de Tous y Maroto, en la calle de San Nicolás, anochecido ya, el hombre de la americana a rayas apresuró la marcha (sus pasos resonaban rítmicamente en las desgastadas losas del pavimento), pero al comprobar con el rabillo del ojo que Gervasio hacía lo mismo, en un movimiento imprevisto arrancó a correr. Los largos faldones de la chaqueta desabotonada le azotaban el trasero mientras Gervasio lo perseguía a la carrera, aturdido por el tableteo de sus propias pisadas en el angostillo, mas al alcanzar la segunda esquina lo perdió de vista. Resollando, sin detenerse, avanzó hasta la encrucijada, miró en los dos sentidos y, al no divisar al hombre, dobló sin vacilar por la calle de los Cestos. Recorrió al azar otras dos callejas y al final de la segunda se detuvo, jadeando, en el quicio de un portal, atisbando a un lado y a otro. Pensó que el extraño hombre de la chaqueta listada lo había despistado y aspiró aire por la boca con avidez. Por vez primera desde que iniciara la persecución, se preguntó: «Y si le cojo, ¿qué?». Su estómago se contrajo. Sentía en el cuello los latidos de su corazón. Resollaba. Bajo el resplandor opalino de la lámpara de la esquina, creyó entrever la familiar silueta pero no se movió. «¿Es que estoy loco?», se dijo para justificar su retraimiento. En las medias tinieblas de la Plaza de Santa Eulalia la sombra se desvaneció de nuevo. Esperó, cobijado en un zaguán, en la calle Arquitecto Reyes, a que su agitado corazón se serenase y, al cabo, regresó al Paseo del Borne.

A la mañana siguiente, tras el baldeo del *espardek*, Gervasio se apresuró a convocar controversia en la rinconera de taquillas del sollado 3 para informar a los amigos de los últimos descubrimientos. Al oír su relato, Dámaso estregó la roja lengua contra la mella del diente, la cabeza gacha, mientras liaba un cigarrillo. Peter, la barbilla entre las rodillas recogidas, adoptaba una actitud de solemnidad extrema. Se acarició el cogote a redopelo antes de hablar:

—Pita es un rojo emboscado; no hay que darle más vueltas.

Dámaso Valentín levantó la cabeza de golpe, la roja lengua dispuesta a pasar la punta por el filete engomado:

—Los dedos se os hacen huéspedes —dijo—. ¿Es que no puede tener relaciones con tierra un hombre arrestado? ¿Por qué no una mujer?

Gervasio rechazó la sugerencia:

—Si así fuera, ¿por qué no le entregó la carta a Poncela a la vista de todo el

mundo en lugar de hacerlo a escondidas, en los retretes?

Dámaso Valentín, en actitud socarrona, expulsaba anillos de humo sin responderle. A Gervasio le disgustaba su jovial ligereza. Había conseguido inquietar a Peter pero Dámaso, obstinado en su frívola irresponsabilidad, se le escurría, no había forma de centrarlo, de hacerle reflexionar. Intentó arrancarle de su escepticismo mediante una serie de interrogantes fiscales: ¿por qué ese diario trajín entre Pita y el cabo Poncela? ¿Por qué le servía éste de enlace con paisanos extraños en el exterior? ¿Por qué Poncela no dirigió la palabra al hombre de la chaqueta listada limitándose a dejarle la carta sobre la silla vacía como si no se conociesen? La chispa de burla no se apagaba en los ojos de Dámaso mientras se acentuaba la sombra de gravedad en los de Peter, quien acabó por sentenciar que Pita había perdido los papeles y su omisión ante la presencia del minador *Marte* había sido, sin duda, deliberada. La voz de Gervasio titubeó al formular la pregunta obligada:

—Y... ¿y qué podemos hacer?

—Dar parte. Denunciarlo al mando. No veo otra solución.

—Para eso no cuentas conmigo.

—¿Es que piensas encubrirlo?

—Llámallo como quieras, pero yo *no puedo* hacerlo. Sería como si delatase a mi padre.

Gervasio era consciente de la inconsecuencia de su juego. Resultaba paradójico amontonar sospechas sobre el cabo para luego, llegado el momento de las decisiones, excusarlo, echarlas por tierra, erigirse en su defensor. Y cuando Peter se lo hizo notar, no lo negó, pero recalcó patéticamente que dar parte de Pita equivaldría a ponerle con las manos atadas ante el piquete de ejecución. Llevaba varios días rumiando la última nota de papá Telmo en respuesta a su samaritana carta del día de la Comunión. Papá Telmo había respetado sus ideas pero, tan pronto Gervasio le dio una oportunidad, le envió unas líneas entrañables, transidas de ternura: «Ninguna cosa es tan importante —decía— como para separar a un hijo de su padre». Gervasio daba vueltas a esta frase una y otra vez. La postura de papá Telmo era clara: ni la política, ni la religión, ni la guerra eran causas suficientes para distanciar a un padre de su hijo. Su corazón se ablandó. Admitió la precavida aproximación sentimental de su padre como un proceso natural. Y recordó una frase del tío Jairo en una de las veladas sabatinas de palacio, cuyo alcance no llegó a desentrañar entonces: «El espíritu de la madre domina en el niño hasta la adolescencia. A partir de ahí, el del padre (de ordinario más razonable, menos instintivo) empieza a desplazar a aquél para terminar imponiéndose». ¿Era puro azar que, en vísperas de cumplir dieciocho años, evocara esta frase? ¿Era también casual que, frisando esa edad, hubiera dirigido a papá Telmo su primera carta sin reticencias, inspirada en un cariño espontáneo? Algunas noches, al salir de guardia y desaferrar el coy, en los segundos precursores del sueño, se esforzaba en configurar su rostro, pero sus facciones se resistían, se difuminaban en la memoria, y acababa conformando un semblante que recordaba vagamente el del

cabo Pita. Miró a Dámaso, tendido en el linóleo, los dedos trenzados bajo la nuca, observando las barras de hierro que trincaban al techo mesas y bancos. Se sentía flotar, a la intemperie, solo. Y tal vez si Peter, en ese momento, le hubiera dirigido una palabra cariñosa se hubiera echado a llorar. Pero Peter, con un razonamiento impecable, insistía en la solución expedita. Tras una larga pausa, se mordió el labio inferior para decir:

—No ignoro que la guerra es dura, incluso cruel, pero desde el momento en que demos entrada al sentimiento *podemos perderla*.

El estallido de Gervasio fue algo inesperado. Él fue el primer sorprendido de su arrebatado de locuacidad, en el que prevalecía la pasión sobre el discernimiento. Y en su discurso exaltado mezcló los nombres de los tíos Norberto y Adrián con los de los tíos David y Fadrique, evocó sus muertes respectivas, «una misma muerte», dijo, y, como única salida viable del círculo vicioso de su exposición, descargó su animosidad contra Peter, le llamó «frío estratega calculador», le acusó de afrontar la guerra como si fuera una partida de ajedrez, sin seres humanos implicados («un barco contra otro barco, un avión contra otro avión, una trinchera contra otra trinchera», dijo), cuando, en realidad, aquella guerra entrañaba una faceta sórdida, sucia, que Peter conocía y en la que él no estaba dispuesto a participar. Era la primera vez que levantaba la voz a su amigo y, al terminar, quedó tembloroso, asustado de su propia vehemencia, bajo la asombrada mirada de Dámaso, que se había incorporado, mientras Peter, confundido, bajó los ojos, fingió abstraerse en las orejeras de su abisino, cuyo automático abrochaba y desabrochaba maquinalmente. Al cabo de un rato levantó la cabeza y alegó, disculpándose, que la guerra, con todos sus horrores, exigía a veces ser un «frío estratega calculador», manifestación que conmovió a Gervasio y le impulsó no ya a pedirle disculpas, sino a prometerle solemnemente («te doy mi palabra de honor», dijo) que no dejaría al cabo Pita ni a sol ni a sombra y, llegado el caso, le haría ver la necesidad de que abandonase el barco.

Fiel a su compromiso, a primera hora de la mañana siguió los pasos del cabo Pita hasta el sollado 1, a proa, el más distante del puesto H, y allí, sobre un coy de la batayola, le vio escribir un mensaje en una hoja de bloc, doblar el papel en cuatro pliegues y deslizarlo luego por la rendija de una taquilla en el pasillo de calderas. Una hora más tarde compareció su destinatario, el cabo Poncela, el pagador, quien, después de leer la nota, hizo un rebujo con el papel y lo guardó en el bolsillo alto de la faena. Seguidamente, sin moverse del sitio, apoyándose en el mamparo, escribió unas líneas apresuradas de respuesta que, a su vez, introdujo en la taquilla del cabo Pita. Hasta después de hacerse el crucero a la mar, tres días más tarde, los cabos Pita y Poncela no volvieron a verse, de lo que Gervasio dedujo que el hombre de la chaqueta a rayas les había alertado.

Había vuelto el frío y un escarceo gris arrugaba la superficie del mar. La prensa hablaba en aquellos días de una cruenta batalla en el Ebro, favorable en principio a los republicanos, que atravesaron el río, y desenlazada, al fin, con una nueva victoria

nacionalista. ¿Qué se les había perdido, entonces, a ellos en el sur, hacia donde había arrumbado la flotilla de cruceros? Radio Bolina fue escueta y fidedigna en esta ocasión: el destructor *José Luis Díez*, refugiado desde el comienzo de las hostilidades en un puerto francés del Atlántico, se proponía forzar el bloqueo y llegar a Cartagena. Al abocar el Estrecho, la mar engordó. La nave espaldeaba, batida por un viento de levante, en un día transparente, de visibilidad táctil. A estribor, resaltaba Gibraltar, la cresta encendida, los tres oscuros destructores al pie y, a babor, la silueta ahumada de las costas del Magreb y, destacando sobre ellas, como recortables, los cuatro minadores, chatos y pesados, inmóviles en la vasta perspectiva. Dámaso Valentín, después de contemplar la formación con los prismáticos, dijo socarronamente, volviéndose hacia ellos:

—¿Qué le parecería esto al cabo Rego? ¿Una valerosa acción o una *cobarde emboscada*?

Se reía a golpes, en entrecortadas risotadas, levantando y bajando la cabeza, como las gallinas al beber. Gervasio, que para olvidar el mareo hacía dos jornadas que evitaba el ambiente enrarecido de los sollados, se asió a la cadena del *espardek*. Peter se puso a su lado:

—Me gustaría saber —dijo— qué estará tramando el tipo ese en este momento.

—¿Quién? ¿Pita?

—Pita, claro, ¿quién iba a ser?

Gervasio acompañó su respuesta de una sonrisa evasiva. Su actitud ante Peter, después de su enfrentamiento, procuraba ser conciliadora:

—En alta mar, un hombre embarcado es lo mismo que un prisionero.

—No te fíes. Acuérdate del *Baleares*.

El crucero surcaba el Estrecho en largos desplazamientos, de la Línea de la Concepción a Trafalgar, ida y vuelta, como un gigantesco centinela. Día y noche repetía el mismo itinerario. A babor y estribor, las flotillas de minadores y destructores navegaban también, una y otra vez, las mismas aguas. La tercera noche, cuando ya desesperaban de que el destructor compareciese, les despertó el toque de zafarrancho de combate por los altavoces. Ante la alarma, el malestar de Gervasio desapareció. Sentado en el taburete, junto al tubo, arrebujado en la manta, la boca seca, trataba de conjurar un nuevo ataque de perlesía. El puesto A anunció una sombra por estribor. Gervasio se envolvió en la manta, dobló el cuerpo sobre el tubo y repitió la orden de don Mario a los cañones:

—¡Listos para tiro de superficie!

Pero algo no marchaba en los nidos de apuntadores: ni Javier Medina ni el cabo Pita acertaban a coger blanco (Gervasio observaba, a la luz de las estrellas, los movimientos desmanotados de éste, su forcejeo, el inútil ir y venir de la manivela). Viró el crucero y forzó la marcha. De la trepidación de los mamparos se colegía que navegaban a toda máquina. Sin duda, el puente trataba de combatir al *José Luis Díez* con sus mismas armas: la velocidad. Más rápido que sus oponentes, si conseguía

salvar la línea de bloqueo no podría ser detenido por nadie; en un santiamén los dejaría atrás. Gervasio sentía temblar sus manos bajo la manta, se estremeció con la primera salva de las torres de proa y miró de nuevo angustiado hacia el cabo Pita. Tubío cantaba rutinariamente distancias desde hacía rato y Javier Medina se había hecho con el blanco. Pero Pita ronceaba: «No veo, don Mario. No lo cojo». La salva de las torres de popa remeció el buque e iluminó el sombrerete del puesto como un relámpago. Traqueaban otras unidades por estribor, el fuego se generalizaba, pero Pita seguía forcejeando con la manivela, guiñaba un ojo, luego el otro, levantaba la cabeza desalentado, abría sus manos vacías en señal de impotencia, mientras don Mario se impacientaba: «Vamos, Pita, acabe, Pita; estamos aguardándole». Escoró el crucero en una nueva virada y atronaron las salvas de proa y popa. Se oían las andanadas de los minadores y Gervasio, acurrucado junto al acústico, miraba hacia el cabo Pita sin pestañear, sus atropellados movimientos en la penumbra. El cañoneo no cesaba, y cuando Miodelo voceó que el *José Luis Díez* había sido tocado, tenía un boquete a proa y se estaba hundiendo, el silencio se espesó en el puesto, no hubo manifestaciones de júbilo, antes al contrario, se percibió como un sentimiento de frustración. Don Mario se sentó al *spotter* y dijo: «Confirmen». El teléfono del puesto A aclaró que el destructor, seriamente averiado, aproaba a Gibraltar y, poco después, que había entrado en aguas jurisdiccionales inglesas y se evitase toda imprudencia. Don Mario se volvió, girando el silletín: «Posición de espera», dijo conteniendo la cólera.

Amanecía por el cachete, una luz nacarada, friolenta. Y la negra silueta del destructor, escorado de babor, escoltado por dos patrulleras inglesas, resaltaba sobre la albura del Peñón, bajo cuya sombra se cobijó minutos más tarde. Había sonado el toque de retirada y la dotación del puesto H fue bajando desalentada al *espardek*, agobiada de nuevo por una sensación de fracaso, sin que la festiva actitud de Miodelo, interpretando en la armónica *La bandera inglesa que ondea en Gibraltar*, sirviera para contrarrestarla.

Gervasio encontró a Peter en las cocinas, en la cola del café. Estaba fuera de sí. Tachó al cabo Pita de traidor, y cuando Gervasio trató de excusarlo le hizo ver que su postura era tan culpable como la deslealtad del cabo, y que incluso podría ser fusilado por ello. Gervasio titubeaba, pero aúnapuró sus razonamientos: don Mario también había sido testigo de la conducta del cabo. Él era el jefe del puesto. ¿Por qué no dejarle que tomara la iniciativa? Peter se revolvía:

—¿Y si no la toma? Él no tiene las pruebas que tenemos nosotros. Nuestro deber es facilitárselas.

—Está bien, si no la toma, yo hablaré con Pita. Te he dado mi palabra y la cumpliré.

El triunfo sobre el *José Luis Díez*, citado en el parte de guerra y magnificado por la prensa, provocó un recibimiento clamoroso en la base: desfiles, colgaduras, música militar y una aparatosa misa de campaña en el muelle. Los empresarios, enternecidos,

concedieron a la marinería entrada gratuita en los espectáculos durante tres días y un cincuenta por ciento de descuento en las consumiciones de los bares. Se anticipaba así la euforia del desenlace de la guerra. En este ambiente triunfal llegó el telegrama de tío Felipe Neri: «Conmovidos gloriosa hazaña nos enorgullece tener héroe familia punto sigue carta colectiva punto danos detalles miles felicitaciones y abrazos». Gervasio releyó el telegrama perplejo. De inmediato se hinchó como un pavo real. Sobre el plegado papel azul, su infantil y ya casi olvidada aspiración quedaba ratificada: para el mundo era ya un héroe. Tío Felipe Neri acababa de incorporar su nombre al de los ilustres soldados inmortales. Su proclividad a admitir los juicios favorables como ciertos, le llevó a aceptar el de su tío a pies juntillas. Manena Abad se mostraba asimismo complacida, aunque no ocultase sus reservas: la victoria del crucero sobre el *José Luis Díez*, si brillante, no dejaba de ser la de Goliat sobre David; una victoria lógica y predecible. Tamaña cicatería ante el candente aplauso de tío Felipe Neri, le impulsó a rasgar la carta y aventar los pequeños fragmentos sobre el mar. El juicio de un hombre avezado, militar de carrera además, necesariamente había de prevalecer sobre el de una muchachita quinceañera. Gervasio paseaba sus tufos por cubierta, el telegrama de tío Felipe Neri en el bolsillo izquierdo de la faena, sobre el corazón. Aquel papel significaba un reconocimiento explícito de su valor, tan terminante como podría serlo el sello de cera acreditativo de la laureada de San Fernando. Reflexionó acerca de la manera más oportuna de contestar a su tío. El engreimiento empequeñecía el heroísmo (que, precisamente, radicaba en revestir de cotidiano lo excepcional) pero, por otra parte, sería decepcionante reconocer su inhibición en combate. Una vez más, optó por la objetividad hiperbólica: éstos eran los hechos, que el lector sacase las consecuencias. Al situarse al margen, su propia modestia le enaltecía. Tío Felipe Neri atribuiría a pudor su distanciamiento. Al hablar de tensa espera, fuego graneado, amenaza de torpedos, no mentía. Y su tío, ante su recato, lo colocaría mentalmente en el puesto de mayor riesgo y responsabilidad. Y tanto calor puso en la descripción de la batalla que hubo un momento en que los pelos del colodrillo se le erizaron como en los mejores tiempos. Escribía en tal estado de exaltación, con tan acendrada fe, que si alguien en ese momento le hubiese recordado la escueta verdad de los hechos (que el puesto H no disparó un cañonazo porque el cabo Pita, primer apuntador, presuntamente un rojo emboscado, no acertó a coger blanco mientras duró el zafarrancho), se hubiese negado a creerlo.

En las jornadas siguientes no decayó la actividad del crucero (Levante, La Pantellaria, Levante otra vez), con lo que el arresto del cabo Pita llevaba visos de eternizarse. A mediados de mes, el crucero volvió a zarpar con una misión concreta: escoltar hasta Málaga un convoy de cargueros apresados. El cabo Pita, a raíz del combate con el *José Luis Díez*, no había vuelto por el rancho. Sus mejillas se sumían cada vez más y en ocasiones, durante las guardias nocturnas, hablaba consigo mismo palabras ininteligibles que Gervasio se esforzaba vanamente en interpretar. En la mar empezó a reunirse de nuevo con el cabo Poncela, bien en los pañoles, en la tercera

cubierta, durante el día, bien en toldilla, al anochecer. Gervasio le acechaba. Ante su ensimismamiento no tomaba ya precaución alguna y una tarde, a la hora del rancho, al bajar la escotilla del pañol de popa, desierto de ordinario, se topó de bruces con él al pie de la escala:

—¿Querías algo, 377A?

El sobresalto de Gervasio le impidió responder. Dio media vuelta y regresó apresuradamente al puesto. Procuró eludir al cabo, pero su coincidencia en la guardia siguiente resultó inevitable. No obstante, Pita, al volver a verlo, le había mirado con una expresión ausente, como preguntándose: ¿dónde nos hemos visto antes tú y yo? Perdía la cabeza. Fumaba de noche sin reservas, prendiendo descaradamente los cigarrillos con fuego de llama. Tras él, en la otra banda, Santoña y Miodelo lo miraban desconcertados y cuchicheaban en voz baja. Al amanecer del segundo día fueron sorprendidos por dos escuadrillas enemigas, diez Katiuskas y seis Curtis. El ataque fue tan imprevisto (ninguno de los puestos de observación anunció su presencia) que el altavoz ordenó a la tripulación algo insólito: «¡Cuerpo a tierra!» (pero «¿a qué tierra?», se preguntaba Gervasio aplastando sus narices contra las planchas de hierro del *espardek*, tratando de acallar los sordos latidos de su corazón), mientras las bombas estallaban y brotaban en el mar unos góticos piques de espuma. Ya en el puesto, el aplomo de don Mario ayudó a recobrar la serenidad a la dotación, y una vez que el cabo Tubío giró el telémetro y se puso a cantar distancias y el comandante (la gorra abollada en la testa cuadrada) ordenó tiro de barreras sobre los Curtis que les sobrevolaban, el cabo Pita pronunció aquella frase lapidaria que quedaría grabada para siempre en los anales de la Armada como emblema de contumacia y oposición:

—¡A éstos no, don Mario; éstos son cazas! ¡A los que hay que tirar es a los que cagan!

Entre los estampidos de las torres y el tableteo de las ametralladoras del *espardek*, sobrevino en el puesto H un movimiento de estupor. La escena que vino después fue muy rápida. En la cuidada mano peluda de don Mario apareció un objeto negro, romo, brillante (a Gervasio, encogido sobre el acústico, minimizado por el estruendo, le vino a la cabeza la imagen de Lucinio Orejón, con su bigote incipiente y sus pantalones bombachos, vaciando el cargador de su pistola sobre los asaltantes de la casacuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda, en su ciudad) con el que apuntaba fríamente el pecho del cabo a metro y medio de distancia, al tiempo que le conminaba: «Pita, obedezca órdenes o le meto una bala en la barriga». En torno imperaba una barahúnda infernal. Gervasio miró atemorizado a don Mario, su imagen exenta, pistola en mano, ajena a todo exceso melodramático, y seguidamente a Pita, su semblante sumido, descompuesto, prominente el cogote, el párpado izquierdo aleteando sobre la pupila azul. Dudó que el cabo obedeciera las órdenes del comandante y, asimismo, que el comandante fuese capaz de meterle una bala en la barriga al cabo. El brevísimo lapso que duró la tensión se le hizo interminable. Pero

antes de que volvieran a redoblar las torres de proa, el cabo Pita giró la manivela, cogió blanco sobre los Curtis y, como si nada hubiera ocurrido, empezó a suministrar datos al tablero Perozzi y Bartolomé Roselló a subrayar en registros cambiantes el orden de las barreras (una, dos, tres y cuatro), en tanto la banda de estribor, conducida por Gervasio, fogueaba sobre los cazas hasta que se perdieron en el horizonte.

Tampoco en esta ocasión el fin de la alarma produjo la efervescencia de corros y comentarios que solía desenlazar todo combate. Los hombres del puesto descendían al *espardek* en silencio, alicaídos, cabizbajos. Nadie hizo comentario alguno, ni siquiera sobre el singular incidente de la pistola. El cabo Pita desapareció escala abajo, por la escotilla del ventilador, y Gervasio y sus amigos, sin concierto previo, se reunieron en el sollado 3, en la rinconera de taquillas. Peter, muy excitado, perdida su habitual flema, abrochaba y desabrochaba el automático de las orejeras del abisinio y exigía a Gervasio una inmediata intervención: el crucero no podía arriesgar su seguridad confiando su defensa a «ese lunático». Gervasio afirmaba con la cabeza. Se dobló al fin:

—Esta noche sin falta hablaré con él —dijo.

Le aterraba la idea de arrostrar aquella mirada azul, errática, el guiño cómplice del párpado izquierdo, pero estaba dispuesto a cumplir su palabra. Sin embargo, en la guardia de prima no encontró a Pita en el puesto, sino a Javier Medina en su lugar, destocado, una expresión severa en su perfil aguileño. Miodelo y Santoña, que subían charlando tras él, se sorprendieron también al alcanzar el sombrerete:

—¿Ocurre algo? ¿Dónde está el cabo?

Medina pasó la correa de los prismáticos bajo la capucha del capotón y dijo a media voz:

—Pita está arrestado en el puente, hasta nueva orden. No volverá por aquí. Mientras tanto, yo soy el jefe de grupo.

Aunque en pequeña medida, el arresto del cabo Pita modificó la organización del puesto H. Javier Medina, ascendido a cabo segunda, se convirtió en jefe del cuarto grupo, en tanto Peter pasó a apuntador y Fito Iroa, un muchacho rubio y rosado, de dulce mirada gris, procedente del puesto A, se encargaba de los teléfonos. El cabo Pita, custodiado por infantes de Marina, había abandonado el barco una tarde, mientras su brigada vacaba. Únicamente Lago, el Pintor, le había visto partir y las guías de su bigotillo bermejo se mustiaban cada vez que relataba su desembarco, flanqueado por el piquete, en una motora de la Comandancia: «Al llegar al portalón volvió la cabeza un momento y me vio pintando en el *espardek*. Sonrió e hizo un borroso ademán con la mano, como de despedida, pero el infante que lo seguía lo empujó y él, entonces, bajó un par de escalones y nos perdimos de vista». El cabo Tubío, al oírle, parpadeaba y movía la cabeza ambiguamente, asintiendo sin asentir, negando sin negar, actitud ecléctica que juzgaba apropiada entre las dos facciones definidas en el puesto. Acuciado por el flaco Santoña, el Cativo (rostro imberbe, rubicundo, sobre el ancho pestorejo congestionado) relataba ahora el martirio de Máximo Pita, el hermano del cabo, allí en el pueblo: «Lo sacaron en calzoncillos con una cruz al hombro y le hicieron recorrer el Vía Crucis alrededor de la coterá. En las posas le zurraban la badana con palos y piedras, de modo que cuando llegó al final, tenía la cabeza rota y estaba muerto». Gervasio escuchaba en silencio a unos y a otros, pero si los comentarios zaherían al cabo y Miodelo recurría a la armónica y tocaba *El bonete del cura*, para desagraviarlo, se le humedecían los ojos y notaba un ligero cosquilleo en los pelos del colodrillo. Pero, salvo Gervasio, el Cativo, Miodelo, Santoña y quizá Lago, el Pintor, en una faceta estrictamente sentimental (tal vez porque había sido el único en despedirlo), el resto de los compañeros de puesto y la dotación entera del crucero le denostaban, convencidos de que su traición podía haber significado el hundimiento del barco y, tal vez, la muerte de todos ellos. Durante semanas, Radio Bolina se ensañó con Pita, le atribuyó un repertorio de trasgresiones que el mando, requerido por exigencias de la guerra, abocada ya a su desenlace, no se preocupó de confirmar ni de desmentir. Según Radio Bolina, la deslealtad del cabo Pita databa de su embarque en el bou artillado *Apóstol Santiago*, en el Cantábrico, durante los primeros días del Alzamiento, y no por una cuestión de principios (él era refractario a toda ideología) sino de venganza, sentimiento que anidó en su corazón a partir del ajusticiamiento de su hermano. En la taquilla de Pita habían aparecido docenas de papeles, cartas y documentos comprometedores, que demostraban su traición, a más de un código cifrado mediante el cual se había estado comunicando durante dos años con una emisora roja de Marsella. Radio Bolina no descartaba que hubiese sido él quien, valiéndose de señales convenidas, hubiese atraído los torpedos sobre el *Baleares* la madrugada del 6 de marzo de 1938 (Santoña se enfurecía ante esta suposición: «Esa noche, el cabo estaba orilla mía. ¿Qué señales podía hacer sin que

yo me enterase?»). Con Pita habían sido detenidos un grupo de saboteadores en Mallorca y el cabo Poncela, uno de los pagadores, que, al parecer, era el encargado de informar por morse acerca de los movimientos del crucero. Prisionero en el Castillo de Bellver, el cabo Pita sólo lo abandonaría para ser juzgado en consejo sumarísimo al que asistirían como testigos los marineros más relacionados con él, y en especial los componentes del cuarto grupo de vigilancia del puesto H (en la rinconera del sollado 3, Gervasio se rebelaba: «Yo no tengo nada que declarar contra él. Y, además, ¿por qué voy a hacerlo? ¿No disponen ya de pruebas suficientes?»). Cuatro días después, Radio Bolina rectificó: el cabo Pita, convicto y confeso, sería juzgado por pura formalidad, sin participación de testigos, superfluos después de su confesión. Al parecer, el cabo no daba muestra alguna de arrepentimiento, se mostraba tranquilo y, según afirmaban sus celadores, no se consideraba traidor a la Patria sino condenado por traidores. En un primer momento, Radio Bolina señaló el juicio para primeros del mes de enero, «por respeto a los días santos», pero pasada la Navidad, habló, en términos inconcretos, de la última semana de febrero.

El arresto del cabo Pita llevó a Gervasio a sentirse responsable, puesto que aunque la denuncia no había partido de él, su demora en advertirle sí le había impedido la fuga. Peter, por su parte, consideraba que Pita, a la vista de la marcha de la guerra, se había sacrificado voluntariamente; literalmente se había inmolado. Pero sus juicios no serenaban a Gervasio que, perdida la fe en las palabras, se debatía en una honda crisis. Ni las encendidas cartas de tío Felipe Neri le impedían ya reparar en su mediocridad. ¿Podría considerarse un héroe por el simple hecho de que tío Felipe Neri así lo dijera?

¿Quién era tío Felipe Neri para dictaminar sobre el arrojo y la cobardía? ¿Existía alguien, fuera de uno mismo, capacitado para pronunciarse sobre los móviles de un soldado? No obstante, las cartas apasionadas de tío Felipe Neri, aunque no le convencieran, seguían halagándole. Se recreaba leyéndolas aunque sus reflexiones posteriores fuesen cada vez más desoladoras: él no era más que un héroe de papel (de papel azul, de telegrama), un impostor. Si el heroísmo estribaba en ofrendarse entero y sin condiciones, en el crucero no había más que un héroe: el cabo Pita. Ahora bien, ¿y la causa? ¿Cabía el heroísmo al servicio de cualquier causa? Años atrás, tío Felipe Neri exigía al héroe una «causa noble», pero su propia experiencia le enseñaba que cabía invertir el orden del proceso, esto es, bien podía ser el soldado que moría dando la cara, desinteresadamente, el que ennoblecía la causa a la que servía. Alarmado de sus deducciones, se refugiaba en la lectura de las cartas de tío Felipe Neri, cartas exultantes, aromadas de victoria. La batalla del Ebro había sido decisiva. Las fuerzas enemigas flaqueaban, quebraba su resistencia en todas partes. El final de la guerra se presentía. En este punto tío Felipe Neri establecía un nexo, no podía desligar tan faustas previsiones de la participación de Gervasio en la contienda y, con frecuencia, utilizaba las gestas del «barco de su sobrino» como puntos de referencia: antes y después del desembarco en Las Columbretes; antes y después del desmantelamiento

del *José Luis Díez*. Pero, pese al secreto placer que producían en Gervasio tales alusiones, ya no revolvían su ser como hacían antaño los legionarios desfilando por la Avenida de la Constitución o la audición del programa «Al paso alegre de la paz». Algo como una inmensa fatiga le emperezaba desde la reclusión del cabo Pita; algo fundamental se le iba enfriando dentro, descorazonándole, abriendo la puerta al desengaño.

De ordinario, las cartas de tío Felipe Neri llegaban acompañadas de otras de mamá Zita, Manena Abad, doña Guadalupe Planas o los padres de Peter, informándoles sobre la vida ciudadana y los avatares de la retaguardia. Mamá Zita, en su última, le anticipaba la liberación de papá Telmo «a la vista del avance triunfal de nuestras tropas en Cataluña». Con él serían liberados todos aquellos prisioneros que contasen con algún valedor de relieve que se responsabilizase por ellos, dentro de la España adicta (Gervasio se preguntaba si el cabo Pita contaría con un valedor de relieve en la España adicta y si, en su caso, sería suficiente este aval para eludir su desesperada situación). Mamá Zita le comunicaba también una noticia sorprendente: su hermana Cruz acababa de prometerse con el capitán italiano Guido Fratelli, «alojado en casa desde hace medio año». «Parece un muchacho responsable —escribía—, aunque a juzgar por los frascos de potingues del cuarto de baño muy pagado de su físico.» El escollo más arduo, en opinión de mamá Zita, radicaba en la reacción de papá Telmo ante la ideología fascista de su futuro yerno, ante su condición de vieja camisa negra.

Por su parte, la viuda de Valentín describía a su hijo Dámaso las desventuras de su amigo Eduardo Custodio: «No es fácil tener que escribir esto —decía—, pero su ceguera ha sido casi providencial. Su cara, con la nariz roída por el fuego, fruncida por las cicatrices de las quemaduras, con la cabeza despoblada en sus dos terceras partes, es una cara monstruosa. Me estremezco ante la sola idea de que un día pudiese contemplarse en un espejo». Las noticias de unos y otros, en especial las referentes a Eduardo, cuya presencia tendrían que afrontar en breve, alejaban temporalmente a Gervasio tanto de sus tenebrosas lucubraciones sobre el cabo Pita, como de la pasajera complacencia que despertaban en él las lisonjas de tío Felipe Neri.

Una mañana de finales de marzo, el crucero zarpó formando parte de la más aparatosa escuadra que Gervasio había visto en su vida. Con los tres cruceros y los cuatro minadores, se hicieron a la mar la vieja flotilla de destructores de carbón, tres submarinos, los cañoneros *Dato* y *Canalejas* y el mercante artillado *Mar Cantábrico*. Esa misma tarde, se les unieron, desde la costa, el *Castillo de Olite*, el *Castillo de Peñafiel*, y otros dos transportes cargados de soldados. No hubo misterio esta vez. La guerra, en su ocaso, enmohecía los engrasados resortes de la censura militar. Su destino era Cartagena. Un destacamento sublevado había ocupado el Arsenal y parte de las baterías de costa y animaban a la Armada a conquistar la ciudad sin lucha, lo que, por un lado, impediría el desmantelamiento de la flota republicana, y facilitaría, por otro, la apertura de un nuevo frente en la retaguardia enemiga.

Apenas había tomado la escuadra posiciones frente a la ciudad cuando se produjo el primer ataque aéreo. Doce aviones les sobrevolaron rociándoles de bombas. Un fragor profundo, como un trueno, los envolvió, y Gervasio, agazapado junto al tubo, el estómago contraído, repetía «¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!» casi maquinalmente. Minadores y destructores arrojaban a los cargueros y un heliógrafo parpadeaba desde un hacho, instándoles al desembarco. Al retirarse los aviones, un pique arbolado y gigantesco como una catedral se alzó en la proa, a estribor. Viró el crucero, cabeceando, dando la espalda a la costa, con cuyas baterías el *Canarias* sostenía un duro duelo. Mar adentro baqueaban los mercantes. Caía la noche, cuando sonó el teléfono del puesto A: «Localicen las baterías de costa en poder del enemigo». Antes de responder, reventaron las bombas de una nueva escuadrilla. Los Martin Bomber volaban muy altos y durante un cuarto de hora el retumbo de las bombas y la réplica de los cañones mantuvieron a Gervasio en tensión. A babor, a media milla de distancia, se espigaron dos piques. Viró de nuevo el crucero y cuando Miodelo anunció la retirada de los aviones, el *Canarias* aprobó resueltamente a la ciudad, las luces de situación encendidas, al tiempo que el *Castillo de Olite*, cargado de soldados, se despegaba de los otros tres mercantes y se emparejaba con él. En un momento dado, se separaron. El *Canarias*, iluminado como un trasatlántico, con el evidente propósito de atraerse la atención de tierra, dobló todo a estribor disparando sus torres, en tanto el *Castillo de Olite*, furtivamente, sin luces, amparándose en las sombras, profundizaba hacia la costa. Gervasio seguía enfebrecido por los prismáticos la audaz penetración del carguero, su sombra difusa, lo vio sortear la línea de balizas y, de pronto, saltar por los aires en una explosión, alcanzado por una mina o un proyectil. El cabo Tubío, al telémetro, confirmó la tragedia antes de que sonara el timbre del puesto A. A partir de ese instante, el *Canarias* cesó de disparar, apagó sus luces y se incorporó a la escuadra. Los transportes siguieron sus aguas, en conserva con los viejos destructores. La oscuridad era completa (apenas un vago resplandor urbano en la negra línea del horizonte) cuando el crucero viró cuarenta y cinco grados a estribor y se lanzó mar adentro. Un silencio falleciente reinaba en el puesto. Pesaba sobre su dotación la conciencia de fracaso, el naufragio del *Castillo de Olite*, la repentina retirada. Don Mario, inmóvil en el *spotter*, escudriñaba el mar por la amura. Minutos después, la flota se dividió: los transportes, con los buques de menor tonelaje, proaron al norte, paralelos al litoral, en busca de un puerto de asilo, mientras los tres cruceros, en fila india, navegando en zigzags, lo hacían al este, hacia su base. Pero tampoco la escisión trajo consigo el final del zafarrancho. Una luna naciente, glauca y oblicua, reverberaba en el mar y las toninas se bañaban silenciosamente en su luz. Algo patético gravitaba en la extremada serenidad de la noche. Don Mario seguía concentrado en el *spotter* y la marinería en sus puestos de observación. El recelo iba fraguando en el corazón de Gervasio. Frustrado el proyecto de desembarco, a cincuenta millas de la costa, ¿qué les retenía allí? ¿Por qué no tocaban retirada y se iban todos a dormir? ¿Por qué no se les daba al menos una

explicación razonable de la situación? La mar se abría en dilatados surcos sin llegar a cabrillar. Como respuesta a sus pensamientos sonó el teléfono del puesto A: «Continuamos en zafarrancho de combate. Intensifiquen la vigilancia de superficie». Don Mario asintió, sin moverse del *spotter*. Gervasio apenas distinguía las vagas sombras de sus compañeros acodados en el antepecho del sombrerete, los prismáticos en los ojos, inmóviles, como mineralizados. El crucero navegaba a toda máquina y la vibración de la obra muerta apagaba en cubierta todo otro rumor. Gradualmente, la inicial desconfianza de Gervasio fue trocándose en ansiedad. Sentía la lengua estoposa, transido el vientre, ofuscado el cerebro. La metálica reverberación de la luna en el agua, las toninas subrepticias, el prolongado silencio, aumentaban la angustia de la espera. ¿Qué ocurría? ¿De quién huían? ¿Intentaban eludir una emboscada? De pronto, el ronquido de un motor (mudadizo, creciente) le oprimió el pecho. ¡Allí estaban! El anuncio de aviones por parte del puesto C fue inmediatamente rectificado por el A: «Se trata de lanchas torpederas —dijo—. Acentúen la vigilancia de superficie». Gervasio oprimía los prismáticos con tan sombrío furor que experimentaba su presión en la nuca. Del mismo modo, sus compañeros, silenciosos en torno suyo, se esforzaban en localizar al enemigo. A veces, el ronquido parecía diluirse para regresar después más acrecentado. Don Mario dijo sin volver la cabeza: «Apuntadores a sus puestos. Cañones listos». (Los tumbos del mar se abrían como cráteres bajo la luna y el ronroneo del motor iba envolviéndoles pegajosamente, en sucesivas oleadas, en círculos cada vez más ceñidos, como el abanico de agua de un regador.) Gervasio, desfondado, flojas las piernas, apenas pudo transmitir la orden y cuando de nuevo se llevó los prismáticos a los ojos no buscaba tanto el objetivo como protección, a la manera de una criatura indefensa que dominada por el pánico restregara los párpados apretados contra el regazo materno. El zumbido del motor pareció alejarse tras una nueva virada, pero fue una vana ilusión puesto que, acto seguido, el puente descubrió una torpedera por el cachete y la ametralladora del *espardek* lanzó dos ráfagas de balas trazadoras contra las tinieblas. Gimió de nuevo el timbre del puesto A. Una voz alarmada, casi colérica, dejó en suspenso la vida en el puesto H:

—¡Dos torpedos por la popa!

Abatido por una impresión catastrófica, Gervasio se dobló por el estómago y se asió con las dos manos al borde del mamparo. Las sienas le latían dolorosamente y las venas se le atoraban, incapaces de encauzar el flujo sanguíneo. Tenía un ritmo de respiración corto, ahogado, y el cuerpo tan frágil que su cuello apenas podía soportar el tirón de los prismáticos. Era el espanto en estado puro, como si todos los miedos que le acecharan desde la infancia se asociasen esta noche para aplastarlo. Resolló acongojadamente, abrió las piernas en V y miró por los prismáticos, pretendiendo puerilmente escapar de sí mismo. Lanzó un ojeada al azar, sobre las olas iluminadas por la luna, y entonces los descubrió: dos trazos blancos, paralelos (las estelas de aire comprimido de los propulsores) avanzaban inexorables hacia el crucero. A intervalos

desaparecían entre la marea para reaparecer después más níveos y estilizados, el trazo izquierdo un poco rezagado respecto al derecho, a una velocidad inalterable. El terror le enmudeció. Quiso anunciar el descubrimiento de los torpedos, incluso amasó un grito de alarma en su pecho, pero apenas emitió un seco carraspeo, como un estertor. La lengua se le trababa. En décimas de segundo, recordó a Tato y Eduardo Custodio, y persuadido de que iba a volar por los aires como ellos, de que su hora había sonado, adoptó una decisión prosaica, escasamente aguerrida: se llevó dos dedos a los oídos y entreabrió los labios para mitigar la explosión. Al brincar entre dos olas, los torpedos se dejaron ver un instante: dos brillantes peces metálicos, fusiformes e incisivos, que al sumirse de nuevo en el mar volvieron a convertirse en dos estelas efervescentes. Permaneció quieto, rígido, plantado sobre las planchas, la mente hueca, los dedos en los oídos. La conciencia del entorno se le había esfumado. Su miedo era tan profundo que no advertía la presencia de sus compañeros ni las balas incandescentes de la ametralladora del *espardek*. En esta situación de pleno desconcierto, le sobrevino el ostento: el calambre chascó en la morra con la violencia de un cortocircuito y, acto seguido, su cuerpo se electrizó, se convirtió en un acumulador de cargas encontradas que erizaban su cabello y escarapelaban su piel. Era como una energía incoercible generada por su propio terror. Y él notaba esa fuerza en la cabeza, pugnando por expandirse, los cabellos como alambres presionando sobre el casco de acero, con tal empeño que, finalmente, consiguieron despegarlo, elevándolo poco a poco sobre las rígidas púas, destocándolo. Horripilado (el pulido casco de acero en el extremo del tupé), el vello del cuerpo comprimido por la ropa, tensos los músculos del abdomen, no parpadeaba, asistía impotente al progreso de los torpedos y, al presentir el estallido, cerró los ojos y boqueó. Mas la enloquecedora explosión que esperaba no se produjo. Y como desdoblado en otro, entrevió la virada brusca que casi tumbó el navío de costado, el discurrir de los torpedos rozando las hélices, su progresivo alejamiento hacia el confín del horizonte. Un nudo caliente (la orina descontrolada) se derritió entre sus piernas, bajó caldeando las caras internas de los muslos, distendiendo sus músculos. Y, al propio tiempo, sus cabellos cedieron, se doblaron, y el casco de acero, en pausado vaivén de paracaídas, fue descendiendo a ritmo lento sobre su cabeza hasta coronarla. Instantáneamente volvió la vida en derredor. Oyó un grito de júbilo, ininteligible, tal vez de Javier Medina, en el altillo de los apuntadores, Damasito y el Cativo se abrazaban eufóricos a sus espaldas, oía en torno suyo vivas y voces radiantes, y abajo, en la cubierta, el bullicio expansivo de los artilleros desbordando las llamadas al orden de los jefes de batería.

Cuando media hora después cesó la alarma, Gervasio (las rodillas anquilosadas dentro de las húmedas perneras) descendió la escala con vacilación senil y se refugió en el *espardek*, a la sombra de la luna, abrumado. Intuyó que alguien le seguía:

—¿Dónde vas? ¿Te ocurre algo?

Se desembarazó de las manos piadosas de Peter y, casi sin darse cuenta, se vio a

sí mismo sollozando, la frente recostada en las balsas, murmurando frases incoherentes sobre el repeluzno, papá Telmo y tío Felipe Neri. Tenía la mirada extraviada cuando levantó el rostro hacia su amigo y dijo desolado:

—Era miedo, Peter; mi padre tenía razón.

Lo dijo casi a voces, y cuando su amigo le indicó por señas el sombrero de los serviolas, encima de ellos, bajó el tono y se puso a hablar muy deprisa, tenuamente, en cuchicheos. Así, entre sollozos e incongruencias, nació un diálogo de sordos, en el que Gervasio aludía a su «miedo paralizador» y Peter afirmaba que todo ser inteligente y sensible sentía miedo alguna vez en su vida. Hablaban de cosas distintas, puesto que cuando su amigo concretó que todos habían sentido miedo aquella noche, Gervasio, con ojos ausentes y sobrecogedora lucidez, le aclaró que estaba equivocado, que su miedo no era circunstancial, un miedo que hubiera desaparecido con los torpedos, sino que estaba instalado aquí (se hincaba con fuerza la yema del dedo índice en la frente) y ahí continuaría aunque viviese mil años.

Esa noche, como para confirmar sus palabras, se negó a dormir en el sollado, bajo la línea de flotación. Creía oír el chapaleo del mar, las olas batiendo el costado de acero, e imaginaba los torpedos cabalgando sobre ellas, la sensible espoleta en la horquilla, prestos a explotar. Dámaso Valentín, ajeno al proceso psíquico de su amigo, no salía de su asombro: «Marinero, ¿dónde vas con la que cae?». Pero Gervasio, mudo, aferró el coy ante sus ojos atónitos y, con él al hombro, se trasladó al *espardek*, al abrigo de la chimenea, donde durmió. A la noche siguiente repitió la operación, y como sus amigos pretendieran disuadirle, se encaró con ellos, la mirada turbia, desquiciados los ademanes:

—No soporto *saber* el mar detrás del mamparo —dijo con fría lógica.

Una vez fondeados en la base, Gervasio siguió acostándose a la intemperie, y Peter, alarmado por su desvarío, solía velarlo hasta que se dormía. Dos noches más tarde, Radio Bolina anticipó la noticia del desmoronamiento del ejército republicano en todos los frentes. La guerra, prácticamente, había terminado. Pese a lo extemporáneo de la hora, los barcos surtos en la bahía respondieron con sus sirenas al repique de las campanas de la ciudad. En el alto de Bellver, los cohetes rasgaron la noche y sus explosiones, mínimas y encadenadas, crearon un clima de exaltación. Relajada la disciplina, el jolgorio se instaló en el crucero. Grupos de marineros se desplazaban de un lado a otro con botellas y guitarras, bebían y cantaban bajo las estrellas, y, cuando las luces se encendieron a bordo, un vendaval de aplausos y exclamaciones las acogió. La charanga se arrancó en el castillo con *Los voluntarios* y un tropel de marineros la seguía por cubierta, coreando el pasodoble. El júbilo se propagaba, surgían de la nada botellas e instrumentos musicales, una traca estrepitosa se quemaba en el Paseo Marítimo. En el puesto H detonaban los taponazos del champán y los marineros, sentados en el suelo, bebían a gollete y, estimulados por la armónica de Miodelo, cantaban *Chaparrita* a voz en cuello. En el centro del corro, el Cativo y el Escorbuto bailaban una danza descoyuntada, y Bartolomé Roselló, el

Mallorquín, al ver entrar a Gervasio enarcó su ceja diabólica alargándole una botella: «¡Bebe, 377A, la guerra ha terminado!». Enajenado, Gervasio bebió un largo trago y al concluir se pasó ásperamente la bocamanga de la faena por los labios. Se sentía ajeno. Hundido en una sima, veía pasar la vida por encima sin fuerzas para participar en ella. El Escorbuto, sin cesar de bailar, tomó la botella, levantó en alto su corto brazo velludo, zapateó briosamente sobre las chapas, tartaleándose, y voceó: «¡Dentro de un mes, todos en casa!». Y bebía y bebía insaciable, hasta que el Cativo, los ojos chispeantes, trató de arrebatarse la botella, forcejearon y el champán acabó derramándose sobre los capotes arrebuados: «¡Alegría, alegría!». El alcohol fomentaba la animación, pero cuanto más cundía ésta, más exiguo y retráctil se sentía Gervasio. José Antonio Lago, el Pintor, sentado a usanza mora, echó en falta a Javier Medina. La ancha cara del cabo Tubío se abrió en una roja sonrisa de sandía: «Andará ya en la Escuela Naval», dijo. Le corearon unas risotadas. El Cativo, descalzo, al aire su pecho lampiño, se contoneaba cadenciosamente: «¡Venga, Miodelo, tócate una muñeira!». Y Miodelo le complacía, soplaba la armónica a dos carrillos y el pequeño corro apoyaba la música con sus fuertes voces desafinadas. Tito Iroa, el Nuevo, le pasó otra botella, pero Gervasio, al echar la cabeza hacia atrás, experimentó un vahído y le flaquearon las rodillas. Se deshizo de la botella y salió al *espardek*, asustado de sí mismo.

En el morro de Bellver seguían estallando cohetes y triquitraques y la ciudad, con su inusual iluminación (atronada por tracas, campanas y cláxones) parecía arder. Cabe la ametralladora de babor, en la que Gervasio se sentara el día de su primer viaje, media docena de marineros se pasaban una garrafa y prorrumpían en vítores alocados. Desde la cubierta, concurrida como la calle principal de una capital de provincia en día de fiesta, ascendían canciones, rasgueos de guitarras, zapateados, vivas, juramentos, los acordes metálicos de la charanga. En su deseo de huir de la euforia general, Gervasio se encaminó hacia la escala de viento del *espardek*, pero antes de alcanzarla, apareció por ella la cabeza crespada, el rostro alargado, nocturno, de Javier Medina. Se detuvo al verlo, un punto de gravedad en las pupilas, la protectora mano sobre su hombro:

—Lo siento, 377A. Al cabo Pita lo fusilaron esta mañana —dijo con voz contrita.

No acertó a responder. Los ojos inestables del cabo Pita, sus silencios evasivos, su firme cabeza cogotuda, afloraron a su mente cuando descendía a cubierta. Y, con él, las máscaras desfiguradas de los tíos Norberto y Adrián, David y Fadrique; de sus amigos Tato y Eduardo Custodio. En la toldilla en penumbra remitía el bullicio. Algunos bultos dormían inquietas borracheras al amparo de la obra muerta y Gervasio fue sorteándolos, haciendo eses, hasta el coronamiento de popa y, una vez allí, la algarabía a sus espaldas, se acodó en la borda, junto al pequeño mástil, el rostro entre las manos. Mansas olas de socaire chapaleaban contra las hélices y de la ciudad rutilante se alzaba un clamor de multitud gozosa, contrapunteado por las explosiones de los cohetes y el tañido de las campanas. No le sorprendió ver a Peter a

su lado; llevaba una semana convertido en su sombra. Se acodó a su derecha, en silencio, y para disimular su intromisión hurgó en el imbornal con el pulgar de su pie descalzo, como si se propusiera desatrarcarlo. Gervasio lo miró de soslayo:

—Él sí ha sido un héroe, ¿no es cierto?

—¿Quién?, ¿Pita?

—Sí, Pita.

Peter vaciló. Con su proverbial ecuanimidad sopesaba pros y contras:

—Así es —dijo—: en cierto modo, ha sido un héroe.

—¿Por qué dices en cierto modo?

—Yo no comparto la causa a la que servía.

—Hablas igual que mi tío Felipe Neri.

—¿Es que tú no lo crees así?

Gervasio quedó un momento pensativo:

—¿Y no podría ser al contrario? —apuntó—. ¿No podría ser el hombre que muere generosamente el que ennoblece la causa a la que sirve?

La mirada de Peter se hundió en la noche, se posó en el Castillo de Bellver apenas iluminado:

—A lo mejor tienes razón —dijo caviloso.

—¿Y los otros? —añadió tercamente Gervasio—. Mis tíos Norberto y Adrián, los de la moto, ¿también han sido unos héroes?

—¿Por qué no?

—¿Lo mismo que el tío Fadrique y sus amigos en el Cerro de los Ángeles? —imploró Gervasio a punto de llorar.

Se abrió una pausa atribulada. A sus espaldas seguían sonando música y canciones. A babor destellaba el faro de Cala Figuera y, a cada guiñada, iluminaba un triángulo de mar en el que albeaban las velas de dos pesqueros. Una estrella fugaz rasgó el cielo como un cohete por encima de Santa Ponsa y se perdió en la noche. Peter tomó a Gervasio por los hombros y lo condujo suavemente, entre los borrachos dormidos, hacia la cubierta iluminada:

—Lo mismo —dijo, al fin—. ¿Por qué habían de ser distintos?



MIGUEL DELIBES SETIÉN. (Valladolid, 17 de octubre de 1920 - Valladolid, 12 de marzo de 2010). Novelista español. Doctor en Derecho y catedrático de Historia del Comercio; periodista y, durante años, director del diario *El Norte de Castilla*.

Su sostenida labor como novelista se inicia dentro de una concepción tradicional con *La sombra del ciprés es alargada*, que obtiene el Premio Nadal en 1948.

Publica posteriormente *Aún es de día* (1949), *El camino* (1950), *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953), *La hoja roja* (1959) y *Las ratas* (1962), entre otras obras. En 1966 publica *Cinco horas con Mario* y en 1975 *Las guerras de nuestros antepasados*; ambas son adaptadas al teatro en 1979 y 1990, respectivamente. *Los santos inocentes* ve la luz en 1981 (y es posteriormente llevada al cine por Mario Camus); más adelante publica *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) y *Coto de caza* (1992), entre otras.

Su producción revela una clara fidelidad a su entorno, a Valladolid y al campo castellano, y entraña la observación directa de tipos y situaciones desde la óptica de un católico liberal. La visión crítica —que aumenta progresivamente a medida que avanza su carrera— alude sobre todo a los excesos y violencias de la vida urbana.

Entre los motivos de su obra destaca la perspectiva irónica frente a la pequeña burguesía, la denuncia de las injusticias sociales, la rememoración de la infancia (por ejemplo en *El príncipe destronado*, de 1973) y la representación de los hábitos y el habla propia del mundo rural, muchos de cuyos términos y expresiones recupera para la literatura.

Delibes es también autor de los cuentos de *La mortaja* (1970), de la novela corta *El tesoro* (1985) y de textos autobiográficos como *Un año de mi vida* (1972). En 1998 publica *El hereje*, una de sus obras más importantes de los últimos tiempos.

Considerado uno de los principales referentes de la literatura en lengua española, obtiene a lo largo de su carrera las más destacadas distinciones del ámbito literario: el Premio Nadal (1948), el Premio de la Crítica (1953), el Príncipe de Asturias (1982), el Premio Nacional de las Letras Españolas (1991) y el Premio Miguel de Cervantes (1993), entre otros.